EL LEÓN DE DAMASCO
EMILIO SALGARI

EL LEÓN DE DAMASCO

EMILIO SALGARI

Titulo original: IL EMILIO SALGARI

Nació en Verona Italia, 1862, dotado de una gran imaginación y de carácter un tanto solitario. Abandonó los estudios para matricularse en 1879 en el Instituto Náutico Paolo Sarpi para capitanes, en Venecia. A causa de un fracaso amoroso regresó a Verona. Durante algún tiempo se desempeñó como periodista y, en 1892, contrajo matrimonio con la actriz Aida Peruzzi, con quien decidió radicarse en Piamonte. A pesar de haber escrito un total de ciento cinco novelas de gran éxito en su juventud, debió pasar hasta el fin de sus días por dolorosas privaciones económicas. Algunas de sus obras son *El Corsario Negro, La Reina del Caribe y Sandokán.* En 1911, con cuatro hijos, su mujer interna en un hospital, y sin poder superar su precaria situación económica, la desesperación lo fuerza a quitarse la vida.

LA SOBRINA DE ALÍ BAJÁ

–Ahí tenéis la bandera azul de los tres leones rampantes... Allí está la galera del bajá de Damasco. ¡Izad la nuestra!... Señora, ya se aproxima el momento de la venganza.

Aquellas palabras las pronunciaba un guerrero turco de elevada estatura, membrudo y de piel bastante bronceada, quien, al parecer, acechaba desde días atrás la llegada del navío, en lo alto del imponente castillo de Hussif, sólida mole de construcción veneciana, tan maciza y fuerte que se precisaron doscientas galeras turcas para obligar a rendirse a los últimos bravos que sobrevivieron a la caída de Chipre. Frente al mar y a la tierra alzaba sus elevadísimas torres y sus espaciosas terrazas, defendidas por más de cincuenta culebrinas y de veinte bombardas, imponiendo respeto.

La voz del fuerte guerrero, tan rotunda como el mugido de un toro, se impuso por un instante al fragor de la resaca y resonó de arriba abajo de la torre.

Pasado un momento surgió una joven, que salió de una de las torres, y penetró casi a la carrera en la terraza. Era muy hermosa y tendría unos veinte años; alta, esbelta, de ojos negrísimos que resaltaban bajo largas cejas bellamente delineadas, de boca pequeña con rojos labios semejantes a cerezas maduras, y cabello larguísimo y suelto, de color ala de cuervo. En su semblante, aunque con una perfección de rasgos casi griega, había cierta dureza y energía que denotaba al momento a la mujer turca, cruel siempre, en el fondo, por haberla acostumbrado a ello los sultanes de los siglos XV y XVI.

Al estilo de las mujeres notables turcas de aquel tiempo lucía elegantes calzones de seda blanca recamados en oro, amplios y acuchillados para que pudieran verse las piernas, jubón de verde seda orlado de plata y grandes perlas, de extraordinario valor, por botones. Su cintura la ceñía una ancha faja de rojo brocado, anudada por delante con un gran lazo que le alcanzaba casi hasta los pies, calzados con escarpines de punta torcida hacia arriba y de cuero carmesí con adornos de oro.

A diferencia de las demás damas, anhelosas de joyas –que los sultanes, por aquella época victoriosos de continuo, luego de haber entrado a saco en provincias y reinos distribuían a diestro y siniestro, con la generosidad propia de los grandes ladrones, –aquella muchacha no lucía ningún adorno de este tipo ni tan siquiera en las orejas, muñecas o cuello. Por el contrario, colgaba de su faja una cimitarra cuya empuñadura y vaina estaban adornadas con zafiros y esmeraldas.

– ¿Qué le ocurre a mi capitán para gritar de esa manera? –preguntó al turco, que en el extremo de la terraza y con la mano sobre los ojos a modo de pantalla parecía contemplar alguna cosa de gran interés en lo más lejano del horizonte. – ¿Sabes que ya es hora del café?

–Mejor es el café que llega por el mar, señora. El bajá de Damasco ha caído finalmente en la trampa que le había preparado su tío el Gran Bajá.

El rostro de la joven manifestó una salvaje alegría y sus ojos lanzaron destellos.

– ¿Lo supones así, Metiub?

– ¿Acaso estoy ciego, por ventura? Alá no lo quiera. Fíjate allí: la galeota del bajá, que avanza lentamente. En su palo mayor ondea la bandera azul con los tres leones rampantes de Damasco. Fíjate, Haradja, fíjate.

La bella turca, con la agilidad de una pantera, se dirigió al instante hacia el parapeto de la terraza, en la que podían verse seis culebrinas que llevaban el sello de Venecia –el famoso León de San Marcos, –tomadas, sin duda, en Nicosia o Famagusta. Como el sol resplandecía fuertemente, a pesar de ser por la mañana, protegióse también los ojos con la mano.

Un tremendo abismo se abría a sus pies, ya que el castillo se adentraba en el mar por aquella parte no menos de cien metros. Pero permaneció impertérrita, escuchando por un instante el rumor

de la resaca, que llegaba hasta ella.

Casi ni a mil pasos de distancia una galera de unas trescientas toneladas, de buenas líneas para alcanzar gran velocidad, con dos palos provistos de enormes velas latinas y dos órdenes de remos, avanzaba con lentitud por el plácido océano, en dirección al noroeste, como si se dirigiese al archipiélago griego para anclar en la poderosa Constantinopla.

–Ocho culebrinas –enumeró el capitán, –veinte guerreros y veinte galeotes al remo. Buen manjar. ¿Qué opinas, señora?... ¿Continúa la flota del bajá vigilando la ruta del archipiélago?

Haradja había callado. Muy pálida, erguida ante el parapeto de la terraza, sobre el abismo en cuyo fondo sonaba con fuerza la resaca, pasábase con nerviosismo una mano por sus largos cabellos, como si quisiese alisárselos. Su hermosísima frente aparecía ensombrecida, como si una terrible tempestad hubiese estallado en el cerebro de aquella enigmática joven.

– ¿Me has comprendido, señora? –insistió el capitán con un gesto de impaciencia. – ¿Dejaremos huir al padre del valiente guerrero que debiera haber sido tu marido hace cuatro años?

Haradja, sin dejar dé alisarse los cabellos, lanzó un suspiro.

– ¡Ah! ¡Los recuerdos de otras épocas!...

– ¿En quién estás pensando, señora? –inquirió con cierto tono irónico el turco. – ¿En el León de Damasco, o en el bello capitán que se casó con él y que, a pesar de ser mujer, me dio una magnífica estocada? Cierto es que aquella joven se hizo célebre en Famagusta con el nombre de capitán Tormenta.

La joven experimentó un temblor, la sangre acudió a su semblante y en sus ojos brillaban fieros destellos, igual que en los del jenízaro. Se volvió hacia el capitán y, con temblorosa voz, exclamó:

– ¿Acaso te hartas, Metiub, de contemplar las terrazas del castillo de Hussif?

El robusto turco la miró impasible y, cruzándose parsimoniosamente de brazos, respondió con sereno acento:

–Si la sobrina de Alí-Bajá desea ver a un hombre saltar en el espacio y estrellarse contra los escollos, realizando en el aire una soberbia curva, puede decirlo. Estoy presto a saltar.

Se había subido al parapeto y examinaba despectivamente los escollos en que estaba dispuesto a estrellarse a un mandato de su señora.

–A tus órdenes... ¿Qué valor tiene una vida si en Candía millares y millares de cristianos y turcos son muertos por las minas o los proyectiles, por las espadas o las cimitarras? Allí se muere alegremente en busca de las huríes del Profeta, al igual que más de cincuenta mil compatriotas.

– ¡Estás loco! –dijo Haradja, cogiéndole con fuerza por un brazo y haciéndole bajar. – ¿Está preparada mi galera?

–Hace ocho días.

– ¿Y mis armas y mi armadura?

–En la cámara de popa.

–En marcha, Metiub. Si no puedo apresar de momento al León y a su mujer, cogeré por lo menos, a su padre. El pequeño debe haber sido raptado en Venecia y tal vez se halle en poder de mi tío.

– ¡Si lo encuentras vivo!...

–Solamente tiene tres años

–Sí. Pero el bajá, en ocasiones, como entretenimiento, hace desollar vivas a las criaturas cristianas que caen en sus manos.

– ¡Silencio!... Acompáñame.

Descendieron por una larga escalera, practicada en la roca viva, y tan angosta que una

reducida hueste de hombres sería suficiente para defenderse incluso contra un pequeño ejército.

En las terrazas superiores numerosos guerreros y mujeres avizoraban el horizonte, pero no hubo nadie que se atreviera a gritar, indicando la nave del bajá de Damasco: sentían excesivo temor hacia Haradja.

Luego de haber bajado ciento sesenta escalones, el capitán y la muchacha se encontraron en la orilla de una caleta, en mitad de la cual se mecía rítmicamente una soberbia galera de casi cuatrocientas toneladas de color rojo y con un gran mascarón de proa en reluciente latón.

Portaba un par de velas latinas, únicas que se utilizaban en aquel tiempo en el Mediterráneo, pintadas también de rojo, con enormes rayas transversales azules, tres órdenes de remos y dieciséis culebrinas, todas en cubierta y emplazadas de manera que pudieran disparar en todas direcciones. La tripulación estaba formada por media docena de marineros, treinta galeotes encadenados a los bancos y cuarenta robustos guerreros turcos cubiertos de hierro y acero.

Una chalupa estaba ya aguardando a Haradja para llevarla a bordo.

– ¿Falta alguno? –inquirió el capitán, dirigiéndose a los marineros.

–Ninguno.

–Vamos.

En un instante cruzaron el minúsculo puerto, y la sobrina del bajá y su capitán de armas subieron a la galera por una simple escala de cuerda.

Los treinta guerreros, provistos de pesados arcabuces, cimitarras y yataganes, constituyeron el puente de honor de su castellana, la cual, según era su costumbre, no les dirigió ni una mirada y marchó a su cámara en tanto que el capitán de armas, tras echar una ojeada a las velas y las maniobras, dio diversas órdenes breves y tajantes.

Se elevaron las dos anclas, orientáronse las velas, y los treinta remos de los galeotes se pusieron a la tarea, acatando las secas órdenes de los maestres. La magnífica galera abandonó la caleta, pasó una escollera, en la que se había colocado una batería, y se adentró en el mar a fuerza de remos, ya que casi no soplaba viento.

La galeota del bajá de Damasco había rebasado ya el castillo de Hussif y proseguía con lentitud su rumbo, utilizando solamente los remos. Una infernal sonrisa afloró a los labios del capitán de armas.

– ¿Hacia dónde vais, desdichados? –murmuró. –Os va a resultar duro caer en manos del turco, pero eso sería lo de menos importancia... Haradja hará una de las suyas y no respetará ni siquiera al ya anciano bajá.

De esta manera hablaba consigo mismo, sentado a horcajadas en una culebrina de considerable calibre, fundida en Constantinopla, cuando se unió a él la joven, cubierta totalmente de acero y luciendo en la cabeza un relumbrante yelmo ornado con un penacho de plumas de avestruz. La coraza estaba finamente cincelada, al igual que los brazales, quijotes y grebas. Había cambiado la elegante cimitarra por una especie de espadón curvado, soberbia y mortífera arma de abordaje.

– ¿Se puede ya disparar, Metiub?

–Cuando desees, señora. No nos hallamos más que a unos tres tiros de arcabuz.

–Conmina a la rendición.

–El bajá se asombrará al observar que le cañonean sus propios compatriotas.

– ¿Distingues al padre del León de Damasco sobre el puente?

–No observo en la galeota ningún anciano y empiezo a suponer que puede hallarse enfermo.

Una irónica y cruel sonrisa hizo entreabrir los hermosos y carnosos labios de Haradja. El capitán, que no dejaba de observarla, hizo un gesto con la cabeza y pensó:

« ¡Hum! No me agradaría hallarme en la piel de ese pobre bajá... Si se encontrasen en esa nave

el León de Damasco y el capitán Tormenta, la señora lo pensaría mucho antes de lanzarse al abordaje..., y yo todavía más que ella... Pero...»

– ¿Y qué? ¿Acaso requiere meditarlo? –masculló Haradja. –Creo que se pierde excesivo tiempo en mi galera.

–En seguida lo recuperaremos, señora. Aguarda un instante.

Alcanzó de un salto la escotilla central, e inclinando la cabeza exclamó con voz imperiosa:

– ¡A ver! ¡Maestres, que trabaje el látigo y que se muevan los remos! Hay prisa.

Después, en tanto que surgían quejumbrosos gritos de la parte baja de la galera, retornó hacia proa, en la que seis hombres servían la enorme culebrina fundida en Bizancio.

–Primero un tiro bajo. Si no deja de avanzar, dispararemos a la arboladura... ¡Ocho culebrinas contra dieciséis! ¡Bah! Disponemos de mucha ventaja.

El largo cañón, que medía como mínimo tres metros, vomitó su carga con gran estruendo, que se extendió por el mar, repercutiendo de vez en cuando por las pequeñas olas que la brisa del sur pretendía hinchar.

El capitán de armas de la galeota contestó haciendo subir y bajar en tres ocasiones, como saludo, la bandera del bajá de Damasco. Pero en lugar de detener la marcha de la nave ordenó forzar el remo. Haradja enarcó las cejas y sus ojos despidieron destellos.

– ¡Cómo! –exclamó. – ¿No se acatan las órdenes de una sobrina del Gran Bajá?

–Señora –adujo Metiub, –no está izada tu bandera y, por otra parte, esa galeota no es de miserables mercaderes, sino de uno de los bajás más poderosos del Asia Menor.

–Haz ondear al viento los colores de Alí.

–Huirá con mayor velocidad.

–La alcanzaremos y nos apoderaremos de ella al abordaje –repuso Haradja, muy encolerizada.

–Luego de haberla cañoneado metódicamente. De todas maneras, Si pudiese huir de nosotros sería para ir a caer entre las cincuenta galeras que tu tío puso bajo tus órdenes para que llevaras a cabo tu particular proyecto... ¡Eh! ¡Los de popa! ¡Izad la enseña del Gran Bajá!

Un momento más tarde una bandera de seda escarlata, con un par de culebrinas cruzadas en su mitad, se enarbolaba en la parte superior del palo mayor, a la vez que se disparaba un nuevo cañonazo en señal de advertencia.

Como había imaginado Metiub, los hombres de la galeota, en lugar de detenerse, aumentaron la velocidad por medio de los remos, y apuntaron las cuatro culebrinas de popa hacia la galera del Gran Bajá, como indicando que estaban decididos a oponerse a cualquier clase de ataque.

– ¿Qué te parece, señora? –arguyó Metiub, con un ligero tono de ironía en la voz. –Al parecer no produce el menor efecto la bandera de Alí Bajá en las gentes del bajá de Damasco.

–Es que las manda el padre del altivo León –repuso Haradja, rechinando los dientes. –¡Fuego!... ¡Barre el puente de la galeota, y en cuanto los hayamos desarbolado..., al abordaje!... Hace cuatro años que estoy esperando la hora de mi venganza. Haz arder su cubierta, puesto que el bajá no asoma por ninguna parte.

– ¡Eh! ¡Bordada de proa! –ordenó el capitán de armas. –Pólvora gruesa... Hay que barrer la cubierta de la galeota.

Una veintena de hombres se lanzaron al castillo de proa, donde había colocadas seis culebrinas de diversos calibres y empezaron a cañonear la galeota, organizando un infernal estruendo.

La nave fugitiva se limitó al principio a subir y bajar la enseña del bajá, pero observando que los proyectiles no dejaban de caer y que varios de ellos se abatían sobre el puente, empezaron también a disparar, y bastante enérgicamente, con sus cuatro culebrinas de popa.

– ¡Vaya! ¡Los lobeznos de Asia! –barbotó Metiub, al escuchar el silbido de los proyectiles. –

¿Desean enseñarnos los colmillos a nosotros, los Tigres del Norte? ¡Música, artilleros!...

Y, volviéndose hacia la escotilla central, inclinó otra vez la cabeza para gritar:

– ¡Más latigazos, maestres! Es preciso alcanzar la galeota para tomarla al abordaje.

La galeota acreció su velocidad a costa de las desnudas espaldas de los galeotes, quienes aullaban de dolor. Los desdichados, encadenados a los bancos y condenados a morir a tiros o ahogados si hundían la nave, no remaban con premura, sino forzados por los golpes que se abatían sobre ellos por todas partes.

También la galeota, aunque el número de sus remeros era menor, realizaba perceptibles esfuerzos por conservar la distancia, que por desgracia disminuía paulatinamente, y respondió con vigor a los de la galera, descargando con tino sus cuatro culebrinas de popa.

Haradja, sentada en medio de la galera, entre los dos palos, contemplaba plácidamente a sus hombres, afanados en cargar y descargar los cañones. Ni un simple músculo de su rostro se alteraba y mantenía su tranquila sonrisa, a pesar de que los proyectiles silbaban a su alrededor, matando a uno u otro remero, destrozando algún remo y perforando las velas.

En dos ocasiones le aconsejó el capitán de armas que se retirara, pera la altiva sobrina del temible bajá no le contestó siquiera.

No obstante, un rumeliota y un albano se desplomaron a breves pasos de ella, segados los dos por los proyectiles de la galeota, y quedaron en la toldilla, desangrándose.

Metiub, que deseaba terminar cuanto antes y que no quería que a su señora le ocurriera nada, por temor a incurrir en el enojo del temible y despiadado bajá, estimulaba a sus artilleros y a los arcabuceros, puesto que ya ambos veleros se hallaban a una distancia en que las armas de corto alcance también podían ser útiles.

De vez en cuando ordenaba dar media vuelta a la galera para que fueran empleadas las piezas de los costados, arrojando andanadas por babor y estribor.

La lucha, dura y tenaz, se prolongaba desde hacía más de media hora, entre abundancia de humo y estruendo, pero sin notables resultados prácticos, ya que el movimiento que los remos obligaban a dar a la nave tornaba difícil la puntería. De haber soplado viento, la cosa habría variado y en los dos veleros se habrían podido apreciar daños, ya que los turcos contaban en aquella época con magníficos artilleros que podían enfrentarse sin desventaja con los de la República de Venecia.

Ya la galera, que seguía ganando terreno, se disponía para el ataque final, cuando surgieron en el horizonte cincuenta naves de guerra dispuestas en línea y que cerraban el paso a la galeota.

– ¡Ya está en nuestro poder! –exclamo Metiub, dando orden a los artilleros de que dejaran de disparar.

Realmente la galeota no podía confiar en huir. En cuanto sus tripulantes se cercioraron de que todas aquellas galeras enarbolaban la sangrienta enseña del Gran Bajá, intentó en vano tres o cuatro bordadas, dejó de disparar, soltó los remos y arrió las velas. La bandera del bajá de Damasco fue coronada por otra blanca de rendición.

– ¿Estás satisfecha, señora? –inquirió Metiub, dirigiéndose hacia Haradja, luego de mandar a los cómitres que no dejaran a los galeotes reducir la marcha.

–Pero... no distingo al bajá.

–Se hallará enfermo.

–No obstante, está su capitán de armas, ¿no es cierto?

Él es quien dirigió los disparos.

–Manda situar los peines de arpones en los dos palos y que dispongan el juego de poleas.

Metiub la examinó fijamente.

– ¿Me has entendido? –gritó ella, con impaciencia.

– ¡Los peines de arpones para un bajá!... Piensa lo que vas a hacer, señora.

– ¡Bah! Mi tío tiene mucha influencia en Constantinopla. Además, no sabes qué pienso hacer.

Se había incorporado y desenvainó el sable, mientras sus arcabuceros, con las mechas preparadas, aguardaban sus órdenes para efectuar una descarga. En cinco minutos escasos la galera abordó a la galeota, retiró sus remos para que no se estropearan con la embestida y la engarfió con los ganchos, sin disparar un tiro.

– ¡Entregaos! –ordenó Metiub.

Un guerrero de elevada estatura, flaco, nervudo y musculoso, con una armadura, se colocó a la baranda entre los tripulantes de las dos naves.

– ¿A quién nos hemos de entregar? –inquirió.

–A la sobrina del Gran Bajá.

El damasceno se tornó lívido, más recobrándose al momento preguntó con acento firme:

– ¿Sabes a quién llevamos en la nave?

–Sí; al bajá de Damasco.

– ¿Y tenéis la audacia...? ¿Con qué derecho?

–Con el derecho del más fuerte –exclamó Haradja, acercándose hasta la baranda. –De momento, tú pasa a mi galera, Luego se verá lo que hacemos con el bajá. Y prevén a tus hombres, ya que al más mínimo intento de resistencia los pasaremos a todos a cuchillo, incluso a los galeotes. Ahora pasa a mi nave. ¡Rápido! ¡Ya empiezo a disfrutar con las delicias de la venganza...!

LA FEROCIDAD DE LOS TURCOS

El capitán de armas del Bajá de Damasco, ante aquella brutal conminación, se indignó y levantó con gesto amenazador los brazos, con la mano derecha armada de su cimitarra y empuñando en la siniestra una de aquellas largas pistolas incrustadas de nácar de que tan buen uso hacían los turcos de Asia Menor.

–No me has derrotado –replicó, colérico. –Ninguno de tus hombres ha saltado todavía a mi galeota para arriar la bandera de mi señor.

Haradja alargó el brazo e indicó las cincuenta galeras del Gran Bajá que se encontraban detenidas a menos de una milla.

–Pasa por entre esa línea si tienes valor.

– ¿Y por qué razón me impedís el paso si a mi señor le esperan en Constantinopla?

–Mi tío y yo estamos enterados. ¿Te entregas?

–Ya te dije que ninguno de tus hombres ha saltado todavía a mi nave.

– ¡Salta, Metiub!

El capitán de armas del castillo de Hussif juntó los pies y saltó, empuñando un sable de abordaje. El otro le cortó bravamente el paso, como buen turco del Asia Menor. De inmediato trabóse el combate, disputado y bravo.

El damasceno hubiera podido matar al atacante de un disparo, pero, leal y noblemente, tiró al suelo su arma, empuñando con la mano izquierda un sólido yatagán de una anchura de tres dedos.

Metiub, atacando con energía, tuvo que reafirmarse en la baranda, advirtiendo que tenía ante sí a un terrible enemigo.

Las dos tripulaciones permanecieron inmóviles, con los arcabuces dispuestos y las mechas humeantes, prestas a disparar a la primera señal y a lanzarse una contra otra en el instante en que se les ordenara.

Haradja, con un brazo apoyado sobre una culebrina, presenciaba impasible el duelo, confiando en la habilidad y maestría de su capitán de armas.

Ambos contendientes, cubiertos de hierro y de mallas de acero de fabricación milanesa, que era la mejor y la única de que en aquel tiempo se proveían los cristianos y los infieles de Europa y África, se acometían con verdadera ferocidad, cambiando entre sí tremendos golpes que provocaban exclamaciones de admiración entre los espectadores de los dos navíos.

Sus corazas parecía que iban a deshacerse, mas no cedían. Ambos hombres, a cada terrible golpe que recibían o propinaban, lanzaban rugidos que hacían sonreír, complacida, a Haradja.

Por espacio de cuatro o cinco minutos los dos capitanes pretendieron abrir los almetes, puesto que no podían atravesar las corazas. En aquel momento el del bajá de Damasco dio un paso en falso y se desplomó de espaldas, con gran ruido de hierro, dejando caer instintivamente cimitarra y yatagán. Metiub aprovechó aquella circunstancia para colocarle el arma en el cuello.

– ¿Le mato? –indagó, volviéndose hacia Haradja.

La sobrina de Alí vaciló un instante y dijo:

–No. He de hablar con el vencido.

–Incorpórate –indicó Metiub a su contrincante.

Éste se puso en pie con agilidad, cogió de nuevo su cimitarra, la partió, lanzóla al mar y contestó a la joven:

–Si fui vencido, ha sido por un accidente casual y no por el esfuerzo de mi enemigo. Ya hace tiempo que conozco la siniestra fama de que disfruta la sobrina del Gran Almirante. Pero aquí me

tienes.

Y de un salto pasó a la galera y se colocó a dos pasos de Haradja, cruzándose de brazos con desdén.

– ¿Qué deseas de mí? ¿La vida? Tómala.

–Solamente pretendo averiguar dónde se encuentra tu señor.

Y con una rápida mirada se cercioró de que los peines del tormento se hallaban fijados a los dos palos de la nave, frente por frente las aceradas púas de sus correspondientes arpones.

–Se encuentra enfermo en su camarote.

– ¿Qué le ocurre?

–Tiene malos los pies.

–Se comen demasiados pollos en Damasco... Cierto que son los mejores.

–Tú no se los has visto comer. Su enfermedad podría deberse a la mucha arena que el viento arroja sobre la ciudad y la excesiva humedad nocturna.

–No me interesa. Deseo saber otra cosa.

– Pregunta.

–Ahora a ti; luego a tu señor.

–Espero.

– ¿Hacia dónde vais?

–Nos dirigimos a Constantinopla, requeridos por una carta del sultán.

– ¿Escrita por el Visir?

–Al menos, eso creo. No siendo que se haya tramado una despreciable conjura para arruinar a mi señor. ¿No es cierto que es posible?

–Ve a preguntadlo a Constantinopla.

–Déjame ir.

–Ahora no. Acaso después, una vez que hayas hablado.

– ¿Qué deseas averiguar?

– ¿Dónde se encuentra Muley-el-Kadel, hijo del bajá, y su esposa aquella célebre capitán Tormenta?

– ¿Y me lo preguntas a mí?

–Tú eres el hombre de confianza del bajá y debes de conocer en qué lugar se encuentra ese León de Damasco, a quien busco en vano por Italia desde hace tres años. Todo lo que pude saber es que vivieron por cierto tiempo en Nápoles, donde la cristiana tiene numerosas posesiones y que han habitado en Venecia en el palacio de Loredán. Pero cuando iba a culminar mi venganza, desaparecieron. Únicamente su hijo se halla en la reina del Adriático y, para mayor exactitud, se hallaba, ya que en este momento está viajando hacia Oriente.

– ¡Lo has hecho secuestrar! –exclamó el capitán, tornándose pálido.

–No teniendo al león y la leona, rapté a su cachorro.

– ¿Cuál es su edad?

–Creo que tiene tres años.

– ¿Y qué intentas hacer con ese niño?

–Eso no es de tu incumbencia –respondió en forma brutal Haradja.

–De acuerdo; no conozco en qué lugar se encuentra el hijo de mi señor. Unido con una cristiana, dejó de relacionarse con su padre, que es en extremo buen musulmán para consentir tal matrimonio.

– ¡Bah! ¡A mí no se me engaña con semejantes palabras! Dime dónde se hallan esos malditos cristianos. Quiero averiguarlo y me enteraré, aunque para ello haya de desollarte vivo.

–Desuéllame.

–No tengo prisa –repuso ella, casi con una sonrisa. –Vamos a ver. Tú conoces dónde se encuentra el hijo de tu señor. ¿Se encuentra en Italia o en Oriente?

–Ya te indiqué que no sé nada.

– ¡Perro! ¿Entonces deseas la muerte?

–Mi padre murió luchando contra los curdos; su hijo morirá asesinado por sus propios compatriotas. La muerte no amedrenta al guerrero.

– ¿Piensas hablar?

–No me importa. Puedo explicarte, si así lo deseas, que los curdos de la estepa fastidian mucho a los damascenos; te lo garantizo.

– ¿Qué me interesa a mí esa tribu salvaje, que tantas molestias ha dado a los sultanes?

–En tal caso, ¿te puedo explicar que en Basora las gallinas engordan extraordinariamente en los soberbios arrozales?

– ¡Ah! ¿Tienes el valor de mofarte de la sobrina de Alí Bajá? –exclamó Haradja con voz sibilante. –Ahora verás. ¡Metiub! ¿Dónde se encuentra Hamed? ¡Rápido!

–Tras de ti –respondió el capitán.

Un negro de descomunal estatura, cuya fuerza debía de ser similar a la de un par de hombres robustos, vestido con un simple chaleco de seda y adornado con algunas alhajas de coral, se aproximó respetuoso hacia Haradja.

– ¿Está preparado el juego de las poleas?

–Sí.

–Coge a ese hombre, amárrale y cuélgale.

No había acabado de hablar cuando ya Hamed, arrojándose sobre el capitán, le derribaba al suelo.

La lucha fue violenta pero muy corta.

La fuerza extraordinaria del gigante se impuso y, en seguida, tras quitarle la armadura que Metiub no pudo atravesar, le dejó desnudo; luego le sujetó por los brazos, por las piernas y bajo las axilas a unas anillas pendientes de una polea situada entre los dos árboles del velero, fue levantado a una altura de unos cuatro metros.

Delante y detrás tenía las púas aceradas del denominado peine de tres pies de largas, con puntas agudas muy afiladas, de unas cinco a seis pulgadas. El capitán se dejó izar sin soltar un grito.

– ¿Piensas hablar ya? –inquirió iracunda la joven.

–Ya te dije que no sé nada.

– ¡Ah! ¡Vamos a verlo!

–Sí, lo que tú deseas es mi vida. Lo he advertido. Conforme: tómala y que te aproveche.

–Si hablas, nada se te hará.

–No sé la menor cosa.

– ¡Hazle danzar! Ya comprobaremos si cuando notes el aguijón de las puntas de acero te decides.

–Perderás el tiempo en vano.

– ¡Báilalo, Hamed! –barbotó la sobrina de Alí.

Los marineros de la galeota, que temblaban de ira al ver a su capitán impulsado contra las púas de acero que amenazaban desgarrar sus carnes terriblemente, apuntaron los arcabuces. Pero las ocho culebrinas y los treinta arcabuces que los vigilaban les hicieron comprender lo aconsejable de reprimir su indignación, teniendo, además, presente que las cincuenta galeras sólo aguardaban una indicación para asaltar a la nave damascena.

– ¿Confesarás? –inquirió por última vez Haradja.

–No sé nada.

–Entonces que el profeta, en su infinita misericordia, te acoja.

– ¡Perra maldita! Asesinas a un hombre por cuyas venas corre la misma sangre que por las tuyas, pues yo soy también turco y...

Se interrumpió y lanzó un terrible grito que hizo palidecer a todos los marineros de la galeota. Hamed, con un tirón mayor de la cuerda, le hizo estrellarse contra los arpones, y uno de éstos se le hundió junto a la columna vertebral. El infortunado hombre quedó un instante clavado en el peine, pero después lo sacaron de allí y de nuevo le balancearon.

Nuevamente emitió un espantoso grito. Dos arpones se le habían hundido con gran fuerza en el vientre, surgiéndole por la espalda casi un palmo las afiladas puntas ensangrentadas.

Un bramido de furia salió de entre los hombres de la galeota. Pero no hubo ninguno que se atreviera a intentar de nuevo sublevarse. Se consideraban perdidos más que derrotados. A no ser por las cincuenta galeras, que se hallaban muy cerca, aquel grupo de bravos, ya que todos los turcos del Asia Menor son en extremo valerosos, no habrían dudado ni por un momento en iniciar una desesperada lucha.

Otra vez había sido desclavado el capitán, y por sus terribles heridas se le iban la sangre y los intestinos; hipaba con dificultad, y en los estertores de su agonía profería furiosas injurias e incluso blasfemias contra el Profeta.

La joven continuaba contemplándole impertérrita. En las cubiertas de ambas naves imperaba un silencio de muerte. La sobrina de Alí lo quebró para ordenar, en tanto que se sentaba sobre una culebrina:

– Metiub, ese hombre me fastidia con sus alaridos. Mátale de un arcabuzazo.

–No me ordenes cometer canalladas, señora. Déjale que muera en paz.

–En este momento eres tú más cruel que yo. Su agonía podría prolongarse más de una hora, y sin esperanzas de regresar con vida a Damasco. Y además, las huríes del Profeta esperan anhelosas y sonrientes a los valientes guerreros del Islam.

–Acaso estés en lo cierto. Pero este trabajo lo puede realizar Hamed. Yo combato, pero no asesino.

–Ya le has oído, Hamed –notificó Haradja al negro.

–Sí, señora.

El verdugo de la galera tomó un arcabuz, sopló la mecha, disparó, y la bala, penetrando en el cerebro del torturado, le mató al instante.

– ¡Ea! Ya se encuentra en los brazos de las huríes. ¡Qué recompensa la que reciben nuestros guerreros!... Por el contrario, nosotras, infortunadas mujeres...

–Pero ¿se hallará en brazos de las huríes? –adujo, con acento de burla, Metiub. –No ha muerto luchando contra los cristianos.

– ¡Bah! El Profeta tiene la manga ancha.

En ambas naves imperaba un absoluto silencio: tranquilo entre los tripulantes de la galera; preñado de amenazas que no osaban ponerse de manifiesto entre los marineros de la galeota, los cuales todavía poseían sus armas. Pasado un rato, Haradja preguntó a Metiub:

–Pero ¿qué ocurre? ¿Tanto te ha impresionado la muerte del capitán damasceno? Cierto es que era tu camarada de armas.

– ¿Qué pretendes dar a entender? –inquirió con bastante acritud, algo molesto, Metiub.

–Apodérate de las armas de esos hombres y de su navío. Las cincuenta galeras están esperando solamente mi señal, una enseña azul con banda amarilla izada encima de la de mi tío, para barrer y

destruir con sus mil culebrinas esa galeota...

Estas palabras las pronunció en voz alta para que pudieran oírlas bien los damascenos. Y Metiub ordenó:

– ¡Abajo las armas! Así lo desea la sobrina del Gran Almirante.

Tras una breve vacilación, los tripulantes de la galeota apagaron las mechas y dejaron caer en cubierta los pesados arcabuces, aunque las cimitarras y los yataganes fueron arrojados al mar.

–Ya está –anunció Metiub a su señora.

–Ahora trae a mi presencia al bajá.

– ¿Qué pretendes hacer con él?

–Yo lo sé, y es suficiente.

Dos minutos más tarde el gigantesco Hamed trasladaba en sus hercúleos brazos a un anciano de larga barba blanca envuelto en una soberbia cubierta de seda adamascada. Se trataba del padre del León de Damasco, y fue colocado encima de dos culebrinas que Metiub hizo situar juntas, a pocos pasos de Haradja.

A pesar de que debía de haber rebasado ya los sesenta años, el anciano tenía un arrogante aspecto, facciones enérgicas y nobles y ojos aún brillantes que denotaban el veterano e indomable guerrero. Contempló fijamente a Haradja y la interpeló de la siguiente forma:

– ¿Quién eres, que has osado atacar mi nave? ¿No te has fijado en mi bandera, la del bajá de Damasco?

– ¿Y no te has fijado tú en la mía? Pues fíjate en ella.

El anciano levantó la vista y sus labios exhalaron una exclamación que denotaba cólera y sorpresa.

– ¿Y qué desea de mí el Gran Almirante? –dijo. –Mejor sería que ocupase su tiempo y sus galeras frente a Candía.

–No es él. Yo soy quien desea algo de ti.

– ¿Y tú quién eres?

–La sobrina de Alí Bajá.

– ¿La gobernadora del castillo de Hussif?

–Esa misma.

–Ya sabía yo –exclamó el anciano, apretando los puños –que algún día habría de hallarte en mi camino, malvada. En tres ocasiones han fallado tus intentos para hacerme abandonar Damasco y apresarme en el camino, y a la cuarta lo conseguiste. ¿Qué deseas de mí? Acuérdate de mi parentesco con Mohamed II y explícate.

– Mohamed II ya está muerto y no dejará a las huríes para acudir en tu ayuda... ¡digo yo!

–Soy un príncipe.

– ¡Hicieron desaparecer tantos los sultanes!... Asesinan a sus hermanos cuando van a ocupar el trono, e incluso a sus hijos si se les hacen sospechosos.

– ¿Y con ello qué pretende dar a entender la castellana de Hussif?

–Que me portaré contigo como lo haría con cualquier otro prisionero de guerra.

– ¿Conmigo?

–Sí, contigo: con el señor de Damasco.

–En primer lugar deseo saber por qué has disparado contra mi navío y la razón de que lo hayas tomado al abordaje.

–Aún hice más. Date la vuelta y observa qué cuelga del trinquete.

El bajá se dio la vuelta y lanzó un grito de espanto.

– ¡Miserable! –barbotó, mientras sus ojos despedían fuego.

–Por poca cosa te espantas.

– ¡Canalla!...

–Él tuvo la culpa. Si hubiese hablado, estaría vivo.

–Has asesinado a un hombre valeroso.

–Vuelvo a decirte que él tuvo la culpa. Si me hubiese indicado en qué lugar estaban tu hijo y tu nuera, la duquesa cristiana, no le habría ocurrido la menor cosa. En fin... Ya hablarás tú ahora.

– ¡Yo!

Haradja hizo un gesto de indiferencia con los hombros.

–Fíjate en lo que haces. Nos encontramos en alta mar y puedo echar a pique tu galeota con toda la tripulación. Te garantizo que nadie quedará con vida para marchar a Constantinopla a explicárselo a Ibrahim, nuestro buen sultán.

–Lo que significa que si no hablo, a pesar de ser tu superior y de más noble linaje que tú, ya que tu tío no era más que un pirata argelino, me asesinarás igual que a mi capitán de armas.

Haradja vaciló un instante y contestó por último:

–Ya se verá.

– ¿Qué deseas averiguar?

– ¿Dónde se encuentra tu hijo Muley?

– ¿Para qué lo quieres saber?

En los negros ojos de la castellana de Hussif relució un relámpago de ira.

– ¿No estás enterado de que éramos amantes, que era mi prometido el orgulloso y valiente León de Damasco?

–Alguna vaga idea tengo sobre ello... ¿Y que más?

–Una princesa cristiana me lo arrebató.

–También estoy enterado.

– ¿Dónde se encuentran? Desde hace tres años los estoy buscando...

– ¿Dónde se habrán ocultado?

–Te lo pregunto a ti. Eres el padre del León de Damasco y suegro de esa odiosa capitán Tormenta. Tú has de saberlo.

–Al renegar mi hijo de la religión del Profeta y casarse con una cristiana no quise saber nada más de él. Ya no supe nada más del León de Damasco.

– ¡Mientes! –gritó Haradja, irguiéndose, lívida. – ¡Mientes!... Pero de todas maneras, estás en lo cierto. Es tu hijo y has de defenderle... No obstante, a ella no. Ella es una cristiana que luchó contra los hijos del Islam, y mató a tal número de ellos que bien debes, a pesar de que se trate de una mujer, entregármela. ¿Dime dónde se encuentra esa mujer? ¡Quiero averiguarlo!

–Si no he tenido noticias sobre Muley, mucho menos puedo haberlas tenido de la cristiana. ¿Dónde están? ¿Quién lo sabe? Únicamente sé que la duquesa tenía extensas posesiones en Nápoles y también en Negroponto y Candía. Es posible que recorran Italia, o acaso otra parte de Europa, si no se considera a salvo en Italia.

– ¿Abandonando a su hijo en Venecia?

–Nuestros compatriotas no tienen, ahora que la guerra sigue sin tregua, acceso a la Reina de los Lagos. No han podido olvidar aquellos mercaderes la pérdida de la mayor parte de sus colonias: Morea, Negroponto y Chipre. Y tampoco han podido olvidar aquellos quinientos guerreros que, habiendo caído con vida en poder de Mohamed II, fueron asesinados...

–El sultán estaba en su derecho y, por otra parte, era familiar tuyo.

–Yo, que me considero acaso más turco que los que habitan en Constantinopla, no hubiera cometido semejante canallada.

–Ellos fueron los culpables. ¿Por qué obstinarse en proseguir la guerra si no eran lo suficientemente fuertes?

–No obstante, han exterminado, bajo las murallas de la ciudad de Chipre, y en Candía, Morea y Negroponto, a más de doscientos mil guerreros y han aniquilado además, con la ayuda de los caballeros de Malta, más de trescientas galeras. ¡De manera que si llegan a ser lo bastante fuertes!... En diez años de sitiar Candía por tierra y mar, ¿qué hemos logrado? ¿Qué ha realizado tu gran tío con sus quinientas galeras? ¿Y qué ha conseguido Yussuf Bajá?

–Conquistar Canea.

–No la totalidad de la isla, a pesar de que por todos los caminos se distinguen los huesos de nuestros guerreros.

–Bueno; eso no me preocupa. El que marcha a la guerra, ya sabe que puede morir. Por tanto, deja de decir bobadas y, en el supuesto de que no quieras confesar dónde está tu hijo, dime en qué lugar se esconde la cristiana.

–Ya te dije que no lo sé –repuso el bajá en tono seco.

– ¿No lo quieres confesar?

–No lo sé.

–Igual hablaba tu capitán de armas, y observa el final que tuvo; fíjate qué sacó con su obstinación.

– ¿Te atreves a amenazarme? –inquirió el anciano, arrugando la frente y poniéndose pálido.

Haradja se encogió de hombros e indicó al corpulento negro:

–Trae sobre cubierta un par de caballetes, dos mesas y tres navajas de afeitar.

–Sí, señora.

– ¿Serías capaz? –bramó el bajá.

– ¡Bah! ¿Quién eres tú en este momento, señor de Damasco? Un derrotado..., un prisionero de guerra; nada más.

EL BAJÁ DE DAMASCO

Los sultanes fueron los que hicieron horriblemente cruel al pueblo turco, imbuyendo en su espíritu un feroz aborrecimiento hacia los cristianos, para los que no existía tortura bastante sangrienta y espantosa.

No habría de ser el primero de la dinastía de los Osmán, el célebre Bayaceto, que doblegó a su yugo a casi todo el Islam y que no cedió sino ante el invencible Temerlán, que marchaba al frente de las hordas tártaras y que no tuvo compasión del derrotado sultán; no lo sería tampoco su sucesor, Mohamed I, el más famoso y magnánimo de los soberanos, que era capaz de perdonar a los rebeldes y dejó con vida a su hermano cuando éste se sublevó con el auxilio del príncipe de Valaquia, y que falleció en Adrianopolis en 1421, llorado por sus súbditos e incluso ensalzado por sus enemigos; iba a ser Mohamed II, el más grande de los sultanes, quien imbuyera en el corazón de su pueblo un despiadado aborrecimiento hacia los cristianos y quien ideó horrorosos tormentos incluso para su visir.

Durante el reinado de ese afortunado conquistador, que fue quien colocó la Media Luna sobre la cúpula de Santa Sofía, en Constantinopla, acabando para siempre con el reino de Bizancio, la crueldad adquirió terribles proporciones. Cruel e inexorable, no contento con haber convertido el mar Negro en un lago turco, apoderándose de Crimea y Trebizonda y conducido sus ejércitos victoriosos hasta las proximidades de los Alpes, instruyó a sus jenízaros en la forma de tratar a los prisioneros de guerra, haciendo pasar a cuchillo a quinientos venecianos, mandando degollar a ochocientos epirotas vencidos y descuartizando a su visir y a varios príncipes. Instauró en su serrallo la tortura del saco de cuero, en el interior del cual, por puro capricho, introducían a una de sus mujeres con un gato vivo, y una vez bien cerrado el saco y con una inmensa bola como peso, era lanzado de noche al Bósforo.

Parecía haberse adueñado del pueblo turco una espantosa locura sanguinaria, locura que los demás sultanes se cuidaron muy bien de no curar ni amenguar siquiera, con el fin de rodear su trono de una aureola de horror y amedrentar a sus enemigos.

Y el tercero de los Mohamed se mostró en este aspecto extremado; su fama ha de atribuirse tanto a su crueldad como a sus conquistas. Al subir al trono tenía diecinueve hermanos, y por temor a que alguno de ellos pudiera luego provocarle impedimentos o sublevaciones, los mandó descuartizar a todos por los eunucos del serrallo.

Anheloso de gloria se atrevió a enfrentarse con Austria, en aquel tiempo la mayor potencia de Europa, y en una tremenda y obstinada batalla venció al archiduque Maximiliano, exterminándole cincuenta mil hombres. A los prisioneros no se les concedió cuartel. El turco suponía que el cristiano no era digno de vivir en este mundo. Alentado por esta victoria, lanzó sus ejércitos contra el Danubio y a diversas regiones de Asia, y mandó sus galeras a saquear las costas italianas, realizando por todas partes terribles devastaciones.

Como si el asesinato de sus diecinueve hermanos no fuese suficiente, hizo descuartizar a su hijo primogénito, Mahumud, príncipe de espíritu ardiente y esforzado, quien en cierta ocasión solicitó de su padre ser mandado a la guerra en lugar de tenerle encerrado en el serrallo con las quinientas bellas que componían el harén. Mohamed III tuvo sospechas; supuso que deseaba marchar a la guerra para ejercitarse, formar un partido y después destronarle. Ordenó que le mataran sin encomendarse al Profeta.

La crueldad otomana crecía cada vez más.

No eran ya suficientes los cordones de seda de los eunucos, ni los caballetes, ni los sacos de

cuero o los arpones y las ejecuciones en masa, ni el partir en dos mitades el cuerpo aún con vida de los prisioneros, ni el cortar a un hombre la nariz, las orejas y otros órganos del cuerpo. El sádico sultán inventó el desollamiento, efectuado con navajas de afeitar muy afiladas, tortura que no tardó en tornarse muy popular y que, como ya pudimos comprobar, se disponía a utilizar Haradja con el bajá de Damasco.

Por ende, no solamente los sultanes eran crueles y sanguinarios: las sultanas competían con ellos, haciendo descuartizar a sus rivales o arrojándolas vivas al Bósforo, introducidas en un saco con un gato o una serpiente, ensangrentadas en las costas de Italia y hechas favoritas, mostrábanse después no menos inhumanas. Entre ellas sobresalió «la Baffa», notable veneciana raptada por los corsarios, vendida como esclava en Constantinopla y que llegó a convertirse en una de las más influyentes y crueles sultanas que se recuerda en la historia de los osmanlíes. Y es digno de notar que se ensañó también con los cristianos, como si Mohamed le hubiese trastornado el juicio transformándola en la más fanática musulmana.

No es, por tanto, raro que Haradja, sobrina de un corsario argelino que llegó a hacerse célebre y que siempre tuvo por norma degollar a sus prisioneros, considerara cosa muy razonable aplicar horrendos tormentos.

El bajá imaginó en un principio que más bien se trataba de un sistema para atemorizarle que de una auténtica determinación.

Pero cuando vio llegar a Hamed con sus cuatro auxiliares y todos los materiales de la tortura, estalló de ira.

– ¡Eres demasiado atrevida! –exclamó.

– Mucho, pero estoy decidida. Yo no te exijo que me informes respecto a dónde se encuentra tu hijo, sino su esposa.

El bajá soltó una carcajada.

–Pero ¿imaginas que los cristianos en sus países viven apartados de sus mujeres? Has de saber que no se pueden casar sino con una, y notificándote dónde se halla la duquesa napolitana, mujer de mi hijo, te informaría a la vez sobre la residencia de Muley-el Kadel. Además, no sé nada, y la sobrina del pirata Alí puede asesinarme, igual que ha asesinado a mi capitán de armas.

– ¡Ten cuidado, bajá!

–Una vez que me hayas arrebatado la vida, todo habrá terminado para mí y no por ello te habrás enterado de nada.

–Te advierto que son muy obstinados los turcos de Asia Menor.

– ¿Deseas regresar a Damasco?

– ¿Y qué debo hacer? Ya me he cerciorado de que nada he de notificar al sultán Ibrahim.

– ¿Qué debes hacer? ¡Hablar! –exclamó Haradja, que semejaba una tigresa.

–Puedo hablarte respecto a los bandidos sirios que...

–Explícaselo a tus favoritas.

–Ya están enteradas del asunto, y sería fastidiarlas insistir en la narración.

– ¿De manera que no me dirás dónde se encuentra el capitán Tormenta?

– ¿Pretendes hacerla asesinar? No dejarías de hallar bravos de Trípoli, Argel o Marruecos prestos a venderte su puñal...

–Te equivocas. Soy lo bastante diestra en esgrima para enfrentarme a la duquesa italiana.

–Efectivamente. Me han asegurado que tu capitán de armas, que tiene fama de ser una de las mejores espadas del imperio, te instruyó en el manejo de las armas.

– ¿Quién te lo dijo?

–Lo oí explicar en Damasco.

– ¡Ah! ¿Se habla de mí en Damasco?

–Chipre está muy próximo..., y en alguna ocasión se habla del castillo de Hussif y de su castellana.

– ¡Ya está bien! –exclamó con vehemencia la joven, incorporándose, en tanto que el verdugo de la galera hacía preparar el tablado de la tortura y revisaba sus navajas.

– ¿Qué deseas? –inquirió el bajá.

–Hace ya media hora que insisto en que me digas dónde está la duquesa.

–Y media hora hace que te digo que no lo sé.

– ¡Ah! ¿No lo sabes?

–No.

– ¡Por Alá! Ahora lo veremos.

A una indicación suya Hamed se precipitó sobre el bajá, le quitó la cubierta que le envolvía, los calzones y la camisa, que eran las únicas ropas que llevaba, y le tumbó sobre la mesa con la ayuda de sus secuaces. Luego le ató los brazos y las piernas, con la espalda hacia arriba.

–Puedes vanagloriarte de contar con un verdugo que no trata con consideración ni a un bajá. Que el profeta le guarde de caer algún día en mis manos.

–Si me hubieses mandado tú otro... Pero en Chipre no disponemos de otro mejor.

– ¿Yo?... ¡Muy irónica estás!

– ¿Comienzo, señora? –indagó Hamed, que ya hacia rato afilaba las navajas, frotándolas una contra otra.

Un fiero bramido ahogó su voz. La tripulación de la galeota, aunque ya sin armas, protestaba contra aquella cruel tortura que se intentaba aplicar a su señor. Haradja miró despectivamente a los tripulantes y ordenó a Metiub:

–Que carguen cuatro culebrinas con metralla, y si esos necios dan un paso, barre el puente.

–Conforme –repuso el capitán, que a cada momento hablaba en tono más seco.

Hamed empezó su trabajo, levantando la piel del hombro de la víctima con la navaja de afeitar. La sangre empezó a surgir, extendiéndose con rapidez. El bajá no había lanzado ni una exclamación. Haradja apretó con furia los puños; la frente de Metiub empezaba a ponerse ceñuda.

– ¿Confesarás?

– ¡No sé nada! –respondió el anciano, apretando los dientes.

El verdugo había ya levantado una porción de piel e impasible preguntó con la mirada a la cruel muchacha.

– ¡Prosigue!

El verdugo tomó la segunda navaja y prosiguió desollando al padre del León de Damasco, procurando no dañar los músculos. Por un momento todavía aguantó el anciano con aspecto impasible, pero, por último, el horroroso dolor le obligó a proferir un grito.

– ¡Ya está bien, perro! ¡Que el profeta te maldiga a ti y a tu señora!

–Pues solamente te ha levantado un par de palmos escasos de piel –repuso Haradja, con ironía. –Observo que los gallos de Damasco aguantan poco. ¿Deseas que el valeroso Hamed prosiga o resuelves hablar?

El bajá continuaba silencioso; la sangre corría abundante por su espalda. A un gesto de su ama el verdugo dejó caer la piel.

–Como ves, bajá, no me espanto con facilidad ni me interrumpo a la mitad. Si no me informas sobre lo que deseo te haré desollar totalmente.

– ¿Deseas saber dónde están mi hijo y su esposa?... Te lo voy a decir: se encuentran en Candía... Marcha allí a apresarlos si eres capaz. Cincuenta mil turcos murieron alrededor de la

ciudad, delante de los fosos que defienden los venecianos, y todavía ha de caer otro número semejante. Si hace breves semanas pudieron al fin conquistar Canea, no se apoderarán tan fácilmente de Candía. Hace diez años que estamos preparando minas y que tu tío cañonea día y noche la plaza sin haber conseguido izar en aquellas ruinas la enseña del imperio... ¿Deseas ir en su busca? ¡Atrévete, pues! ¡Ve, ve y verás!

– ¿En Candía? –inquirió Haradja. – ¿Y qué han ido a hacer a esa ciudad?... Yo estoy enterada de que la duquesa se dejó sorprender en Famagusta por el francés que era su novio... Pero ¡en Candía!

–Ya te indiqué que tiene posesiones en la isla.

– ¿Me estás mintiendo, bajá? ¿No será un engaño para eludir las navajas de Hamed?

–No, ya que estoy convencido de que tú, con toda tu jactancia, y con el capitán de armas y con el célebre almirante y antiguo pirata, no entrarás nunca en Candía.

– ¿Lo juras por el Corán?

– ¿Qué se encuentran allí? Lo juro.

–Es suficiente: te considero buen mahometano.

Hamed, a una orden de su señora, colocó con cuidado la piel que había levantado y la cubrió con un trozo de trapo humedecido en agua salada, y luego de ponerle una especie de venda y tras vestirle otra vez con la camisa de seda amarilla y los calzones, soltó las ligaduras del anciano y le depositó con cierto miramiento sobre las culebrinas que hacían las veces de silla.

– ¿Estás ya contenta? –interrogó, dirigiéndose a Haradja, la cual seguía contemplándole sin perder su impasibilidad.

– ¿Y piensas ir en su busca?

–Desde luego.

– ¿Dentro de Candía?

–O delante de sus muros.

– ¿Con las naves de tu famoso tío?

–No es de tu incumbencia cómo.

–No obstante, me interesa saberlo. ¿Estaré yo presente en la lucha?

–Tú descansarás en los subterráneos de mi castillo. Dispongo de algunos tan frescos que da gusto vivir en ellos.

– ¿Y tú supones que no habrá quien vengue la injuria hecha al gobernador de Damasco?

– ¿Y quién va a vengarla? ¿El sultán? El sultán tiene más graves preocupaciones. Está en exceso abatido por haber dado orden de que mataran a su muy cruel sultana.

– ¿Cuál? ¿Roxelana? ¿La gran sultana que hacia estremecerse de espanto a todo el serrallo?

–También noble veneciana y que superaba en belleza (¡qué pelo tan largo, sedoso y rubio y qué ojos más negros y expresivos!) y crueldad a la célebre «Baffa» y a cualquier otra favorita musulmana.

– ¿Ha muerto, dices?

–Ya era hora de que aquella cristiana, transformada en sultana, se marchara, no sé si al paraíso de los suyos o al nuestro. Se pasaba el día contemplando el Bósforo, y cuando caía la noche se entretenía haciendo descuartizar a sus rivales turcas. Por último osó meterse con la hija del necio sultán, y eso fue su perdición.

– ¿Quién te ha explicado eso? –inquirió con curiosidad el anciano, olvidando totalmente sus dolores.

–Te digo de nuevo que lo sé. Y te garantizo que ya era hora, puesto que la hermosa rubia veneciana se había vuelto terrible. Tuvo el atrevimiento, luego de haber pretendido asesinar al

primogénito de Ibrahim con unas frutas envenenadas, de insultar a la hermana...

– ¡Qué osadía!

–En el pecado ha llevado la penitencia.

–Explica, explica.

– ¿Y tu... piel?

–No te inquietes por ella. Las historias trágicas nos interesan mucho a los mahometanos.

–Pues escucha. Al enterarse el sultán, enfurecido por el insulto dirigido a su hija y a su hermana, la hizo llamar y le dijo: « ¿No recuerdas, cristiana, la diferencia que existe entre mi hermana y tú?»

«– ¿Qué diferencia?» –inquirió con acento de orgullo la cristiana.

–«La que existe entre una esclava adquirida en el mercado y una hija de sangre imperial».

La veneciana, molesta, retando a su esposo delante de los más importantes dignatarios del imperio, le contestó insultándole de una manera horrible. Y su hermosura no la salvó de la muerte. La maza, a una indicación del sultán, se abatió sobre sus dorados cabellos y aplastó su cráneo.

– ¿Y quedó muerta?

–Sin proferir un ¡ay!... Pero ya está bien de conversación: hay que curarte. Hamed, coge al bajá, condúcele a su camarote y ocúpate de curarle. Tu presencia en Candía es innecesaria. Si faltasen verdugos, allí encontraría a docenas. Metiub, pon grilletes a todos los damascenos y que se trasladen treinta hombres para conducirlos a Hussif.

– ¿No voy contigo, señora?

–Si, me serás muy útil en Candía. Haz que se cumplan mis órdenes Que enarbolen la bandera azul con el objeto de que las galeras de mi tío se aproximen, y regresa en seguida

El sol poniente semejaba haber incendiado el Mediterráneo. Haradja hizo una minuciosa inspección por la galera, tal vez para no verse de nuevo con el bajá, a quien ya trasladaba en sus brazos Hamed. Miro por un instante el sol poniente, respiró profundamente la brisa salada y volvió a su puesto entre los dos palos de la nave, ordenando arrojar al mar el cadáver del capitán de armas damasceno.

Le llevaron el café en una vasija de oro, labrada a martillo, y un narguilé de tabaco rubio de Morea y con agua de rosas. En aquel tiempo las mujeres también fumaban. Haradja bebió el café mando encender la pipa y se puso a fumar plácidamente como si se encontrase en el cómodo diván de una de las confortables habitaciones de su castillo, en tanto que el cuerpo del torturado capitán se hundía en el agua con lúgubre sonido.

Cumplimentadas sus órdenes –la galeota rumbo a Hussif y la galera, en compañía de las otras cincuenta, hacia Candía –Metiub se sentó en una culebrina, cerca de su señora, e inquirió:

– ¿Piensas que te podrás vengar del León de Damasco y de la duquesa italiana? No será muy sencillo ni muy agradable penetrar en esa ciudad frente a la cual los nuestros están muriendo por millares hace años.

– ¿Y para que necesitamos entrar?

– ¿Confías en hacerlos salir a ellos?

–Claro.

– ¿Y de que manera?

– ¿No te acuerdas de que hice raptar al hijo del León de Damasco? Al llegar a Candía le encontraremos en manos del bajá.

–Empiezo a entender.

–Ya veras como todo se logra.

– ¡Hum!

–Ordena que preparen la cena.
–Esta preparada.
–Que la sirvan en el puente, deseo disfrutar de esta puesta del sol.
–Se parece a la sangre.
– La que corre en Candía acaso.

Abandonó la boquilla del narguilé, estiró los brazos y saltó al suelo igual que un pájaro sobre las culebrinas. La mesa estaba ya dispuesta. La galera, escoltada por las otras cincuenta y empujada por la suave brisa del siroco, avanzaba majestuosamente en dirección a Candía.

EL RUGIDO DEL LEÓN DE SAN MARCOS

Venecia, que tantas posesiones tenia en Levante, luego de hacer temblar con su escuadra al poderío musulmán, sosteniéndose siempre en la brecha para la defensa de la cristiandad, empezó a debilitarse y a consumir sus recursos en guerras encarnizadas e inacabables.

Los rugidos del León de San Marcos no amedrentaban ya a los invasores mahometanos, que anhelaban la conquista de Europa y el aniquilamiento de las naciones cristianas.

El año 1600 fue muy especialmente trágico para los esforzados venecianos, que defendían con fiera obstinación no solo sus dominios, sino así mismo la Cruz ayudados solamente por los caballeros de Malta, siempre en pie de guerra sobre sus galeras contra el aborrecido musulmán y olvidada de las demás naciones europeas, a pesar de que todas ellas debían temer de los sectarios de la Media Luna.

Mohamed II, figura gigantesca de la historia, bien conocido para que sea preciso recordar su obra, al tomar Constantinopla e izar en esta ciudad la bandera de la Media Luna, fue el primero en preparar la decadencia de Venecia. Aniquilado el imperio de Trebizonda, abatido el poder de los Comneno y con los turcos dueños de Crimea, el sultán dirigió sus miradas ávidas hacia las colonias venecianas y conquisto Morea y Negroponto, pasando a cuchillo a sus defensores.

Envalentonado por sus victorias y suponiendo a Venecia incapaz de enfrentarse a el, con el pretexto de que el dominio de Constantinopla implicaba el derecho de soberanía sobre las restantes posesiones bizantinas, exige imperiosamente las posesiones de las Apulias, y en 1480 saquea Otranto, cometiendo increíbles crueldades.

Otro Mohamed semejante al II, el IV, coge la herencia del III, declarando la guerra a Venecia y a todos los cristianos, y si bien su imperio ya no era tan floreciente y poderoso como antaño, envía sus escuadras al Mediterráneo y luego al Adriático, pretendiendo conquistar Dalmacia donde poseían ricos y prósperos dominios los venecianos.

El León de San Marcos, aunque también exhausto a causa de las guerras anteriores, lanzó su poderoso rugido, y las galeras venecianas, bajo el mando del almirante Mocenigo, en 1656, no solamente expulsan del Adriático al enemigo, sino que, alentados por su buena fortuna, fuerzan osadamente el paso de los Dardanelos, se apoderan de Tenedo, Samotracia y Lemuro y llegan a Constantinopla, amenazando con bloquearla.

Los esfuerzos de Mohamed, en tanto que hace construir más naves, se limitan a las conquistas terrestres. Los ejércitos turcos toman Transilvania, vencen en Grosvaradina a húngaros y alemanes y se adentran victoriosamente en el mismo corazón de Rusia, en tanto que sus eternos enemigos, los venecianos, le aniquilan en Milo gran parte de su escuadra.

Con sus invencibles jenízaros amenaza Austria. Pero un general italiano, el conde de Montecúculi, general de las tropas austriacas, vence a los turcos en las proximidades de San Gotardo, en Hungría.

Mohamed, tras firmar la paz de Vasvar, se vuelve a ocupar de nuevo de los venecianos y luego de reconstruir su flota y disponer debidamente su ejercito, manda contra Chipre cien mil hombres y trescientas galeras, a cuyo frente va Alí Bajá.

Los venecianos resisten firmemente en Nicosia pero en especial en Famagusta donde luchan por espacio de once meses con un valor que produce admiración entre los países cristianos.

Pese a los intentos de Sebastián Veniero, el anciano y gran almirante veneciano, para suministrar guerreros, pólvora, armas y provisiones a la infortunada ciudad, esta convertida ya en un cementerio, se entrega a Mustafá con la condición de que sean respetadas vidas honras y riquezas.

Pero el generalísimo turco encolerizado a causa de los treinta mil hombres que perdió en el sitio, no cumple su palabra y hace degollar a los vencidos torturando sin piedad a sus jefes más notables.

Envalentonada por esta victoria, dirige Turquía su atención hacia Candía, ultima posesión veneciana. En aquel tiempo era sultán del imperio otomano Ibrahim, uno de los mas derrochadores que ocuparon el trono de los Califas, y tan anheloso de bellas esclavas para habitar su serrallo que llegaron a costarle dos mil piastras cada una, suma inmensa que produce verdadero espanto a todos los cronistas musulmanes.

La conquista de Candía fue motivada por una mujer, ya que aquel necio sultán no tuvo jamás en principio la idea de combatir contra los venecianos, que tantos trabajos ocasionaron a Mohamed II.

Un cortesano compro una hermosísima esclava y se la regaló. Se hallaba ésta a punto de ser madre, y a la par que la de ella nació otra criatura de una favorita del sultán Fue el príncipe Mohamed, de cuya lactancia se ocupo la esclava.

No se conoce por que rareza, el sultán tomó mayor cariño al hijo de la sierva –y de un príncipe georgiano, al parecer –que al suyo legitimo. Semejante injusta preferencia y el favor de que disfrutaban la bella nodriza de Mohamed y el funcionario de palacio que se la regalo a Ibrahim, no habían de tardar en suscitar graves desordenes.

Efectivamente cierto día en que paseaba por los jardines de palacio con la nodriza y el hijo de esta, apareció encolerizada la favorita, con el pequeño príncipe Mohamed en brazos, y puso a este en manos de su padre, exclamando.

–Este es tu hijo, el que tiene derecho a tu cariño y a tus caricias y no el hijo de esa perra…

Ibrahim asió a la criatura por un pie y, aproximándose a una cisterna, le tiro allí de cabeza. Merced a la rapidez con que los eunucos y guardianes actuaron pudieron sacarle con vida, mas después de aquella escena la sierva se dio cuenta de que cualquier día sería ella lanzada al Bósforo y solicitó el permiso del sultán para marchar en peregrinación a la Meca, en compañía del alto dignatario que la regaló y que tampoco se consideraba a salvo.

Si bien a disgusto, ya que había tomado un extraño afecto al hijo de la esclava, dio Ibrahim su asenso, ordenándoles el inmediato retorno y dándoles dos naves de escolta.

Los caballeros de Malta, inexorables enemigos del imperio otomano, los sorprendieron y los apresaron en alta mar. Suponiendo en un principio que era hijo del sultán y heredero del trono, trataron al hijo y también a la madre con extraordinaria deferencia, mas al advertir su error, hicieron educar a la criatura en las creencias cristianas, destinándole al estado eclesiástico. Con el tiempo habría de ser el que la historia denomina Padre Otomano y que durante algún tiempo fue considerado como hijo de Ibrahim.

Este, al informarse de que su esclava y aquel niño a quien tanto afecto tomó habían sido apresados y conducidos a Candía, se enfureció primero y luego decidió castigar severamente a los venecianos por haber acogido a los malteses.

Una poderosa escuadra, compuesta de cuatrocientas velas y cien mil guerreros, abandonó Constantinopla el 30 de abril de 1645 y después de una afortunada travesía ancló frente a Canea, que era una de las ciudades más importantes de la isla.

Sorprendidos, los venecianos se dispusieron al instante para la defensa y se dio principio a aquella terrible contienda que debía prolongarse durante un cuarto de siglo y que costo miles de vidas a venecianos, candiotas y, en especial, a los turcos.

Los defensores de Canea, poco numerosos, hubieron de ceder ante el poderoso empuje de las tropas otomanas, y su catedral y su par de iglesias quedaron convertidas en mezquitas. A fines de junio Venecia mando sus primeros auxilios, que llegaron demasiado tarde.

Yussuf Bajá, general de las fuerzas mahometanas, combatió por espacio de un año con diversa fortuna, y desesperando de conquistar Candía, que ya se encontraba bien fortificada por los venecianos, volvió a Constantinopla en busca de tropas de refresco.

El sultán, enfurecido, le ordeno regresar para que combatiera con las tropas que le quedaban, y como el comandante supremo se negara, mandó que lo descuartizaran.

Entretanto, una escuadra veneciana se apoderó de Patrás, apresando a cincuenta mil turcos y condenándolos como galeotes para vengar de esta manera a los quinientos camaradas acuchillados por Mohamed II. Encolerizado Ibrahim, dio orden de degollar a cuantos cristianos residieran en el imperio otomano, lo que hubiera significado la muerte, sólo en Constantinopla, de doscientas mil personas, entre griegos y armenios. Por fortuna, sus ministros, por temor a tener que sostener una guerra contra todos los países cristianos, se negaron a tan espantosa matanza.

Alí Bajá, comandante en jefe de las tropas turcas a raíz de la muerte de Yussuf, conquistó por asalto Retimo y otras plazas de escasa importancia y se presentó ante Candía, capital de la isla y defendida por treinta mil venecianos y diez mil cretenses, resueltos a morir sepultados en las ruinas de la población antes que entregarse para sufrir idéntica y terrible suerte a la padecida por sus compatriotas de Famagusta.

Venecia, exhausta, especialmente en el aspecto económico, para proporcionar ayuda a su última posesión y equipar nuevas galeras sacrificó la célebre cadena de oro de cequíes que formaba parte del tesoro de la República y que constituía el orgullo de los venecianos y la envidia de otros Estados; cadena tan enorme, por lo larga y pesada, que para transportarla eran precisos cuarenta robustos mozos. Servía lo mismo para sacar de apuros a la República, como para ostentarla en las grandes solemnidades.

En semejantes circunstancias la preciosa cadena se colocaba en festones suspendida a lo largo del pórtico del palacio del Dux, del cual adornaba dos lados totalmente: el que se hallaba frente a la Rivera de los Esclavones y el de la plazoleta.

Candía la fundió y consumióla toda, con gran dolor del pueblo veneciano.

La guerra proseguía cada vez con mayor encarnizamiento.

Los turcos, acabados los trabajos preparatorios, practicaron a principios de 1648 las primeras trincheras, en tanto que sus naves luchaban con diversa fortuna, a lo largo de la costa de la isla con el objeto de mantener en constante alerta a la escuadra veneciana, que estaba bajo las órdenes de Sebastián Veniero, ya de setenta y dos años de edad, y responder a los incesantes ataques de los caballeros de Malta.

Una revuelta de jenízaros hizo que el generalísimo turco hubiera de suspender el asedio. Pero pocos meses más tarde se reanudaba con mayor tenacidad y violencia, gracias a la erección de nuevos fuertes.

Entretanto, el apático sultán Ibrahim murió asesinado por una conspiración palaciega y ocupó el trono Mohamed IV, que era todavía un niño. En principio se supuso que iba a terminar la guerra. Sin embargo, la madre del nuevo sultán, al informarse de que en un combate naval fueron muertos por los venecianos ochocientos turcos, remitió a Alí más galeras y guerreros.

Por mar la suerte sonrió a los turcos, aunque no por tierra, donde perdieron miles de vidas en la conquista de muy pocos pueblos del interior de la isla.

Candía, aunque circundada por un círculo de hierro que ya impedía a las galeras venecianas suministrarle armas, víveres y municiones, continuaba resistiendo con indomable energía. Los habitantes habían muerto casi todos de hambre y sólo restaban unos escasos millares de defensores, exhaustos por el incesante batallar, debilitados por las enfermedades y la falta de alimentos.

Dos días más tarde la galera de Haradja, escoltada de continuo por las otras cincuenta, llegaba

en el crepúsculo vespertino a Candía, puerto abarrotado de navíos mahometanos.

En aquel tiempo era primer año de sitio y se combatía por ambas partes con tremenda energía, pereciendo por millares ante los fosos los turcos, tal como hemos visto explicar al bajá de Damasco.

En el momento en que Haradja alcanzaba el puerto, una densísima nube de humo cubría totalmente a Candía tornándola invisible.

Retumbaban las culebrinas turcas y también las venecianas, y estallaban las minas otomanas para abrir, tras doce meses de asedio, la primera trinchera, frente a la cual habían ya sido abatidos veinte mil turcos.

Metiub, en extremo práctico y conocedor de aquel puerto, hizo avanzar la galera de su señora por entre las que cañoneaban la ciudad para ayudar a los jenízaros, hasta abordar la del almirante. Una vez en aquel punto dijo a Haradja, con una ligera ironía:

–Te hallas en tu casa.

El bajá, conocedor ya de la llegada de su sobrina, había ordenado que se retrasara la cena y salió al instante al encuentro de la fiera castellana. Esta y su capitán treparon con la agilidad de gavieros por la escala de cuerda.

Alí Bajá contaba cincuenta años; pequeño, si bien fornido y robusto, de bronceada piel y barba rala, era de procedencia argelina y experto naviero, a la par que el valeroso caudillo.

Viendo subir a Haradja, le ofreció cortésmente la mano y dijo:

–Tengo al hijo del León.

– ¿No lo has desollado? –inquirió con acento risueño su sobrina.

– ¿Quién ha sido capaz de presumir semejante cosa?

– Mi capitán de armas.

–En tu lugar le habría yo lanzado al mar.

–Es demasiado necesario –repuso la joven, tras haberse cerciorado de que Metiub se había marchado con la tripulación y no podía escucharla. – ¿Dónde se encuentra el chiquillo?

–En una de mis cámaras ¿Y el baja de Damasco?

–Le tengo en los subterráneos de Hussif.

–Eres tremenda, sobrina

–Digna familiar de Ali Baja

Una sonrisa de complacencia ilumino las curtidas facciones del Gran Almirante otomano.

–Lo cierto es que das mucho que hablar.

– ¡Bah!

– ¿Deseas ver a la criatura?

–Al momento ¿Cuando le recibiste de los hombres que envíe a Venecia para secuestrarle?

–Hace un par de días

– ¿Como consiguieron entrar en Venecia?

–Simularon ser epirotas

– ¿Y no tuvieron el menor obstáculo?

–No. Sin muchas complicaciones lograron sacarle del palacio que tú indicaste.

– ¿Sin necesidad de matar a nadie?

– ¡Oh! Únicamente a la nodriza o, para ser mas exacto, a la niñera, puesto que el crío ya esta destetado.

–Vamos a verle.

– ¡Que ardor! ¡Que apresuramiento!

–No poseo yo tanta sangre fría como un almirante.

–Estas en lo cierto. Vamos.

Cruzaron una parte de la popa, pasando ante Metiub que se hallaba cenando queso y pan, y, abriendo la puerta del camarote, el bajá dijo:

–Este es el camarote probablemente esta durmiendo. No lo despiertes.

Se trataba de una reducida estancia, alumbrada por una lámpara cubierta de vidrio opaco de Venecia para tornar más tenue la luz, y encima de una pequeña litera distinguió Haradja al hijo de su aborrecido enemigo tapado con una ligera colcha de seda amarilla. La joven se acerco al instante, con tan vehemente movimiento, que por un momento el bajá temió algún acto de violencia por parte de su sobrina.

–Te advierto –anunció –que yo velo por la vida de este pequeño prisionero.

Haradja descubrió la cabeza de la criatura, que casi no aparentaba tres años y que tenía unas bellas facciones, a las que servían de marco unas oscuras y sedosas guedejas. Su cuerpo, bien desarrollado, estaba vestido con una camisa de seda blanca, ornada de soberbias blondas.

–Muy hermoso y desarrollado esta el crío, ¿eh? –comentó el bajá, –como hijo de un héroe mahometano y una heroína cristiana. ¡Lastima que no se casara contigo!

–Calla, tío –contesto la muchacha, contemplando con odio al niño.

–No podrás afirmar que no es bello. La sangre mahometana unida a la cristiana suele producir robustos frutos. Nosotros, y ellos también, somos raza de guerreros y… Pero ¿has terminado de contemplarle ya?

Haradja soltó la cubierta, que mantenía levantada, con un brusco gesto, como si pretendiese de aquella forma despertar a la criatura. Después, cruzándose de brazos, examino a su tío y exclamo:

–Diríase que tú no sientes odio por el que llamas tu prisionero.

–Y se diría bien, puesto que no siento el más mínimo odio hacia el –repuso el almirante – ¿Tal vez no corre por sus venas sangre otomana?

–Si, pero unida a sangre cristiana.

–Es cierto. Pero admite que la sangre que tiene su madre es mejor todavía que la que corre por las quinientas mujeres del serrallo, que, excepto para el placer, no están capacitadas más que para asesinarse entre ellas o para fraguar complots y matar sultanes.

– ¡Ah, tío! ¿Acaso esa guerrera cristiana que se hacia designar con el nombre de capitán Tormenta te ha sorbido el seso? ¿Va a resultar que estas enamorado?

–Nada de todo eso, Haradja. La he admirado sencillamente cuando, a pesar de ser mujer, combatía heroicamente y derrotaba, frente a frente, a su futuro esposo. Y bien sabes que Muley era considerado como la mejor cimitarra del ejército mahometano que cercaba a Famagusta. Pero vamos a cenar, y con el estomago debidamente lleno conversaremos mejor.

EL GRAN ALMIRANTE TURCO

En el elevado y anchísimo castillo de la nave Almirante, debajo de una tienda de roja seda, alumbrada por muchos farolillos venecianos de vidrio de diversos colores, habían dispuesto la mesa para la cena de Alí. Si bien tenía por norma invitar a sus oficiales, aquella noche prescindió de su costumbre, con el objeto de que, a solas con él, su sobrina pudiera comer y expresarse con libertad.

El bajá, al igual que todos los musulmanes, era buen gastrónomo, y aunque las provisiones no estaban muy sobradas entre los cien mil, solicitando sin cesar refuerzos de Constantinopla, el cocinero de la galera había realizado auténticos milagros para honrar a la sobrina del muy poderoso señor.

Sirvió, por tanto, en primer término, *pilaf,* es decir, el típico arroz turco o, para ser más exactos, persa; cabezas de carnero asadas, con judías verdes en salsa de ajo; *missir,* mazorcas de maíz, asadas, que se comen con sal; *simit,* que son tortas dulces escaldadas, y yogur, dátiles, higos secos, castañas pilongas y pasas de Chipre y Morea. También había jarritos de vidrio, llenos de *loncum* verde, rojo, azul, magnífica crema que solamente sirve para encolar espantosamente los intestinos, pero que, no obstante, los musulmanes tienen en gran estima, y especialmente acompañado de *bureke,* terribles empanadas rellenas de grasa y de un queso nauseabundo

No había vinos. Sin embargo, toda la gente conocía que el bajá, si bien verdadero musulmán, bebía más vino de Chipre que agua. Por el contrario, se veían enormes jarras de cristal de Venecia llenas de agua dulce perfumada con naranjos y cedros del Líbano. Cuatro jenízaros muy leales vigilaban, situados en cada puerta, entre las dos escaleras que daban al castillo, con sus arcabuces dispuestos.

Se pusieron ante la mesa y comenzaron a comer en silencio, prestando atención al estampido de las culebrinas, que no cesaban de cañonear a Candía. La castellana casi no probó bocado, pero el bajá comió con magnífico apetito y se bebió una jarra completa de agua dulce.

Al concluir, en lugar de narguilé, tomó un *chibuqui,* recipiente de barro cocido, lo llenó de tabaco, lo encendió y, colocándolo con toda comodidad en la silla, y luego de oír complacido por un instante el ininterrumpido retumbar de la artillería, contempló con fijeza a su sobrina.

– ¿Y qué tienes decidido hacer –inquirió –con el bajá de Damasco y su nietecito?

– Pensaba preguntarte a ti sobre ello.

– ¿A mí? Si me interrogases sobre cómo debería actuar para vencer a una flota superior a la mía, sería asunto diferente. Pero del niño y del viejo y, en especial, de tus planes particulares, no sé nada, sobrina.

– ¿Cómo te las arreglarías tú, tío, para penetrar en Candía y enfrentarte al León de Damasco y su mujer?

– ¿Penetrar en esa plaza que parece estar protegida por bastiones de acero y por hombres de hierro? ¿Quién osaría semejante empresa, mi apreciada sobrina?

–Es que allí se encuentra esa maldita duquesa cristiana: el capitán Tormenta.

El bajá fumó y permaneció silencioso. Tras haber lanzado cuatro o cinco bocanadas del humo de su chibuqui, recordó:

– ¿Te acuerdas de qué manera conquistó el amor de su cristiana el León de Damasco?

–Sí; retándola delante de las murallas de Famagusta. Pero no sabía que era una mujer.

–Es lo mismo. Tú estás enterada ahora de que esa mujer se encuentra en Candía, ¿no es así? Pues bien: envía un mensajero ante los muros con el encargo de que, en nombre de una dama turca, rete a una cristiana de la plaza. Conozco que eres experta en el manejo de las armas blancas.

– Bastante, tío, pero ¿estará conforme? Y, por otra parte, desearía que no saliera sola.

– ¿Desearías que saliera con el León de Damasco?

–Sí.

– ¿Y con quién vas a enfrentarle?

–Con mi capitán de armas.

–No obstante, me han explicado que cierto día, años atrás, ante ti y en tu propio castillo, le dio una magnífica estocada el capitán Tormenta.

– ¡Cierto!

– ¡Hum! Si el maestro recibe una, ¿cuántas recibirá la discípula?

– Me parece que ninguna, puesto que la discípula ha superado al maestro. Le asesto suficientes botonazos sin excesivo esfuerzo.

– ¡Hum! Fanfarronadas.

–No, tío.

–En tal caso podemos asegurar que si los cristianos disponen de una magnífica espadachina que no siente temor a medir sus armas con ningún enemigo, también nosotros, los mahometanos, contamos con nuestra heroína, que eres tú, la hermosa sobrina del Gran Almirante.

Miró a su alrededor, después extrajo de una cesta oculta debajo de la mesa una botella de vino de Chipre, que destapó con toda limpieza de un tajo asestado con el yatagán que llevaba a la cintura, arma que le regaló Ibrahim y que había pertenecido a Mohamed II. Luego se llenó un vaso del aromático líquido.

–De haberlo catado el Profeta no hubiera prohibido a los creyentes beber vino. Esto es mejor que todas las aguas azucaradas y, en especial, si se bebe antes de iniciar un combate. ¡Infunde un valor!... ¿No deseas probarlo?

–Soy mujer, además de creyente.

–De todas maneras, no pienses que te sentaría mal un vasito de esto; posiblemente la vencerías... Bueno: brindo por la gloria de nuestra bandera.

Vació de una sentada el vaso, volvió a encender su chibuqui y continuó diciendo:

– ¿De modo, sobrina, que pretendes desafiar a la cristiana?

– ¿Desafiarla? ¡Matarla es lo que pretendo!

El bajá soltó una carcajada, acaso estimulado alegremente por aquel excelente vino que decidió a Mohamed a conquistar los viñedos, suprimiendo las tres cuartas partes de los vinicultores.

–Lo que tú deseas, sobrina, es matar un secreto, ¿no es cierto?

– ¿Qué secreto? –inquirió ella, ruborizándose.

–Hay quien asegura que te enamoraste de ella, suponiéndole un joven y valiente guerrero.

– ¿Y qué pasaría si así fuese?... Se presentó ante mí disfrazada de capitán albano.

– ¡Muy bella debía de estar la duquesa!

Haradja no contestó. Luego de un breve silencio Alí preguntó:

– ¿Tienes resuelto matarla?

–Sí.

– ¿Y si, en cambio, esa endemoniada mujer te mata a ti? Lamentaría en gran manera que mi única sobrina muriera a manos de una cristiana.

– Me considero con la bastante fuerza para derrotarla –repuso la joven con fiera vehemencia. – ¡Y la odio mortalmente!...

– ¿Al cabo de cuatro años?

–Me vi obligada a esperar el momento oportuno. ¿Iba a ir en su busca a Italia?

– ¡No!... ¡Claro!... Lo que me sorprende es que esa mujer, ya que pudo huir por milagro de

Famagusta, haya regresado a nuestras aguas y a meterse en una ratonera: a otra ciudad cercada por los nuestros. Es ir a buscar la muerte y obligar a buscarla también a Muley.

–El bajá me ha asegurado que tenían propiedades en Candía. Acaso se disponían a venderlas cuando los cogió desprevenidos el sitio.

–Es posible –convino el almirante, llenando de nuevo el vaso y bebiendo con premura para no ser observado. –No cabe duda de que ha sido el Profeta quien la ha hecho cruzarse en tu camino.

–Eso me parece, y me aprovecho de la oportunidad.

–Un poco tardía.

– ¿Imaginas, tío, que no mandé sicarios a Venecia y Nápoles para asesinar a la cristiana que ocupó mi puesto al lado de Muley-el-Kadel, con el fin de hacer llorar de dolor al León de Damasco?

– ¿Y qué es lo que han hecho esos haraganes?

–Unos fueron muertos; otros sintieron temor y escaparon, no sé si hacia Trípoli o Argel.

– ¡Vaya gente valerosa que mandabas!

–El León de Damasco y el capitán Tormenta cortaban las alas en seguida a los aguiluchos que yo mandaba, quizá demasiado bien pagados.

–Eso creo; en el castillo de Hussif no debe faltar el oro.

– Merced a ti, querido tío.

Alí hizo un gesto de indiferencia con los hombros. Después, entre chupada y chupada de chibuqui, dijo:

–Y si deseas más, pide. Yo no dispongo de más heredera que tú.

–No preciso nada más.

–De manera que piensas lanzar el reto mañana, ¿no?

–Sí, tío.

–Ten cuidado, no vayas a cometer una locura.

–No. Me considero capaz de acabar con la cristiana al primer asalto.

Por segunda vez el almirante hizo un movimiento con la cabeza.

–Ya que lo deseas, haré que mañana se interrumpa el cañoneo y mandaré un mensajero para que rete a la más valiente cristiana y al más esforzado guerrero, ya sea veneciano o turco renegado. De esta forma se darán cuenta el capitán Tormenta y el León de Damasco de que el desafío es para ellos.

–Y no abandonarán Candía. En ocasiones el vino de Chipre es malísimo consejero, tío.

– ¡Por Alá! Acaso estés en lo cierto –admitió él, riendo.

–Y Yussuf, ¿estará dispuesto a cesar el bombardeo?

–Yussuf hará lo que yo desee. ¡Pues no faltaba más!...

Bebió el tercer vaso de vino, terminó de fumar y, abandonando el chibuqui, agregó:

–Sobrina, tu camarote está preparado y puedes ir a dormir.

– ¿Y tú?

–Un almirante no dispone de sus horas. Tiene que velar por la escuadra, que vale más, infinitamente más que los cien mil soldaditos que el sultán ha enviado al mando de Yussuf. Vete, sobrina.

La condujo galantemente por el brazo hasta la escalera, llamó a un negro y le ordenó:

–Este eunuco está a tu servicio; él te conducirá.

El cañoneo proseguía atronando el espacio. De la parte de tierra y desde el puerto se abatían los proyectiles sobre la población, que replicaba enérgicamente con sus culebrinas, rasgando con sus relámpagos las tinieblas nocturnas.

Haradja obedeció. Se disponía a penetrar en el camarote donde se hallaba el hijo del León de

Damasco, pero dos hercúleos negros, con las cimitarras desenvainadas, estaban de centinelas delante de la puerta con orden de no permitir la entrada a nadie. La castellana masculló algo entre sus dientes pequeños, blancos y agudos, y continuó hasta su habitación, que sin duda era el mejor camarote de la galera.

Alí permaneció bajo la tienda, contemplando los resplandores ocasionados por la artillería, e hizo un movimiento con la cabeza como si se hallase de mal humor. Dio cuatro o cinco bostezos y comentó para sí:

– ¡Matar al capitán Tormenta!... Mi sobrina tiene que estar por fuerza cansada de las comodidades del castillo... En fin: ya que lo desea, que se haga... Estaría muy bien que una mahometana derrotara a la célebre cristiana... ¡Qué éxito para nosotros si la endiablada sobrina saliera vencedora!... Afirman que es muy hábil.

En aquel momento sus ojos se fijaron en Metiub, quien paseaba por el puente fumando un cigarrillo.

– ¿Eres tú el capitán de armas del castillo de Hussif?

–Sí, bajá.

El almirante le contempló fijamente, mirándole a la luz de uno de aquellos grandes faroles que llevaban por lo común las galeras y que en algunas ocasiones eran auténticas obras maestras.

« ¡Buen mozo! –pensó. –Piernas fuertes, ágil aún, musculosos brazos, pecho de búfalo... ¿Podrá enfrentarse al León de Damasco?... ¡No sé, no sé! Creo que Haradja está loca.»

Dio la vuelta en torno al capitán, que se hallaba en posición de firmes ante el Gran Almirante y le preguntó:

– ¿Tú eres quien ha enseñado esgrima a mi sobrina?

–Sí, bajá.

–Aseguran que es muy hábil.

– Muy hábil.

–Pero ¿lo bastante para luchar con el capitán Tormenta, esa dama cristiana que tú conoces sobradamente, ya que te hirió?

Metiub se tornó lívido ante aquel recuerdo, tan afrentoso para él, y respondió:

–Así lo considero, ya que le he enseñado la estocada secreta con que me hirió la cristiana y que ningún turco hubiera sido capaz de detener. Esos cristianos son más hábiles que nosotros en esgrima. Su forma de batirse no es fácil de comprender en los primeros momentos del combate.

Alí arrugó la frente.

–Lo que afirmas es muy grave. No desearía que le aconteciera alguna desgracia a mi sobrina.

–Tu sobrina, Bajá, posee una enorme serenidad, magnífica vista y musculatura de acero.

– ¿Y tú serías capaz, si llega el momento, de enfrentarte al León de Damasco? Acuérdate que durante el cerco de Famagusta era la más terrible cimitarra del ejército mahometano.

–Ya lo sé; pero me considero con bastante coraje para retenerle y luchar con él incluso con armas cristianas.

–Si consigues salvar a mi sobrina, cuenta con quinientos cequíes de oro.

–Una verdadera fortuna.

–Mi sobrina no tiene precio.

– ¿Y en qué momento será el desafío?

– ¡Cualquiera sabe! ¿Aceptarán? ¿Rehusarán?... Pero disponemos de la criatura para hacerlos salir de Candía y además estaremos todos preparados para salvar la situación en el instante crítico, si las cosas se presentaran mal.

– ¿No confías en nuestra habilidad?

– ¡Hum! Vais a tener delante dos espadas muy famosas, que mis mismos oficiales temerían. Ve a dormir. Ya se verá.

Se dirigió hacia proa, mandó lanzar al agua una chalupa tripulada por seis marineros y desapareció por entre las galeras que abarrotaban el puerto.

¿Hacía dónde se dirigía? Posiblemente a entrevistarse con el comandante de las fuerzas de tierra para interrumpir el bombardeo durante el día próximo, con el fin de que el heraldo pudiera acercarse a la ciudad cercada y lanzar el desafío.

En el transcurso de toda la noche las culebrinas otomanas y venecianas lucharon sin tregua, lanzándose proyectiles de piedra y plomo. Pero cuando despuntó el alba todo aquel fragor cesó.

Un guerrero turco, montado en un soberbio caballo árabe, abandonó el campamento mahometano, sosteniendo una lanza con una bandera blanca. Como solía acontecer que se solicitaran treguas para enterrar los cadáveres, el fuego se interrumpió casi al instante por ambas partes.

Cruzó a galope desenfrenado el campo de los sitiadores, de una extensión de más de dos millas, y al alcanzar el límite se detuvo y movió por tres veces la bandera blanca, esperando respuesta de la plaza antes de seguir adelante. Pronto ondeó otra bandera blanca en el extremo de uno de los bastiones más salientes de Candía. Y a esta indicación el turco avanzó hasta el pie de la primera trinchera, en la que se habían congregado muchos venecianos y candiotas, anhelosos de averiguar qué mensaje mandaba el bajá.

–Si entre vosotros se encuentra alguna veneciana –gritó el mensajero –que sepa utilizar la espada igual que un guerrero, notificadle que una mujer mahometana de noble cuna reta a singular combate. Y si hay entre vosotros un hombre que sepa esgrimir la cimitarra, informadle que un capitán turco le desafía. Espero la contestación.

Se observó gran excitación entre los sitiadores en las trincheras, bastiones y torres. Pero fue inútil que el heraldo aguardara. Y, no obstante, esos singulares combates entre turcos y cristianos solían acontecer muy a menudo, incluso como remedio para romper la monotonía del cerco.

Cierto es que la propuesta de combate entre dos mujeres debía de parecer algo rara a los sitiados, a pesar de que tuvieran noticia de que entre ellos se hallaba la duquesa de Éboli, célebre con el nombre de capitán Tormenta en el cerco de Famagusta.

En tres ocasiones el turco renovó el desafío, y siempre amparado por la bandera blanca retornó al campamento. Cinco minutos más tarde proseguía el bombardeo.

El Gran Bajá se encontraba en su galera junto a su sobrina, cubierta ya con una soberbia armadura de acero, tan bien fabricada que le permitía todo género de movimientos. Metiub estaba también armado.

Al oír el estampido de las culebrinas se dio cuenta, sin necesidad de ver llegar al heraldo, de que el duelo no había sido aceptado. Haradja tembló de ira y sus ojos despidieron rayos.

–No estáis de suerte –dijo al almirante.

– ¿Se habrá vuelto cobarde la cristiana o tendrá debilitado el brazo? –exclamó la muchacha, rechinando los dientes.

–Haremos que la maten.

– ¡Ah, sí! en cuanto vea a su hijo, no se obstinará en permanecer encerrada en Candía.

–Y menos aún el León.

–Y realizaremos el golpe.

–Poco a poco, sobrina. No seas impaciente y déjate guiar por mí, que tengo mayor experiencia y...

–Pero ¿no te das cuenta de que estoy en ascuas, tío?

–Pues aún no ha pasado el fuego a la armadura.

– ¡No se decide!...

–Se decidirá nada más al ver al niño.

– ¿A quién? ¿Al niño? ¡Nunca!

Haradja hizo una muda pregunta con la mirada. El bajá agregó:

–Le colocaré en brazos de un jinete musulmán que montará un corcel árabe, el más soberbio que haya en nuestro campamento. Si pierdes, huirá a todo galope. Tú conoces como galopan esos hijos del desierto cuando van sobre sus caballos... Y, por otra parte, no pienso dejarte matar ni por la cristiana ni por su esposo.

–Explícate.

–Mandaré practicar esta noche un foso lo bastante ancho para ocultar a diez caballeros, quienes, en el momento crítico, cubrirán tu retirada y la de tu capitán.

– Eso es una traición.

–Todo es lícito en la guerra. Que acudan a nuestro campamento los venecianos a protestar si son capaces. Desde luego que permitiré que combatáis con libertad hasta que uno de los dos caiga del caballo.

–Entonces..., ¿mañana?

–Confío en que mañana podrás cruzar tus armas con las de tu enemiga. Ahora permite que me ocupe de este asedio de Candía, que no va a poder concluirse con la rapidez que imaginaba el sultán.

– ¿Me permitís ir a ver al chiquillo?

–Interroga a los centinelas negros. Ya nos veremos a la hora de la comida.

La castellana de Hussif esperó a que se embarcara en una chalupa el bajá para marchar a tierra y se dirigió, acompañada por su capitán de armas, al camarote del hijo de Muley, delante del cual vigilaban dos negros, no menos gigantes que los del día anterior.

–Dejad paso. Soy la sobrina del bajá.

–No es posible, señora –repuso uno de los centinelas, levantando el arcabuz con ademán de amenaza.

–Ya te he dicho, miserable, que soy la sobrina del bajá.

–Aunque fueras la primera sultana. Aquí no se pasa.

– ¿Y si el que viene conmigo fuese el sultán en persona?

–No pasaría tampoco.

– ¿Entonces quién es el que puede entrar?

–El bajá.

– ¿Y ninguna otra persona?

–Ninguna. Ni Alá siquiera.

Haradja lanzó un grito de furia y volvióse hacia su capitán, indicándole:

– ¡Pasemos a cuchillo a esos canallas!

Ya se disponía a desenvainar la cimitarra y a precipitarse contra los gigantescos negros, que apuntaban sus arcabuces, cuando Metiub la hizo detenerse, alegando:

–No te busques complicaciones con tu tío, de quien tanto precisas para llevar a cabo tu venganza.

–Es cierto –convino la joven, todavía encolerizada. –No obstante, el bajá no debiera tener aquí a estos necios, que no son capaces de razonar.

–Cumplimos con toda fidelidad las órdenes recibidas, señora.

–No existen en mi castillo servidores tan meticulosos.

– ¿Y yo?

–Tú eres el único, Metiub.

Y se alejó maldiciendo contra Mahoma y Alá, en tanto que ambos negros cambiaban la mecha, que se estaba ya extinguiendo en sus arcabuces.

EL CAPITÁN TORMENTA

Veinticuatro horas antes de que ciento cincuenta mil turcos bajo las órdenes de un célebre general –el visir Mustafá, –asediaran a Famagusta, un joven guerrero que semejaba un niño, seguido de un árabe de fiera apariencia, entraba en la ciudad.

Escasos días antes Nicosia, la segunda ciudad en importancia de la isla, había sido conquistada al asalto y las huestes otomanas pasaban a cuchillo a todos sus habitantes, sin perdonar la vida más que a las jóvenes hermosas a las que destinaban a los harenes de Constantinopla. Ni siquiera las criaturas se salvaron del enloquecimiento feroz de los seguidores de Mahoma.

¿Quién era aquel joven a quien una galera italiana tuvo el tiempo justo de desembarcar, dándose a la huida al instante ante la aproximación de trescientas cincuenta naves turcas?

¿Era un bravo ansioso de gloria y resuelto a morir combatiendo por la cruz frente a la aborrecida Media Luna, y a quien el destino había llevado hasta aquel lugar que a no tardar iba a ser escenario de un terrible y bárbaro espectáculo?

No. Se trataba de una bella joven, admirada en Nápoles no sólo a causa de su hermosura, sino por su maestría en el manejo de las armas, hija del duque de Éboli, célebre espadachín, asesinado por sus enemigos –diez contra él a un tiempo –en la calle de Toledo. Era novia de un noble francés, el señor de Le Hussière, famoso capitán que servía a la República de Venecia, y marchó a Chipre y Candía con sus galeras de Alí Bajá y hubo de entregarse por último. Los mahometanos no le dieron muerte ante la perspectiva de un buen rescate, así como por tratarse de un francés, ya que Francia y Turquía mantenían muy buenas relaciones.

A partir de entonces nadie pudo saber lo que le había ocurrido.

Por esta razón la joven duquesa abandonó Nápoles, dispuesta a encontrarle y a rescatarle costara lo que costara. Se embarcó en una galera de Malta, que eran las únicas en aquel tiempo que se atrevían a adentrarse en aquel peligroso mar, frecuentado día y noche por los navíos turcos siempre en busca de cristianos, y desembarcó en Chipre, tal como hemos indicado, en compañía de un árabe que su padre adquirió en Moka en calidad de esclavo y que adoraba a su joven ama extraordinariamente, estando siempre presto a sacrificar su vida por ella.

Disfrazada de hombre y siempre combatiendo en vanguardia al igual que los más hábiles y valerosos capitanes, nadie pudo sospechar que era una mujer, pese a la hermosura y delicadeza de sus rasgos, con excepción de un aventurero polaco que estaba al servicio de los venecianos Como resultado de una disputa entre el de Polonia y la duquesa, con el fin de no enfrentarse entre sí, resolvieron combatir uno tras otro con un joven y altivo turco que cada día avanzaba hasta el pie de los muros para retar a singular duelo a los capitanes cristianos. Por sus hazañas, arrojo y arrogancia se le llamaba el León de Damasco y era hijo del bajá de aquella región asiática.

Con gran asombro por parte de todos, ya que el polaco era un consumado espadachín, Muley-el-Kadel le derrotó, dejándole muy malherido. Pero el capitán Tormenta, para ser más exactos, la duquesa de Éboli, debía sorprender a atacantes y atacados al herir breves minutos más tarde al León de Damasco en notable combate.

En lugar de guardar rencor al cristiano por esta derrota, el joven turco conservó gran aprecio hacia su vencedor y, cuando ya conquistada Famagusta, la duquesa se había escondido en una casamata, decidió salvarla, defendiéndola contra la ferocidad sanguinaria de los jenízaros.

El esclavo árabe, al verle tan resuelto, no dudó en confesarle que el célebre capitán no era sino una mujer, e informado así mismo del motivo de su viaje, pronto se enteró de que el novio de la duquesa, capturado por Alí Bajá, se encontraba en poder de su sobrina Haradja, en el castillo de

Hussif.

Sin advertirlo, Muley-el-Kadel se había enamorado ya de la joven cristiana, que junto a tan extraordinaria belleza unía tanto valor y que con tal maestría sabía usar las armas. Pero como en Hussif era conocido en exceso por la castellana, ya que Alí Bajá se la prometió como primera mujer en cuanto acabara la guerra, no vaciló en recomendar a la duquesa, y haciéndola embarcar en una galeota, cuya tripulación se componía de renegados griegos, con su servidor árabe, un teniente veneciano salvado a la vez que ella y escoltado por un leal esclavo del León, dejó marchar a su amada. Ambos no dejaron de sentirse emocionados por aquella separación.

Haradja acogió muy favorablemente al capitán Tormenta y se sintió admirada por su valentía y habilidad al ver que vencía a Metiub, y se enamoró de ella. El vizconde francés se encontraba en aquel lugar, aunque medio muerto, ya que destinado con otros cautivos a la pesca de sanguijuelas, había perdido excesiva sangre.

Por ultimo logro huir con su novio. Sin embargo, poco más tarde el capitán polaco, que había renegado de su religión y era ya musulmán, llegaba al castillo de Hussif e informaba a Haradja respecto a que su huésped no era sino una mujer. La sobrina del bajá se encolerizó, la hizo perseguir y, al fin, tras numerosos incidentes y luchas, de prender fuego los griegos a la galera y buscar refugio en tierra con la duquesa, de mantener un terrible asedio en una casita de la costa donde se ocultaron y de haber muerto combatiendo el árabe de la duquesa de Éboli, el aventurero polaco, el teniente veneciano y el vizconde de Le Hussière, y heridos Metiub y el denominado capitán Tormenta, el León de Damasco llegó en el momento preciso para salvarla, gracias al aviso de su esclavo. Digna hazaña de valientes

Cuando ya la duquesa se había curado, un turco llego un día llevando a Muley un pequeño cofre de ébano «de parte del sultán», el cofrecito contenía un cordón de negra seda, era una muda orden de suicidarse. El salvar a la cristiana le había hecho caer en desgracia.

– ¿Qué os ocurre, Muley? –inquirió ella al ver que palidecía.

–Fijaos, señora –respondió, él, enseñándole el fatídico cordón.

La duquesa conocía aquella norma y amaba desde tiempo atrás al caballero turco. Lanzó un grito de espanto.

–Y tú, Muley –preguntó, tuteándole sin advertirlo, – ¿piensas acatar esta orden?

El guerrero hizo un gesto decidido con la cabeza.

–La vida es demasiado agradable junto a ti para que yo la cumpla. Reniego de la religión de mis padres y me convierto a la tuya. Llévame contigo a Italia, Leonor. A partir de este instante soy cristiano, y ya sabes cómo te amo.

Los esponsales se celebraron con gran solemnidad en el palacio de Loredán, en Venecia, y de aquel matrimonio nació un hijo, al que llamaron Enzo. Ya hemos comprobado que el rencor de Haradja los perseguía y que había raptado a la criatura –aunque no consiguió hacerlos morir bajo el puñal de sus sicarios, –así como que el pequeño se hallaba en la galera del Gran Almirante.

El anuncio de la inminente guerra hizo que los duques se trasladasen a Candía, con el objeto de vender a cualquier precio las extensas posesiones de los Éboli en la isla. Por desgracia, sin que hubieran podido ultimar la operación, e inopinadamente, los mahometanos cayeron sobre aquel territorio de Venecia con trescientas naves y cien mil guerreros, los cuales no tardaron en apoderarse de Canea y cercar estrechamente a la capital.

Y tras haber dado estas explicaciones, proseguiremos nuestra narración.

EL DESAFÍO

En el instante en que el Heraldo lanzaba el reto ante los muros de Candía, se encontraban en el bastión, uno al lado del otro, como siempre, el León de Damasco y la duquesa de Éboli.

Era él un apuesto y altivo guerrero, de unos treinta años, más bien alto, de tez blanca, robusto y musculoso, con la barba castaña y el cabello de idéntico color, ojos vivos, ardientes, que denotaban el ardor y el arrojo del turco asiático, y facciones correctas y enérgicas.

Ella, bellísima, de bastante menos edad que su esposo, esbelta y graciosa, tenía los ojos negros como el azabache, boca adorable, adornada por una doble hilera de perlinos dientes y la tez morena corriente en las mujeres meridionales.

Los dos estaban vestidos con armadura de los pies a la cabeza y eran éstas milanesas y magníficamente cinceladas, mostrando en sus almetes soberbias plumas de avestruz. Al escuchar el reto se miraron muy sorprendidos y no sin cierta inquietud.

– ¡Llega a desafiar a una mujer cristiana! –exclamó la duquesa. – ¿Qué mujer? ¡Cómo no se refiera a mí!.. ¿Entiendes esto, Muley?

Éste no contestó inmediatamente, intentando ver si reconocía al mensajero, que lanzaba por segunda vez, y con fuerte tono, el reto. Luego adujo:

– ¿Qué voy a decirte, Leonor? Me sorprende igual que a ti. Retar a una cristiana para batirse con una turca... Pero ¿cómo es posible que las mahometanas, acostumbradas a morar en harén, en medio del humo del narguilé y los perfumes embriagadores, se dediquen a las armas? No lo comprendo..., y, no obstante..., escúchalo. De nuevo lo dice por tercera vez: una dama cristiana contra una turca.

– ¿De quién se tratará? –murmuró la mujer, alzándose el almete y empujando hacia adentro con la mano sus abundosos cabellos negros.

Su esposo la examinó con atención.

–Veo brillar, Leonor, en la negra noche de tus bellísimos ojos dos esplendorosas estrellas.

– ¿Y qué ves en ellas?

–Veo que desearías enfrentarte a esa enigmática turca.

–Has acertado. ¿Y sabes por qué razón?

– ¡Me lo imagino! No deseas que ninguna mujer pueda batirse contigo, pues fuiste capaz de desarmarme y herirme.

–Sí, querido Muley; y además... –Porque me imagino que la mujer que me lanza el reto es Haradja.

– ¿La despiadada sobrina de Alí Bajá? –inquirió él, con un estremecimiento.

–Tu antigua novia, Muley. ¡Cualquiera puede saber si, de haberte casado con ella, no te hubiese transformado en azote y verdugo de los cristianos, a pesar de tus sentimientos nobles y caballerosos!

–Por fortuna tus ojos me salvaron a tiempo.

–Y de esta manera has seguido cada vez más noble.

–Tu amor, Leonor me ha dignificado y ennoblecido.

– ¡Oh, Muley!...

Guardaron silencio. De improviso retumbaron las culebrinas de asediados y sitiadores, y luego de un rato el León de Damasco, tras secarse el sudor que perlaba su frente, musitó:

–Si en realidad fuese Haradja, no te impediría que lucharas junto a mí, puesto que al mismo tiempo desafían a un capitán que sepa usar la cimitarra.

–No lo sé. Aseguraban que era muy hábil. Su maestro fue ese Metiub que los marineros griegos de la galeota abandonaron medio muerto cuando os asediaba en aquella casa deshabitada en que os refugiasteis.

–Desde aquel tiempo han transcurrido cuatro años, Muley.

– ¿Con eso quieres dar a entender que puede haber aprendido mucho?

–Claro. ¡Oh! No me amedrenta enfrentarme a esa tigresa en celo. Su maestro, el capitán de armas, no valía ni un dedo de mi padre.

– ¿Quién será el que desea luchar a su lado?

–Me lo imagino.

– Me es lo mismo. Con la cimitarra en la mano no siento temor ante ningún turco. Y mucho menos ahora que me has enseñado tantas extraordinarias estocadas, que no hay mahometano que conozca ni imagine siquiera.

– ¿Estás entonces resuelto?

–Si es Haradja, sí. Por lo menos podremos vivir tranquilos. Los sicarios que pretendieron asesinarme en Venecia y Nápoles eran turcos vestidos de cristianos y únicamente la sobrina de Alí pudo enviarlos contra nosotros.

La duquesa se dirigió a la escalinata de piedra que llevaba hasta el centro del torreón y gritó:

– ¡Mico! ¡Mico!

Al poco rato un hombre aparecía en la terraza. Era un albano alto y fornido, de unos cuarenta años y vestido con el típico traje de aquellos montañeses.

Los albaneses no se habían convertido aún al islamismo. Por escapar a semejante peligro, y tras defender valerosamente sus montañas de los rapaces turcos, habían emigrado en gran número a Dalmacia, donde se les había alistado en el ejército de Venecia con la denominación de esclavones. Venecia siempre se hallaba necesitada de guerreros para defender sus colonias del Mediterráneo oriental, incesantemente amenazadas por todos los sultanes.

La duquesa, al no contar ya con el fiel árabe que murió en Chipre por salvarla, al recibir el traidor disparo de pistola que, ya agonizante, le había disparado el aventurero polaco, tomó como servidor a aquel valeroso albano, que se hallaba en cualquier ocasión presto a luchar y morir por su señora.

–Mico, deseo que cuides esmeradamente a nuestros caballos, ya que mañana nos serán necesarios.

–De acuerdo, señora.

–Prepara las armas y los escudos.

– ¿Ninguna otra cosa?

–Sí. Ve a notificar al capitán general de Candía que si mañana vuelve a hacer acto de presencia el caballero turco que ha venido a desafiarnos, ordene bajar el puente levadizo del bastión de Malamocco.

– ¿Piensas batirte?

–Es posible.

–Te acompañaré. Ya sabes cómo odio a los turcos desde que diezmaron a mis compatriotas y destruyeron gran número de nuestros pueblos y villas.

–Ya estoy enterada, pero mañana saldré solamente con el señor.

El albano se alejó, y la duquesa se aproximó al lugar donde se encontraba su esposo, el cual contemplaba desde una almena los disparos de las culebrinas de sitiados y sitiadores.

– ¿Estás resuelto, Muley?

–Sí, Leonor, ya estoy seguro de que la que nos desafía no puede ser otra que Haradja. ¡Ah,

tigresa! ¡Si cayese bajo uno de tus mandobles!...

–Caerá, tenlo por seguro. Pero marchémonos. Los proyectiles ya llegan hasta este sitio y será mejor que nos retiremos a nuestra tienda.

Y, efectivamente, empezaba a ser arriesgado continuar en lo alto de las torres y bastiones, ya que la artillería turca, que contaba con una fuerza de más de ochocientas bocas de fuego, entre bombardas y culebrinas, aparte los cañones de la flota, arrojaba sin interrupción proyectiles para defender a los hombres que tenían por misión practicar trincheras.

Empleaban, en especial manera, bolas de piedra y eran éstas bolas imponentes, que pesaban como mínimo una arroba y que lanzaban con cañones especiales. Su objetivo primordial era hacer la vida inhabitable en la ciudad para candiotas y venecianos y lo lograban, ya que aquellas inmensas piedras, al abatirse sobre la población, aunque solamente fuera por la potencia de su propio peso, hundían techos y aplastaban a numerosos moradores. Aquel sistema no les valía para los bastiones y torres, que estaban edificados con mucha mayor solidez, y por ello habían determinado volarlas con las minas.

La duquesa y su esposo descendieron la escalera interior de la torre y alcanzaron una estancia iluminada por dos camas de campaña, sacos que acaso contenían provisiones, diversos odres con agua y armas de toda índole. Era el refugio que los capitanes venecianos habían ofrecido a los esposos, aunque menos cómodo, más seguro que el que podría haberles ofrecido cualquier morada de la ciudad. Acababan de entrar allí cuando se presentó el albano.

–Señora, un turco desea hablar contigo.

– ¡Un turco! ¿Y cómo ha podido entrar sin perder la vida en Candía?

–No lo sé.

– ¿Lleva armas? –inquirió el León, cogiendo al instante una pistola colgada en la pared y encendiendo la mecha.

– Me parece que no.

–Regístrale detenidamente y déjale entrar.

Una voz, que causó impresión en los oídos de los dos esposos, pudo escucharse en la escalera, y un instante más tarde un hombre de unos cuarenta años, de piel muy bronceada, con una gran barba negra y vestido a la usanza de los marineros de las galeras mahometanas, penetró exclamando:

–Al parecer, me habéis olvidado. Pues yo no he dejado de acordarme en estos cuatro años del hijo del bajá de Damasco ni del capitán Tormenta o, para mayor exactitud, de Hamid Leonor.

La duquesa lanzó una exclamación de asombro.

– ¡Cómo! ¡Nikola Stradiato! ¡El griego renegado!

–El mismo. El que hace algo más de cuatro años, y por mandato del León de Damasco, estaba al frente de la galeota que había de conducirte, y te llevó al castillo de Hussif, donde pude conocer a la sobrina del Gran Almirante.

–Me acuerdo bien, Nikola –respondió la duquesa, mientras se acercaba a él, en tanto que su esposo apagaba la mecha y colgaba la pistola. – ¿De dónde sales?

–Del campamento turco o, mejor dicho, de la galera almirante de Alí, desde la que debo, muy a mi pesar, luchar contra los cristianos y aparentar ser mahometano, a pesar de que conservo en mi pecho la fe en la cruz.

– ¿Y cómo con esas ropas de musulmán te fue posible entrar en Candía? –adujo el León de Damasco.

–Gracias a la ayuda de un oficial veneciano que conocí tiempo atrás y a quien tuve la satisfacción de salvar en una situación muy apurada... Pero a lo que íbamos... ¿Tuviste noticias de Haradja, señora?

–No, ni la menor noticia.

–Pues la tigresa se halla aquí de huésped de su tío en la galera almirante.

Los esposos lanzaron al unísono una misma exclamación.

– ¡Es ella!

–Pero más cruel e inexorable que nunca. ¡Ten cuidado, señora! Ha jurado matarte y apresar al León de Damasco para probar en su garganta el cordón de seda que le remitió el sultán. ¿Recuerdas?

–Igual que si fuese ayer –murmuró la duquesa, mirando con dulzura a su esposo, que se había tornado pálido.

–Todavía hay más –agregó el griego.

–Explícate, Nikola. El renegado vacilaba.

–Habla –ordenó el León.

–En fin: debo comunicaros noticias que os van a resultar muy desagradables. En especial, a vos. Vuestro padre, en ruta hacia Constantinopla, ha sido capturado por una galera de Haradja y otras del bajá y en la actualidad está cautivo en los subterráneos de Hussif.

– ¡Mi padre!... ¡Has dicho mi padre!... ¿Acaso has vendido tu alma a los turcos y te mandan a destrozar la mía, que es fiel a Cristo como si fuese cristiana desde mi nacimiento?

–Señor, luzco ropas turcas con el fin de salvar mi vida, amenazada de continuo. Pero ni creo en Mahoma ni puedo apreciar a mis verdugos y a los que asesinaron a mi esposa y a mis tres hijos. Con estas ropas puedo ser de mayor utilidad a los cristianos.

Al recordar sus infortunios, un sollozo brotó del robusto pecho del griego. El duque puso una mano en su hombro y le dijo, en tono afectuoso:

– ¡Discúlpame! El dolor me ha hecho ser injusto. Pero ¿estás completamente seguro?

–Se lo oí contar a la propia Haradja la noche en que llegó a la galera, en tanto que cenaba en el castillo de popa con su tío. Tres camaradas y yo estábamos de centinelas, dos delante de cada escalera.

– ¡Mi padre! ¡Mi padre en el castillo de Hussif! ¡Cautivo!... ¡Ah! ¡Maldita mujer!

–Pues aún he de comunicaros otra noticia, y no sé...

–Habla, Nikola.

–No me siento capaz, señora.

–Tengo suficiente valor.

–Pero... ¡es que se refiere a vuestro hijo!

– ¡A Enzo! ¡A mi Enzo!

– ¿Cómo dices, Nikola?

–Lo cierto es, señores, que vuestro hijo fue raptado en Venecia y se encuentra en la galera del bajá.

– ¡Hijo! ¡Hijo mío! –exclamó la duquesa, con tono angustioso.

– ¿Tienes la completa seguridad, Nikola?

El duque lanzó un gemido furioso, a la vez que sus facciones denotaban una desesperación intensa.

– ¡Mi padre y mi hijo! ¡Ah, maldita! ¡De qué manera destrozas mi corazón!

La duquesa sollozaba tendida de bruces en uno de los lechos. El León de Damasco empezó a pasear nerviosamente por la estancia. Después se acercó decidido a su esposa.

– ¡Ya está bien, Leonor! El golpe ha sido horrible. Pero nos han denominado a ti el capitán Tormenta y a mí el León de Damasco, y, cuando se tienen semejantes nombres, no es posible llorar.

–Es verdad –contestó la valiente mujer intentando reprimir sus sollozos. –Pero es que en este momento sólo soy madre. ¡Ah, canalla! ¡Precisamente para vengarse, aparte de tu padre, de mi

hijo!... ¿Qué dices ahora, Muley?

–La mataremos. Pero exigiremos condiciones para el duelo –contestó con determinación el antiguo musulmán. Luego preguntó al renegado:

– ¿Está en peligro mi hijo?

–No, señor, ya que durante la noche y el día vigilaban delante de la puerta de su camarote un par de centinelas escogidos, con orden de no dejar entrar a nadie, ni siquiera a la misma Haradja.

– ¿Quién los ha puesto? –inquirió la duquesa, que había logrado dominarse.

–El bajá.

– ¡Alí cuida de mi hijo! –exclamó Muley.

–Eso parece. Acaso tema alguna violencia contra el pequeño por parte de la tigresa de Hussif.

– ¿Te es posible regresar a la nave almirante?

–Soy maestro del castillo y puedo entrar y salir cuando me parezca oportuno, excepto en determinadas circunstancias...

– ¿Y te será posible cruzar el campo?

–El turco, sí; me conocen muy bien. Decidme lo que deseáis, y aunque deba jugarme la vida...

–Eres un bravo y Dios te ha mandado aquí.

–Ordenad, señor.

Los esposos se miraron y se comprendieron.

–Regresa a tu galera, y dentro de lo que te sea posible vela por nuestro hijo. Aguardamos los acontecimientos. Tal vez algún día también nosotros penetremos en la nave almirante, pese al asedio y a los cien mil turcos que acampan frente a sus galeras. Ahora te acompañará mi criado y ordenará que te entreguen un salvoconducto para que te sea posible venir sin inquietudes cuando lo consideres necesario.

– ¿Cuándo podrás retornar, Nikola, para informarme respecto a mi hijo? –inquirió la duquesa.

–Intentaré hacerlo después del duelo.

– ¿Y no te sería posible acercarte para indicarle que sus padres se encuentran aquí?

– ¡Es imposible, señora! Nadie con excepción del bajá puede penetrar en el camarote del niño. Si yo pretendiese hacerlo, el almirante me colgaría de una entena.

–No deseo que mueras. Y, por otra parte, puedes sernos útil.

–Disponed como os parezca de mi vida. Me doy perfecta cuenta de que va a librarse una terrible lucha entre vos y vuestro esposo contra Haradja y su tío. Podéis contar conmigo.

–Has acertado –dijo el León. –No regresaremos a Italia sin haber salvado a mi hijo y a mi padre y haber castigado a la tigresa de Hussif. Estoy completamente decidido.

Mico se encontraba ante la puerta aguardando órdenes. El duque se las dio precisas y tajantes. Había que solicitar del capitán general un salvoconducto para que el griego pudiera entrar sin inconvenientes de ningún género en Candía y pedir que al día siguiente, cuando llegara el mensajero, se bajara el puente levadizo, ya que era indudable que volvería de nuevo, puesto que los retos se nacían durante tres días sucesivos.

–Vete, Nikola, y cuida mucho de mi hijo. Lo encomiendo a tu cuidado. –Dijo la duquesa, con débil voz, al despedirle.

–No os inquietéis, señora. Mi vida está a vuestro servicio.

Besó la mano de la dama, estrechó la del valeroso guerrero damasceno y se fue en compañía del albano.

– ¡Ay, querido Muley! –exclamó la duquesa cuando se quedaron a solas. – ¡Cuántos sufrimientos te cuesta mi amor!... Te han partido el corazón, pobre amor mío... Acaso hubiera sido mejor para ti no haberme conocido... Serías el marido de Haradja y no hubieras renegado de

Mahoma.

–No digas esas cosas, Leonor. Yo estaba ciego y tu amor me ha quitado la ceguera. He de darte inmensas gracias por haberme librado de las tinieblas en que me hallaba hundido, proporcionándome luz para poder admirar su soberana belleza. Por lo que se refiere a los acontecimientos de que acabamos de enterarnos, me producen un gran dolor, mas no me desesperan ni menos me hacen arrepentirme de mis acciones. Mil veces tornaría a realizar lo mismo y aún más por ser digno de tu amor, que es una visión anticipada del Cielo. Cuando llegue el momento me encargaré de salvar a mi padre, puesto que se halla en Chipre y no en Candía. De momento preocupémonos por libertar a nuestro Enzo. ¿De qué manera? No lo sé. Pero lo que no dudo, mi querida Leonor, es que lo conseguiremos.

– ¿Estando como está en poder de Alí-Bajá?

– ¿Qué importa? Antes que haya pasado mucho tiempo dispondremos de una fuerza que acaso ellos no sospechen. ¿No estás enterada de que España, Venecia, Roma y Austria se disponen a asestar un golpe mortal al poder de la Media Luna? ¿Cuándo? Lo desconozco. Pero no tardará en producirse, ya que el pacto de la Liga ha sido ya firmado.

– ¡Con el fin de herir de muerte a tu raza!

–Cierto. Pero al contraer matrimonio contigo renuncié a toda solidaridad con ellos. Ya, con mucha anterioridad, sus vicios y crueldades se me hacían despreciables. Y ahora, primero que nada, soy cristiano.

– ¿Y tu padre mientras tanto?

–No te inquietes por eso. Yo le conozco bien y estoy convencido de que sabrá aguardar hasta que le salve, ya que sabe que intentaré cualquier cosa por conseguirlo. De poder hablar con él, nos diría que pensáramos primero en Enzo. Bien sabes que, a pesar de renegar de mi religión, él no renegó de mí.

–Ya lo sé, Muley. Es tan noble y caballeroso como tú.

–Damasco no le podrá olvidar nunca. Un bajá como él ni lo hubo ni lo hay en todo el Imperio turco. ¿Te hallas decidida?

– ¿A qué? ¿A enfrentarme a Haradja? ¿Y eres tú el que me lo pregunta, Muley?

–Entonces no hablemos más. Los derrotaremos ante la vista de esos valerosos venecianos.

–Ten cuidado no vaya a producirse alguna traición.

–No te inquietes: no lucharé con cimitarra. Esas armas no valen tanto como las vuestras, largas y rectas, que en estos cuatro años me has enseñado a utilizar tan bien. Ahora descansa. Yo voy a entrevistarme con el capitán general.

– ¡Cuidado con las balas!

– ¡Bah! Mis compatriotas siempre fueron malos tiradores. Hasta la vista.

Le dio un beso en la frente, abandonó la estancia, descendió las escaleras y en breve se halló fuera del torreón.

Sobre Candía caían los proyectiles turcos, hundiendo las míseras techumbres de madera de las moradas y sepultando en ocasiones a sus habitantes, más anhelosos ciertamente de morir que de continuar viviendo, puesto que el hambre empezaba a dejarse sentir. Los venecianos contestaban el bombardeo con no menos intensidad, llenando de metralla el extensísimo campo sitiador e intentando acallar, en especial, los disparos de los morteros, cuyos proyectiles de piedra ocasionaban tan grave daño en la población.

Si bien se hallaban sitiados desde hacía más de un año, poseían abundancia de municiones y fabricaban pólvora, ya que tenían inmensa cantidad de salitre, azufre y carbón, pero si las murallas, resistentes y construidas a toda prueba por los más expertos arquitectos de la Reina del Adriático,

aguantaban firmemente, exasperando a los enemigos, por el contrario la ciudad iba siendo aniquilada poco a poco y ya la mitad de las viviendas estaban derrumbadas.

Y entre aquellas ruinas surgía un hedor insoportable y pestilente, debido a los numerosos cadáveres sepultados bajo ellas y que los asediados, molestados sin cesar por los sitiadores, no habían tenido ocasión de sacar para enterrarlos.

Los perros y los gatos, que tanto abundaban antes en Candía, como también en todas las islas del archipiélago, ya eran muy escasos, puesto que los habitantes se los habían comido, y no podían colaborar en la destrucción de los cadáveres. Por el contrario, se había abatido sobre Candía una verdadera plaga de aves de rapiña, acaso procedentes de Asia Menor o de más distancia, pues no se sabía con certeza de dónde provenían. Estos animales se parecían a los marabúes de la India y desempeñaban el trabajo de sepultureros, sin amedrentarse por el tronar de las culebrinas. De manera que por las calles de la miserable ciudad encontrábanse muchos esqueletos humanos totalmente desprovistos de carne y nervios.

Muley-el-Kadel, adentrándose por el segundo cinturón, que era el menos castigado por los proyectiles turcos, dirigióse a casa del capitán general para convenir con él lo inherente al desafío, y luego regresó al torreón en compañía de Mico, a quien encontró todavía en el palacio.

Todo aquel día transcurrió de la misma forma, sin que cesara el cañoneo, que ocasionaba mayor perjuicio a los turcos, por encontrarse menos resguardados que los venecianos, no interrumpiéndose el fuego ni siquiera por la noche, aunque durante ella no fue tan intenso.

Al alba, y como una consigna, dejaron de disparar los cañones turcos, y al poco rato el mensajero del día anterior se dirigía al galope hacia la ciudad llevando su lanza adornada con una gran bandera blanca de seda. También los venecianos cesaron sus disparos.

Y al igual que el día anterior, el caballero mahometano lanzó su reto con voz rotunda y sonora bajo uno de los más salientes reductos. Al gritar por segunda vez su desafío, Muley se hallaba con su mujer, los dos provistos de todas sus armas y detrás de una arpillera.

–Ve a comunicar a Haradja –gritó –que hay una cristiana decidida a luchar con la sobrina de Alí-Bajá y un capitán cristiano dispuesto a combatir con un guerrero turco.

El turco bajó la bandera, con un saludo, y partió a todo galope, cruzando por segunda vez junto al reducto de los Alberoni, que, al parecer, tenía para él un raro interés.

Muley se volvió hacia el conde Morosini, que tenía a su cargo la defensa de Candía, y le indicó:

–Capitán, ordenad bajar el puente levadizo. Mi esposa va a dar una lección a esa secuestradora de niños.

– ¡Tened cuidado con las traiciones, mis jóvenes amigos! –advirtió el capitán general. –Sé de vuestro valor y destreza y no temo por vos en una pelea noble; más si hay traición...

–No pasaremos del reducto de los Alberoni –repuso la duquesa. –Estaremos siempre bajo la protección de vuestras culebrinas.

– ¡Y de nuestras espadas! –exclamaron cuantos capitanes estaban presentes.

Pasaron diez minutos de gran ansiedad. Los bastiones y las terrazas se cubrieron de guerreros deseosos de presenciar la victoria del capitán Tormenta, puesto que, rememorando sus hazañas de Famagusta, ninguno tenía la menor duda de que saldría vencedor de la turca.

Por último se vio llegar por las avanzadillas mahometanas al mensajero agitando su blanca bandera, y detrás de él a los dos campeones. Haradja montaba su corcel árabe; Metiub, un fuerte caballo turco. El de la sobrina del bajá era magnífico, con largas y ondulantes crines, cola que alcanzaba casi la tierra y suave pelo de color pardo oscuro. Los dos guerreros iban pertrechados con todas sus armas y llevaban bajadas las viseras. Los tres se acercaron al reducto de los Alberoni, tras

el cual existía una amplia explanada muy adecuada para un lance como el que se avecinaba. El heraldo clavó en tierra su lanza con la bandera y se volvió atrás, dejando a solas a los campeones.

– ¿La ves, Leonor? –inquirió, algo excitado, Muley.

–No puede tratarse más que de ella –respondió la duquesa.

–Vamos, amada mía.

Estrecharon las manos al capitán general y a sus amigos y alcanzaron el puente levadizo, que ya había sido bajado y estaba vigilado por una compañía de esclavones. Subieron sobre sus dos fogosos caballos negros que sostenía de las riendas Mico y que se hallaban cubiertos con sus arneses de acero con incrustaciones de plata.

– ¡Ea! –exclamó la duquesa, montando sobre el suyo. –Vamos a comprobar de qué color tiene la sangre Haradja.

Y en compañía de su esposo se dirigió a galope tendido hacia el reducto.

– ¡Buena suerte al capitán Tormenta! ¡Buena suerte al León de Damasco! –exclamaron los venecianos en señal de despedida.

LA TRAICIÓN

La duquesa y su esposo, acompañados por las miradas de millares de hombres, ya que también los turcos, anhelosos por contemplar el combate y aprovechando la tregua habían abandonado sus trincheras y paralelas, constituyendo un enorme y curioso semicírculo, encamináronse rápidamente en dirección al reducto, detrás del cual esperaban sus contrincantes.

El sol, que acababa de surgir por oriente, hacía brillar las armaduras de los campeones, en especial la de Haradja, que portaba en la coraza una galera con las velas desplegadas, incrustadas en oro.

Al llegar a diez pasos de su rival, la duquesa detuvo su caballo, levantó la visera y dijo:

–Descúbrete, para ver si eres realmente mujer.

–No lo dudes –contestó la sobrina del bajá. –Mi cuerpo, si bien cubierto de acero, no es menos esbelto ni elegante que el tuyo.

–Deseo saber contra quién combato. De aquí a poco puede morir cualquiera de nosotros, y todos tenemos derecho de contemplar bien el semblante del adversario al caer.

– ¿Por qué razón lo preguntas, si ya conoces quién soy?

–Igual tú sabes que soy la que en Famagusta denominaban, por su valor, capitán Tormenta.

Haradja vaciló, pero, por último, descubrió su cara, roja de ira.

– ¡La castellana de Hussif! Me lo imaginaba. ¿Y qué desea la poderosa castellana, al cabo de cuatro años, del capitán que, con ropas de albano, hacíase llamar Hamid Leonor?

La sobrina del bajá rechinó los dientes y palideció. No podía perdonarse el haberse enamorado, si bien por breves días, de una mujer, imaginando que era un apuesto guerrero.

– ¿Qué deseo? Vengarme de tu cruel burla.

– ¿Matándome?

–Eso es.

– ¿Y crees poder hacerlo?

–Tengo la certeza de conseguirlo.

– ¡Tú! ¿Tú? No vales más que para raptar niños. ¿Qué has hecho con el mío, miserable? ¿Qué has hecho de mi Enzo, que dejamos su padre y yo en Venecia, al cuidado de los leales servidores?

–Ya ves que no eran tan leales cuando los míos pudieron raptarle y le pasearon por el Adriático sin que nadie los molestase.

– ¿Qué has hecho con mi hijo?

–Por el momento, nada. Pero será guerrero por guerrero. Puesto que el León de Damasco ha renegado de sus creencias y lucha contra su patria, su hijo le reemplazará en la religión y en el ejército musulmanes.

– ¿Pretendes hacer de mi Enzo un mahometano?

–En eso confío.

El León de Damasco lanzó un rugido y, tras desenvainar su espada, avanzó unos pasos hacia Haradja, que se mantenía firmemente montada en su soberbio corcel.

–Mi mujer acabará contigo, perra.

–Eso lo veremos –repuso la argelina desenvainando su cimitarra, de fuerte y bien templado acero de Damasco.

–Me han asegurado también, miserable, que has apresado a mi padre.

–Es verdad. Le capturé en las costas de Chipre y ahora se hallará meditando respecto a las comodidades que tenía en Damasco y de las que se halla privado en los sucios y húmedos

subterráneos de mi castillo de Hussif.

– ¡Tigresa!

–Como comprobarás, me he vengado.

– ¿Y el capitán turco que va a enfrentarse a mi esposo quién es?

–Un viejo conocido tuyo: Metiub.

– ¿Tu capitán de armas, al que herí ante ti? ¿No murió como resultado de aquel culatazo que le partió el cráneo?

–Al parecer, no, ya que se prepara a matar al antiguo León de Damasco.

–Colócate de lado, Muley; lucharemos de dos en dos con el fin de no estorbarnos con los caballos. En primer lugar, yo con Haradja.

–Te lo iba a proponer yo. De esta manera, si muero, Metiub me vengará.

– ¿Tan fuerte le consideras?

–Sí.

–Bueno, en guardia, tigresa de Hussif.

Muley se puso delante de Metiub, advirtiéndole:

–Cuenta con estarte quieto hasta que caigan la turca o la cristiana, si no ordenaré que te maten a disparos los venecianos.

El capitán de armas, que permanecía quieto y silencioso, como si le preocupase en gran manera el resultado del desafío, abandonó la brida sobre el cuello de su caballo y desenvainó su espada, que no era un arma turca, sino una que los venecianos utilizaban con éxito contra las cimitarras.

– ¿Estás preparada?

–Sí, preparada a matarte, cristiana.

Se calaron las viseras y blandieron las armas. Por un instante se miraron con fiero aspecto, pero sin adelantar un paso. Después la sobrina del bajá, más impetuosa, lanzó su corcel árabe contra la duquesa, que esperaba serenamente con una extraordinaria guardia de prima algo adelantada con el objeto de defender al mismo tiempo la cabeza de su caballo.

Cruzó Haradja, igual que una tromba, muy próxima a su enemiga, lanzándole un gran tajo con la cimitarra. Leonor lo paró al instante, sin responder. La sobrina del bajá, a la manera de los caballeros turcos en los duelos, espoleó a su caballo, haciéndolo girar con rapidez y dar continuos saltos y corvetas. La duquesa, que no era novata en aquellos lances, se contentó con obligar a su corcel a dar la vuelta de forma que estuviera siempre frente a su enemiga, la cual, de vez en cuando, le asestaba tremendos tajos y estocadas, que la cristiana paraba sin intentar replicar por su parte.

Aquel juego, arriesgadísimo para las dos mujeres, duró escasos minutos, pues enseguida la duquesa se arrojó impetuosamente contra su adversaria. Los caballos casi se embistieron y se trabó una feroz lucha, en la cual las armaduras hubieron de soportar duros golpes, en especial por parte de Haradja, que, más ardiente y nerviosa, asestaba terribles golpes a derecha e izquierda, aunque no sin maestría, puesto que todas sus tentativas tenían por objeto hundir el almete de la cristiana.

Muley, si bien confiaba en la habilidad de su esposa, seguía anhelante y preocupado la pelea, y por dos veces no pudo menos que exclamar: – ¡Cuidado, Leonor!

De improviso la duquesa volvió grupas con rapidez y comenzó a correr a todo galope, como si pretendiese huir. La musulmana permaneció un momento asombrada y al instante se lanzó tras su enemiga con la cimitarra alzada y gritando a voz en cuello con gran satisfacción:

– ¡Hola! ¡Parece que los asustamos! ¡Fijaos en el célebre capitán Tormenta!

La carrera de la duquesa duró escasamente un minuto: se detuvo en seco y se plantó ante su adversaria, lanzada sobre ella, a toda carrera, en su hermoso corcel árabe, con las crines al viento y

la cola ondulante.

Haradja, al verla esperar tan firme, y confiando en exceso en aquella espada, siempre en línea y a la que no conseguían abatir los más terribles golpes de su cimitarra, obligó al momento a su caballo a desviarse velozmente para embestir de lado a su enemiga y procurar hacerla caer de su montura por medio del choque. Pero no logró su propósito, ya que la cristiana la esperó de frente y trabóse otra vez el combate con mayor saña.

– ¡Muerte de Alá! –maldijo la mahometana luego de un par de furiosas tentativas para hacer caer a su rival. –Eres fuerte como una roca... Pero te liquidaré.

Redobló su lluvia de golpes la sobrina del bajá. La duquesa parecía únicamente defenderse. De improviso su esposo, que seguía con la máxima ansiedad esta nueva faceta del combate, observó que Leonor se alzaba sobre los estribos con el objeto de parar un tremendo tajo y después inclinarse, bajar la cabeza y alargar el brazo provisto del acero.

Se oyó un grito, o mejor sería decir un alarido de fiera herida, y luego Haradja se desplomó en tierra pesadamente. La espada de la invencible napolitana se le había clavado en la axila derecha, lugar donde las armaduras se hallan truncadas para permitir la absoluta libertad de movimiento del brazo. Muley lanzó un grito de alegría.

– ¡Remata a la tigresa! –gritó luego.

Se disponía la duquesa a saltar a tierra para acabar con su enemiga cuando veinte o treinta turcos, ocultos hasta aquel instante en el foso del reducto, surgieron de improviso dando gritos y disparando algunos de sus arcabuces.

– ¡Traición! –exclamó el León de Damasco, poniéndose delante de su mujer para protegerla.

– ¡Escapemos! –aconsejó la duquesa.

Hubiera resultado una temeridad trabar combate con aquellos traidores armados con arcabuces. En consecuencia, ambos esposos, que habían salido indemnes por verdadero milagro de la primera descarga, huyeron a todo galope hacia el bastión de Malamocco.

– ¡Apresúrate, apresúrate, Leonor! –exclamaba su esposo, que iba tras ella para cubrirla con su cuerpo. – ¡Date prisa, no te vaya a alcanzar algún disparo!

Metiub aprovechó la huida para saltar ágilmente a tierra, coger a Haradja, que seguía sin sentido, y meterla en el interior del reducto, desistiendo de trasladarla a su campamento al escuchar que desde el campo veneciano comenzaban a disparar las culebrinas. Los turcos que salieron el reducto, en el que debían haber pasado la noche, se lanzaron también al interior de éste.

La duquesa y el León alcanzaron con la celeridad del rayo el puente levadizo y lo salvaron sin detenerse, en tanto que la compañía de esclavones salía fuera, abriendo un infernal tiroteo contra el reducto. En las murallas, en las torres, por todos lados, los venecianos lanzaban amenazas y furiosas exclamaciones, excitados por la traición de los musulmanes. Sus gritos sonaban aún en el fragor de las armas.

– ¡Traidores! ¡Canallas!

– ¡Chusma traicionera!

Con gran celeridad transportaron hasta el bastión de Malamocco otras diez culebrinas, y veinte piezas llenaban de plomo el reducto y la explanada posterior para evitar que los traidores pudieran buscar refugio en su campamento.

El capitán general de Candía salió al momento al encuentro de los duques, que acababan de desmontar.

– ¿Os han herido, señora?

–En esta ocasión le ha tocado a la sobrina del bajá, señor gobernador.

–La he visto desplomarse.

–Pero no pude rematarla.

– ¡Cobardes! Os tenían dispuesta una trampa. No puede uno confiar en esa canalla, pero se hallan encerrados en el reducto y ya veremos si consiguen huir. No ahorraremos la pólvora.

Y ciertamente no la ahorraban los artilleros del bastión. Las veinte piezas de artillería no permanecían un instante silenciosas y lanzaban pelotas y metralla contra el reducto y sus proximidades, en las que no había otro ser viviente que el caballo árabe de Haradja, que caracoleaba como esperando que su señora lo montara otra vez. El de Metiub, por el contrario, con un extraordinario salto, consiguió introducirse en el reducto.

– ¿En qué punto la heriste? –interrogó Muley a su mujer.

–En la axila, aprovechando el instante en que alzaba el brazo para herirme con la cimitarra.

– ¿Es una herida grave?

– ¿Cómo voy a saberlo yo? Los caballos no estaban un momento quietos... Pero, fíjate, la punta de mi espada aún está cubierta de sangre. Me parece que la castellana de Hussif no osará ya retar a las cristianas.

– ¡Miserables! Siento vergüenza de haber nacido musulmán.

– ¡Silencio! ¡Calla! –dijo con una sonrisa amorosa la duquesa.

–No me ha sido posible medir armas con ese maldito Metiub. Pero no escapará sin encontrarse con mi espada, que no me cabe duda será tan afortunada como la tuya.

– ¡Oh! ¡No hay temor de que abandonen el reducto! –adujo el capitán general. –En tanto que no dejen de tronar nuestras veinte bocas del bastión no se atreverán a abandonar ese refugio.

– ¡Si pudiéramos apresarlos a todos!

– ¡Con ese fuego, duquesa! Escuchad el concierto. Los turcos también claman con su artillería. Cubren a sus compañeros, impidiendo que vayamos a cogerlos. El fragor aumentaba por momentos.

Efectivamente: los atacantes, al observar el mal resultado del desafío, trasladaron numerosas bombardas y culebrinas a la zona meridional del campamento y empezaron a descargarlas furiosamente con el fin de impedir a los venecianos que realizaran alguna salida contra el reducto.

– ¿Quién se atrevería a afrontar semejante huracán? –continuó el conde Morosini. –Aunque enviara dos compañías de los más valerosos esclavones, posiblemente no llegarían allí los suficientes para llevar a cabo la empresa.

– ¿Y no procurarán hacerlo los turcos? Son seis veces más numerosos que nosotros y...

–En tanto prosiga el bombardeo, no se atreverían a abandonar su campamento y yo ordenaré que no se interrumpa el fuego ni un instante, en especial por la noche. Pero si, al amparo de la oscuridad, realizan alguna salida, desesperada, les garantizo que pagarán cara su traición. Voy a mandar que apilen leña en la parte superior de las torres con el fin de iluminar la llanura en el momento oportuno.

– ¿Decidirán entregarse Haradja y sus camaradas?

–Confío en que así sea, señora, puesto que el asedio puede prolongarse mucho tiempo y no creo que dispongan de provisiones. Pero retiraos a vuestra torre, ya que este puesto empieza a resultar peligroso.

En efecto; los proyectiles turcos, de plomo y piedra, que se abatían a docenas, empezaban a derrumbar el bastión, y Muley, por temor a que alguno de aquellos cascotes hiriera a su adorada esposa, acató el consejo del conde. Y mientras el duelo de la artillería continuaba con mayor violencia que nunca, los soldados, alzando sus espadas, y los candiotas, entusiasmados, saludaban el paso de la duquesa hasta su torreón entre grandes vítores a «la heroína de Famagusta», al «invencible capitán Tormenta».

Los cobijados en el reducto, por su parte, procuraban por todos los medios hacerse los

muertos. Ninguno daba la menor señal de vida; no deseaban seguir idéntico camino al seguido por el soberbio caballo de Haradja, que no había tardado en ser alcanzado por dos proyectiles, uno en un flanco y otro en la fina e inteligente cabeza, y cayó muerto en el foso, luego de correr enloquecido e intentar eludir su fin. ¡Lástima! Tal animal, en aquella época, podía valer una verdadera fortuna y ¡cualquiera sabe lo que pagaría por él Alí Bajá para hacer un regalo a su sobrina!...

Ya declinaba el sol cuando Muley se presentó al conde Morosini, cuyo palacio no había sufrido todavía grandes desperfectos. Le acompañaba Mico, el albano, casi siempre taciturno, aunque siempre ágil de manos, al igual que todos sus compatriotas de las montañas próximas al lago de Escodra.

–Señor capitán –les dijo, – ¿os sería posible, cuando sea noche cerrada, hacer interrumpir el fuego durante una hora?

–Al duque y a la duquesa de Éboli, que tanto hicieron por la Serenísima, nada puedo negarles. Sabéis bien que sois los ídolos de la guarnición, valerosa y aguerrida, si bien en exceso escasa. Venecia no podrá agradeceros bastante lo que hacéis por ella. Explicaos. ¿Qué deseáis?

–Voy a intentar, con mi albanés Mico, alcanzar el reducto y apresar a la sobrina del Gran Almirante, si es que no ha muerto como resultado de la estocada asestada por mi mujer.

– ¿Queréis cometer una imprudencia?

–No, señor conde. Estoy decidido; pero para alcanzar el reducto me es preciso que hagáis cesar el fuego.

El gobernador general, que luchaba contra los turcos desde hacía ya veinte años, primero en el Adriático, después en el archipiélago y posteriormente en las islas del sur, contempló asombrado al joven.

– ¿Deseáis ir en busca de la muerte?

–Dios velará por mí.

–No soy capaz...

–Soy el León de Damasco, señor conde –exclamó con cierta jactancia Muley. –Permitid que intente la aventura.

– ¿Y la duquesa?

–Yo me ocupo de todo. Debéis pensar, señor conde, que no habrá tranquilidad para nosotros en tanto siga viva esa mujer. Hace ya cuatro años que está maquinando y realizando su venganza. Y ahora ha logrado capturar a mi padre y raptar a mi hijo.

El conde se acarició la canosa barba y, examinando al duque con sus perspicaces e inquisitivos ojos, le respondió:

– ¿Así lo queréis? ¡Sea! Aunque lo considero una temeridad, ya que nuestra baza es buena y esas gentes no tendrán otra solución que entregarse muy pronto. Cosa de un par de días aproximadamente: en cuanto hayan devorado el caballo del turco que debía combatir contra vos, y pensad que son al menos treinta hombres. El hambre los obligará a entregarse. De todas maneras, el calor descompone en seguida la carne y ni siquiera poniéndose a media ración les durará el animal arriba de un par de días más.

– ¿Lo suponéis así?

–Estoy seguro de ello.

–No conocéis a los turcos... Preferirían morir en ese lugar.

–Tengo una idea.

– ¿Cuál?

–Ofrecer la libertad de todos ellos a condición de que Alí Bajá os entregue a vuestro hijo.

–Haradja no aceptará, si es que no ha muerto a consecuencia de su herida, y tengo interés en

cerciorarme de ello.

–Pero, amigo mío...

–Estoy decidido, capitán. Ya veréis cómo nos burlamos de esos pobres diablos.

–Bien: ¿a qué hora deseáis que se interrumpa el fuego?

–A las once. La luna tardará en aparecer esta noche.

–Está decidido. Situaré en el puente levadizo cuatro compañías de esclavones preparadas para auxiliaros.

–No será preciso. Cuento principalmente con la astucia.

–No obstante, las tendré allí situadas. Me es necesaria vuestra vida y conviene a todos que el León de Damasco continúe colaborando en la defensa de la plaza. No hay más que hablar; os aguardo en el puente levadizo a la hora que me habéis indicado.

Como era lógico el bombardeo continuó intensa e ininterrumpidamente como durante el día, y los estragos en la ciudad acrecían de una forma que daba angustia.

A las once, Muley, a pie, aunque cubierto de acero y armado con largas pistolas, en compañía de Mico, el leal albanés, se reunía con el capitán general a la entrada del puente levadizo.

– ¿Estáis resuelto, Muley? –inquirió el conde, que parecía inquieto.

–Sí, capitán.

– ¿Qué os interesa averiguar: si la sobrina del bajá está o no muerta?

– Mucho lo deseo. Y sobre todo, si está viva y puedo, como confío, apresarla, me será posible recuperar a mi hijo a cambio de esa mujer.

–No lo niego, pero la empresa es muy peligrosa.

–Llevamos magníficas armaduras, hablamos el turco y simularemos ser enviados por ese canalla de Alí.

– ¡Sois muy osado! Por algo se os ha denominado y se os llama todavía el León de Damasco.

Se estrecharon la mano y se despidieron.

–Que haya suerte. Estaremos dispuestos a defender vuestra retirada...

–Gracias, conde; haced cesar el fuego.

Casi no habían atravesado la mitad del puente cuando se unió a ellos un guerrero ágil y menudo. Muley, pese a la oscuridad de la noche, advirtió que era su mujer.

– ¿Qué significa esto, Leonor?

–Nada de locuras, Muley. ¡Déjame que vaya contigo! –suplicó la duquesa, con voz emocionada –Tres espadas valen más que dos.

El damasceno hizo un gesto con la cabeza.

–Óyeme, Leonor: si yo muriese en esta empresa, ¿quién quedaría para liberar a nuestro Enzo?... Tú... ¿Y si muriésemos los dos? Convertirían en mahometano a nuestro hijo. No, Leonor; ya tendrás ocasión de demostrar tu bravura. Por otra parte, te prometo actuar con mucha cautela. Si venzo, ya nada habremos de temer de la cruel Haradja. Ve, querida mía, a nuestra estancia, y aguarda confiada nuestra vuelta.

En aquel instante fue suspendido el cañoneo y el León dijo a Mico:

–Ya es hora; en marcha.

Puesto que el resplandor de los disparos de los cañones no alumbraba ya la llanura, ambos hombres podían dirigirse al reducto, ya que, a pesar de que los turcos proseguían el fuego, arrojaban sus proyectiles contra los fuertes y no había riesgo para aquellos dos bravos hombres, que se adentraron por entre una plantación de higos chumbos que se extendía hasta los Alberoni, avanzando ambos con la máxima celeridad No tardaron en hallarse ante el foso en que había ido a morir el caballo de Haradja.

– Desenvaina la espada –ordeno Muley a Mico.

Y los dos salvaron el foso. Alcanzaban ya la muralla derrumbada, disponiéndose a escalarla, cuando surgió de improviso un bulto que inquino con voz firme.

– ¿Sois turcos o cristianos?

–Enviados de Ali Baja –repuso Muley.

–Subid, pero primero esperad a que reavive la mecha de mi arcabuz.

OTRO RETO

El turco empezó a soplar la mecha ya casi extinguida, alumbrando al poco rato su cruel rostro de jenízaro Muley se cercioro de que se hallaba solo y cuchicheo una palabra a la oreja de Mico.

El albano, ágil y fuerte a semejanza de los lobos de sus montañas, cayo de improviso sobre el jenízaro aferrándole el cuello hasta dejarle sin voz Hubiera podido matarle con su espada, mas, como si adivinase lo que su señor pensaba, le dejo caer a tierra e hizo uso de sus manos El fornido turco pretendió resistir, pero hubo de ceder ante la potencia y habilidad del montañés

– ¿Le mato, señor?

–No, bájale al foso, sujetándole siempre con fuerza. Si lanza un grito, estaremos perdidos.

El albanés hizo lo que le indicaban, le izo en vilo y se lo cargo como si se tratase de una criatura, no sin haber apagado primero la mecha del arcabuz El jenízaro, medio estrangulado, no ofreció resistencia No acudió ningún otro turco, y señor y criado pudieron descender con toda tranquilidad al foso, arrojando al prisionero sobre el cadáver del corcel de Haradja.

– ¡Caramba, señor! He olvidado la espada arriba, menos mal que me queda el yatagán.

Desde el campamento turco continuaban disparando con furia. No obstante, los proyectiles pasaban muy por encima del reducto. Los venecianos, por el contrario, no respondían al fuego, como si hubiesen abandonado la ciudad cercada El conde Morosini cumplía estrictamente lo prometido.

–Señor –observo el montañés, al ver que el jenízaro empezaba a moverse, – ¿que hago con este hombre?

–Coloca en su cuello la punta del yatagán.

–Ya esta hecho.

–Ahora permítele aspirar una buena dosis de aire Creo que aprietas en exceso, Mico.

–Yo no soy culpable de que los hijos de los montañeses sean más fuertes que los del llano.

El prisionero, al notar que le pinchaban la garganta, luego del extraordinario apretón anterior, lanzo un débil grito. Pero el albano lo ahogo tapándole la boca con la mano.

–Óyeme bien –le advirtió el León, inclinándose hacia el: –si lanzas un simple grito para atraer a tus camaradas, no saldrás con vida de este foso.

– ¡Qué! ¿De modo que no eres mahometano?

–No te interesa. Contesta a mis preguntas. ¿Ha muerto la sobrina del bajá?

–No, aunque su herida parece gravísima. ¡Perra cristiana! Parecía invencible. Me agradaría mucho enfrentarme a ella.

–Te atravesaría de parte a parte, aunque te cubrieras con la mejor armadura. ¿Dónde se encuentra Haradja?

–En una casamata.

– ¿La cuida Metiub?

–Sí, el capitán de armas.

– ¿En qué punto ha sido herida?

–En la axila derecha. Si llega a ser en la izquierda, me parece que la sobrina del Gran Almirante estaría muerta.

– ¿Cuántos son los ocupantes del reducto?

–Veinticinco, aparte el capitán y la castellana.

–Bien.

–Y ahora que he hablado, ¿qué es lo que pensáis hacer conmigo?

–Deja que te atemos y amordacemos, y no temas. Mico, asegúrale.

El montañés le colocó en la boca una especie de pañuelo de seda y después, con cuerdas delgadas, aunque sólidas, que siempre llevaba en prevención, le ató las manos a la espalda.

–No intentes huir. Tengo veinte hombres distribuidos por estas cercanías, y si vas a parar a su poder, como acontecería antes de que hubieras avanzado mucho, no respondo de tu vida.

Tras pronunciar estas palabras, Muley subió a la trinchera en pos del albano, que se había apoderado del arcabuz del prisionero.

Pasada la derrumbada muralla, junto a la que podía verse una culebrina veneciana desmontada, avanzaron con cuidado, por temor, muy lógico, a encontrar otros guardianes.

– ¿No se ve a nadie?

–A nadie, señor.

– ¿Dónde se halla el reducto en que se cobija Haradja? No distingo ninguna luz.

Se disponía a dar otro paso adelante cuando el montañés le detuvo bruscamente.

–Los disparos de los turcos han cesado, señor. ¿No pretenderá Alí mandar una columna al ataque con el fin de salvar a los suyos?

–Eso haría fracasar nuestra empresa. Los venecianos precisarán proseguir el cañoneo y los proyectiles no saben diferenciar entre amigos o enemigos.

–Por si acaso, démonos prisa, señor.

Cruzaron la segunda trinchera, también en muy malas condiciones y casi derrumbada y tropezaron con una escalera, que sin duda conducía hasta las habitaciones del reducto. En aquel instante dispararon desde el bastión de Malamocco un cañonazo. Aquélla era la señal de retirada. Algo grave debía ocurrir.

–Hemos perdido la partida –exclamó enojado el León. – Si emprendemos la fuga, nos cogerán entre dos fuegos, y me extraña ría que pudiéramos volver con vida a Candía.

–Aguarda, señor.

–Continúa el cañoneo...

– ¡Bah! Los proyectiles tampoco ven de noche. Fíjate: allí hay una casamata, algo destruida por las culebrinas, pero que posee la ventaja de no tener moradores.

– ¿Estás seguro?

–Me cercioraré con la mecha del arcabuz.

El bombardeo se había reanudado efectivamente. Al igual que antes, los venecianos disparaban contra el reducto y la explanada, en tanto que los turcos, para impedir que llegara hasta allí alguno de sus proyectiles, empleaban las bombardas.

Mico sopló la mecha y pudo cerciorarse de que, en efecto, no había nadie.

–Solamente paja, señor. Entremos aquí y nos será posible esperar sin riesgo alguno a que cese el duelo de la artillería. ¡Y cualquiera sabe si mientras se cansan de gastar pólvora no se nos presentará una buena oportunidad para llevar a cabo nuestro plan!

Penetraron.

–No obstante, se oyen voces –adujo Muley.

–Son los turcos que se encuentran en la casamata próxima.

– ¡No poder preparar una mina para que volaran todos!

– ¡Ah! ¡Si poseyésemos pólvora!

–Prestemos atención.

Los turcos conversaban entre sí en tono bastante alto para ser oídos a través del muro que los separaba de los dos aventureros.

–Deberíamos huir, Metiub, a pesar del bombardeo.

– ¡Necio! ¿Cuántos imaginas que alcanzaríamos vivos nuestro campamento? Los venecianos cuentan con mejores culebrinas.

–Culebrinas... y espadas.

– ¿Por qué hablar así, Yussuf?

– ¿No observaste cómo derrotó la cristiana a la sobrina del bajá?

–Puede afirmarse que es invencible. En Famagusta yo mismo la vi herir al León de Damasco, que era la mejor cimitarra del Imperio.

– ¿Al hijo del bajá? ¿Al que después se casó con ella?

–Exacto.

– ¿Y no habrá quien pueda acabar con esa mujer?

–Pruébalo tú.

–No me siento capaz de ello.

En aquel instante un proyectil lanzado por una culebrina veneciana abatió el tabique medianero, alcanzándolo de través, y ambos turcos y los dos cristianos quedaron frente a frente. Fue mayor el estruendo que el destrozo, puesto que la bóveda había resistido y las dos casamatas quedaron indemnes.

Los musulmanes, al distinguir aquellos guerreros, cuyas armaduras no eran las empleadas por los soldados del sultán, desenvainaron las cimitarras para atacarlos. Pero Mico se puso delante de ellos con el arcabuz preparado y, mientras los apuntaba, exclamó con sonora voz:

– ¡Entregaos o sois hombres muertos!

El León de Damasco se hallaba a su lado, con la espada empuñada, a fin de ayudarle. Ambos turcos se miraron un momento y de súbito abandonaron la casamata a toda velocidad gritando:

– ¡Alarma! ¡Alarma! ¡Los venecianos!

Muley aconsejó a su fiel servidor:

–Recurramos a los talones, Mico. Nos han descubierto, y si permanecemos aquí, nos matarán los demás, puesto que no podemos combatir contra veinticinco.

Con no menor celeridad que los mahometanos huyeron ambos cristianos, dándose a la fuga. Los turcos abandonaban en tropel las casamatas y se oía a Metiub indagar:

– ¿Dónde se encuentran?

Los fugitivos tropezaron con un caballo amarrado a una estaca hundida en tierra. El animal, al escuchar el bombardeo, realizaba extraordinarios esfuerzos para huir. Se hallaba ensillado. ¿Era el de Metiub? Posiblemente.

– Monta detrás de mí, Mico.

Una bala de arcabuz o de pistola silbó junto a los oídos de Muley. El montañés contestó:

–Sí, señor. Pero permíteme descargar esta boca de fuego con el objeto de aligerarme de peso.

–Apresúrate.

El albano apuntó hacia el grupo de turcos que se disponía a dar alcance a los fugitivos y descargó el arma. Escuchóse un grito. Alguien había caído. Entretanto, cortada la cuerda que retenía al caballo, Muley saltó sobre la silla. Mico montó tras él.

–A todo galope, señor.

Los turcos no emplean espuelas: utilizan estribos muy anchos, casi cuadrados, con un ángulo bastante cortante. No fue necesario sino que Muley lo tocara con los estribos para que el caballo se lanzara a la carrera, salvando de un salto la añosa empalizada. En aquel instante unos cuantos hombres que salían del reducto por otro lado se plantaron ante los fugitivos, conminándolos a la rendición. Eran cinco o seis y, por suerte, no llevaban armas de fuego. Cayó tal lluvia de golpes sobre sus almetes, que tres de ellos se desplomaron en tierra y los otros huyeron gritando:

– ¡Que huyen! ¡Que huyen los cristianos!

Los guerreros jenízaros se presentaron al momento. Pero ya el corcel, sin ningún obstáculo ante él, corría desenfrenadamente, no temeroso en apariencia de las balas que los venecianos continuaban disparando desde el bastión del Malamocco.

–Señor –observó el montañés, –a esto lo llamo marchar hacia la muerte.

–Aférrate bien a mí y no te inquietes. Sólo nos restan por atravesar quinientos pasos. ¡Ah!

De todas las torres septentrionales de Candía habían brotado súbitamente hogueras que arrojaban una luz bastante intensa sobre el llano para distinguir a un jinete. El conde Morosini había mantenido su promesa.

–Grita con fuerza, Mico. Anúnciales que somos cristianos.

Los venecianos proseguían disparando sus cañones, y los turcos hacían lo mismo con sus malditas bombardas, cuyas pelotas de piedra caían a montones por la llanura y estallaban igual que bombas en cuanto se ponían en contacto con la humedad de la Tierra.

El riesgo mayor provenía, no obstante, del lado veneciano, ya que al verlos avanzar podían fusilarlos los esclavones que montaban la guardia en el puente levadizo. Amo y criado lanzaron al tiempo dos fuerte gritos que dominaron los estampidos de la artillería.

– ¡Cristianos! ¡Cristianos!

Un momento después cesaban los disparos de los venecianos y en las terrazas de las torres se hacía más intensa la luz, como si hubiesen avivado más las hogueras.

El caballo, conducido por aquel diestro jinete, uno de los más célebres de Asia Menor, galopaba por entre las bolas de piedra, que estallaban en todas direcciones en mil fragmentos, eludiendo ser alcanzado por verdadero milagro.

– ¡Eh! ¡Eh! –exclamaba Muley, azuzando al corcel, no ciertamente sin suavidad, con el lado cortante de los estribos.

– ¡Cristianos! ¡Cristianos! –proseguía gritando el albano, cuyos pulmones semejaban ser de acero.

El caballo pasó, como un proyectil lanzado por una catapulta, la zona peligrosa y alcanzó a la carrera, con los dos jinetes, el puente levadizo del bastión de Malamocco sin haber recibido el más simple golpe ni la más insignificante herida. Allí lo retuvieron los esclavones, si bien Muley se bastaba para hacerlo, ya que el magnífico corcel no sentía el menor deseo de oponerse a las órdenes de aquel jinete que lo montaba con tanta maestría.

Un instante más tarde las culebrinas reanudaban sus disparos certeros y proseguían batiendo la llanura que se extendía entre el reducto de los Alberoni y el campamento turco.

El capitán general, que se hallaba vigilando a sus artilleros, al informarse de la vuelta del León de Damasco fue en busca de la duquesa, que hacía rato ya que abandonó la torre dominada por una gran angustia.

–Ahí le tenéis, señora, con vida. Dios le ha protegido.

Muley, nada más al saltar a tierra, abrazó fuerte y cariñosamente a su esposa, riñéndola con dulzura por haber abandonado la protección de la torre.

–Como ves, he vuelto.

–Pero has cruzado bajo una lluvia de balas, Muley... Podría haberte alcanzado alguna.

–Jesucristo me protegió, dejándome regresar sano y salvo para comunicarte que Haradja, por las noticias que tengo, está herida de gravedad.

–Pero no ha muerto –adujo el conde.

–Esa víbora tiene mucha resistencia, capitán. Habría que clavarla por el corazón a una pared y dejarla clavada hasta que muriera.

– ¿Y son muy numerosos los del reducto?

–No llegan a treinta; todo lo más, veintiséis o veintisiete.

–No me siento capaz de efectuar una salida y apresarlos. Somos muy escasos en número y no poseemos sustitutos para los muertos. No nos acontece como a los turcos, que en cualquier instante pueden recibir tropas de refresco de Constantinopla... Fijaos cómo desdeñan la vida de sus hombres. Están organizando una expedición al reducto y enviarán dos mil o tres mil guerreros no para salvar a esa treintena de jenízaros, por los que no tienen ningún interés, sino a la sobrina de Alí Bajá.

– ¿Y les permitiréis llegar? –inquirió Muley con acento anheloso.

– ¿No escucháis cómo retumban nuestras culebrinas? Ahora son treinta las que vomitan muerte contra esos perros infieles. No tengáis cuidado: ninguno de estos hombres, aunque son valientes en extremo, atravesará nuestra lluvia de fuego. Venid al bastión y veréis. No hay riesgo, puesto que los proyectiles de esos bellacos llegan muy pocas veces hasta nuestra batería.

Cruzando una inmensa nube de humo que la ausencia casi absoluta de brisa mantenía inmóvil, el capitán general y los dos esposos, ya que Mico se había marchado para ocuparse del caballo turco, alcanzaron el imponente bastión, que por su solidez y amplias proporciones era denominado la roca de Candía.

Dos compañías de artilleros desencadenaban un violento fuego, no dejando descansar ni un instante a las culebrinas. Arrojaban sus bolas de plomo, igual que granizo, contra una enorme forma negra que acababa de surgir de las trincheras otomanas y avanzaba con gran ligereza por la siniestra llanura.

Eran, efectivamente, marineros de Alí Bajá que se precipitaban hacia el reducto para salvar a Haradja. ¿Cuántos eran? Dos o tres millares, como mínimo, según supuso el gobernador de Candía; pero para su desgracia, aquellos bravos, teniendo la certeza de que se dirigían a una muerte cierta, amedrentados por el torrente de proyectiles que recibían de frente, no progresaban demasiado. A cada descarga de las culebrinas del bastión se veían clarear sus filas, las cuales tardaban mucho en cerrarse.

– ¿Serán capaces de llegar? –interrogó la duquesa al conde.

–No es posible, señora. Y solamente un ser como Alí Bajá puede mandar tanto hombres a una muerte cierta. Nuestros proyectiles se abaten sobre ellos igual que el granizo durante una tormenta y deben producir horribles estragos entre esos desdichados. Es una cruel carnicería.

– ¿No acudirán en auxilio los jenízaros del visir?

–El generalísimo es en exceso prudente para sacrificar millares de vidas por salvar treinta, a pesar de que una de ellas sea ni más ni menos que la de la castellana de Hussif. No es capaz de mandar a sus guerreros al matadero... ¡Fijaos! Los turcos no pueden ya resistir nuestro fuego y se retiran a la desbandada. Las culebrinas doman muy bien a los hombres.

Efectivamente: tras aguantar durante más de una hora aquel endiablado fuego que los diezmaba, aterrorizados por la enormidad de sus bajas, decidieron desistir de semejante empeño. El reducto se hallaba aún a mucha distancia y no podía pensarse en alcanzarlo bajo aquella lluvia de mortífero plomo.

–Estaba seguro de ello. No se puede afrontar impunemente el fuego graneado de treinta culebrinas disparadas por los artilleros de la Serenísima.

– ¿No volverán después?

–De momento no lo creo, Muley.

– ¿Y qué ocurrirá con esos treinta encerrados en el reducto?

–Voy a hacer cuanto pueda, Leonor, para que mañana exista uno menos.

– ¿De qué forma? –indagaron a un tiempo el conde y la duquesa.

– ¡Por la muerte del profeta! El duelo no ha terminado todavía. Metiub debe luchar conmigo, y si desea abandonar el reducto, habrá de comprobar el temple de mi espada, igual que Haradja ha probado el de mi mujer.

– ¿Y deseáis enfrentaros a esos traidores? Yo no confiaría, Muley –observó el capitán general.

–Conozco a mis compatriotas, señor conde. En el fondo todos son bastante caballerosos y, una vez retados, no se echan atrás. Haced ondear mañana por la mañana en el bastión la bandera blanca, para solicitar una tregua, y comprobaréis cómo Metiub abandona el reducto. ¿Lo haréis?

–Ya que lo deseáis, así sen.

–En tal caso, esperad.

– ¿Qué piensas hacer, querido esposo?

–Libertar al caballo de Metiub. El animal regresará en seguida al reducto y mañana le veremos de nuevo con el capitán de armas en su silla. Esos caballos de las estepas olfatean a sus amos a grandes distancias, igual que los perros, y saben encontrarlos.

Y Muley se precipitó por entre la densa nube de humo y desapareció al momento.

El fuego veneciano proseguía, si bien menos nutrido, a pesar de la retirada de los turcos. Por el contrario, las bombardas de los infieles permanecían silenciosas.

– ¿Qué opináis sobre esto, conde? –inquirió la duquesa.

–Pienso que considero posible apresar a Haradja o, como mínimo, forzar a ese perro de bajá a que nos entregue a vuestro hijo.

– ¿Un cambio? ¿Y recuperaría a mi Enzo?

–Sí, duquesa.

– ¿Aceptará?

–No le queda otro recurso. El reducto es inexpugnable, defendí do por nuestras culebrinas, y, sin recibir ayuda, antes o después habrán de entregarse. Id, por tanto, a descansar tranquila, amiga mía, que por esta noche nada de importancia creo que acontezca. Mañana solicitaremos de los turcos una tregua para que se realice la segunda partida del desafío.

En aquel instante Muley regresaba y el conde agregó:

–Por lo que a vos respecta, mi bravo amigo, os aconsejo con gran interés que combatáis ante el bastión. No vayamos a tener nuevas traiciones.

Fue con ellos hasta el pie de la escalera y luego volvió junto a sus artilleros; sería siempre uno de los mejores capitanes venecianos. El fuego ya era mucho menos intenso. Las culebrinas disparaban solamente de vez en cuando, como para notificar a los turcos que en Candía aún se disponía de pólvora y se hallaban decididos a darles otra lección si pretendían de nuevo un movimiento para salvar a los que se encontraban encerrados en el reducto.

Al día siguiente, al despuntar el sol, en todas las torres de la plaza se izaron banderas blancas en señal de tregua. Los turcos, al verlas, interrumpieron el fuego, y un caballero se aproximó a todo galope al bastión e inquirió con arrogancia si la ciudad se entregaba. Muley se presentó ante él con la espada desenvainada.

– ¿Quién eres y qué deseas? –indagó el otro.

– ¡Soy el León de Damasco!

– ¡El renegado!...

– ¿Qué importa?

– ¿Qué quieres?

–Que suspendan los turcos el fuego hasta culminar el desafío.

– ¿No concluyó ya?

–No; únicamente combatieron la cristiana y Haradja. Ahora me corresponde a mí enfrentarme

al capitán de armas del castillo de Hussif. Ha llegado mi turno.

– ¿No resultó herida la sobrina del bajá?

–Sí, pero está viva. Ve a comunicar al visir que si no acepta esta tregua, antes que se ponga el sol no quedará piedra sobre piedra del reducto y perecerán todos los que están refugiados en sus casamatas.

El turco palideció intensamente:

– ¡Matar a una mujer..., y herida!

–Una mujer que concibió una innoble asechanza... No era con escolta como debía acudir.

–Acaso esté en lo cierto el León de Damasco. En los desafíos, lo primero es la lealtad. Voy a realizar lo que me encomiendas. De aquí a diez minutos habré regresado.

–Aquí te espero.

Al poco rato Muley vio aparecer por una rampa del reducto a Metiub, montado en su corcel, que había sabido reunirse con él, empuñando una espada recta.

– ¿Qué deseas? –le interrumpió Muley.

–Vengar a mi señora –contestó el capitán.

– Me lo imaginaba. Pero por el momento el visir no ha aceptado la tregua.

–Combatiremos a pesar de que prosiga el bombardeo. El León de Damasco no puede ya temer las balas.

–Jamás me atemorizaron.

–Ahora te protege la cruz.

–Y a ti la Media Luna. Comprobaremos qué protección es más efectiva.

– ¿Confías en poder acabar conmigo?

–Sí, con la protección de la cruz.

–Ahí llega el mensajero.

En efecto: a galope tendido llegaba desde el campamento turco un guerrero que portaba una bandera blanca en la lanza; pero no se trataba de un caballero cualquiera, y menos aún de un soldado, sino que era un *jut-basci,* es decir, un coronel.

–Aguardémosle, Muley. De todas maneras no perderás nada por esperar, ya que estoy decidido a batirme aunque se inicie de nuevo el cañoneo: un capitán de armas que no acepta un desafío queda deshonrado para toda su vida.

–Espero.

El coronel, hombre apuesto y de altivo aspecto, con imponentes bigotes y vestido de seda verde recamada en oro, se acercó a los dos campeones y en firme tono de voz, dijo:

–La tregua está aceptada. Las leyes del Honor y de la Caballería son también sagradas entre nosotros.

–Ya lo comprobé ayer. Tal vez por eso escondisteis aquella treintena de hombres en el reducto.

–Nosotros, no. Eso sería cosa del Gran Almirante con el fin de salvar a su sobrina... No obstante, está mal hecho, ¿Deseáis batiros? Yo seré testigo, con los venecianos que os contemplan desde el bastión.

– ¡Un turco contra un turco! ¡Así estaba escrito!

– ¡A un lado! –le gritó Muley.

El coronel se apartó lo bastante, para no entorpecer en absoluto el movimiento de los caballos de los combatientes, y exclamó:

– ¡Al ataque! ¡Vamos a ver si es mejor la protección del Nazareno o la del Profeta!

BELLAQUERÍA TURCA

Muley-el-Kadel obligó a su corcel a dar un imponente salto y después aflojó las riendas para que efectuara una carrera, en tanto que Metiub permanecía en guardia, reteniendo inmóvil a su montura. El León de Damasco, luego de obligar al animal a caracolear un instante, oprimió las rodillas contra el cuerpo de la caballería y se precipitó contra su rival.

El coronel, a cincuenta pasos, presenciaba impertérrito el combate.

Por el reducto no apareció nadie, tal vez por temor a las culebrinas venecianas, cargadas de metralla hasta la boca y que enfocaban sus cañones en dirección a las ruinas. Por el contrario, miles de asediados, con el almete en la punta de la espada, se amontonaron en el bastión para contemplar el duelo.

Muley, confiando en su caballo, se arrojó impetuosamente contra Metiub, tal como dijimos, gritándole:

–Que te defienda tu Profeta, pues voy a matarte.

–No. Yo seré el que traspase a ti el corazón para vengar a mi señora.

– ¿No es acaso tu señora esa que llaman la tigresa de Hussif?

–No me inmiscuyo jamás en los chismorreos de murmuradores y envidiosos.

Mientras pronunciaban estas palabras, el capitán lanzaba tajos al León, el cual se limitaba a parar para observar la forma de combatir de su adversario; de improviso juntó su espada a la del mahometano y envió una estocada que casi no tuvo ocasión de detener Metiub.

Los caballos, conducidos más bien con las rodillas que con las riendas, avanzaban y retrocedían, dando vueltas a un lado y otro, semejando combatir también. Tal vez sin el freno se hubiesen lanzado bocados por su parte: eran también de diferentes razas.

Durante algunos instantes prosiguieron los dos rivales observándose, amagando más que atacando a fondo; después empezaron ambos a asestar una gran lluvia de tajos, estocadas y mandobles, en tanto que se gritaban con furia:

– ¡Para ésta!...

–Parada está. Y tú detén ésta.

– ¡Toma, renegado!... ¡Vaya! La cruz te protege.

– ¡Pide ayuda al Profeta!

– ¡No es preciso! ¡Toma!

– ¡Y tú!

El León de Damasco, deseoso de concluir el duelo, se había lanzado a fondo, asestando tal estocada a Metiub que a poco más le hace caer del caballo.

– ¡Por el Profeta! –exclamó el capitán, poniéndose al instante en guardia. – ¿Quién te enseñó esa soberbia estocada?

– Mi mujer.

– ¡Siempre el capitán Tormenta! ¡Qué no conocerá la cristiana en lo tocante a esgrima! Si mi coraza no fuese magnífica, me habrías traspasado el corazón.

–Exacto.

–Entregaría cien cequíes por aprender a lanzarla.

– ¿Y de qué iba a servirte si te voy a matar?

–Ya veremos, ahora me toca a mí jugar.

– ¡Juego turco! ¿Qué valor tiene frente al italiano y el francés?

–Vas a saberlo a tu costa.

Hizo que su caballo diera unos pasos atrás y avanzó de improviso, empezando a tirar a su enemigo una serie de estocadas cerradas, imponentes a su entender. Pero con gran sorpresa observó que ni una vez conseguía tocar la armadura de Muley.

– ¿Acaso tú también eres invencible? –bramó. –No obstante, he jurado a mi señora matarte y te mataré, a pesar de que haya de morir yo a la vez.

En aquel instante surgió una voz de entre los venecianos que se aglomeraban en el bastión contemplando el duelo.

– ¡La estocada recta, Muley! ¡Acuérdate!

Era la voz de la duquesa, que se hallaba anhelosa e impaciente por el resultado de la lucha.

Todavía vibraban en el aire las últimas sílabas cuando el capitán de armas se desplomó sobre el caballo, dejó caer la espada y lanzó una sofocada maldición. El León de Damasco, al acabar de detener un tajo de su rival, con una estocada recta, posiblemente secreta, le había atravesado la gola, clavándole el acero en el cuello.

– ¡Vencido! ¡Vencido! –clamaron mil voces con desenfrenada alegría. – ¡Viva el León de Damasco!

– ¡Muy bien, mi señor! –gritó la duquesa, con voz vibrante.

Metiub, a pesar de la terrible estocada, que acaso le había herido de muerte, se mantuvo en la silla. La sangre empezaba a manar, manchando el reluciente arnés. Muley desmontó del caballo y se dirigió al herido, preguntándole:

– ¿Te rindes?

El capitán de armas contestó con los talones: apretó los ijares al corcel, y éste, obediente a la presión, como si comprendiese que su jinete le pedía que le salvase, se encabritó, giró, manteniéndose sobre las patas traseras, dio un soberbio salto y avanzó rápidamente en dirección al campamento mahometano. Metiub se cogió al cuello del inteligente animal. El coronel se acercó al León cuando éste montaba con la intención, si bien con escasas esperanzas, de alcanzar a su adversario.

– Perdónale, ya que le has derrotado. Tal vez se halle herido de muerte.

–Pero no se rindió y huye.

–Es su corcel quien le arrastra.

–No sois leales. Venís a retar y os fugáis o preparáis alguna trampa.

En aquel momento salió de un bastión un caballero, cuyo arnés, al ser alcanzado por los rayos del sol, despedía fúlgidos destellos. Aquel hombre era el conde de Morosini.

–Señor –dijo al turco cuando estuvo a suficiente distancia para que le pudiera oír, –abusáis en exceso de nuestra caballerosidad. ¿Por qué no habéis forzado al herido a rendirse?

–Ha escapado como una exhalación –adujo el coronel. – ¿Quién habría podido retener aquella tromba?

– ¿Y qué me decís de los hombres ocultos en el foso del reducto?

–Quizá sea cosa del bajá, que parece divertirse provocando inconvenientes al visir, y tal vez con el objeto de ponerle en mala situación en Constantinopla.

– ¡Hum! Voy a daros un encargo.

–Hablad, capitán.

–Id a decir a Alí-Bajá que si desea ver de nuevo a su sobrina, habrá de ser con una condición. Oídme atentamente: si no acepta, aseguradle que a cañonazos o con una mina haré volar el reducto con todos sus ocupantes. ¿Entendido?

–Perfectamente. Proseguid, señor.

–El almirante retiene al hijo de la cristiana que ayer derrotó a su sobrina.

–Lo he oído.

–Pues bien: comunicad al bajá que si me entrega a la criatura, dejaré que su sobrina abandone el reducto.

– ¿Con vida?

–Con vida, puesto que aseguran que su herida no es demasiado grave.

El rostro del turco resplandeció de alegría.

– ¿Garantizáis que no ha muerto?

–Anoche –intervino Muley, acercándose –se encontraba todavía con vida, pero me imagino que en el reducto no se le podrán proporcionar los cuidados adecuados.

– ¿Me dejáis diez minutos?

–Os concedo veinte; pero si transcurrido ese lapso no venís, las culebrinas del bastión arrasarán el reducto, y en tanto que dispongamos de balas y pólvora no os permitiremos aproximaros a él, y gracias a Dios disponemos de ambas cosas en abundancia.

– ¿No me mataréis por la espalda?

–Nosotros no somos mahometanos –dijo el conde despectivamente. –Somos guerreros que luchamos lealmente. Podéis marchar, coronel.

El turco, algo turbado, puso al galope el trotón árabe y partió como alma que lleva el diablo.

– ¿Suponéis, señor conde, que estará conforme Alí con este cambio? –inquirió con recelo Muley.

–Tengo la certeza de que sí. Aprecia demasiado a su sobrina para dejarla morir en el reducto.

– ¿No maquinarán los turcos alguna otra traición?

–Los artilleros están prevenidos y tienen orden de abrir fuego sin compasión ni miramientos. Os garantizo que no se atreverían a adentrarse en la llanura para ser el blanco de nuevos disparos. Han avanzado todavía muy poco en su asedio a pesar de que ha pasado más de un año desde que nos cercaron. ¿Deseáis avanzar hacia el reducto?

– ¡Siempre que no nos reciban con una descarga!...

–Tendrán buen cuidado de no hacerlo, ya que en tal caso nuestras culebrinas nos vengarían.

El valeroso veneciano espoleó a su montura, algo famélica, en verdad, puesto que en Candía escaseaba el heno, acompañado del León de Damasco. No se distinguía alma viviente; volvieron grupas sin que se les disparara un tiro y avanzaron hacia al bastión de Malamocco. Ya estaban a punto de llegar cuando hicieron pararse a sus caballos al escuchar tras ellos un desenfrenado galope.

Cuarenta o cincuenta corceles, conducidos por unos cuantos musulmanes, cruzaban el llano. Delante iba el coronel, llevando en sus brazos un niño.

– ¡Mi hijo! –exclamó Muley. – ¡Al fin voy a poder abrazarle al cabo de un año!

La criatura lucía ropas venecianas, vistiendo un trajecito azul adornado con blondas. Su oscura cabellera, sin toca alguna y bastante larga, flotaba al aire agitada por el viento. El León de Damasco y el conde avanzaron al encuentro del coronel, en tanto que los caballos se detenían en la otra parte del reducto.

–Salud, señores. León de Damasco, aquí tenéis. He cumplido mi palabra. Y ahora que Alá os proteja.

Y el coronel volvió grupas y partió a la carrera, a la vez que escapaban a todo galope los refugiados en el reducto. Uno de los jenízaros llevaba con él a Haradja.

– ¡Enzo! –exclamaba Muley, contemplando al niño, que le miraba con ojos de terror. – ¿No recuerdas ya a tu padre?

Le estrechaba entre sus brazos y le llenaba el rostro de ardientes besos, en tanto que los turcos se alejaban en desenfrenada carrera, como si temiesen alguna traición. Tan veloz fuga comenzó a

inspirar al conde un vago recelo.

– ¿Hace mucho tiempo que no veíais al pequeño? –indagó.

–Pasa del año, conde.

– ¿Es realmente vuestro hijo?

– ¿Quién pretendéis que sea?

–Vamos en seguida a reunimos con la duquesa.

Avanzaron al galope, y en breves instantes se hallaban en el puente levadizo del bastión. Leonor se lanzó a su encuentro.

– ¡Enzo! ¡Enzo! ¡Hijo mío! –exclamó.

–Tenlo. Al fin le hemos recobrado.

–Di algo a tu mamá, Enzo, hijito. Di alguna cosita a mamá.

Y le abrazaba y le besaba, no cansándose de contemplarle. El niño la miraba con sus grandes ojos negros, en los que se advertía el terror, al igual que había mirado antes a Muley. Pero no pronunciaba una palabra.

–Señora –intervino el conde, – ¿tenéis la absoluta seguridad de que es vuestro hijo?

– ¡Dios mío!... ¡Conde!

–Examinadle detenidamente.

–Aunque hace quince meses que no le veo...

– Mirad bien el pelo, los ojos, la boca... Cuando os separasteis de él, ¿hablaba ya?

–Sí..., pero...

El capitán general, como respuesta, desenvainó el puñal que llevaba a la cintura, lo hizo brillar ante los ojos del pequeño y le dijo en perfecta pronunciación turca:

– ¡Habla o te mato!

–*Sidi, aman* (Señor, perdón) –repuso el niño.

– ¡Es turco!...

Los capitanes estallaron en furiosos comentarios, en tanto que la duquesa, poniendo al pequeño en el suelo, rompía a llorar desconsoladamente.

– ¡De nuevo nos han engañado esos canallas!

– ¡Es otra de sus habituales bellaquerías!

–Colguemos a este pequeño musulmán de la torre más alta de Candía.

– ¡Demasiado lo tienen merecido esos miserables!

–Pero es una inmensa crueldad.

–Eso no es combatir.

Entretanto el conde Morosini subía a la terraza y examinaba de una rápida ojeada la llanura. Los turcos, que corrían a todo galope, estaban ya a más de dos mil pasos.

– ¡Disparad contra esa chusma! –ordenó. – ¡Aniquiladlos!

–Señor –adujo un cabo de cañón, – las piezas se hallan cargadas todas con metralla.

– ¡Es lo mismo! ¡Fuego, fuego! Ya les mandaremos luego las balas.

Las treinta culebrinas retumbaron con tremendo fragor, haciendo trepidar por completo el bastión. Pero únicamente un par de hombres y un caballo, que iban en retaguardia, se desplomaron. Los restantes estaban ya fuera del alcance de la metralla, y cuando las culebrinas estuvieron cargadas con bala, los fugitivos alcanzaban la empalizada del campamento turco.

La artillería otomana, en especial las bombardas, reanudaron sus descargas como si pretendiesen atraer la atención de los artilleros venecianos.

El conde de Morosini hizo un ademán de desesperación y bajó de la terraza. No obstante los duques ya no estaban allí, pues tras haber entregado la criatura, que a fin de cuentas no era culpable

del engaño, a un capitán, se fueron a su torre.

El capitán general dio a sus oficiales algunas instrucciones y, enfurecido por la jugada que le había hecho Alí-Bajá y entristecido por la desilusión que sufrían sus amigos, se dirigió hacia su estancia con el fin de consolarlos.

– ¡Miserables! –musitó, saltando de improviso para eludir ser herido por un fragmento de piedra. –Celebran su victoria. Ahora que ya se han puesto a salvo los del reducto arrecian el fuego para destruir la ciudad ¡Y no contar con suficientes fuerzas para atacarlos y aniquilarlos o bien obligarlos a darse a la fuga por mar, como mínimo! ¡Pobre Venecia!... Se quedó sin Chipre... y se quedará sin Candía por más sacrificios que realicemos.

Y, prosiguiendo su camino, llegó a la torre, a cuya entrada, Mico, sin preocuparse de los proyectiles, se mesaba los cabellos e imprecaba. Se sentía desesperado.

– ¿Y tus señores?

–Entrad, señor conde. Entrad a consolarlos. ¡Pobre señora!

El capitán general, a pesar de que ya no era joven, subió ágilmente la escalera y alcanzó el segundo piso

El damasceno se paseaba arriba y abajo de la estancia igual que un león enjaulado, en tanto que la duquesa, desprovista de la coraza, lloraba de bruces sobre uno de los lechos.

– ¿Qué pensáis, conde, de esta nueva bellaquería, de esta nueva canallada? Me avergüenza haber nacido mahometano y de haber creído en el Corán.

–Es verdad los mahometanos son unos bribones. ¡Ah! ¡Qué bajá! Y, no obstante, tengo la certeza de que algún día morirá bajo los golpes de la cristiandad.

–Fuimos innoblemente engañados –sollozó la duquesa, que se había levantado al entrar el conde, mientras enjugaba las lágrimas que pugnaban por deslizarse por sus mejillas. – ¡Yo misma supuse que se trataba de mi Enzo! Los mismos ojos, igual cabello, incluso posiblemente la misma edad. ¡Maldito bajá! ¿Es quizás un demonio? Pues no me produce temor y si se enfrentase a mí, espada en mano…

–No se enfrentará. Temen demasiado los turcos al capitán Tormenta.

– ¿Y qué haremos? ¿Vamos a dejar en manos del bajá a nuestro Enzo? –exclamó encolerizado el León.

El capitán general hizo un ademán de desaliento.

– ¿Y cómo voy a enviar mis hombres –exclamó con tristeza, –primero contra el campamento y después contra la escuadra? No llegamos ni a veinte mil, en tanto que esos perros, teniendo libre acceso al mar, habrán repuesto sus bajas y serán otra vez cien mil ¿Pretenderíais vos un intento semejante con guerreros que, si bien siempre han sido valerosos y arrojados, se encuentran exhaustos debido a las prolongadas veladas, la escasez de alimentos y las enfermedades? Responded, Muley.

–No. En vuestro lugar no tomaría sobre mí tal responsabilidad.

– ¿Y vos, señora?

–Yo tampoco, capitán. El combate resultaría desastroso. Pero ¿qué pretenderán hacer con mi hijo?

–Acaso convertirle en musulmán, señora –dijo en aquel instante un hombre que acababa de penetrar sigilosamente, si bien escoltado por el fiel Mico.

– ¡Nikola! –exclamaron al mismo tiempo los duques.

–Yo en persona, señores –repuso el marinero griego, saludando con reverencia. –Debo daros buenas noticias

– Habla, habla.

–En primer lugar puedo garantizaros que vuestro hijo no se halla en peligro, ya que el bajá sigue protegiéndole claramente, sin prestar atención a las murmuraciones de la tripulación. Cualquiera diría que le quiere como si se tratase de su propio hijo.

– ¡Canalla!

–Pues debéis estarle reconocido, León de Damasco –adujo el griego, –ya que de no ser por él no habría yo apostado medio cequí por la vida de vuestro hijo.

– ¿Decís que le trata bien? –inquinó la duquesa.

–Como si se tratase del hijo de un sultán.

– ¿Y con qué fin?

– ¿Quién es capaz de conocer el pensamiento de esa fiera dañina? Por el momento, señora, os debe bastar con tener la seguridad de que vuestro hijo está muy bien atendido y no corre el menor peligro.

– ¿Y Haradja? –interrogó el capitán general

–Ha recibido una soberbia estocada que le impedirá abandonar su camarote como mínimo durante tres semanas.

– ¿Y Metiub? –inquinó Muley-el-Kadel

–Llegó al campamento medio muerto. Pero debe de tener muy dura la piel, ya que a pesar de la tremenda estocada que le habéis asestado en la garganta aseguran que no morirá. Me parece que tras estas dos amargas lecciones, se ha producido una penosa impresión en el campo turco, los infieles no osaran volver a retar a los cristianos de Candía. Procurad, no obstante, señora, y vos también, Muley, no caer vivos en poder de esos perros. Como ultimo recurso os recomendaría que os saltarais la tapa de los sesos de un tiro.

–Conozco su crueldad, como se hasta que punto es capaz de ser arrastrada Haradja por su odio –dijo Muley

–Vos sois el hombre a quien entregue el otro día un salvoconducto, ¿no es cierto? –pregunto el conde.

–Si, señor capitán general –respondió el renegado, –y ahora oídme.

– ¿Nos traes otras noticias, Nikola?

–Y me parece que buenas. Me he enterado esta mañana, por un amigo mío, también renegado, que vive en el campo, que desde hace tres días se han reunido en la bahía de Capso galeras venecianas a las órdenes de Sebastián Veniero.

– ¡El gran Almirante de la Serenísima!

–Si, señor capitán general.

– ¿Y son muy numerosas?

–Solamente ocho. Pero todas son de reciente construcción y con fuerte armamento, rapidísimas y doble tripulación de galeotes. Ya conocéis la osadía del Gran Almirante, y podemos confiar en que haga alguna jugada al bajá.

El conde hizo un movimiento con la cabeza

– ¡Ocho contra trescientas! Sería una temeridad ¡Que espantosa matanza! En tanto que la República no se una a todos los Estados cristianos y junte sus naves a las españolas, genovesas, sicilianas, austriacas, francesas y romanas, no conseguiremos recuperar la hegemonía marítima. Extraordinaria fue la audacia de Moceñigo desplegando al viento la enseña veneciana frente a la asombrada Constantinopla. Su victoria fue grande, pero no basta. Al bajá es a quien se debe herir en el corazón para exterminar el poder naval de los turcos. Por desgracia Venecia no puede, en la actualidad, ni en sueños, intentar semejante golpe, a pesar de que en sus astilleros se trabaja noche y día construyendo galeras.

El León de Damasco acababa de volverse hacia su esposa y clavaba en ella sus ojos.

– ¡Si me marchase yo!... –insinuó.

– ¿A qué lugar?

–A la ensenada. ¡Cualquiera sabe! Con Sebastián Veniero puede esperarse todo incluso la captura de la nave almirante turca. De esta forma podríamos salvar a nuestro Enzo. ¿Te parece bien, Leonor? Nikola, que conoce el lugar donde están ancladas las naves y que posee amigos en la compañía, irá conmigo, y Mico también me acompañará.

Los grandes ojos negros de la duquesa brillaron con viveza

– ¿Deseas intentar tan arriesgada aventura? –indago con voz emocionada.

–Sería capaz de intentar cualquier cosa por librar de las codiciosas y sanguinarias zarpas de Haradja a nuestro hijo y a mi padre.

–En él precisamente estaba pensando, y calculaba que si Veniero, con tan pocas naves, no desea enfrentarse a la poderosa flota del bajá, sí puede, en cambio, asaltar y destruir la guardia de esa tigresa, ya que las fieras se encuentran aquí, a distancia de Hussif ¿Que opináis, conde?

–Opino que no se deben desperdiciar las ocasiones de perjudicar en todo lo posible a los turcos. Atacar, y mucho menos apresar, la galera del bajá no es posible, como no sea por un milagro. Pero Hussif no es Candía, y alrededor de aquel castillo los turcos son poco numerosos, mientras que aquí pululan igual que moscas. Si lo deseáis, duque, os proporcionaré una escolta de leales guerreros para que os acompañe.

–No, señor capitán general –adujo el renegado –Tres o cuatro hombres pueden eludir a las avanzadillas turcas, pero si fuesen más, no me comprometería a salvar sus vidas.

– ¿Siguen merodeando por el campo sus patrullas?

–Sí, señor conde.

–La noche va a ser oscura, ya que oigo sonar el trueno. Vete. Eres aun el León de Damasco, y los turcos, a pesar de todo, te respetan y te temen todavía.

–Gracias, Leonor. Lo único que lamento es dejarte sola…

–El capitán general de Candía cuidara de vuestra esposa, amigo mío, marchad tranquilo. La duquesa está bajo el amparo de la Serenísima.

–Mil gracias, conde. Marcho tranquilo Dios quiera que el éxito me acompañe.

–Os lo aseguro. ¿A qué hora os pondréis en marcha?

–Nada más caiga la noche –dijo Nikola. – Es la hora más adecuada.

–Entonces, hasta la noche. Os haré salir por el bastión de Cavarzere, que no esta vigilado por los turcos, por lo menos aparentemente.

Y el capitán general se despidió afectuosamente del matrimonio.

POR ENTRE LAS RUINAS DE CANDÍA

De noche ya cerrada, cuando los turcos bombardeaban con mayor intensidad, arrojando sin cesar proyectiles de piedra con su bombardas de grueso calibre, tres hombres, montando soberbios caballos, atravesaban el puente levadizo del bastión de Cavarzere, que había sido hecho bajar sigilosamente para no llamar la atención de las patrullas turcas de vigilancia.

Los tres, cubiertos de acero y armados de espada, maza y arcabuz, el cual colgaba de la silla; en lugar de la común capa blanca, para protegerse de la humedad nocturna iban cubiertos con capas negras, que no podían advertirse en medio de la noche y les permitirían confundirse con la oscuridad.

Aquellos audaces, que al abandonar la plaza asediada exponían la vida, ya que podían encontrarse a las patrullas de caballería turca que merodeaban vigilando por las cercanías, ya se habrá dado cuenta el lector de que eran el León de Damasco, Nikola, el renegado griego, mejor dicho el falso renegado, y el fiel Mico, el albano. Valientes y decididos, valían por treinta, y estaban dispuestos a abrirse camino por entre un escuadrón completo de musulmanes.

Como si éstos recelasen algo, o cual si deseasen desahogar su furia por haber visto caer primero a la sobrina del bajá y después a Metiub, bastante popular éste como hábil y consumado espadachín, aquella noche disparaban con mayor intensidad que nunca. Los enormes proyectiles de piedra atravesaban el espacio, dejando una estela de fuego, y se oían abatirse no encima de las fuertes murallas y torres, sino sobre las techumbres de las moradas, ya que la táctica de los turcos era sembrar el pánico por medio de la destrucción que originaban en las ciudades, con el objeto de que éstas se rebelaran, obligando al comandante de la plaza a entregarse.

Semejante maniobra, que había dado buen resultado en diversas poblaciones pequeñas, no podía tener éxito tratándose de Candía, en que había numerosos guerreros y podían obligar a los moradores de la ciudad a compartir los inconvenientes y los horrores de la guerra. Como el bastión de Cavarzere era el más distante de la línea de fuego, los proyectiles no alcanzaban hasta él cuando los tres corceles lo abandonaron, lanzándose por entre la tenebrosa campiña.

– ¿Conoces la isla, Nikola?

–Sí, señor. Sería capaz de recorrerla a ciegas, ya que aquí era donde tenía mi comercio antes que me arruinaran esos perros.

– ¿Cuándo nos será posible llegar a Capso?

–De aquí a veinticuatro horas, si los caballos aguantan y no tenemos ningún tropiezo.

–Pero ¿desconocen los turcos la proximidad de esas galeras?

– Hasta el momento puedo asegurar que sí. El bajá se halla convencido de que los venecianos se aprestan a alguna expedición desesperada contra Morea o un audaz golpe de mano contra Constantinopla, como el que intentó el valiente almirante Moceñigo.

– ¿Tú cómo te has enterado?

–Por un amigo renegado, que aborrece todavía más que yo a los mahometanos, puesto que le asesinaron a todos sus familiares. Nosotros estamos siempre relacionados unos con otros, para ayudarnos contra el invasor.

– ¿Y tu amigo se entrevistó contigo en la nave?

–No se atrevió a llegar a tal extremo. Supe, sin embargo, por medio de una señal que ya teníamos convenida, que había de notificarme alguna cosa y fui a buscarle a un extremo del campamento. Impera excesiva confusión en el ejército para fijarse en un hombre luciendo ropas de musulmán, a pesar de que podría tratarse de un peligroso espía.

– ¿Y dónde se encuentra en este momento tu amigo?

–En su granja medio derrumbada, pero en la que sigue trabajando.

– ¿A mucha distancia de la ensenada?

–Unas seis horas a caballo... o acaso menos.

– ¿Distingues algo frente a ti?

–No, señor.

– ¿Y tú, Mico?

–De momento, nada.

– ¿Por qué dices *de momento*?

–Pues porque esos perros surgen cuando menos se lo imagina uno.

–Sacad las espadas, y ya que por lo visto tenemos libre el paso, lancémonos a la carrera –ordenó Muley.

Los tres corceles, elegidos entre los mejores que todavía quedaban en Candía, se lanzaron al galope, en tanto que sobre la ciudad continuaban cayendo los proyectiles turcos.

Los venecianos, por su parte, contestaban con escasa intensidad, con el fin de economizar municiones, ya que no existía ninguna razón imperiosa que los obligara a disparar con mayor violencia y no tenían comunicación con el exterior para conseguir refuerzos.

Los jinetes habían ya abandonado la zona peligrosa y se disponían a espolear a sus caballos, lanzándoles a galope tendido, cuando Nikola, que poseía una vista parecida a la del lince, como veterano marinero que era, detuvo a su montura y susurró:

– Hay hombres delante de nosotros.

– ¡Ataquémoslos! –repuso sin el menor titubeo el León de Damasco.

–Vamos –convino el griego con absoluta serenidad, lanzando a galope tendido su caballo, seguido del damasceno y del albanés, los tres con los pesados aceros alzados, dispuestos a herir.

Pronto pudieron distinguirse dos caballeros en medio de la oscuridad, prestos también a cargar contra los cristianos, que no habrían de tardar en acabar con ellos si es que se encontraban solos.

– ¡Abrid paso! –gritó al llegar ante ellos el León de Damasco.

Los cinco caballos se embistieron furiosamente y se oyeron tremendos golpes de unos aceros contra otros. Los cristianos siguieron adelante; los turcos quedaron en tierra.

–Mi enemigo se ha desplomado herido en el cuello –comentó Muley, –y confío en que le habré atravesado por completo la gola.

–Yo tiré a mi adversario una estocada debajo del sobaco izquierdo. Tengo la completa seguridad que le maté.

–Yo –adujo por su parte el albano, –como no tenía contrincante, liquidé a un pobre caballo, para que se diviertan las huríes del Profeta. Lo cierto es que Mahoma las hizo bien gordas. Y los turcos, igual que si fuesen niños, se las han tragado a gusto.

Los tres jinetes, por temor a otro tropiezo, se detuvieron al poco rato e intentaron sondear las tinieblas. El griego miró tras de sí.

– ¿Qué ocurre, Nikola? ¿Se mueve tu hombre?

– Me parece que no, señor. Ni tampoco el vuestro.

–Ni mi caballo. ¡Parece increíble! ¡Disponer de un arma tan bien templada que puede atravesar la mejor armadura y no poder utilizarla más que en liquidar combatientes de cuatro patas!

–Espera, que aún no hemos llegado a Capso. Ya tendrás ocasión de probar el filo y la punta de tu espada. Entretanto una cosa me tiene preocupado.

– ¿Qué, señor?

– ¿Hacia dónde escapó el otro caballo?

–En dirección del campamento turco, señor –respondió el montañés.

– ¿Tienes la certeza de ello?

– ¡Claro! Los caballos turcos regresan siempre al lugar donde han comido y descansado.

–En tal caso emprendamos un rápido galope, puesto que la rada se encuentra a mucha distancia. ¿No crees que es lo mejor, Nikola, aunque se cansen los caballos?

–Sí; ya tendrán oportunidad de descansar.

Aflojaron las riendas, apretaron los estribos y se lanzaron por la extensa llanura, interrumpida por campos sin cultivar pero todavía rodeados de higueras chumbas. Ya se encontraban lejos de Candía y los estampidos llegaban muy débilmente a sus oídos.

Unos campos sucedían a otros, y de ellos brotaban desagradables olores, que no eran exactamente de rosas, ya que los turcos, con su crueldad de costumbre, antes de asediar Candía habían dado muerte a casi todos los campesinos, sin conceder el perdón a mujeres y niños.

Muy escasos habitantes habían podido eludir la matanza, y esos pocos consiguieron conservar la vida abjurando de su religión. Como es lógico, anhelaban tomar venganza y tenían la cruz esculpida, si así puede decirse, en sus corazones.

Y al lado de los cadáveres sin enterrar de sus víctimas, ¡cuántos verdugos murieron! Todos los que aislados o en reducido número, jenízaros o bien soldados de a caballo, eran cogidos por sorpresa en los desiertos campos, iban a mezclar sus cuerpos con los de los candiotas.

Alguna batalla debía de haberse sostenido por la zona que atravesaban los tres audaces jinetes, puesto que el olor resultaba inaguantable y los caballos avanzaban con dificultad, pisando huesos.

– ¡Desdichada Creta!... ¡Cuánta desolación!...

–Pues en este momento no podéis advertir casi nada, a causa de la oscuridad –adujo el griego. – Mañana de día comprobaréis cuánta destrucción y que desastre. Deberán pasar como mínimo cien años para que esta isla, antes tan próspera y ahora convertida en un cementerio, pueda tornar a tener vida floreciente.

–Estás en lo cierto, Nikola.

–Los jenízaros del visir han degollado a los habitantes y luego lo han arrasado e incendiado todo.

– ¿Y cuántos isleños quedarán vivos?

–Acaso unos mil. Unos continúan en la ciudad ocupada por los turcos, por lo visto bastante tranquilos. Mas en realidad son como leones. Posiblemente tendremos ocasión de ver cómo los prueban.

– ¡Dios lo quiera por mi hijo, por mi Enzo, que hace derramar tantas lágrimas a los bellos ojos de mi esposa!

–Lo que vamos a intentar, no hay por qué negarlo, señor, es arriesgado en extremo. Pero si de momento no podemos libertar a vuestro hijo, procuraremos, por lo menos, salvar a vuestro padre. Sebastián Veniero no es hombre que se deje amedrentar por un castillo como el de Hussif. Otros mejor defendidos ha conquistado en Morea.

– ¡Pobre padre mío! Condenado, a causa de que yo soy su hijo, a sufrir prisión...

–Y no sabéis otra cosa.

– ¿Qué pretendes dar a entender?

–Que tuvo que padecer el suplicio del desollamiento a manos de Haradja: le levantaron la piel de un hombro.

– ¡Eso no puede ser cierto! ¿Quién iba a atreverse a semejante cosa? –exclamó con furia el León de Damasco, haciendo detenerse bruscamente a su caballo.

– ¿Quién? La tigresa del castillo de Hussif. Me ha informado sobre ello un marinero que

asistió a la tortura.

– ¡Canalla! ¡Se ha atrevido!...

– ¿De qué no será capaz esa terrible mujer?

– ¡Mi padre desollado!

–Así sucedió, señor.

– ¡Y después confinado en los húmedos subterráneos de Hussif!

–Os garantizo que es mejor que le haya encerrado en un calabozo, ya que, en caso contrario, le hubiera enviado a pescar sanguijuelas y no podéis imaginar lo que es esa tortura.

–La conozco. De esta forma mató al vizconde Le Hussière.

–Ya me acuerdo, señor. ¡A qué miserable estado le redujeron!

No había terminado de pronunciar aquellas palabras cuando detuvo de improviso el caballo, haciéndolo casi caer.

– ¡Alto todos! –dijo en tono enérgico.

Y se puso a escuchar.

Intentar ver era inútil, ya que las más espesas tinieblas cubrían la extensa llanura, tapando la densa bruma el firmamento y las estrellas.

– ¿Qué has oído? –dijo, tras una breve pausa, Muley, enfurecido en exceso para poder permanecer quieto ni un minuto.

–Tengo la certeza de que nos siguen.

– ¿Los turcos? Únicamente topamos con dos y los matamos o, por lo menos, los dejamos en situación de no poder regresar por sí mismos al campamento; lo cual viene a ser lo mismo.

–Los habrá encontrado alguna patrulla, señor.

–Aunque fuera así –objetó Mico, –no van a tener ojos semejantes a los de los gatos. Y de otro modo, ¿quién puede distinguir algo en medio de esta oscuridad?

–Presta atención tú también, albano. Los de las montañas tenéis el oído finísimo –dijo el griego.

Permanecieron los tres inmóviles, acariciando a los animales con el fin de que no relincharan.

–Sí –aseguró muy pronto Mico, –percibo un rumor lejano que no puede tratarse de otra cosa que de los pasos de una patrulla. ¡Por las barbas del Profeta! ¡Lo único que nos faltaría es que ahora se lanzaran en nuestra persecución!

–No estás equivocado. Han debido de ser descubiertos nuestros vencidos, y sus compañeros anhelarán tomar venganza. ¡Es lo mismo! Si ellos disponen de caballos árabes, los nuestros lo son también y, además, bien elegidos, ¿no es verdad, señor?

–Son animales que no temen que los alcancen –respondió Muley, que no parecía inquieto por el acontecimiento – ¿Tú nos llevabas a casa de tu amigo?

–Sí, señor, Y no le encontraremos posiblemente solo, ya que pudo salvar, desembolsando buenos cequíes, a dos parientes suyos, famosos combatientes.

– ¿Está a mucha distancia?

–A unas cuatro o cinco millas.

– ¿Y desearán recibirnos llevando detrás de nosotros un pelotón de caballería turca?

– ¿Mi amigo no se atemoriza por eso, y todavía menos los demás? ¿Encendemos las mechas de los arcabuces?

–Sería una temeridad. Por otra parte, nuestros perseguidores deben de hallarse a mucha distancia. Espoleemos a nuestros animales e intentemos llegar lo antes posible a la granja.

Los caballos, que marchaban al trote, al notar el hierro cortante del estribo emprendieron un galope endiablado por entre los amplios surcos del yermo campo. Los jinetes prestaban oído atento,

intentando captar los distantes sonidos sospechosos, pero el ruido de las herraduras al tropezar con huesos o piedras no se lo permitía.

–No obstante, tengo la seguridad de que somos perseguidos –susurró Mico.

Durante un par de horas los jinetes cruzaron campos y más campos, salvando de vez en cuando cercados de higueras chumbas, y así alcanzaron un denso bosque de algarrobos.

–La granja de mi amigo no se encuentra ya lejos. Que los caballos aguanten media hora a este paso y llegaremos al refugio.

– ¿Al refugio dices?

–Sí, señor. Las granjas de la isla se han transformado en arsenales y encontraremos armas, pólvora y municiones en abundancia. Aunque constituyéramos todo un escuadrón.

– ¿Cómo te las arreglas para encontrar el camino entre estas tinieblas?

–No lo se. Pero lo cierto es que jamás erré el camino ni por tierra ni por mar y no he necesitado recurrir a la brújula. Acaso mi cerebro posea algo así como un sexto sentido, quizás el que tienen las aves viajeras. Y fijaos, señor, que disfruto de otra particularidad, muy necesaria sobre todo en esta isla que padece tan pertinaces sequías, Yo distingo las corrientes de agua subterráneas... Fijaos... En este lugar se ha cometido otra matanza: el campo se halla lleno de esqueletos.

– ¿Cristianos? –inquirió Muley.

– ¡Oh! Habrá también infinidad de turcos, ya que los isleños, enfurecidos a causa de los horribles estragos, se defendían desesperadamente y no morían sin haber agotado su última mecha y mellado el filo de sus yataganes. Procurad conducir bien a vuestros corceles para que no se hagan daño.

Cruzaron el campo repleto de huesos humanos que despedían aún un hedor insoportable, y pudieron ver, pues en aquel espacio de tiempo se había desvanecido la niebla y las estrellas proyectaban una débil claridad sobre la tierra, las ruinas de varias granjas candiotas.

Aquellos contornos debían de haber sido escenario de encarnizada y cruenta batalla entre isleños e invasores, saliendo triunfantes los últimos, sin duda a causa de su mayor número, y acabando la destrucción con el incendio.

– ¿Eso es un pueblo?

–Sí, señor. Ruinas de un pueblo en el que degollaron a más de seiscientas personas, tranquilos labradores, pacíficas mujeres e inocentes criaturas, sin otra culpa que la de adorar la santa cruz. Bueno, ya sabéis lo feroces que son vuestros compatriotas.

– ¡Espantoso! ¡Infame! El guerrero leal se enfrenta al fuerte guerrero y no al débil indefenso.

En breves saltos que obligaron a dar a sus caballos alcanzaron el bosque de algarrobos. Nada más internados en él oyeron en todas direcciones, al nivel de tierra, por arriba, a derecha e izquierda, un imponente batir de alas que lanzó en torno suyo una corriente de fuerte viento, no perfumado de una manera muy exquisita por cierto.

– ¿Qué significa esto? –indagó Muley.

–Devoradores de cadáveres, señor. Pajarracos negros de gran pico, que miden más de un metro de altura y que antes de la guerra eran desconocidos en la isla. Se asegura que han llegado de lejanas tierras, acaso de Persia, y que han permanecido largo tiempo en la isla de Chipre.

–En la que se habrán alimentado debidamente –observó Muley.

–Tenga cuidado con ellos, señor, puesto que en ocasiones, furiosos a causa del hambre, son capaces de atacar a los seres humanos. Dos veces tuve que defenderme de esos voraces animales con el arcabuz.

–Pues ahora nos defenderemos con las espadas, Nikola. No es aconsejable utilizar las armas de fuego, ya que debemos recordar que se nos persigue y que nuestros disparos podrían orientarlos.

–Es cierto, señor –convino el montañés. – ¡Que se lancen al ataque esas voraces aves! No satisfechas con tantos muertos como han devorado, ¿intentarán comerse a los vivos? ¡Ah, no! Poco a poco, pajarracos; este acero corta igual que la navaja de desollar de un verdugo turco.

Las aves, que no debían de haber hallado la manera de contentar su voracidad en el campo, en el que sólo había esqueletos medio calcinados por efectos del sol, aleteaban alrededor de los jinetes, intentando resarcirse con aquella carne jugosa y fresca. Negros a semejanza de las tinieblas que los circundaban, poseían picos de casi un pie de longitud, y cuando los abrían mostraban espacio sobrado para contener en él perfectamente un halcón de buen tamaño o aún otra ave grande.

Graznaban enfurecidos y atacaban decidida y rabiosamente, pretendiendo sobre todo picar en la cabeza de los corceles, no guarnecida por arneses.

– ¡Éstos son los aliados de los mahometanos! –exclamaba Mico, asestando tajos y mandobles en todos sentidos.

También el León de Damasco y el griego habían trabado una sañuda lucha con aquellas aves de presa, y aunque seguros de que no era un combate arriesgado, lanzaban a los hambrientos pajarracos tajos al cuello, al pecho y a las alas, haciéndolos caer en gran número en torno a los caballos. Los pobres animales, espantados, daban imponentes saltos para eludir semejante proximidad. De aquella manera consiguieron atravesar el bosque.

–Confiemos en que los que nos siguen tropezarán también con esos pacíficos amigos –comentó Mico, –y como los musulmanes son todos, en mayor o menor grado, supersticiosos, no desearán entablar combate con esos animaluchos, que consideran de mal agüero.

En aquel momento, en medio del imponente silencio que reinaba en el campo, sonaron dos broncíneos campanazos que se esparcieron por el espacio.

– ¿Qué es eso? –inquinó Muley, disponiéndose a detener el caballo.

–Ese sonido anunciaba la proximidad de la granja de Damoko. Su campana suena todavía y me parece que es el único campanario que los turcos, acaso por capricho, no han destruido.

– ¿Es la de tu amigo?

–Sí, señor. Nuestros caballos han ido mucho más de prisa de lo que yo imaginé. ¡Bendita sea la santa cruz, que nos defiende!

Sonaron de nuevo dos campanadas, vibrantes, sonoras, cuyos ecos se perdieron en el aire. Los tres jinetes, pasando las espadas de la mano derecha a la izquierda, se persignaron y, después, apretando los estribos a los flancos de los corceles, reanudaron su desenfrenada carrera. A la par que las campanadas habían distinguido el distante rumor que delataba la presencia de sus perseguidores, los cuales no perdían su pista.

–Confiemos en que escaparemos de ellos –dijo el albanés.

–Confiemos en nuestras espadas –respondió el León de Damasco.

Extendíase frente a ellos la llanura despejada, desprovista de algarrobos, viñas, palmeras e higos chumbos. Los caballos, en su carrera, levantaban mucho polvo.

Los turcos lo habían arrasado todo por medio del incendio, luego de haber exterminado a los pacíficos labriegos con las cimitarras y disparos de arcabuz. De aquella manera preparaban los invasores el campo abonándolo con sangre y ceniza.

Así prosiguieron avanzando otro cuarto de hora y halláronse con viñedos cultivados.

–Fijaos allá, señor.

– ¡Una casa y una torrecilla!

–Es la granja de mi amigo Damoko.

– ¿Se encontrara en casa?

–Espero que si.

Se escucharon fuertes ladridos, que por su sonoridad y fuerza denotaban ser lanzados por enormes y temibles mastines. Redujeron el paso y alcanzaron la granja. Era una sólida casa con paredes y techumbres de piedra, pero bastante estropeada, ya que los turcos, no habiendo podido incendiarla con facilidad, habían hecho en el techo el mayor daño posible.

Nikola volvió la espada a la vaina, se puso dos dedos en la boca y emitió tres vibrantes silbidos espaciados. Un instante más tarde, en tanto que los perros ladraban con más furia que antes, pretendiendo salir, se abrió una pequeña ventana y se oyó una voz que interrogaba.

– ¿Quien vive? ¿El Islam?

–No, San Marcos –repuso Nikola –Abre la puerta, Damoko Nos persiguen.

– ¿Esos perros con turbante?

–Si.

–Aguarda que despierte a mis cuñados ¿Eres tu, Nikola?

– ¿No distingues mi voz? Y me acompaña el León de Damasco

Se cerró la ventanilla, oyéronse voces en el interior de la morada y pasos por una escalera no muy segura. Después se abrió la puerta, surgiendo bajo el dintel tres hombres de elevada estatura, robustos y barbudos, armados de sendos arcabuces con las mechas encendidas.

–Eso para los mahometanos, Damoko. Nosotros somos cristianos.

–Uno debe desconfiar siempre en estos tiempos malditos, Nikola. En fin mi casa, con su cantina y su granero, se hallan a vuestra disposición.

Uno de sus familiares encendió al instante una humeante candileja de aceite, de forma antiquísima, en tanto que el otro ponía cadenas a los perros, dos corpulentos y formidables mastines de poderosos colmillos, temibles adversarios, lo mismo para turcos que para cristianos.

Los tres jinetes desmontaron, cogiendo todas sus armas y municiones, y entraron en una vieja estancia, en tanto que los dos cuñados del propietario de la casa conducían bajo techado a los caballos y les daban buen pienso.

La sala se hallaba ennegrecida y el suelo era fangoso, como formado únicamente por tierra batida. Sus muebles consistían en algunas cántaras denominadas *zaras*, que se destinaban a conservar el aceite y lo bastante resistentes como para aguantar las balas de las pistolas de aquel tiempo, en una mesa cercana, tal vez secular, rajada por completo, y en unos pocos escaños medio destrozados. En cambio, colgadas en las paredes se veían gran número de armas: arcabuces con las mechas preparadas y brillantes yataganes.

Tal como indicamos, el granjero era un hombre muy fornido, de imponente estatura, como un gigante, y fortísimo, aunque en su barba se advirtieran ya algunas plateadas hebras. Se dirigió solicito al encuentro de sus huéspedes.

– ¿El León de Damasco? –inquirió.

–Yo soy –respondió el interpelado.

El candiota le examino entre sorprendido y estupefacto, y, haciendo ante él una gran inclinación, dijo:

– ¡Dios dé larga vida al héroe de Famagusta, esposo del capitán Tormenta, que hacia caer a los mahometanos como yo hago caer mis olivas! Entrad. Os encontráis en vuestra casa.

– Un instante, Damoko, no desearía comprometerte con los turcos.

– ¿Que pretendes decir? –inquino el gigante, arrugando el entrecejo.

–Ya te he indicado que nos persiguen.

– ¿Son muy numerosos los que os siguen?

–No lo sabemos todavía.

– ¡Bah! Somos seis. Se encuentra junto a nosotros el León de Damasco… ¿Que podemos

temer? Por otra parte, pienso que el visir no habrá lanzado en vuestra persecución a toda la caballería ¿Estarán bastante distantes esos perros?

–Calculo que les llevamos unas millas de ventaja.

–Kara –dijo a uno de sus cuñados el otro, –trae vino, puesto que aun tenemos. Es mejor para los cristianos que para los mahometanos

– ¡Bah! en la actualidad ya no hacen caso del Profeta: beben mayor cantidad de vino que de agua, os lo garantizo –observo Mico.

–No estoy seguro, joven –repuso el granjero, con una sonrisa –Señor Muley-el-Kadel, es este vuestro autentico nombre, ¿verdad? ¿No será una indiscreción preguntar a que lugar vais?

–Hacia Capso. He de entrevistarme con Sebastián Veniero ¿Le encontraremos en la ensenada aun?

–Si. Sus ocho galeras se hallan ancladas todavía allí, aunque con las velas a medio desplegar.

Los cuñados regresaron, portando un cántaro de aquel exquisito vino, que de tal forma complacía incluso a los turcos, y unas tazas de madera. Damoko las lleno y brindo de la siguiente manera.

– ¡Por la destrucción del Islam!

– ¡Por su destrucción! –repitieron el albanés y el griego.

El León de Damasco se sintió incapaz de brindar por la destrucción de su raza. Pero, no obstante, bebió.

– ¡Silencio! –exclamo el granjero, en tanto que cogía la fusta y la hacia restallar.

–Sienten aproximarse a los turcos, ¿no es cierto? –inquino Nikola.

–Si. Husmean a esa chusma a distancia. Pero no supongáis que esta noche va a ocurrir la menor cosa. Los mahometanos son en exceso amantes de la luz y no los veremos aparecer hasta que salga el sol. Espero poder prepararles una buena trampa y, en el supuesto de que saliera mal, deberíamos hacer uso de las armas y se hará lo que se pueda ¿Que opináis, señor Muley, vos que desde pequeño habéis estado en medio de combates?

–Explicaos, Damoko.

–Un instante, señor. Tú, Kitar –indico a uno de sus cuñados, –ve a parar el reloj del campanario.

– ¿Con que objeto? –exclamo el griego, sorprendido –Deja sonar la campana.

–No. Cuando los escasos aldeanos que pudieron escapar a la ferocidad turca y que se encuentran a poca distancia de aquí, dejen de oír la hora en el antiguo reloj, advertirán que algo grave nos acontece y acudirán con premura, y aunque, en verdad, pocos, son resueltos y vendrán en nuestra ayuda. Estoy seguro de ello.

– ¿Se trata de una señal? –inquirió el León.

–Si, señor Muley, y si…

Se callo de improviso. El antiguo reloj, antes que lo pararan, quiso cumplir con su secular obligación. El sonido de su broncínea campana repercutió de un modo extraño en la casa, haciendo gruñir a los mastines. Después la onda sonora expandió su eco por el campo.

–De aquí a una hora saldrá el sol y aparecerán los turcos.

Y tras pronunciar aquellas palabras, Damoko se dirigió a las cántaras las destapo y, luego de olerlas, dejo tres al descubierto, explicando.

–Estas solamente han contenido agua.

– ¿Que planeas? –le interrogo Nikola.

– ¿No te parece que en estas tinajas panzudas cabe muy bien un hombre?

– ¿Y crees acaso que al llegar los turcos no las destaparan?

–En el instante que observe que piensan hacerlo, desatare a los perros e iniciaremos el combate. Mis mastines son formidables auxiliares. Al fin y al cabo, morir mañana, hoy, o cualquier otro día es lo mismo. De todas maneras nuestra vida a pesar de haber abjurado, se encuentra siempre pendiente de un hilo con esa canalla.

Kitar y Kara entraron a un tiempo. Ambos, robustos y vigorosos y ya habituados a la lucha aunque aun eran jóvenes, tenían una apariencia de absoluta tranquilidad.

–He cortado la cuerda que mantenía el contrapeso, y la piedra ha caído al fondo de la torre. Estemos preparados.

–Apaguemos la luz y vayamos a explorar las proximidades de la granja.

Los seis hombres esperaron a que una completa oscuridad invadiera la habitación, soplaron las mechas de sus arcabuces y salieron, en tanto que los mastines, intuyendo algo grave, gruñían sordamente e intentaban desesperadamente librarse de las cadenas que los retenían.

LA CABALLERÍA TURCA

Las tinieblas imperaban en el exterior. Otra vez nuevas brumas tapaban las estrellas y el alba habría de tardar todavía casi una hora. El viento reposaba en calma absoluta y semejaba gravitar sobre la tierra algo invisible y tenebroso que absorbía cualquier rumor, cualquier ruido, haciendo adquirir a las plantas y al cielo la inmovilidad de las cosas muertas.

En la granja reinaba así mismo el silencio. Los perros, como si intuyesen que con sus gruñidos podían hacer peligrar las vidas de sus dueños, callaron. Sólo por encima de las hojas de la vid se percibía, de vez en cuando, el tétrico graznido de algún buitre.

Los seis hombres avanzaron cautelosamente unos cincuenta metros y después se adentraron entre las ruinas para ocultar mejor las mechas de los arcabuces.

– ¡Menuda nochecita para librar un combate, Damoko!

–Peores las he visto, Nikola… ¡Ah, qué turcos! No podrá haber paz hasta que una de las dos razas sea aniquilada… Y de momento somos nosotros los que llevamos la peor parte.

–Venecia no ha perecido todavía y, como comprobaréis, a costa de mil riesgos y sacrificios, por ahora no nos deja.

–Lo sé, señor Muley. La Serenísima no puede hacer más en este instante, ya que una escuadra no se improvisa.

– ¿Imagináis que Ventero puede intentar alguna cosa?

–A pesar de sus setenta y cuatro años, continúa siendo el marino mas osado de la Reina de los Lagos. Los años no pueden domeñar a ese hombre. Cualquiera diría que por sus venas corre bronce en lugar de sangre.

– ¿Le habéis visto?

–En Capso, hace tres días

– ¿Parecía tener intención de atacar a los mahometanos?

–Ha venido hasta las aguas de Candía para luchar y no para descansar, señor Muley. A pesar de que tiene un pie herido, no es capaz de permanecer tranquilo en su galera.

– ¿Es buena?

–Sesenta cañones y cinco órdenes de remos. No sé si habrá alguien que pueda apresarla, ni siquiera los turcos.

– ¡Callad! –advirtió el albanés. –Los turcos se aproximan

– ¿Cómo lo sabes, Mico?

–Señor, por el polvo que levantan sus caballos, que forma como una nube.

– ¿Cuál es vuestro consejo, Damoko? ¿Reanudar el galope y escapar?

–Vuestros corceles, aunque de buena raza, están casi extenuados. Nuestros campos son difíciles de atravesar y son capaces de matar a los mejores árabes esas ininterrumpidas ruinas abarrotadas de huesos. Retornemos a la granja y dejad que intente realizar mi proyecto.

– ¿Pretendéis escondernos?

–Sí, en el interior de las *zaras.*

– ¿Y en el supuesto de que los turcos levanten las tapaderas de esas tinajas?...

–Espero burlarme de ellos.

– ¿De qué modo?

–Veréis. Kitar, Kara, id a llenar del mejor vino todos los vasos y ponedlos en la mesa.

–Sí, padre –respondieron los dos hermanos, que tenían costumbre de dar tan dulce nombre a su cuñado desde que habían sido asesinados todos sus parientes por los implacables enemigos de la

cruz. Y se fueron corriendo hacia la casa, después de apagar las mechas de sus arcabuces.

–Vayamos también nosotros. No sabemos cuántos son los turcos, y con las armas de fuego no hay que jugar.

– ¿Ves algo tú, Mico?

–Sí: una nube de polvo que avanza lentamente.

– ¿Pero avanza?

–Sí, amo

–Compadre Damoko, en retirada, pues.

Los cuatro hombres llegaron a la granja, donde ya había de nuevo luz. El reloj estaba parado, y los mastines, en silencio. Damoko destapó las tres *zaras* que sólo habían contenido agua y dijo a los fugitivos:

–Pronto; meteos dentro con los arcabuces y las espadas. Puede ser que tengamos que luchar con esos canallas.

Muley-el-Kadel arrugó la frente.

– ¡Yo esconderme! –exclamó

–Señor –observó el griego, –la guerra tiene sus exigencias y sus necesidades. A veces vale más la astucia que el valor y la audacia. Una bala sale muy pronto y parte el corazón o perfora los pulmones.

–Es cierto.

Apagaron las mechas y se metieron dentro de las grandes cántaras, en donde cabían bien. Damoko las tapó de modo que pudiera penetrar el aire y luego soltó a los perros, los cuales se lanzaron a la carrera por la tétrica llanura ladrando furiosamente. Eran luchadores a quienes no atemorizaban las cimitarras.

Damoko y sus cuñados quedaron al acecho ante la puerta, luego de apagar la luz, protegiéndose detrás de dos o tres gaviones. En el gran silencio que reinaba se oía ladrar a los mastines y, al mismo tiempo que los ladridos, un fragor sordo, pesado, que delataba el paso de fuerzas a caballo.

–Se aproximan. Hacia el alba estarán aquí.

– ¿Piensas que serán muy numerosos?

–No lo creo. Con semejante silencio, un escaso número de caballos producen gran fragor.

– ¿Y confías en salvar a nuestros huéspedes?

–Y también la granja. Esta vez abonaremos nuestro viñedo con sangre mahometana. Procurad que no escape ni un solo para evitar que pueda explicárselo al visir.

–No te inquietes, padre –respondió Kitar.

–Los quemaremos, tanto hombres como caballos. La leña no escasea y en la despensa disponemos de dos zafras llenas de aceite.

– ¿Acudirán nuestros amigos?

–Al no escuchar el reloj abandonarán su granja, y podemos contar con seis jóvenes que matan las codornices al vuelo.

–Y un turco ofrece mucho mejor blanco que una codorniz.

–Ya llegan.

– ¿Sin aguardar al alba?

–Unas sombras avanzaban hacia la granja, sombras de hombres a caballo medio cubiertos por la polvareda que levantaban al correr sus cabalgaduras. Damoko, que tenía una vista magnífica, a pesar de sus años, contempló detenidamente al pelotón, que no parecía tener gran deseo de combatir, y anunció:

–Trece; ni uno más ni uno menos. Esa gente será transformada esta noche en ceniza.

Una ronca voz se alzó, gritando:

– ¿Quién vive?

–No contestéis –ordenó Damoko.

Pasaron unos segundos. Después, la misma voz, que resultaba muy desagradable, añadió con fiero acento:

– ¡Perros cristianos! ¿Queréis o no, contestar? Soy un *kaymakan* y tengo un pelotón de caballería a mis órdenes.

Los tres candiotas iniciaron una muy prudente retirada, no deseando entablar combate, ya que no tenían la seguridad de si detrás de aquellos turcos llegaban otros soldados.

–Enciende ahora una luz, Kitar. De todas maneras hemos de recibirlos...

El *kaymakan,* erguido a doscientos pasos de la granja, continuaba maldiciendo a gritos, como si hubiese enloquecido.

– ¡Ah, perros repugnantes, puercos cristianos! ¿No deseáis responder? Por el Profeta, que he de haceros empalar a todos y entregaré a los comedores de muertos vuestra carne.

Damoko bajó hasta la puerta, la abrió, reteniendo por el collar a uno de sus mastines, y exclamó:

– ¿Quién vive?

–Cerdo cristiano, ¿tan pesado es tu sueño que no oyes la voz de un *kaymakan*?

–Estuve labrando el campo todo el día y me fui a la cama agotado.

– ¿Tú eres Damoko?

–Sí.

– ¿Un renegado?

–Sí.

– ¿Estás solo?

–No. Conmigo habitan mis dos cuñados.

–Y, a lo que parece, también perros.

–Y temibles, *effendi.*

– ¿Cuántos son?

–Dos.

–Antes que penetre en la casa te ordeno que los mates.

– ¿Que mate a mis perros? No pienso hacerlo, *effendi.*

– ¡Qué! Tú, repulsivo cristiano, ¿te consideras con derecho a oponerte a mis deseos porque te hayas puesto la camisa musulmana?

–Sí –replicó Damoko con firme tono.

– ¿Deseas que te asemos dentro de la casa?

–Intentad hacerlo. Yo soltaré a mis perros y lucharé en unión de mis cuñados contra vosotros, bandoleros.

– ¡Voto al Profeta! Este hombre es un gallito candiota al que hay que quitar la cresta. Ya tenemos entretenimiento. Aguardemos sólo a que se vea con mayor claridad.

–*Effendi,* podéis acercaros sin temor. Los perros no os molestarán. Y si deseáis aguardar a que salga el sol, os puedo mandar dos jarras de vino.

– ¿Vino? ¡Ah, falso mahometano! –barbotó el *kaymakan*. – ¿Beber vino cuando el Profeta lo prohíbe a sus creyentes?

–Me han asegurado que también el sultán bebe, y mucho.

–Para él nada está vedado. Y por otra parte, únicamente bebe vino de Chipre.

–Pues el mío es tan dorado y tan generoso...

– ¡Repugnante marrano!... ¡Quieres tentarme!

– ¿Queréis o no? –inquirió Damoko, que no desconocía que los turcos habían hecho no pocas trampas en el Corán para poder libar libremente el zumo que descubrió el gran Noé.

Los guerreros murmuraban entre sí y entonces su jefe dijo:

– ¡Tráelo!

–Pero debes prometer por el Profeta que nos perdonarás la vida.

–Bien puede prometerse tal cosa por catar el vino que beben los sultanes. Envíanos bebida y no haremos el menor daño a los hombres que vengan con los jarros.

–Cuento con tu palabra.

Y volviendo al interior de la casa se dirigió a sus cuñados y les preguntó:

– ¿Os atemorizara llevar bebida a esa canalla?

–No –repuso Kitar. –Llevaremos con nosotros los perros y veras como los turcos no se mueven. Los amedrentan mas nuestros mastines que los cristianos.

–Porque son ágiles y fuertes, se abalanzan al cuello y los degüellan. Tomad cuatro jarras y llevádselas. Nosotros estaremos dispuestos para acudir en ayuda vuestra.

Kitar hizo un gesto de indiferencia con los hombros.

– ¡Bah! –dijo – ¿Que importancia tiene morir hoy o mañana? Ya sabemos que nuestra isla esta maldita y que no hallaremos la paz hasta que haya sido aniquilada toda nuestra raza. Con los turcos como conquistadores se habitúa uno en seguida a la idea de la muerte y la ve uno llegar sin prestar atención.

–Id, hijos.

El *Kaymakan* empezaba a impacientarse por aquella tardanza.

–Repulsivos adoradores de la cruz, ¿no tenéis palabra? Daos prisa en traer bebida ¡Voto al Profeta!... Tenemos el gaznate reseco por el polvo, y lo que es peor, de polvo de huesos cristianos.

– ¡Miserables! –murmuró Kara, –Haremos que pruebes los colmillos de nuestros mastines.

Ambos cuñados ataron los perros, cogieron cuatro enormes jarras de vino blanco, que podía competir por su calidad con el de Chipre, y avanzaron intrépidos al encuentro de los turcos, quienes no se habían acercado ni un simple paso.

–Aquí tenemos a los perros sarnosos que nos traen la bebida, tienen miedo de nosotros ¡Ah! Si fuese yo el visir los mandaría decapitar a todos, aunque hayan renegado de su religión ¡Voto a Mahoma! Solamente la cabeza no vuelve a crecer.

Kara y Kitar, sin espantarse lo mas mínimo por aquellas amenazas, se aproximaron a los jinetes, cargados con los jarros. Junto a ellos, los perros ladraban ferozmente. Cruzaron el viñedo y no tardaron en hallarse frente a sus seculares enemigos. Despuntaba ya el alba, enrojeciendo suavemente el cielo. Los jinetes eran trece, doce guerreros y el comandante, cuya apariencia era la de un aventurero jactancioso y brutal, con el rostro cubierto de cicatrices, su grandioso turbante de brocado ornado con media docena de plumas de avestruz y su reluciente armadura.

– ¡Perros sarnosos! ¡Al parecer, os hacéis esperar!

–El Profeta tiene vedado a sus fieles beber vino –repuso atrevidamente Kara.

–Tu lengua es larga, cristiano. Como te coja, será la primera cosa que te cortaré ¿Piensas que somos mozuelos de Constantinopla? ¡Esto es lo que faltaba!

– ¡Por lo visto olvidas que yo también soy ahora un creyente!

– ¿Y desde cuando te has vuelto mahometano?

–Desde hace seis meses.

–Te has acordado demasiado tarde de que nuestra religión es la única verdadera.

–Es que como siempre viví entre cristianos.

– ¿Y rezas en fervor mirando a la Meca?

–Cada día, por la mañana, al mediodía y por la noche.

El *Kaymakan* lanzo una risotada. Después dijo:

–Si te abriesen el pecho y te arrancasen el corazón, no encontrarían en el la menor fe en el Profeta. Vosotros, miserables, renegáis de la religión de vuestros padres por salvar el pellejo y nada más. Procura que no te coja cualquier día desprevenido, soy muy capaz de venir aquí para cerciorarme de que oras.

–Ven. Mis plegarias las hago fuera de las puertas de la granja y todos pueden verme.

–Bien. Traed los jarros y retened con fuerza a los perros. No quiero saber nada con sus colmillos.

Los dos obedecieron y luego se dispusieron a retornar a la vivienda

– ¡Alto! ¡Poco a poco, amigos! –clamo el *kaymakan*, que había desmontado y avanzaba empuñando una enorme cimitarra.

Los candiotas, al observar que también los soldados habían descabalgado y que por aquel terreno no les resultaba sencillo alcanzarlos, dieron media vuelta y huyeron a todo correr en dirección a la granja, seguidos de los mastines, cuyos ladridos espantaban a los caballos.

–Esperad a que me moje la lengua y ya os diré un par de palabritas –dijo el *kaymakan.* – ¡Yo os arreglare!

Los turcos, contentos por tener bebida, se sentaron en torno a los jarros, de los que les correspondía una cuarta parte, ya que el jefe se quedaba con uno entero para el, y dejaron que el *kaymakan* se desahogara a su gusto. Debían de estar habituados a sus iras y no le prestaban atención. El vino era magnifico blanco y dulce, como néctar. No difería en gran cosa del que daba la dorada uva de Chipre.

Damoko salía al encuentro de sus cuñados con el arcabuz preparado, temiendo que los turcos, prestos en toda ocasión a considerar a los cristianos, aunque fueran renegados, como buena presa, les dispararan, por entretenimiento, algunos pistoletazos.

– ¿Vendrán a hacernos una visita? –inquirió.

–En cuanto aparezca el sol estarán aquí –repuso Kara.

–Y lo que es peor, beodos –agrego Kitar.

– ¡Bah! Acaso sea un bien –adujo Damoko.

Alzó la cabeza y miró al cielo, ya colorado por la naciente claridad del alba. En dirección a oriente nubes de más roja tonalidad anunciaban la cercana salida del sol.

Luego penetró en la estancia y destapó las tinajas, para que los escondidos en ellas respiraran con entera libertad.

– Lo más probable –dijo a Muley –es que debamos sostener un combate; pero no apareceréis hasta el último instante. Permitidme en primer lugar ver si puedo engañarlos.

– ¿Son muy numerosos?

–Trece.

– ¡Bah! Me considero capaz de enfrentarme a ellos sólo con mi albanés.

–Esperad, señor, hay ocasión de recibir un pistoletazo o un tajo de cimitarra. Bien sabéis que los guerreros turcos desprecian la vida y combaten valerosamente.

–Sí.

–Pues en tal caso permaneced ahí silenciosos. El sol está a punto de salir y de aquí a breves minutos esa chusma estará aquí.

Se los oía hablar alegremente alrededor de los jarros, que ya debían de encontrarse vacíos. El

kaymakan en especial lanzaba contra los cristianos ofensas que acudían a sus labios provocadas por los vapores del vino. Todos se habían alegrado, acaso en exceso. Por último, montaron a caballo y avanzaron hacia la granja, lanzando alaridos como si pretendiesen tomarla por asalto.

Damoko, Kitar y Kara prepararon sus arcabuces y yataganes, hicieron que los mastines se situaran en el fondo de la estancia y se asomaron a la ventana. El sol, majestuoso, aparecía por el horizonte, desvaneciendo las nieblas y fundiendo con sus rayos la bruma. El *kaymakan,* que no se mantenía muy seguro en su silla, fue el primero en alcanzar la granja.

– ¿Dónde se encuentra el amo? –inquirió.

–Aquí estoy –repuso éste, apareciendo. – ¿Qué deseas?

–Tú eres el amo y también un falso mahometano, ¿no es así?

–Creo en el Corán.

–Todos los renegados aseguráis eso por temor a que os corten la nariz y las orejas.

–Bueno, ¿qué deseas? Las amenazas déjalas para otro momento.

– ¡Por las barbas del Profeta! Este cristiano tiene auténtica sangre en las venas.

–Ya te dije que no soy cristiano.

– ¡Ja, ja, ja! –rió el turco, con ironía.

Asiéndose firmemente al pomo de su silla, desmontó. Sus compañeros hicieron otro tanto y todos se dirigieron a la puerta. Los primeros rayos del sol, al herir sus cimitarras, despedían mil relumbrantes reflejos.

– ¿Cuántos sois en la granja?

–Tres.

–Y dime, ¿no se han ocultado en ella unos cristianos?

–Hace quince días que nadie viene por aquí. Ya no se puede comerciar con nadie.

– ¡Ah, perro repugnante! ¡Mírame bien! ¡Tú intentas engañarme!... ¿Engañar a un *kaymakan*? ¡Ja, ja! ... ¿No sabes que hemos seguido las huellas de esos tres cristianos huidos de Candía y que han matado a dos de los nuestros?

–Habrán pasado de largo esta noche, en tanto que estábamos durmiendo.

–Veo peligrar tu nariz –barbotó el turco, blandiendo su cimitarra. –Y tras la nariz vendrán las orejas, y después cortaremos la cabeza de un renegado que pretende engañar al sultán desde el amanecer hasta la noche.

– ¿Deseas registrar mi casa? Entra.

– ¿No me preparas una trampa?

–Llevas a tu lado los suficientes hombres para castigarme.

– ¡Oh! Con mi cimitarra hay más que de sobra –dijo el jefe turco. –Yo devoro cristianos, sin el menor inconveniente, de la mañana a la noche.

–Sí, como almuerzo y como cena –observó, en tono irónico, Damoko.

–Eres un patán, pero se ve que tienes cierto ingenio. Debe de ser que te inspira el Profeta.

–Por las noches, en efecto, cuando me acuesto para dormir, noto que me hace cosquillas en el rostro con la barba.

– ¡Tú!

–Yo.

– ¡A ti!

– ¡A mí!

–Tú eres un extraordinario canalla, puerco asqueroso, que pretende mofarse de mí. Voy a registrar tu casa.

–Están los perros.

–Ponles las cadenas.

–No. Son animales en exceso bravos contra el enemigo.

–En tal caso te partiré la cabeza.

–La mecha de mi arcabuz está encendida.

– ¡Ah, perro repulsivo! ¿Te atreves a oponerte a un *kaymakan*?

–Yo no. Te he invitado a entrar en mi casa y a beber de mi vino.

– ¡Por las barbas de Mahoma! Tu vino alegra el corazón y calienta el cuerpo.

–Es igual al Chipre que beben los sultanes.

–Ahora entiendo por qué razón matan, sin el menor titubeo, a príncipes y ministros. Bueno: en este lugar se siente olor a cristianos.

Dificultosamente, pues no se sostenía muy firme sobre sus pies, salvó el umbral y entró en la habitación blandiendo impetuosamente su cimitarra.

–Aquí han debido de venir los cristianos.

– ¿Que cristianos?

–Los que mataron a mis camaradas.

– Búscalos.

– ¿Que hay dentro de esas *zaras*?

–Agua corrompida.

– ¿No contienen vino?

–No, pero tengo buena provisión en la despensa.

–Sírvenos.

– ¿Aún más?

–Si el sultán bebe, que beban igualmente sus guerreros.

Éstos penetraban en la estancia arrastrando con gran estrépito sus cimitarras desenvainadas por el suelo y soplando en las mechas de sus pistolas. Al distinguir la gran mesa y los taburetes tomaron asiento con toda tranquilidad.

No obstante, el *kaymakan* parecía inquieto y paseaba con aspecto receloso ante las cantaras ¿Olía efectivamente a cristianos? Como turco, podía ser verdad

Kitar, que no le quitaba la vista de encima, condujo a los perros junto a las *zaras*, y el jefe de caballería, que parecía sentir gran temor hacia aquellos temibles mastines, vomitó tres o cuatro feroces amenazas contra los cristianos y se sentó al lado de sus camaradas, empezando a beber. Había vaciado un par de tazas cuando se incorporó.

–Estos asquerosos cristianos –gritó –se están burlando de nosotros. Os lo garantizo. A este lugar deben de haber venido los cristianos.

Y clavando la vista en Damoko, que se había tornado pálido, ordenó.

–Destapa las *zaras*. Deseo saber qué hay en su interior.

– ¿Imaginas que tengo miedo?

–Empiezo a creerlo.

– ¡Ah! ¡Por todos los bandidos de Arabia que si te estás burlando...!

Levantó la tapa de una de las cántaras y retrocedió un paso al ver aparecer la cabeza de Muley-el-Kadel, quien blandía la espada, dispuesto a entrar en combate.

– ¡Un cristiano! –bramó el *kaymakan,* alzando la pesada cimitarra.

De un salto el formidable guerrero abandonó la tinaja y se dirigió hacia el mahometano, diciendo con terrible entonación.

–En este momento no soy ni un turco ni un cristiano. Ahora sólo soy el León de Damasco.

Los turcos, al distinguir al terrible guerrero, se incorporaron y retrocedieron un paso. Sintieron henchir sus pechos de admiración hacia aquel audaz León, que tan numerosas hazañas había realizado luchando con las huestes del Islam.

Las otras dos cántaras también se destaparon y surgieron de ellas el albanés y el griego, prestos como siempre a combatir al aborrecido enemigo.

El *kaymakan,* lleno de estupor, no se sentía con fuerzas ni para dar órdenes a sus soldados, los cuales contemplaban con ojos aterrorizados a aquellos seis hombres armados y a los dos mastines, que ladraban furiosamente en el fondo de la habitación, deseosos de abalanzarse sobre los turcos.

– ¿Qué deseas del León de Damasco, di?

– ¿Eres tú el León de Damasco? –exclamó, por último, el *kaymakan,* haciendo rápidos molinetes con la espada para cubrirse de los mandobles que esperaba le tirara el otro. –El bajá ha prometido cinco mil cequíes por tu captura, y si bien yo tengo hacia ti aún gran aprecio, no pienso dejarte escapar.

–Ven a apresarme.

– ¡Eh, a él! –gritó el jefe a sus soldados –Es una presa que vale oro en polvo.

Con gran sorpresa observó que sus hombres, junto a la mesa, no parecían desear entrar en combate con tan famoso guerrero.

– ¡Ah, miserables! –exclamó colérico. –Haré que el bajá os haga empalar a todos. ¿Quién es el León de Damasco para que os aterrorice? Un renegado a quien voy a castigar yo mismo.

– ¡Tú! –dijo despectivamente Muley. –Son necesarios mejores aceros que el tuyo para enfrentarse al mío. Ni tan siquiera eres discípulo de Metiub.

El turco, excitado por el mucho vino libado, avanzó audazmente agitando la cimitarra y gritando:

– ¡Ah! ¿De manera que no soy ni discípulo de Metiub? Voy a demostrarte que me basto y me sobro para derrotarte a ti, hijo de un bajá, que te has transformado en un asqueroso cristiano.

– ¿Sin el auxilio de nadie?

–Sin auxilio. Soy lo bastante experto para segarte la cabeza con mi cimitarra.

–Lo que tú eres es un parlanchín, marioneta.

Los soldados estallaron en risas. El *kaymakan,* más enfurecido aún al ver que se reían de él sus propios subordinados, se precipitó contra el León de Damasco, asestando tajos sin cesar como un loco.

Muley no deseaba que su espada chocara contra la sólida cimitarra, ya que era menos resistente, por miedo a quedar desarmado, y evitaba los mandobles doblando el cuerpo y saltando a derecha e izquierda, en tanto que acechaba la ocasión para lanzarse a fondo y darle una estocada mortal.

El *kaymakan* creyó que aquella prudencia era temor. Propinaba formidables tajos al aire y a las cántaras con gran júbilo de sus soldados, cuyas risas le exasperaban. A pesar de que no era hábil en la esgrima, resultaba un enemigo peligroso con aquella pesada y sólida cimitarra.

Los turcos, los candiotas, el albano y Nikola presenciaban el duelo como simples espectadores. Los cuñados de Damoko retenían a los mastines, deseosos de intervenir en la lucha.

El combate hacía ya un par de minutos que duraba y una de las grandes tinajas se había destrozado a causa de un golpe de cimitarra, cuando todos vieron cómo el León de Damasco hacía avanzar su espada de improviso exclamando:

– ¡Muere!

Su acero se dirigió en dirección al cuello y, entrando por la gola, atravesó la garganta del turco. Este contempló a su adversario con profundo odio y, fallándole de pronto las fuerzas, cayó al suelo con estrépito, abandonando en su caída la cimitarra que no había sido capaz de salvarlo.

Los guerreros, al ver desplomarse a su jefe, en lugar de entablar combate decididamente, se dieron a la fuga presurosamente, perseguidos por los perros, que pretendían morderles en las piernas, las cuales se hallaban por suerte resguardadas por las grebas.

Cuando alcanzaron el punto donde se encontraban los caballos, montaron y se alejaron a toda prisa, deteniéndose a unos doscientos metros de la granja. El *kaymakan* había fallecido. La estocada que no había tenido total éxito con Metiub terminó con aquel jefe jactancioso de la caballería otomana, y la sangre brotaba a borbotones de su herida.

Damoko se había inclinado sobre él, y luego de examinarle ordenó a sus cuñados:

– Llevadlo al exterior. Está muerto.

Cuando sacaban el cadáver, los soldados dispararon sobre Kara y Kitar algunos pistoletazos. Pero las pistolas de aquel tiempo no tenían demasiado alcance para ser certeras.

–Triunfo inútil –comentó el León obligando a salir de allí a los perros, que estaban bebiendo la sangre del turco. –Ahora nos asediarán.

–No os inquietéis por ello, señor. El reloj continúa parado y esta tarde acudirá a este lugar gente armada y valerosa resuelta a todo.

–Desearía atacar a esa canalla. Tengo la certeza de que no resistirán nuestro asalto.

–Yo también estoy seguro. Pero un tiro de pistola, aunque sea disparado por un cobarde, puede terminar con el hombre más valeroso que exista bajo la capa del cielo. Dejadlos; ya ajustaremos las cuentas con ellos.

– ¿Y si mandan a alguien al campamento en busca de refuerzos?

–Eso ya está previsto, señor Muley. Kitar se ha situado en lo alto de la torre con su arcabuz listo y al primero que observe que se marcha le matará. Mi cuñado es un magnífico tirador y no falla un blanco incluso a quinientos pasos. ¿Deseáis que vayamos a examinar lo que hacen los sitiadores?

–Estaba a punto de proponéroslo.

Cogieron los arcabuces, encendieron las mechas y salieron acompañados de Mico, Nikola, Kara y los perros.

Los soldados, a pesar de hallarse sin jefe, no parecían decididos a marcharse. Habían colocado en torno a ellos los caballos para que éstos hicieran las veces de parapeto y deliberaban, gesticulando con excitación.

–Se les ha metido en la sesera que han de apresarnos –comentó Damoko. –Son doce, pero con nuestros amigos de la otra granja nosotros llegaremos a los diez o los once y... ya se verá. ¡Ah! ¡Me lo figuraba!

Uno de los guerreros no tardó en montar a caballo y emprendió el galope en dirección al campamento.

–Dejad esa misión a Kitar –aconsejó el candiota, viendo que Muley estaba apuntando con el arcabuz.

– ¿Y si errase el tiro?

–No fallará.

Casi no se había alejado ni trescientos pasos el corcel cuando retumbó un disparo. Kitar había acertado desde el campanario, ya que el mahometano abrió los brazos y se desplomó en tierra.

– ¡Ahora al caballo! –exclamó Damoko.

Casi al momento sonó un segundo estampido y el animal, luego de encabritarse y relinchar,

cayó muerto a quince pasos de su amo. El León de Damasco no había sido menos certero que Kitar.

Los turcos, aterrorizados, descargaban sus enormes pistolas contra los cinco hombres. Sin embargo, aquellas armas no alcanzaban más de una veintena de metros. Después, subiendo a los caballos, marcharon a acampar en mitad de la viña de Damoko.

– Lo lamento por vuestra uva –dijo Muley en tono jocoso.

– ¡Oh! De todas maneras no pensaba pisarla yo toda este año, puesto que cuando los turcos están en guerra se apoderan de todo lo de los cristianos, e incluso de lo de los renegados.

– Pero –observó Mico – ¡Vaya terquedad la de esos hombres! ¡Pues no nos ponen sitio!

–Son valerosos –adujo el León de Damasco.

– ¿Y vamos a estar quietos sin hacer nada?

–No seas apresurado, joven –le respondió el granjero. –Esperaremos a la tarde, y ya que los atacantes nos dejan tranquilos, almorcemos. Poca cosa tengo para ofreceros, ya que impera la miseria en el campo. Pero el que da lo que tiene...

Kara penetró en la estancia y puso la mesa al instante. La comida era más bien postre. Consistía en una olla llena de *koisé,* es decir, acelgas condimentadas con magnífico aceite, leche y pan corriente, cocido unos meses atrás. A pesar de que los turcos proseguían lanzando alaridos y disparando sus pistolas, todos comieron con excelente apetito, sin olvidar a Kitar, que continuaba vigilando en lo alto de la torre.

Hacia el mediodía la situación no había variado. Los turcos no se atrevían a enviar de nuevo a otro jinete, por temor al certero arcabucero, que los distinguía, aunque se encontraban ocultos entre el viñedo.

Comentó Damoko ofreciendo un chibuquí, repleto de rubio y oloroso tabaco, al León de Damasco:

–Los turcos nos están vigilando. Pero me parece que no se decidirán a atacarnos.

Como para contradecir aquella afirmación, sonó en aquel instante otro disparo de arcabuz. Acto seguido la voz de Kitar gritó:

– ¡A las armas!...

Los cinco asediados se precipitaron fuera de la estancia y distinguieron a los musulmanes a caballo, con las pesadas cimitarras desenvainadas y dispuestos al parecer a realizar una carga a la desesperada.

– ¡Alto, locos! –exclamó el albano, abriendo fuego con su arcabuz.

Los jinetes se precipitaron valerosamente y audazmente, lanzando salvajes alaridos, contra la granja.

–Quita la cadena a los perros, Kara –ordenó a éste su cuñado.

Ambos mastines se abalanzaron hacia adelante con gran rapidez, ladrando con gran furia y amenazando con morder las patas de los caballos. Muley, Nikola y Mico proseguían disparando, si bien con escaso acierto, ya que los jinetes avanzaban entre las viñas, medio escondidos tras los pámpanos y hojas.

Los mahometanos, al no contar con su *kaymakan,* habían vacilado mucho antes de decidirse a efectuar aquel decisivo asalto, que podía hacerlos dueños de la granja.

Los mastines, acostumbrados a la pelea, espantaban a los atacantes con simuladas acometidas, esquivaban con facilidad los golpes de cimitarra y los pistoletazos y asustaban a los caballos, que se dispersaban y hacían desesperados intentos por librarse de sus jinetes.

Después de una media hora de inútiles esfuerzos, los turcos consiguieron al fin agruparse y se lanzaron al galope tendido contra la granja. En aquel momento se le presentó a Mico la oportunidad de asestar un buen golpe, y apuntando a un sargento que adelantaba la cabeza esgrimiendo su

curvado acero descargó el arcabuz. La bala dio en el blanco. El desgraciado calló de la silla. Los mastines se abalanzaron sobre el caído a fin de rematarlo con sus formidables colmillos, y la labor no duró mucho tiempo.

–Ya son solamente diez. Los atacantes desaparecen al igual que las nieves del monte Líbano cuando el sol empieza a morderlas. ¡Si intentásemos un asalto!...

–No, señor Muley. Sois mis huéspedes y he de procurar salvaros.

–Pero si esa gentuza se dará a la fuga en cuanto nos vea sobre los caballos. Mandad que traigan los corceles y llamad a los perros.

Damoko hizo un gesto con la cabeza.

–No –repuso. –Si el León de Damasco muriese, sobre mí recaería tanto el odio de lo mahometanos como el de los cristianos.

–Esperad, señor.

En aquel momento se oyó dar varias horas seguidas al reloj, que hasta entonces había permanecido parado. El valeroso candiota lanzó una exclamación.

–Eso significa que los socorros se aproximan. Kitar, para prevenirnos, ha dado cuerda al reloj. Kara, prepara los caballos, en tanto que nosotros tenemos a raya a esa chusma.

Los jinetes, acosados de continuo por los mastines, luego de flanquear en frenética carrera la granja, retornaron al viñedo a fin de resolver lo que debían hacer a escondidas. Muley, Damoko, el albanés y el griego siguieron disparando. También Kitar, desde su puesto, disparaba, intentando reducir el número de turcos, más que nunca obstinados en aquel asedio tan poco afortunado. Habían abierto fuego una veintena de veces sin resultado apreciable, cuando surgió Kara ante la puerta con los caballos.

–Montemos –dijo. –Nuestros amigos ya están a poca distancia.

Los candiotas poseían también soberbios caballos, si bien no eran de pura raza árabe, sino cruzada con la de estepa turca.

Se escucharon a distancia un par de tiros de arcabuz, uno detrás de otro. Todos habían subido ya a sus monturas y pudieron observar, alzándose sobre los estribos, a cuatro jinetes, con apariencia de salteadores, que avanzaban por el campo lanzando alaridos que los de la granja tradujeron por « ¡Muerte a los turcos!».

–Vamos en su ayuda –exclamó Muley.

Todos se lanzaron como un alud contra los mahometanos, quienes, viéndolos llegar de aquella manera, se espantaron y pretendieron retirarse.

Pero se encontraron con los cuatro refuerzos que acudían con los arcabuces preparados y que, a la primera descarga, mataron a tres guerreros. Los restantes pretendieron defenderse de nuevo con el viñedo en el preciso momento en que aparecían como un torbellino Muley y sus amigos. La embestida fue terrible. Resonaron con gran estrépito espadas y cimitarras, entre sí y contra las corazas, y pronto todos los soldados musulmanes cayeron para siempre, puesto que los perros se ocuparon en rematarlos.

– ¡Mézclese la sangre de estos miserables –exclamaban los candiotas –con la de nuestros padres, hermanos, hijos y mujeres, vertida bárbaramente por ellos!

Aquellos dolorosos recuerdos hacían que esos hombres, si bien pacíficos labradores, se mostraban casi tan despiadados como los turcos. En lo que respecta a Muley, tras aquel ataque definitivo se había retirado y presenciaba la matanza de sus compatriotas y antiguos correligionarios con el ceño fruncido en extremo y rechinando los dientes.

–Esto se terminó ya, Korika –dijo Damoko a su vecino y amigo.

–Sí, compañero. En estos momentos se hallan todos ellos en las rodillas de las huríes. ¡Cuan

grande es su fortuna!

– ¡Gracias por tu preciosa ayuda!

–No hay por qué darlas. Tú hubieras hecho lo mismo por mí.

–No lo habría pensado. Te ha advertido el reloj, ¿no?

–Sí. Al no oírlo sonar imaginé al momento que tenías trabajo con los turcos y salí en seguida con mis tres hijos.

– ¿Te fijas en ese hombre, Korika? –inquirió Damoko, señalándole con un gesto a Muley, que, en unión de Mico y Nikola, disparaba contra los caballos turcos, para impedir que regresaran al campamento.

–Un excelente guerrero. Me di cuenta de él cuando se lanzaba al asalto y sentí admiración; él sólo vale por cuatro.

–Pues se trata del célebre León de Damasco.

– ¡Por todos los peces del Mediterráneo! ¿El famoso guerrero mahometano que renegó de la Media Luna para abrazar la cruz?

–El mismo.

– ¿Y adonde se dirige?

–A la ensenada de Capso.

– ¿Se encuentran todavía allí las galeras venecianas de Veniero?

–Sí. Están ancladas, confiando en poder asestar algún golpe a la escuadra del bajá.

– ¿Estará libre el camino?

–No encontraremos ni un turco. Por otra parte, somos bastante numerosos, y hallándose a nuestro lado el León de Damasco, ¿qué hemos de temer? Los turcos se han quedado sin un gran guerrero, que lleva en sus venas sangre de Mohamed II.

Muley-el-Kadel volvía con la mecha casi extinguida y en compañía de sus dos amigos. Todos los caballos, al quedarse sin jinete, se dejaron matar sin pretender huir; únicamente intentaron ocultarse en el viñedo y allí recibieron los mortíferos proyectiles de los arcabuces.

–Señor Muley –dijo Damoko, yendo a su encuentro, – ¿deseáis que emprendamos la marcha hacia Capso? Esta es la ocasión.

–Será lo mejor –respondió el León de Damasco. –Vosotros, los candiotas, no tenéis ciertamente agua en las venas, como imaginan mis antiguos compatriotas. Os consideran un rebaño de borregos, y sois lobos, auténticos lobos audaces.

–Es una guerra sin cuartel, señor. A pesar de que he abrazado la religión mahometana (claro que de palabra y no de corazón), ¿suponéis que estoy seguro al acostarme todas las noches de que despertaré en paz a la mañana siguiente? Los turcos precisan nuestra sangre con el fin de abonar un campo que cualquier día, como no ocurra algún milagro, habrá de ser suyo. En fin... ¿Nos ponemos en marcha?

–Yo regreso a mi granja –dijo Korika. –Tengo los carneros sueltos, y si se aproximan los turcos no encontraré ni uno.

–Ve, valiente; ve, y gracias.

El colono saludó al León de Damasco y a sus compañeros y se marchó en unión de sus tres hijos.

– ¿Cuándo podremos llegar a la rada?

–Sobre medianoche, señor Muley.

– ¿Y qué hacemos con esos cadáveres? ¿Los vamos a dejar así? Cierto es que los mahometanos no se toman la molestia de hacer enterrar a los cristianos.

–Permitamos que los devoradores de cadáveres vivan –aconsejó el candiota, indicando a las

aves vultúridas, que acudían por bandadas al viñedo. –Mañana nadie podrá distinguir por los huesos si los caídos eran turcos o cristianos. Pero emprendamos la marcha antes que Sebastián Veniero despliegue las velas para intentar algún golpe de mano en Morea.

Cerraron la puerta y se pusieron en camino. Damoko, al frente del grupo, conducía el destacamento.

Casi a medianoche, Damoko aminoró la marcha. Un fresco y vivificador viento empezaba a soplar procedente del norte: era la brisa del mar.

–Ya llegamos –anunció el guía, intentando ver los enormes faroles de las galeras venecianas.

–Luces –exclamó Nikola poco después. – Son luces de navíos.

–Avancemos –dijo el León de Damasco.

Corrieron por entre los campos y alcanzaron la costa, desde la que empezaron a gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

– ¡Auxilio!... ¡Auxilio!... ¡Cristianos!...

En la pequeña rada, oculta entre las altas escolleras, encontrábanse ancladas seis galeras muy altas de tres ordenes de remos, las mejores que la República había sido capaz de construir en el Adriático.

Al escuchar aquellas exclamaciones los marineros venecianos dispararon unos cuantos arcabuzazos al aire y echaron al agua una gran lancha armada con una culebrina y a ella saltaron un oficial y algunos remeros. Avanzaron en dirección al grupo, en tanto que los arcabuceros de la galera, en previsión de una posible trampa, apuntaban sus armas hacia Muley y sus compañeros.

– ¿Quien sois? –indago el oficial

–Me llamo Damoko y me acompaña el famoso León de Damasco.

– ¿Os persiguen?

–No. Hemos aniquilado un pelotón de caballería turca que nos perseguía y no hay un soldado musulmán en veinte millas.

Los marineros alzaron las linternas, los examinaron detenidamente uno por uno, y el oficial dijo:

–Venid a bordo. El León de San Marcos os protege en sus galeras.

SEBASTIÁN VENIERO

Sebastián Veniero, que posteriormente habría de inmortalizarse en el combate naval de Lepanto, era el mejor y más valeroso almirante con que contaban los venecianos.

Siendo todavía muy joven dedicó por entero su vida al mar, al igual que solían hacer los hijos de los nobles de la Serenísima, iniciando largos viajes, en especial a Oriente, en donde siempre, o casi siempre, había oportunidad de entablar batalla con las flotas turcas que pirateaban por aquellos mares.

Cuando comenzó la guerra contra Turquía, el hábil y valeroso marino, ascendido a la categoría de Gran Almirante, a pesar de que tenía ya setenta y dos años, desempeñó un muy importante papel en la defensa de Chipre. Con escasas naves, y no ciertamente de reciente construcción, realizo prodigios, y más hubiera conseguido si el almirante Ángel Zane le hubiese apoyado con su escuadra en lugar de invernar con toda tranquilidad en una bahía del archipiélago.

Antes de ser enviado a luchar contra los turcos estuvo en Brescia como capitán general, y después en Udina en calidad de delegado de la República para tratar, con los representantes de Fernando I, de arreglar las grandes diferencias relativas a los límites existentes entre la República y Austria, demostrando ser un excelente diplomático.

No obstante, era más hombre de acción que de palabra y anhelaba principalmente combatir a los turcos, a quienes había jurado odio implacable. El poderío mahometano alcanzó su máximo esplendor hacia mediados del siglo XVI y no respetaba ya tratados ni convenciones. « ¡Siempre adelante con nuestras cimitarras y nuestras galeras!», era el grito de guerra que surgía de infinidad de pechos fanáticos, siempre prestos a morir por Mahoma.

Aunque espantada, Europa no hacía nada por terminar con el desmedido orgullo de los bárbaros orientales, que, sin embargo, habría de disiparse a no tardar en Lepanto.

Sólo Venecia poseía colonias y muchos intereses en el Este, muy pocos los genoveses y los españoles.

A fines de 1569 llegó a Constantinopla, agrandada hasta la exageración, la noticia de haberse incendiado el arsenal de Venecia y quedado su escuadra destruida. Era sultán en aquel tiempo Selim II, gran aficionado al vino de Chipre, y que no estaba dotado de ninguna de las grandes cualidades de Mohamed II.

Imaginando que el fuego había extinguido el poder naval de la Reina del Adriático, declaró de una forma inopinada la guerra a aquella república y envió contra Chipre trescientas galeras con cien mil hombres de desembarco.

Venecia, que si bien con muy menguada flota, estaba acostumbrada a combatir a los turcos, acepto el reto, y ya sabemos lo que ocurrió.

Perdida, por último, la isla, Venecia, espantada y temiendo que al crecer el poderío turco terminara por tomar todos sus dominios orientales, volvió la vista a Pío V, solicitando de él que ejerciera influencia sobre los Estados cristianos para que la ayudaran.

Él papa no desatendió aquella demanda de ayuda y pronto consiguió el apoyo de Felipe II, rey de España, quien envió a Italia una formidable escuadra, bajo el mando de Juan Andrés Doria. El pontífice puso a disposición de la República su flota, a las órdenes de Marco Antonio Colonna. Mientras tanto, todos, de común acuerdo, se disponían a asestar el golpe definitivo, en el golfo de Lepanto, al poderío otomano.

En el momento en que el León de Damasco y sus amigos llegaron ante la nave capitana, el anciano almirante, todavía despierto, hablaba con su sobrino Lorenzo, ya vencedor, a pesar de que

casi era un adolescente. Se hallaba sentado en el castillo de popa y tenía la pierna extendida sobre una silla.

Al ver a Damoko y a Nikola, a quienes ya conocía y de los que había tenido ocasión de apreciar otras veces su patriotismo veneciano y su aborrecimiento hacia los turcos, hizo intención de incorporarse. Pero el León de Damasco se acercó para impedírselo y dijo:

–No, señor almirante. No debéis levantaros para saludar a Muley-el-Kadel.

El nombre del bravo y antiguo musulmán gozaba ya de gran reputación en Italia, y Veniero le contempló con gran interés, en tanto que le respondía:

– ¡El León de Damasco! Vuestro nombre es demasiado bien conocido en Venecia para que todo buen veneciano no se sienta complacido de veros. ¿Llegáis de Candía?

–Sí, almirante.

– ¿Qué pasa por allí? ¿Terminará aquella infortunada ciudad igual que Famagusta?

–Se aguanta, se lucha de día y de noche y se muere por la Serenísima con el nombre de Jesús en los labios.

– ¿De manera que su caída no puede considerarse como inmediata?

– ¡Oh, no! Todavía tiene que dar mucho trabajo a los turcos antes que se decidan a lanzarse al asalto.

–Si habéis tenido el atrevimiento de abandonar la ciudad para venir en mi busca, no cabe duda de que tenéis alguna poderosa razón para ello.

–El bajá ha raptado a mi hijo, que vivía en el palacio de Loredán, en el Gran Canal.

– ¡Ah, miserable! ¿Qué intenta? ¡Pretenderá hacer de él un pequeño mahometano! Como vos habéis renegado del Islam, ese bandido habrá pensado, a cambio, proporcionar otro secuaz al profeta.

–Al parecer todo ha sido cosa de Haradja.

– ¿Haradja? ¿La castellana de Hussif?

–Sí, almirante.

–Cierto es que es sobrina del bajá, pero que no caiga en mis manos, puesto que no miraré que sea mujer. ¿Dónde está vuestro hijo? ¿En la nave almirante?

–Sí –repuso Nikola, – y encerrado en el camarote del centro.

– ¿Le han maltratado?

–Hasta el momento, no. Abandoné la galera almirante y pude cerciorarme de ello.

–Si no me equivoco, tú eres marinero del bajá.

–Sí, almirante.

–He aquí un hombre que puede ser de gran utilidad –murmuró Veniero. – ¿Con cuántas galeras cuenta el bajá?

–Con doscientas, señor. Y todas en magníficas condiciones y muy bien armadas.

El almirante hizo un gesto de desaliento, pero no tardó en recuperar todas sus energías.

– ¡Cualquiera sabe! –comentó para sí. – Una sorpresa siempre podría...

Clavando los ojos en Muley, añadió:

–No será sencillo libertar a vuestro hijo... No obstante habéis prestado demasiados servicios a Venecia para que dude en ayudaros.

–He venido también para proponeros otro golpe de mano.

–Veamos.

–Mi padre, el bajá de Damasco, fue apresado por Haradja, con la ayuda de unas cuantas galeras de su tío, se le sometió a tortura y se le encerró en uno de los subterráneos del castillo de Hussif.

– ¡Castillo maldito, que en cien ocasiones hubiera yo destruido ya de haber dispuesto de medios a tiempo!...

Pues allí se encuentra mi padre.

– ¿Vive en el castillo la sobrina del bajá?

–No. Está a bordo de la nave almirante, herida en un duelo frente a las murallas de Candía, por mi esposa...

– ¡Ah! La duquesa, vuestra mujer, es la mejor espada de la cristiandad... Incluso a vos mismo hirió ante los muros de Famagusta, ¿no es cierto, Muley?

–Y no lamento la herida ni la humillación. De no ser a causa de ella aún sería yo musulmán.

–Es verdad. No obstante, aseguran que sois la mejor espada de Venecia, igual que lo fuisteis en el ejército turco.

–Sí, lo fui, pero no en el de Venecia: mi mujer me aventaja.

–Galantería de auténtico caballero.

–No, almirante. Mi esposa, como bien habéis afirmado hace un momento, es la mejor espada de la cristiandad.

Sebastián calzó su pantufla, pues no podía soportar el peso del escarpe, y con un gran esfuerzo se incorporó.

–No se ganan los combates hablando, como ha advertido, si bien con algún retraso, el Senado de Venecia.

Avanzó unos pasos sin apoyarse en nada ni en nadie y, poniéndose ante Muley, le preguntó:

– ¿En primer lugar el padre o el hijo?

–El hijo –contestó el León de Damasco.

– ¡Ah! ¡Si pudiese preparar una trampa a ese endiablado bajá con escasas galeras!

– ¿Y por qué razón no, almirante? –adujo Nikola. –Con remitir a ese malvado una carta ordenándole que acuda en seguida a recibir instrucciones del sultán... Desde luego es cierto que para ello se precisaría poseer un sello de los sultanes.

–Dispongo de dos que me regaló el conde Moceñigo –repuso el almirante. –Los cogió en una galera turca cuando su audaz golpe de mano frente a Constantinopla. ¡Ah! ¡Ese sí que fue un excelente marino! Si Venecia hubiese dispuesto de un par como él, en este momento la escuadra de Alí-Bajá se encontraría en el fondo del Mediterráneo... Pero aún no está todo perdido. Ya llegará nuestra oportunidad y aniquilaremos el poder naval otomano. De forma, que decías, Nikola, que podría escribir una misiva a Alí... ¡Hum! Es demasiado desconfiado para que caiga en la celada. No obstante, se puede intentar..., siempre que encontremos un hombre para llevar la carta.

–Aquí me tiene usted a mí para llevar a cabo tal misión, señor almirante –dijo Mico. –El bajá no me ha visto en su vida y puedo pasar ante él por un turco más o menos real.

–Reconozco tu bravura. Pero te debo prevenir que los turcos no se andan con contemplaciones y que acaso te descuartizarían vivo, como a Lorenzo Tiépolo que contaba setenta años, o te hicieran pedazos igual que a Astorre Baglione, o te mataran con navajas de afeitar como a Marco Antonio Bragadin.

–Ya conozco la crueldad de esos miserables –repuso el albanés. –Pero os garantizo, señor almirante, que llevaré la carta si alguien me acompaña en la canoa que me entregaréis para ello.

–Si me desembarcas antes que lleguemos junto a la flota –intervino el griego, –yo voy contigo.

–De acuerdo, amigo. Únicamente aguardo la carta y una chalupa de vela.

–Al momento estará preparada –aseguró Veniero. –Conozco bien el turco y lo escribo con toda corrección. Confiemos en que el bajá, por esta vez, abandone su acostumbrado recelo y caiga en la trampa.

Con ayuda de su sobrino entró en el cuarto, en tanto que los marineros, a una orden suya, echaban al agua la canoa más ligera, proveyéndola de una vela latina y dos remos.

El León de Damasco se aproximó con viveza a Mico y preguntó:

– ¿Te será posible?...

–Os comprendo, señor. Desearíais que intentara libertar a vuestro hijo del poder de Haradja.

–Y tienes hecha tu fortuna.

–No deseo la fortuna, señor. Pero considero tal empresa muy superior a mis fuerzas. No obstante, os aseguro que si puedo intentar ese golpe, lo procuraré sin preocuparme por mi vida.

Regresaba ya el almirante al castillo de popa, llevando en la mano una carta cerrada con un gran sello.

–Ten, para el bajá –anunció, dándosela al albano. –Si te pregunta qué hay dentro, contesta sencillamente que noticias del sultán. No vendrá; pero si no se incurre en alguna imprudencia, acaso caiga en la celada, ya que a fin de cuentas Alí no es Mahoma. ¿No sentirás temor?

–No, señor almirante. Si la lancha está lista, nos pondremos en marcha ahora mismo..., contando con que Nikola venga conmigo.

–Entonces, vamos –replicó el griego. –Yo conozco con toda exactitud la situación de la flota del bajá en la ensenada de Candía. Si yo tuviese fuego griego, me sería posible incendiar la galera almirante sin temor a errar.

– ¿Y mi hijo? –interrumpió el León de Damasco.

–Estáis en lo cierto señor. El niño no permitirá muchas empresas audaces.

– ¿Deseas que embarque contigo, Nikola? –inquirió Muley.

–De ninguna manera –objetó el almirante. –Los turcos se alegrarían demasiado si pudiesen desollarlos. Dejad a estos bravos que se las compongan ellos solos.

– ¿La lancha?... –indagó Mico.

–Está preparada ya –repuso un oficial. –Podéis embarcar cuando os plazca.

–En marcha, Nikola.

–Una palabra –dijo el almirante: –me imagino que no tardaréis menos de doce horas en alcanzar la ensenada de Candía, a pesar de que vais a tener viento muy favorable. Pero de todas maneras, procurad no llevar a cabo la empresa hasta que anochezca. De esta forma, en el supuesto de que el bajá cayera en la trampa, no podrá comprobar si los asaltantes con quienes se enfrenta son turcos o son venecianos. Id, valientes, y que san Marcos os guarde.

Ambos hombres descendieron unos instantes más tarde por una escala de cuerda a la canoa, que varios marineros retenían, ya que el viento era bastante fuerte. Se trataba de una chalupa de las que los venecianos denominaban *caiccio,* corta y ancha, pero buena velera y veloz siempre que la gobernara un buen timonel.

–Dejadnos –solicitó el griego a los marineros. –Ahora nos corresponde a nosotros.

–Feliz viaje, señores –contestaron los marineros, subiendo rápidamente a la galera.

–Para mí el timón y para ti la vela –indicó el griego a Mico. –Los albaneses os ejercitáis mucho en el lago de Escodra.

–Y son raros los montañeses que lo han recorrido tanto como yo, compañero –repuso el leal criado de Muley. –Podría convertirme en gaviero de primera sin necesidad de examen.

Una vez que la vela fue desplegada, la barca se alejó con gran rapidez en dirección a levante. La noche era muy hermosa, aunque sin luna, y el Mediterráneo semejaba una balsa. Soplaba una brisa bastante viva de poniente, alzando sólo de vez en cuando algunas olas espumosas, las cuales se estrellaban contra la costa con gran fragor.

–Llegaremos a Candía sin cansarnos. Pero ya es hora de que hablemos. ¿Dónde debo

desembarcarte?

–A un par de millas de la ciudad, entre una serie de escolleras que tienen grutas habitables.

– ¿Yo continuaré con la embarcación hasta alcanzar la galera del bajá?

–Sí, ya que la costa no es muy apropiada para marchar a pie y, por otra parte, podrían dispararte antes que tuvieras ocasión de enseñar la carta del sultán.

– ¿Te podré recoger allí más tarde?

–Haré cuanto pueda por estar. Pero no te inquietes por mí.

Conozco la isla palmo a palmo, y trabajo van a tener los turcos para encontrarme.

– ¿Caerá en la celada el bajá?

– ¡Cualquiera sabe! Es en extremo desconfiado, pero tal vez ante una misiva del sultán no dudará en levar anclas.

– ¡Ah! ¡Si primero pudiese salvar al hijo de mis señores!... Debo intentarlo.

–Empresa vana, cuyo único resultado ha de ser que te empalen. El niño se halla muy bien vigilado.

– ¿En el castillo de popa?

–Sí.

–Pues se hará todo lo posible –repuso el albanés, decidido a realizar alguna diablura.

– ¡Sobre todo ten mucho cuidado con Haradja!

–Sé de cuanto es capaz esa terrible mujer.

– ¿No te ha visto nunca?

–No.

– ¿Y tú a ella?

–La vi cuando combatía contra mi señora, y es de esos tipos que no resulta fácil olvidar.

–Efectivamente: yo no me casaría con una mujer de esa clase, y mi señor hizo perfectamente en dejarla plantada.

– ¡Cualquiera puede asegurar si a estas horas viviría! Por las venas de Haradja corre una sangre maldita que parece incitarla a derramar la de sus semejantes. Ensancha la vela del trinquete y amaina algo la vela latina.

El viento era ahora mucho más intenso y alzaba imponentes olas que se estrellaban con fragor infernal alrededor de la chalupa. Extrañas luces pasaban bajo las aguas del Mediterráneo. Las medusas debían de haberse agrupado en buen número a dos o tres metros de profundidad y lo iluminaban con sus matices, parecidos a luces eléctricas de diversos colores.

Nikola examinó detenidamente la costa, que se perfilaba sin la menor escollera a una milla de distancia aproximadamente, y, retornando al timón, exclamó:

–Todo marcha bien.

Hacia las cuatro de la mañana los sorprendió el sol frente a una pequeñísima ensenada desierta que se adentraba mucho en tierra. Antaño debió de ser un importante puerto pesquero, pero los turcos no solamente habían destruido sus barcas y redes, sino así mismo acabado con los pescadores. Y la destrucción mostraba huellas de haber sido reciente, ya que por entre el agua cristalina y tranquila de la rada el griego y el albano advirtieron dos hombres totalmente desnudos atados a un áncora grande de galera.

– ¡Qué canallada! –exclamó el griego, mientras sus mejillas enrojecían como consecuencia de la ira. –Esos perros mahometanos no se hartan jamás de carne cristiana.

A pesar de que no distinguieron por parte alguna ni exploradores ni jenízaros por tierra, ni bajel ni chalupa de ningún tipo por el mar, antes de anclar, y como medida de precaución, arriaron las velas, encendiendo al instante las mechas de los arcabuces. A escasa distancia de donde

fondearon había una antigua muralla, medio quemada y derrumbada, pero que en caso de peligro podrían utilizar como refugio.

–Si llegasen, nos introduciríamos en esa caseta y los acogeríamos igual que en la granja de Damoko –comentó el albanés.

Saltaron a la playa disponiéndose para el almuerzo –ya que el almirante había hecho que les suministraran abundantes provisiones, –y luego de comer se tumbaron en la arena, bajo la sombra de la casamata, sin perder ni un solo momento de vista la lancha y esperando a que el sol comenzara a declinar.

Aunque a bastante distancia de Candía, se escuchaban de vez en cuando los cañonazos de las bombardas mahometanas contra la plaza asediada. Los estampidos de las culebrinas venecianas no llegaban a sus oídos sino muy espaciadamente y muy poco distintos.

El griego y el albanés, ya tranquilizados, se prepararon en un par de ocasiones la comida en el interior de la casamata con el fin de que los merodeadores turcos no distinguieran el humo, y al declinar la tarde volvieron a desplegar las velas. Paulatinamente el sol se iba hundiendo como inmenso globo de fuego en las aguas del Mediterráneo, y las anchas olas ya no se estrellaban contra la costa, a pesar de que soplaba un vivo viento mistral. Las estrellas empezaban a surgir en el firmamento y las medusas, como si tuviesen envidia, querían competir, a un par de metros bajo el agua, con sus fosforescentes destellos, mas intensos que nunca.

–De aquí a una hora o poco mas nos encontraremos en Candía –dijo Nikola – ¿No sientes palpitaciones en el corazón?

–No.

–No obstante, tu empresa amedrentaría al más osado.

– ¡Bah! Hablo el turco igual que un bajá, rezo como un muecín. ¿Quién puede considerarme cristiano, llevando por añadidura una carta del sultán? Sabes bien que en Constantinopla viven muchos compatriotas míos.

– ¡E incluso dentro del harén! Sois los preferidos, porque piensan que vosotros sois verdaderos mahometanos.

– No, Albania no es musulmana ni turca aún. Que acudan a nuestras montañas y ya verán si les es posible izar la enseña del sultán y la Media Luna en nuestras cumbres.

– ¡Fijaos! ¡Luces!

– ¡La flota del bajá!

–Espera. Sí, es verdad. La supuse más lejos.

– ¿Y tu escondrijo?

–Espera todavía.

La embarcación siguió navegando rápidamente una o dos millas y el griego la condujo hacia la costa, donde se distinguían varias escolleras y de donde llegaba el intenso rumor de la resaca.

–Ése es mi escondite. Allí existen cavernas que han sido utilizadas como refugio por muchos cristianos acosados por las cimitarras turcas. Casi no se hallan ni a un par de millas de la rada de Candía, y no hay otras escolleras similares en la costa ¿Sabrás regresar a recogerme?

–No erraré. Luego de que haya entregado la misiva, si el bajá no me hace empalar o desollar, vendré en tu busca, compañero.

–Te prevengo por última vez que no pretendas apoderarte del hijo del León, ya que morirás en tu intento sin haber sido de utilidad para nadie. Ya pensaremos en arrebatarle de las garras de la tigresa de Hussif.

Tomó el saquito con provisiones, se lo puso al hombro y, tras cerciorarse de que pendía de su cinto el yatagán, saltó a la playa.

–Debes marcharte en seguida. Los espías no escasean.

– Buenas noches, Nikola, y que Dios nos proteja.

El albano apartó la chalupa de la playa con el remo, colocó la vela al viento y partió raudo. Había caído ya la noche. El griego siguió a la embarcación con la vista mientras le fue posible y se encaminó luego a una gruta que le era muy conocida. En breves minutos se encontró donde quería. Se volvió para intentar distinguir desde aquella prominencia de más de cincuenta metros de altura a la chalupa, pero ésta había desaparecido.

– ¡Tremenda empresa! –murmuró. –Ese albanés tiene sangre...

De improviso sintió que le asían fuertemente por los hombros y oyó un par de roncas voces que exclamaban.

– ¡Ah, perro cristiano!

Tan inopinado fue aquel ataque, que al griego no le dio tiempo de descolgarse del hombro el arcabuz para utilizarlo como una clava, ya que tenía la mecha apagada. No tuvo ocasión ni de desenvainar el yatagán. Dos hombres, un par de marineros de la escuadra del bajá, surgían de la caverna, tropezaban con él y le reducían de improviso a la más absoluta impotencia.

– ¿Qué hacías en este lugar, perro asqueroso? –inquirió el turco de más edad, un tipo barbudo de aspecto feroz.

Le habían quitado las armas y le sujetaban por los brazos, sacudiéndole con rudeza.

–No soy cristiano –se defendió Nikola. –Como podéis ver hablo el turco igual que vosotros.

–Sí, todos afirmáis lo mismo para salvar la piel –respondió, echándose a reír, el de la barba. –Pero no me engañas, cerdo.

–He servido al bajá hasta hace escasos días. Era uno de los maestres de la galera capitana.

Ambos turcos, que blandían relucientes yataganes y llevaban al cinto grandes pistolas, lanzaron una carcajada al mismo tiempo.

– ¡Puerco asqueroso! Intenta engañarnos, como si con ello hubiésemos de soltar la presa. ¿Qué dices tú, Quitab?

–Estás en lo cierto –aprobó el segundo marinero. –Los cristianos son magnífica presa y valen buenos cequíes.

– ¿Qué pretendéis? –inquirió el griego, que no hacía el menor esfuerzo por librarse.

– ¿Qué pretendemos? ¡Ja, ja, ja! ¿Acaso has topado en tu vida, Quitab, con un hombre tan necio como éste?

–No.

–Yo tampoco. Señor maestre del bajá, vamos a regalar vuestro pellejo. Las cabezas de los candiotas se pagan a un cequí cada una, y con un cequí unos pobres marineros como nosotros tienen para beber vino de Chipre, igual que lo bebe nuestro sultán durante toda la semana.

– ¿Y dónde se paga a un cequí? –indagó Nikola.

–En la nave del almirante.

–De esa manera, cuando el bajá vea mi cabeza ordenará que os empalen.

–Poco a poco, marinero de agua dulce, que jamás en tu vida estuviste a bordo de una galera. Ya comprobaremos si la cabeza que llevamos no la paga. ¡Venga, asqueroso cristiano! ¡Basta de cháchara y prepárate a morir!

–Has hablado perfectamente. Yo no deseo perder el cequí.

– ¿De qué forma le acomodamos?

–Tengo una idea –adujo Quitab. –Yo jamás he visto una cabeza cristiana saltar en pedazos igual que una granada.

– ¿Y qué? –inquirió el de la barba, con alguna inquietud.

–Pongamos en sus manos dos de nuestras pistolas y obliguémosle a que se salte la tapa de los sesos.

– ¡Miserables! –barbotó el griego, haciendo un intento desesperado por librarse.

–De esta manera –continuó Quitab –la cabeza seguirá siendo cristiana y la cara quedará totalmente irreconocible. En el supuesto de que no obedezca le degollaremos con nuestros yataganes.

–Considero mejor otra cosa –rebatió el de la barba. –Lo amarramos al ancla de nuestra chalupa y lo hundimos suavemente en el mar y ya verás que rápidamente los cangrejos y otros animaluchos le desfigurarán la cara.

–Razonas con tanta insensatez como un gato de Angora. El bajá podría alegar que habíamos capturado un cadáver cualquiera hace más o menos tiempo. Entonces ¡adiós cequí!

–Hablas tan bien como el mismo Mahoma. Pero, oye, Quitab, ¿piensas que la cabeza quedará presentable?

–Estoy seguro.

– ¿Incluso con nuestros pistolones? ¿Te apuestas el cequí?

–Va apostado.

–Pues vamos a comprobar cómo estalla una cabeza humana.

–Encendamos las mechas.

Soltaron al griego, el cual, por otra parte, no podía huir con facilidad, encontrándose como se encontraba en la cumbre de la escollera, y prepararon sus armas con absoluta tranquilidad, como si se tratase de matar a un perro sarnoso.

– ¿Qué debo hacer? –interrogó Nikola una vez que vio encendidas las mechas.

–Saltarte la tapa de los sesos –repuso el tipo de la barba. –Hemos apostado respecto a tu cabeza, y como es lógico ni mi compañero ni yo deseamos perderla. Pero has de dispararte ambas pistolas al mismo tiempo; así que, ¡ea!, cierra los ojos y aprieta el gatillo.

–Entregádmelas. Estoy ya muerto.

Los marineros le dieron las pistolas por la culata y el barbudo exclamó:

– ¡Salta ese coco, cristiano!

Nada más lanzar aquella exclamación de burla, retumbaron dos disparos, a los que siguieron dos alaridos. Nikola, tras empuñar las pistolas, en lugar de apuntar a sus sienes para complacer a aquellos asesinos, retrocedió tres pasos y descargó las pistolas contra los mahometanos, en tanto que decía:

–Voy a ser yo, necios, quien haga saltar los melones turcos.

Y los marineros se desplomaron frente a la entrada de la caverna, mientras de sus frentes heridas manaba abundante sangre, ya que habían sido atravesadas por las balas.

Cogió las armas y municiones de ambos cadáveres y, agarrando a éstos, uno detrás del otro, los arrojó al abismo desde lo alto de la escollera.

Se oyeron dos chapoteos; después nada.

Los musulmanes se habían reunido ya con las huríes.

EN LA GALERA DEL BAJA

Mientras el griego se desembarazaba con tanta habilidad de los incautos marineros, Mico proseguía su marcha hacia la galera almirante, con las luces apagadas para eludir que le dispararan desde las naves con alguna culebrina.

A distancia refulgían los faroles de la flota turca, aquellos grandes y magníficos fanales en ocasiones de hasta metro y medio de altura, todos de plata, con excepción de los de la capitana, que eran de oro.

Mico, que como marinero valía tanto como el griego, observó las continuas maniobras de las galeotas, que se cruzaban e iban de un lado a otro de la capitana para protegerla de una improbable sorpresa, e hizo avanzar su embarcación hacia una de ellas. No tardó en oír una voz amenazadora, que gritaba:

– ¿Quién vive? Detente o te ametrallamos igual que a un perro cristiano.

–Turco que procede de la ensenada de Capso y trae una carta del sultán –repuso con acento sereno el albanés.

–Aproxima tu chalupa.

El montañés arrió el velamen y con rápida y muy hábil maniobra aproximó su chalupa a babor de la galeota.

–Sube.

Mico amarró el bote a la escalera y subió con agilidad, alcanzando la toldilla, donde apareció ante él un capitán, acompañado por media docena de oficiales. El hombre dejó caer sobre el cuello de Mico una pesada mano con dedos como tenazas y dijo:

–Muestra la carta.

–He de entregarla personalmente en manos del bajá.

– ¿Imaginas que voy a ser tan necio que la abra?... El Gran Almirante sería capaz de empalarme y de momento no tengo la menor gana de... Primero me apetece ver la total destrucción de Candía.

Unos marineros habían llevado faroles. Mico sacó la misiva de un bolsillo interior y enseñó al sorprendido capitán los grandes sellos del sultán.

– ¡Por la muerte de todas las huríes del paraíso! ¡Magnífico negocio hago si ametrallo a este hombre!... Y los sellos son auténticos. Los conozco de sobra.

Después, examinando fija y algo recelosamente al mensajero, le preguntó:

– ¿Quién te la ha entregado?

–No puedo decirlo... Son problemas que sólo interesan al bajá... y también a mí, si aprecio en algo mi pellejo.

–Estás en lo cierto. Todavía eres joven y puedes ser testigo de numerosas victorias del Islam.

Ordenó llevar a remolque la embarcación con dos marineros en su interior y la galeota avanzó a remo hasta el centro de la escuadra turca.

Al parecer existía aquella noche tregua entre sitiadores y sitiados, ya que por ambos bandos permanecían en silencio culebrinas y bombardas.

La galeota llegó junto a la nave almirante y pasó a la galera del bajá, el cual se hallaba fumando tranquilamente su narguilé en una mesa en la cual comía con su Estado Mayor. De cuando en cuando bebía disimuladamente un buen trago de vino.

A breves pasos de él, en una otomana de seda blanca arrimada contra la pared de babor, estaba sentada Haradja, envuelta en una ligera colcha de seda, por ser la noche algo fresca. Un poco pálida,

resaltaba más en su semblante el extraordinario brillo de sus negros ojos.

– ¿Qué deseas? –inquirió Alí al ver presentarse al capitán de la galeota por la escala del castillo.

–Hay noticias de Constantinopla y llevan el sello del sultán, señor.

– ¿Una carta?

–Sí. La trae un marinero que procede de la ensenada de Capso.

– ¿Quién es?

–No me he atrevido a preguntarle.

–Eres un necio –dijo el bajá tomando la carta que le presentaba el capitán. –Envíame al mensajero.

– ¡Una carta del sultán! –exclamó Haradja con voz un poco alterada. – ¡Ten cuidado, tío! Son recados terribles, ya que por lo común terminan con la corbata de seda.

– ¡Bah! Tiene demasiada necesidad de mí. Y, por otra parte, toda la escuadra me es leal y sería capaz de acompañarme frente a Constantinopla para dar un susto a esos degenerados cobardes en las exquisiteces del harén.

Desgarró cuidadosamente el gran sello, abrió la carta y leyó con rapidez.

– ¿Qué sucede? –indagó Haradja, bastante inquieta.

–Se me indica que vaya con la nave almirante a la rada de Capso para recibir órdenes secretas de un alto funcionario.

– ¿No estará satisfecho el sultán con las operaciones del sitio de Candía?

–Es posible –convino el bajá, que parecía bastante preocupado. – ¿Supondrán en Constantinopla que es posible destruir una fortaleza como ésa en un día? Que acudan aquí esos altos funcionarios a probar las espadas y las culebrinas de los venecianos.

–No confíes. En Constantinopla se intriga en exceso y hay allí demasiados envidiosos de tu buena suerte.

–Estoy enterado de ello mejor que tú –respondió el almirante, que había comenzado a pasear, con aspecto bastante sombrío y apretando nervioso la empuñadura de su cimitarra. –Pero si suponen que me van a poder quitar el mando de la flota están totalmente equivocados.

En aquel instante apareció en la parte inferior de la escalera el capitán de la galeota seguido de Mico.

–Éste es el mensajero –anunció aquél en cuanto subieron.

El bajá examinó fijamente al albanés, que mantenía su serenidad de costumbre, a pesar de que no desconocía que caminaba al borde del abismo.

– ¿De dónde procedes?

–De Capso.

– ¿Cómo has llegado hasta aquí?

–En una chalupa de vela.

– ¿En Capso hay una galera?

–Sí, señor. Ha llegado directamente desde Constantinopla con orden precisa de no recalar en Candía.

– ¿Cuál es el nombre de la nave?

–La *Strumica.*

–No la conozco. Será nueva.

–Fue botada al agua hace tres semanas.

– ¿Quién es su capitán?

–El capitán Rodesto. Pero...

– ¿Por qué te interrumpes? –interrogó el bajá, echándole una mirada penetrante.

–Es un capitán que puede afirmarse no tiene mando, ya que el sultán ha puesto a su lado un *ferik* (General de Brigada) que no sabe nada de cosas de mar.

–Lo creo. ¿Sabes qué desean de mí?

–No, señor.

–Si me hubieras podido decir algo, te lo habría pagado bien.

–Sólo soy un pobre marinero y no puedo ni pensar en hacer preguntas a mis superiores.

–Tu acento es muy particular. ¿De dónde eres?

–De Albania, señor.

– ¿También aquellos aguerridos montañeses se han decidido a lanzarse al mar? El Adriático se encuentra muy cerca y batido, casi de continuo, por las galeras venecianas.

Y contemplando a Haradja como solicitando de ella consejo, se aproximó a la otomana y susurró en voz queda:

– ¿Qué piensas que debo hacer?

–Si no obedeces, el sultán es posible que te envíe la corbata de seda, aunque sea en estuche de oro.

– ¿Y si no acatase las órdenes que vienen de Constantinopla y no del cuartel general del visir?

– ¡Una rebelión!... ¿Y después?

–Estás en lo cierto. Desearía ir hasta el final y bombardear incluso la mezquita, que los cristianos llaman la Iglesia de Santa Sofía. Te haré trasladar a otra galera y me pondré en marcha, pero no solo, guste o no al sultán. Expongo mi piel en tanto que él se divierte con sus favoritas y bebe vino de Chipre. Yo soy también mahometano.

– ¿Qué resuelves?

–Marchar a esa cita con una considerable escolta.

– ¿Quién la mandará?

–No debe inquietarte semejante cosa. Dispongo de capitanes valerosos, leales y resueltos.

Y volviéndose al montañés, que prestaba atención para informarse de la conversación de tío y sobrina, le preguntó:

– ¿Qué te ha dicho tu capitán?

–Que entregara el pliego en propia mano y que regresara lo antes posible.

– ¡Por la muerte del Profeta! ¿Se me preparará alguna trampa?

–No creo, señor, que haya quien sea capaz de atentar contra el más grande de los almirantes de que dispone Turquía. Sois un hombre demasiado necesario en estos instantes.

– ¿Has oído, Haradja? ¡Y no es sino un sencillo marinero!... De ser yo el sultán, mañana sería contralmirante.

– ¡Hum! –rezongó por lo bajo la castellana de Hussif.

– ¿Deseas marcharte? –inquirió Alí, dirigiéndose al albanés.

–Si me dais vuestro permiso...

–Sí. Pero pienso proporcionarte un compañero con el encargo de llevar a tu capitán una carta mía. Yo no podré arribar a Capso antes del alba. ¡Mogdor!

Un negro de gigantesca estatura, en cuyo cinto veíase un auténtico arsenal de armas blancas y de fuego, se presentó al instante.

–Acompañarás a este hombre. Si pretende escapar, ¡mátalo!

–Sí, amo –contestó el negro, examinando de reojo a Mico.

El Gran Almirante introdujo la mano en su faja de seda roja y extrajo un puñado de cequíes, en tanto que decía:

–Toma, como recompensa a tu presteza. Si algún día precisas buena ayuda, no olvides a Alí el argelino.

Y entregó las monedas al montañés, bien ignorante de aquellos gajes y mucho más de haber de regresar a Capso con aquel terrible compañero negro.

Gracias, señor –dijo. –Nunca podré olvidar la generosidad del Gran Almirante.

–Puedes marcharte.

Mico, tras haber dado las buenas noches, abandonó el castillo en compañía del gigantesco negro, el cual parecía que no habría de emplear otra arma sino su terrible puño en caso de que quisiera aplastarlo despiadadamente.

– ¡Ojo con los tiburones! –dijo al despedirle el capitán de la galeota. –Un navío que hace un instante ha penetrado en la ensenada asegura haber encontrado muchos.

–Dispongo de mi arcabuz –contestó Mico.

Se apartaron en seguida de la flota a fuerza de remos, y luego de orientar las velas sentóse al timón, en tanto que el negro colocábase delante de él mirándole amenazador con sus grandes ojos que semejaban de porcelana.

–Es innecesario que me mires así y mejor sería que me ayudaras en la maniobra.

–Se me ha ordenado vigilarte y no ayudarte.

–Pero, ¡estúpido! ¿No te das cuenta de que no me es posible darme a la fuga por ningún sitio?

El negro, en vez de contestar, sacó de su cinto dos enormes pistolas, yesca y eslabón y encendió las mechas.

– ¿Qué haces? –inquirió el albanés, que empezaba a preocuparse.

– ¿No has escuchado decir que por esta zona hay muchos tiburones? –replicó el negro, poniendo las armas humeantes sobre el banco. –Como nuestra chalupa es baja, esas feroces bestias podrían atacarnos.

–Es cierto. Así que voy a encender yo también la mecha de mi arcabuz.

–No.

– ¿Qué? ¿No?

–Solamente yo debo disparar. Trae tu arcabuz.

–Y luego solicitarás mi cabeza para hacerte con esos cequíes que me ha entregado el bajá.

–Se me ha ordenado vigilarte, no robarte. Los cequíes los hallaremos a paladas en Candía una vez que se entregue la ciudad. Debajo de esas casas ha de haber numerosos tesoros.

– ¿Tú crees?

–Todos lo suponen en el campamento.

–Pues yo creo que no vais a encontrar nada más que cadáveres.

– ¿Qué sabes tú?

–Es verdad que he venido del mar y no estuve en el campamento.

– ¡Oro! ¡Un río de cequíes!... ¡Tesoros! –insistía el negro.

–Bueno. No pienses en los cequíes y piensa algo en atender a la vela.

–Estoy pensando en los tiburones.

–Pues si no pensabas ayudarme en la maniobra podías haberte quedado a bordo de la capitana.

–Ya te dije que pienso en los tiburones.

–Pues de momento no se ve ninguno. Entrégame una pistola, ya que deseas quedarte con mi arcabuz.

–Para defenderte soy suficiente yo. Las armas de fuego permanecerán a mi lado, no al tuyo. No se hable más de esto.

Mico masculló una maldición y luego de orientar de nuevo la vela retornó al timón. «Preciso

librarme de este guardián molesto, ocurra lo que ocurra –pensó. – Pero, ¿cómo lograrlo?»

Y el infortunado meditaba como nunca buscando una solución.

A pesar de que se había quedado sin arcabuz conservaba el *kandjar,* especie de daga afilada en extremo y de doble filo, muy aguda y de acero bien templado. De improviso, gritó como espantado:

– ¡Los tiburones! Haz fuego o harán volcar la embarcación.

El negro se incorporó de un salto y, empuñando las pistolas, se dirigió a proa, por donde por lo visto llegaban, exclamando:

– ¡Malditos sean ellos y todas las restantes fieras marinas!... Esperad, que aquí me tenéis a mí.

Se subió a uno de los bancos, en donde no era sencillo sostenerse en equilibrio a causa de las contraolas que provenían de la costa y descargó los dos pistolones. Estaba de espaldas a Mico y, en consecuencia, no podía vigilarlo.

«Ahora verás lo que es bueno», se dijo el albanés.

Y llevando a cabo su proyecto desamarró muy despacio la escota de la vela latina, tirando hacia sí el peñol. Después dio un brusco movimiento al timón y el negro se vino al agua, lanzando un alarido, entre los tiburones.

– ¡Recógeme! –gritó el negro, viendo que la chalupa reanudaba su marcha normal.

–Compóntelas ahora como puedas –respondió Mico, recogiendo otra vez la escota y dando dirección a la embarcación.

– ¡Criminal! ¡Ven a recogerme!

–Si deseas una de tus pistolas te la doy.

–El bajá hará que te empalen en la nave almirante.

–Ya procuraré no volver.

– ¡Vuelve, miserable! ¡Te voy a desollar!

–Procura que no lo hagan contigo los tiburones antes de que puedas advertirlo.

El negro llevaba aún al cinto dos yataganes. Comprendiendo que el albanés no volvería para salvarle, trabó, con los escualos, que le atacaban por todas partes, una frenética lucha. Robusto, vigoroso y excelente nadador, no iba a dejarse destrozar a la primera embestida.

Las medusas, con su brillo fosforescente, alumbraban el combate, y Mico veía con toda perfección al gigante distribuyendo tajos y mandobles a todos los tiburones y defendiendo de sus dentelladas brazos y piernas, sin dejar de lanzar horrorosas exclamaciones, que no amedrentaban en lo más mínimo a los tiburones.

Mico levantó el farol y miró. Los tiburones se habían alejado. Pero era seguro que esperarían a mayor profundidad el descenso del cadáver para devorarlo entre dos aguas con toda tranquilidad. El albanés se limpió el frío sudor que bañaba su frente y volvió a cargar con cuidado las pistolas, murmurando:

–Son instantes espantosos. Pero hay que defenderse de la forma que sea... Por otra parte, esos perros turcos son todavía más despiadados; no tienen compasión ni de las criaturas de pecho... ¡En fin! Vamos en busca del griego. La escollera no debe de hallarse distante.

Las olas que procedían de la costa chocaban contra la barca de vez en cuando, acariciándola rudamente. A pesar de la oscuridad de la noche distinguió al poco rato el escondrijo de Nikola y, para advertirle, disparó un pistoletazo al aire. Instantes después brillaba una luz en la cumbre de la escollera, seguida de un estampido: era un tiro de arcabuz.

– ¡Acércate! –exclamó alguien a voz en cuello desde arriba. – ¿Quién vive?

–Mico el albanés.

–Perfectamente. Espera un momento.

La embarcación dio dos bordadas delante de la escollera y, aprovechando una momentánea

interrupción de la resaca, abordó en seguida.

– ¡Mico!

– ¡Nikola!

–Aproxímate un poco más.

Segundos más tarde el griego, después de dar un ágil salto, se hallaba a bordo.

–A las velas, Nikola. Acaso en este momento haya salido ya de la ensenada candiota la escuadra del bajá.

– ¿La nave almirante sola?

–No lo creo.

– ¿Y el hijo del León de Damasco?

–No es posible intentar la menor cosa.

–Ya te lo advertí. ¿Y Haradja?

–La he visto. Al parecer va curándose.

–Las tigresas se curan en seguida.

Orientada la chalupa, aprovecharon que el viento era favorable para explicarse las aventuras acontecidas a cada uno.

–Dios nos ha protegido –comentó el griego. –Pero te garantizo que no desearía hallarme en situación semejante a la de esta noche pasada.

–Ni yo. Aún creo tener delante aquellos ojos del gigantesco negro, que se clavaban en mí como si quisieran hipnotizarme.

–Pero lo devoraron los tiburones.

– Por suerte para mí, ya que de otra manera hubiera tenido que librar un combate cuerpo a cuerpo y estas embarcaciones no son adecuadas para los movimientos rudos.

– ¿Entonces estás convencido de que el bajá cayó en la treta? –Oí que le decía a Haradja que iría a la entrevista, pero no solamente con la capitana.

–Ya veremos lo que acontece. ¿Y es la tigresa de Hussif la que se halla al mando de la escuadra...? Apresuremos la marcha para intentar llegar cuanto antes.

El griego orientó mejor las velas y se sentó frente a la proa con el arcabuz.

Las enormes pistolas del negro continuaban humeando en el banco de popa.

LA PERSECUCIÓN DE LA CHALUPA

Ya habían avanzado muchas millas y se consideraban totalmente a salvo, cuando el griego, al volverse para examinar el mar en dirección a levante y distinguir un punto brillante que se mecía sobre las olas, soltó una maldición y cargó a toda prisa su arcabuz.

– ¿Qué es?

–Que los cristianos parecemos destinados a ser víctimas de los turcos. Fíjate. ¿Ves?

–No estoy ciego. Pero, ¿se trata de un farol o un fanal de galera?

–No es fanal de galera –respondió el griego, que miraba con gran atención. – ¿De dónde habrá surgido esa nave? Antes no nos seguía.

–Acaso se trate de un pacífico bergantín cargado con pasas de Chipre.

–No hay ninguno que ahora sea capaz de adentrarse en alta mar. Todos esos pequeños veleros descansan desde meses atrás en el fondo de la ensenada de Morea.

– ¿Quizás nos habrá hecho seguir el bajá por alguna galeota, no confiando en el negro?

–No debe ser tampoco una galeota.

–Entonces, ¿qué?

–Una nave bastante más pequeña; un falucho.

– ¿A qué distancia estaremos de Capso?

–A unas quince millas.

– ¿Podemos llegar antes que nos cace y nos aprese?

–Corramos todo lo que nos sea posible. En último caso nos dirigiremos hacia la playa y alcanzaremos la bahía a pie. Yo no deseo caer en poder del bajá.

–Tampoco yo, en especial luego de haber dejado morir al negrito que tenía la misión de vigilarme. Acaso me hiciera empalar. No deseo ni verlo.

El griego, de pie, contemplaba con atención extrema el farol, que avanzaba rápido, resaltando vivamente en el tenebroso horizonte.

–No puede ser nada más que un falucho.

– ¿Nave muy veloz?

–Veloces como gaviotas, mí querido amigo.

– En tal caso nos dará caza.

–Aún no nos ha cogido. Avanza hacia la costa, costeando, y procura no chocar con ningún escollo.

– ¿Y la resaca?

–La chalupa podrá aguantarla. Vamos.

Variaron el rumbo según las indicaciones del griego, adentrándose el *caiccio* por entre las espumosas olas provocadas por la resaca. Nikola, con el farol en la mano, a proa, cuidaba de no tropezar con los bancos o escolleras.

La falucha, como denominaban los turcos a aquel tipo de embarcaciones, avanzó también en dirección a la costa, decidida, por lo visto, a apresar a la chalupa, con los extraños fugitivos que la tripulaban.

–No nos deja –adujo el griego. –El falucho...

En aquel instante un relámpago desgarró las tinieblas. A continuación siguió un estampido bastante fuerte. Pero ni el albanés ni el griego percibieron el zumbido del proyectil.

–Ha sido efectuado con pólvora solamente. Nos intima a detenernos, amenazándonos con hundirnos si no obedecemos al instante.

– ¿Cañón?

–No te atemorices. Es una pequeña culebrina que sólo puede disparar proyectiles de tres libras.

–Basta para hundir la chalupa.

–Esperemos que no lo logre.

Transcurrió un minuto. La chalupa proseguía avanzando a unos veinte o treinta metros escasos de la costa, saltando violentamente por lo fuerte de la resaca, debido a los numerosos escollos que por allí había.

–Terminaremos por estrellarnos –opinó Mico.

–Voy a tomar yo el timón. Tú indícame los bancos y escollos y no tengas miedo. Yo me ocupo de llevar la embarcación a salvo.

–Debiéramos apagar el farol.

–Sin duda para los turcos es un magnífico blanco. Pero puesto que no naciste gato, lo precisas. Déjalo, por tanto, encendido. ¿Cómo distinguirás los obstáculos?

–Es verdad lo que dices.

– ¡Bum! ¡Otro tiro!

El estampido fue precedido de un zumbido. El proyectil había cruzado sobre la chalupa y muy cerca del palo.

– ¡Por todos los tiburones del Mediterráneo! ¡Esos turcos disparan magníficamente! Al próximo cañonazo nos hundirán. Créeme, Nikola; apaga el farol. Si tropezamos con algún obstáculo, peor para nosotros.

–Aún no.

El tercer proyectil agujereó una de las velas y fue a caer sobre las espumeantes olas por la proa de la chalupa.

–Un poco más y te arranca la cabeza, Nikola.

–Todavía se encuentra sobre mis hombros. Noto su peso.

¿Quién ha visto ir de caza con culebrinas? Deja que se desahoguen y que agoten municiones. Conduce siempre costeando y sin abandonar la resaca; los movimientos violentos de las olas entorpecen el tiro.

– ¿Y si encallamos o...?

–Desembarcaremos o proseguiremos por tierra. No hagas caso –repuso Nikola, que mantenía una calma y frialdad sorprendentes.

El falucho, que debía ser muy veloz velero, adelantaba camino a cada instante, aminorando la distancia y pretendiendo abordar para poder efectuar una descarga de metralla. Se hallaba ya luchando con la resaca pero no decrecía su rapidez.

– ¿Cuál es tu opinión? –inquirió al poco rato el albanés.

–Que no veo ya otra solución que destrozar la chalupa contra cualquier escollo y huir por tierra.

–En tal caso, choco.

–No. Espera aún.

Un nuevo disparo. Y en esta ocasión era ya una lluvia de metralla, parte de la cual se abatía sobre la chalupa, cayendo, como consecuencia de ella, quebrados el bauprés y el peñol. Nikola apagó el farol. El falucho sólo se encontraba a cuatrocientos metros y podía ya cañonear a placer a la chalupa.

– ¡Un banco a proa! –exclamó el griego. –Encalla la chalupa y cuidado con las armas, que nos serán necesarias después.

El albanés tiró con rapidez de la barra del timón. La embarcación brincó sobre una ola

fosforescente por las medusas que llevaba consigo y chocó violentamente, quedando encallada.

– ¡A tierra! ¡Tírate al agua! –gritó Nikola.

Mico cogió las dos pistolas y las municiones y, aunque debido al choque se había golpeado con fuerza la frente en el banco de popa, saltó entre la fragorosa resaca y nadó hacia tierra, llevando en alto las armas con el fin de que la espuma no apagara las mechas.

– ¡Rápido, Mico! –previno el griego, que ya había llegado a tierra. –Ocúltate detrás de cualquier roca o la metralla te acariciará la carne.

La costa era muy idónea para encontrar en ella refugio, ya que imponentes bloques de piedra habían rodado desde arriba, y veíanse amontonados acá y allá, constituyendo auténticos escollos inaccesibles incluso para la artillería de grueso calibre. Los fugitivos cruzaron el banco, a pesar de la violencia de la resaca, y se precipitaron entre aquella rocosa confusión. Acababan de parapetarse cuando el falucho disparó un nuevo metrallazo.

–Si te llegas a retrasar un poco, ya tendrías en el cuerpo una docena de esos proyectiles, que hacen sudar incluso en mitad de los hielos.

– ¿Qué es entonces lo que los turcos utilizan como metralla, Nikola?

–Clavos y restos de hierro usado, que pueden ocasionar infecciones incurables.

Otra lluvia de metralla barrió las rocas, pero ya los fugitivos se encontraban a salvo.

–Esto es gastar pólvora en vano –comentó Nikola, que conservaba su extraordinaria serenidad.

– ¿No pretenderán desembarcar?

–Es fácil, pero no antes del alba. En consecuencia, disponemos de un par de horas de tregua.

– ¿Para escapar a Capso?

–No urge. Aquí nos encontramos como tras las murallas de Candía.

–Es que desearía ver en seguida al almirante y a mi amo.

–Que esperen un poco. ¿Deseas partirte una pierna entre estas rocas? Hay que esperar a que se desvanezcan las tinieblas.

Se habían protegido en una especie de pozo formado por enormes piedras casi cerradas y que ni las bombardas turcas hubieran podido destruir. El falucho, bastante próximo a la playa, proseguía lanzando metralla en todos los sentidos, ya que ninguno de los que componían la tripulación del barco había podido ver en qué lugar se escondieron los fugitivos.

Los dos tuvieron buen cuidado de no contestar a los disparos. El griego sólo disponía de un arcabuz y el albanés de las grandes pistolas del negro, ya que éste, al precipitarse en el mar, cayó con el mosquete de Mico. Por consiguiente, permitieron que el falucho se desahogara disparando quince o veinte metrallazos.

–Déjame una de tus pistolas para encender la mecha de mi arcabuz y emprendamos la marcha. Si hacia el alba nos distinguiesen nos matarían desde la falucha. Encomiéndate a tus piernas y procura no caer entre esas rocas.

– ¡Bah! Soy un montañés. Emprendamos la marcha cuando te parezca.

–Espera que disparen de nuevo.

No esperaron mucho. Los tripulantes del falucho, aunque ya sin esperanzas de alcanzar a los fugitivos, continuaban disparando algún metrallazo de vez en cuando.

– ¡Vamos, Mico!

Abandonaron su escondrijo y a pesar de que se veía muy confusamente escalaron las rocas, alejándose unos cien metros y dejándose caer de improviso entre otro montón de piedras.

–No avancemos ni un paso más, pues van a dispararnos otra vez.

Efectivamente. El disparo se oyó casi al instante y la granizada de metralla fue a estrellarse contra las rocas, a veinte metros escasos de las cabezas de los perseguidos.

– ¡Miserables! –exclamó el albanés. – ¿Habrá entre esos turcos alguno que posea los ojos como los de un gato? De no ser así, no entiendo cómo la metralla nos persigue en nuestra retirada.

–Aprovechemos en tanto que carga de nuevo, Mico. Tú procura no romperte una pierna y yo respondo de nuestra salvación.

Volvieron a trepar dificultosamente, con gran fatiga, y temiendo ser acribillados a cada segundo. De esta manera escalaron otro centenar de metros. La cumbre no distaba arriba de unos ciento cincuenta metros y en otra carrera la podrían alcanzar.

– ¡Quieto, Mico!

Los clavos y restos de hierro viejo arrojados por la maldita culebrina cayeron junto a ellos, luego de estrellarse contra las rocas, a quince metros aproximadamente de sus cabezas.

– ¿Verán realmente, Nikola?

– ¡Bah! Disparan al azar, imaginando que debemos intentar pasar la cima.

– ¿Y de qué forma te las arreglas para adivinar el instante del disparo? En cuanto me haces parar, disparan.

–Es que he sido artillero y sé lo que precisa una culebrina para cargarse.

– ¿Trepamos?

–No. Esperemos en este lugar, ya que nos encontramos a salvo y veremos al siguiente disparo si los turcos alteran la puntería.

– ¿Y supones que a la primera claridad del alba desembarcarán y nos perseguirán por tierra?

–Es lo más posible. El capitán del falucho ha debido recibir instrucciones para vigilar atentamente la chalupa. Hará, por tanto, cuanto pueda por apresarnos, aunque haya de darnos caza de roca en roca.

– ¿Cuántos hombres suelen llevar las faluchas?

–Por lo común una docena como máximo.

– ¡Bah! Una docena no es una gran cosa. Protegidos tras estas rocas, tú con tu arcabuz y yo con mis pistolas, podríamos mantenerlos a raya.

¡Bum! La culebrina del falucho no disparó en esta ocasión con metralla, sino con bala. Una pelota de plomo, de tres o cuatro libras como máximo, fue a estrellarse contra una alta roca a cien pasos de los fugitivos.

– ¡En pie, Mico! Otra pequeña carrera en tanto que vuelven a cargar la pieza.

Se precipitaron por un canalón que parecía haber sido labrado por el agua y alcanzaron, por último, un lugar situado a unos trescientos metros del nivel del mar.

– ¿Y ahora qué hacemos? –inquirió el montañés, dejándose caer a tierra, fatigado por aquella continua carrera.

–Descansemos un momento a ver si entretanto se hace de día y nos es posible orientarnos. De todas maneras, antes de que los turcos salgan y trepen hasta esta cumbre tenemos tiempo, ya que ellos no tienen las piernas de los cretenses ni los albanos.

Otro proyectil silbó por encima de sus cabezas.

– ¿Distingues tú la falucha, Mico?

–Solamente su farol.

–Debe encontrarse muy próxima a la playa.

–Eso creo.

–Reposemos todavía cinco minutos y luego, disparen bala o metralla, emprendamos la marcha. Procuraremos poner entre nosotros y los turcos una honorable distancia.

–Pero, ¿serás capaz de conducirnos a la ensenada de Capso, Nikola?

–Es suficiente con seguir la costa y podemos caminar con relativa rapidez, ya que se encuentra

llena de piedras y el terreno es apropiado.

– ¿Vamos?

El griego no contestó. Se había inclinado hacia delante con el arcabuz y escuchaba con atención.

– ¿Qué ocurre, Nikola? –indagó en voz baja Mico, cogiendo sus pistolones.

–Se acercan.

– ¿Ya han desembarcado?

–Eso me parece.

– ¿Vamos a permanecer aquí?

–Sí. Nos hallamos bien resguardados lo mismo de las balas de arcabuz como de la metralla. Fíjate bien.

El albano, asomando la cabeza por encima de las rocas, creyó ver algunas sombras trepando igual que gatos.

–Sí. Son los turcos, Nikola.

– ¿Los distingues?

–Bastante bien.

–Dispara tus pistolas. Ya dispongo del arcabuz, como reserva.

–Espera un instante que los vea mejor.

– ¿Se hallan muy cerca?

–Creo que a unos quince metros.

–Dispara, Mico.

Éste hizo lo que el otro le indicaba, descargando sus pistolas. Se escucharon dos alaridos, maldiciones y rodar de piedras. Los turcos huían. La culebrina estaba presta a contestar, incluso exponiéndose a herir a los mismos asaltantes. No obstante, disparó con bala y a excesiva altura.

– ¡Muy mal! –exclamó Nikola. –Aquí era necesaria la metralla, aunque fuera con riesgo de herir a los compañeros. Bien; aceptando que la tripulación se compone de doce hombres nada más, solamente deberemos enfrentarnos a diez.

– ¿Supones que les he matado?

–Al brillo del fogonazo he observado caer rodando a dos de esos bandidos. Compañero, en Albania disparan bien.

–Vivimos de continuo con las armas en la mano por temor a un ataque inopinado de los turcos y nos entrenamos para ser buenos tiradores.

–Bien, carga y emprendamos la marcha hacia la ensenada de Capso. No deseo que cuando llegue el día continuemos aquí.

El albanés volvió a cargar sus pistolas y se puso en marcha detrás del griego, que avanzaba con rapidez.

–Aunque llegaremos tarde, llegaremos.

–Con los turcos pisándonos los talones.

– ¡Déjalos! Sabemos defendernos.

El falucho proseguía disparando unas veces metralla y otras simple bala, sin que los fugitivos se preocupasen por ello. Al alcanzar una zona de terreno bastante lisa aprovecharon para efectuar una rápida carrera, si bien no sabían dónde irían a parar, ya que aún faltaban unas horas para que saliera el sol.

Después de un cuarto de hora de correr, acosados siempre por los tiros de la culebrina, se detuvieron para tomar aliento.

No tardó en terminar el terreno llano y de nuevo se hallaron entre rocas. Cuando alcanzaron

aquel lugar se sintieron aliviados, ya que no podía alcanzarles ningún proyectil disparado desde el mar.

– ¡Rápido, rápido! –exclamaba Nikola, mirando a cada momento el firmamento, como si temiera que se hiciera de día demasiado pronto.

Y corrían estimulados por las ininterrumpidas detonaciones, que se sucedían de manera inquietante sin cesar. Luego de haber corrido durante otros veinte minutos se detuvieron otra vez, sentándose en la cima de una cresta. A una parte rugía el mar, al otro lado los grillos cantaban alegres en los desiertos campos.

– ¿Qué hacemos, Nikola?

– Reponernos de la fatiga –respondió el griego.

– ¿Y la ensenada?

–Todavía está distante.

– ¿Nos darán caza los turcos antes de que lleguemos?

– Para algo tenemos piernas.

–Lo que me preocupa es no haber podido salvar al hijo del León de Damasco.

–En este momento, si lo hubieras pretendido, te encontrarías desollado, empalado o destrozado.

–Eso creo.

–Lo que yo deseo saber es de qué manera acabará esto.

–Pues el bajá irá a la entrevista con unas cuantas galeras y el almirante veneciano no desaprovechará la oportunidad para presentar batalla. Después, ya se verá.

– ¿Y no marcharemos a Hussif?

–Yo pienso que sí. Hemos de libertar al padre del León de Damasco.

– ¿Conoces el castillo?

–Sí, ya estuve allí.

– ¿Es muy numerosa la guarnición?

–Hay más mujeres y negros que nada. Gente que huirá a los primeros disparos.

–Lo que lamento es que no se encuentre allí Haradja.

– ¡Oh! ¡Cualquiera sabe!

–Desearía cogerla desprevenida en su guarida.

–A todo esto, lo que nos hace falta es el desayuno.

– ¡Bah! Eso no es lo más preciso.

–Compañero Nikola, ¿te acuerdas a qué hora cenamos ayer?

–Te quejas injustamente. Fíjate qué magníficos racimos los de aquella parra. Además, en mi bolsillo conservo algo de galleta. No es otra cosa la que necesitan los labradores cretenses y bien sabes que son vigorosos y robustos. Acompáñame.

– ¿Apago las mechas de mis pistolas?

–Sería una temeridad. Esos perros mahometanos pueden aparecer por donde menos lo pensemos y hacernos caer en algún lazo.

Se alejaron de la cresta, adentrándose en el campo. No tardaron en encontrarse en la viña y se escondieron entre los pámpanos. Devoraron uvas con avidez. Éstas eran excelentes y se caían de maduras.

– ¿Distingues algo, Mico?

–Sí. Un soberbio racimo que me está tocando la nariz.

–En tal caso come sin temor, acompañando las uvas con la galleta que te di.

– ¿Y si acuden los turcos a quitarnos el desayuno e incluso la piel?

–Los expulsaremos de nuestra propiedad a tiros. El propietario de esta viña habrá sido, al igual que otros muchos candiotas, miserablemente asesinado y, en consecuencia, podemos apoderarnos de ella en tanto que se presenten a reclamar los verdaderos herederos.

–Posiblemente los habrán asesinado también.

– Es lo más probable.

Comieron, y no viendo surgir a nadie ni percibiendo el estampido de la culebrina del falucho, reanudaron la caminata, escondiéndose entre las vides, que los resguardaban con su sombra. Pero el mutismo del cañón no complacía o, para mayor exactitud, no tranquilizaba al griego.

« ¿Tal vez habrán desembarcado todos y nos estarán persiguiendo desesperadamente? –se decía a sí mismo. –Me gustaría más oír el zumbido de la metralla por encima de mi cabeza.»

De aquella manera caminaron una milla y se encontraron de improviso de nuevo entre rocas.

–Estas pueden también servirnos de parapeto si aparecen los turcos.

–Pero avanzaremos con gran dificultad, Nikola.

– ¿Acaso por las montañas de Albania camináis por encima de alfombras persas?

–No, claro está.

–En tal caso camina y no te quejes.

En aquel preciso momento oyeron el estruendo de la culebrina del falucho; más a escasa distancia.

– ¡Por la muerte de Mahoma! Nos han venido siguiendo.

– ¿Estarán enterados de que tenemos que ir a la ensenada de Capso?

–Estoy seguro de ello.

– ¿Y no nos será posible librarnos de esos bribones?

–Ya se verá. Mientras tanto, métete entre esas rocas y descansa. Dejemos que la falucha pase de largo.

–Sí. Y así después regresará para asesinarnos más fácilmente. ¿No te das cuenta de que ya empiezan a desaparecer las estrellas? En cuanto amanezca dispararán sobre nosotros sobre seguro.

– Hacia las rocas, y gastarán tiempo y municiones.

–Eso desearía saber. Esperemos hasta el alba.

Empezaba a clarear con rapidez y el horizonte se coloreaba de púrpura, gracias a los primeros rayos solares. Nikola, que se había incorporado para orientarse, lanzó una maldición.

– ¡No me esperaba semejante sorpresa!

Delante de ellos, cortando el camino, había una sucesión de barrancas y abismos infranqueables. O retornaban otra vez al viñedo para orientarse o descendían a la playa. No les quedaba otro remedio y ambos eran arriesgadísimos.

– ¿Qué es lo que dices, Nikola?

– ¡Que por aquí nos es imposible ir a Capso! Fíjate.

–Descendamos a la costa.

– ¿Y la culebrina?

–Inclinaremos la cabeza a cada disparo. No desperdiciemos el tiempo, Nikola. Tengo la certeza de que un buen número de tripulantes vienen en nuestra busca.

–Yo también estoy convencido.

–Pues, ¡vamos abajo!

Cambiaron las mechas de sus armas, las volvieron a encender y se dirigieron a la carrera hacia la costa, para escalarla. Al llegar allí distinguieron a un centenar escaso de metros el velero turco.

–Nos han seguido –dijo Mico. –Esos miserables poseen ojos de gato y olfato de perro.

De la proa del falucho surgió una nubécula y a continuación distinguieron un disparo. Los

fugitivos habían echado cuerpo a tierra y la bala desapareció en el barranco, levantando una nube de polvo.

–Corramos –exclamó el griego.

– ¿Qué corramos? ¿No te has dado cuenta de que a nuestras espaldas hay cuatro hombres?

– ¿Son turcos?

–Como Mahoma.

–Enfrentémonos a ellos –repuso Mico.

Se protegieron detrás de una roca que los resguardaba de los proyectiles de la embarcación y esperaron. Cuatro hombres provistos de arcabuces que tenían las mechas encendidas avanzaban cautelosamente por el abrupto terreno, deteniéndose de cuando en cuando tras de las rocas.

– ¿Quién vive? ¿Sois turcos o cristianos?

Los cuatro hombres estallaron en risas y uno de ellos contestó:

– ¿Vamos a llevar sobre el pecho la maldita cruz? No, granujas. Llevamos la media luna y os demostraremos que nos defiende el Profeta.

No puede saberse cuánto tiempo hubiese prolongado su risotada si no la hubiera interrumpido de improviso el griego descargando su arcabuz, luego de apuntar con cuidado. El desdichado dio un salto, abrió sus brazos, abandonó su arma, que no tuvo ocasión de disparar y se desplomó en tierra, de donde ya no se movió. Sus compañeros, algo amedrentados por la exactitud del disparo, en lugar de continuar avanzando, retrocedieron, resguardándose detrás de una roca, mientras exclamaban:

– ¡Perros cristianos! ¡Os desollaremos vivos!

Dos nuevos estampidos se oyeron y un par de los tres turcos parapetados cayeron en tierra, heridos de muerte al parecer.

– ¡Magnífico, Mico! –aprobó el griego, terminando de cargar su arcabuz.

Pero no tuvo oportunidad de dispararlo, ya que el cuarto turco, con el fin de escapar a la muerte, echó a correr igual que una liebre y se precipitó en el barranco.

–Déjalo, Nikola. Esa bala puede ser empleada de mejor manera –dijo el albanés al ver que el griego apuntaba con su arma al fugitivo.

–Tienes razón. Si no se destroza la cabeza, dejemos que se aleje hacia el interior de la isla. Cualquier candiota, más pronto o más tarde, topará con él y será hombre muerto.

Un nuevo disparo de la culebrina cruzó los aires. La bala cruzó por entre las rocas y se perdió en lontananza con lúgubre zumbido.

–Ahorremos nuestros tiros –recomendó el griego, echando a correr por la cresta de la costa. –Los arcabuces no alcanzan.

La falucha se había aproximado todavía más a la playa, a pesar de la fuerza de la resaca y los innumerables escollos y estaba efectuando bordadas. Los tripulantes de ella, al ver surgir a los dos perseguidos, empezaron a lanzar grandes voces conminándoles a que se rindieran e hicieron una descarga por no hallarse la culebrina en posición de disparo. Pero como el griego lo había adivinado, los proyectiles fueron a parar a mucha distancia de los hombres, ya que los arcabuces tenían escaso alcance.

Mico y Nikola, con la máxima celeridad que les era posible, atravesaron tres o cuatro hendiduras por entre las cuales aún podía alcanzarles algún proyectil disparado por la culebrina y después esperaron.

–Dejemos que se aproximen y que apunten. Ya no nos cogen.

– ¡Con tal de que no nos conviertan en una criba con una granizada de metralla! –adujo Mico.

–La metralla no llega hasta este lugar y la bala es muy difícil que acierte desde el velero que se halla en continuo movimiento cuando hay que apuntar a un blanco tan pequeño como el que

nosotros podemos ofrecer.

Desde el falucho efectuaron un nuevo disparo y la bala se estrelló en la roca a breves pasos de los fugitivos.

– ¡Por las barbas de Mahoma! ¡Vaya artilleros! ¡Magnífica puntería!

– ¡Vamos! Una carrera más mientras vuelven a cargar.

Se precipitaron por la cresta de costa que presentaba mejor paso y corrieron sin amedrentarse por las intimaciones de los turcos. Habían realizado cuatro o cinco veces la misma maniobra, evitando los disparos de la culebrina y avanzando mucho terreno, cuando de improviso se pudieron oír una serie de fuertes estampidos.

– ¡Fuego de borda! –clamó el griego. – ¿Qué ocurre? ¿Acude el bajá?

–Se trata del León de San Marcos, que llega en nuestro socorro. Fíjate, fíjate...

Una galera de grandes proporciones, de la cual aún surgía humo a consecuencia de los cañonazos disparados, doblaba en aquel instante la punta de un promontorio, avanzando rápidamente en dirección al falucho, que, acribillado por los proyectiles de la nave enemiga, no podía darse a la fuga ni moverse.

– ¡Viva Venecia! –gritó Mico, quitándose la gorra.

De la galera, que avanzaba a gran velocidad, surgió una segunda descarga y el falucho realizó una serie de vueltas y, por último, se fue a pique con sus tripulantes.

–Descansen en paz –comentó el albanés, mientras adelantaba unos pasos convencido de que la culebrina turca no podía ya ocasionarles el menor daño –y que lo pasen muy bien con las huríes del paraíso.

La galera veneciana se había aproximado, echó al agua una embarcación grande y la envió en dirección del falucho. Mico y Nikola empezaron a bajar hacia la playa sin dejar de gritar, por si acaso, con todas sus fuerzas:

– ¡Cristianos! ¡Cristianos!

Los venecianos no disparaban y ambos hombres pudieron alcanzar ilesos la playa y dirigirse a la chalupa, que había lanzado el ancla para soportar mejor el choque de la resaca.

– ¿Quiénes sois? –inquirió el capitán.

–Cristianos que vuelven de Candía con importantes noticias para Sebastián Veniero. Yo soy Nikola, el renegado griego.

–Ya sé quién eres. La otra noche te vi en la nave del almirante.

–En tal caso aproxímate y recógenos.

Los marineros levantaron a brazo el ancla y unos pocos golpes de remos hicieron avanzar la embarcación hasta situarla entre dos escollos contra los que no chocaba la resaca.

–Embarcaos –les ordenó el capitán de la galera.

Mico y Nikola no esperaron a que les repitieran la orden y se metieron ágilmente en la chalupa, siendo saludados con grandes vivas.

COMBATE NOCTURNO

La flota veneciana, si bien expuesta a un imprevisto asalto de los navíos otomanos, no había abandonado Capso, esperando el regreso del griego y del albano. No obstante, Sebastián Veniero, prudente en toda ocasión, ordenó que un par de sus galeras salieran a vigilar y, como ya vimos, gracias a ello pudieron salvarse ambos valientes que se comprometieran a llevar la engañosa carta al bajá de parte del sultán.

Cuando subieron a la capitana, el almirante estaba comiendo con el León de Damasco, a quien había colocado en el lugar de honor, y con sus oficiales más importantes.

– ¿Lograste tu propósito? –inquirió Veniero levantándose al instante, a pesar de la herida que seguía molestándole.

–El bajá aseguró que vendrá.

– ¿Con la nave almirante?

– ¡Ah!... Eso no lo puedo asegurar, señor almirante. No puede uno confiar en esa gente ni siquiera cuando prometen una cosa.

–Pero... ¿tienes la certeza de que acudirá?

–Tiene excesivo valor el maldito argelino para que sienta temor ante una trampa.

– ¿Viste zarpar la galera?

–No, señor almirante.

–Si acude lo hará a la tarde. Al bajá le agradan las batallas nocturnas: son su especialidad. Que acuda y con la ayuda de Dios... ¡Si me fuera posible capturar a ese hombre!...

– ¿Qué haríais? –indagó Muley.

–Propondría cambiarlo por vuestro hijo y ni la misma Haradja dejaría de aceptar, a pesar de su odio contra vos. Ahora, el asunto consiste en que venga. ¿Acudirá? ¿Qué opinas, Mico?

–Mi opinión es que vendrá, señor almirante.

– ¿No has tenido ninguna noticia de mi hijo?

–Únicamente sé que sigue en la nave. No me ha sido posible hacer nada por el niño.

–No te lo reprocho. Ya hiciste demasiado con llevar la misiva al bajá.

– Misiva que lo habrá enfurecido –comentó Veniero.

–Igual que a una fiera.

–Acabemos la comida y nos dispondremos para la lucha.

El almirante contempló el firmamento, que se llenaba de livianas nubes agrupadas por el siroco.

–Vamos a tener una noche bastante oscura –dijo en tono bajo, haciendo un gesto de impaciencia. –Estoy por decir que esos perros mahometanos disfrutan de mayor protección en el cielo que los cristianos... ¡Dios me perdone! ¡Bah!... ¿Quién está seguro?... Al fin y al cabo, decisión no nos falta y me imagino que en último extremo podremos pasar a fuerza de remos por entre las galeras del bajá.

– ¿Para buscar refugio en el Adriático? –inquirió el León.

–No, Muley. Si no puedo rescatar a vuestro hijo, lo primero que haremos será ir en busca de vuestro padre y destruiremos el castillo de Hussif si se niegan a entregárnoslo. Tengo instrucciones de quedarme en estas aguas para defender a nuestros compatriotas, y no saldré de entre Candía y Chipre.

Y volviéndose a sus oficiales, ordenó:

–Que esta tarde se encuentren todas las galeras preparadas y listas para zarpar y entrar en

combate. Transmitid mis órdenes a los tripulantes y, principalmente, a los maestres.

– ¿De manera –adujo Muley, paladeando el excelente café moka y con la pipa ya encendida – que no tenéis la seguridad de derrotar al argelino?

–Si las fuerzas estuvieran igualadas, yo sería el primero en lanzarme al abordaje de la nave almirante, a pesar de mi herida. Pero... esperad que podamos conocer sus fuerzas.

Una vez que bebieron el café y fumaron durante un momento, los oficiales se alejaron para examinar la artillería, las municiones y los remos de los galeotes, transmitiendo las órdenes del almirante.

En el transcurso del día no surgió ningún navío en las aguas de Capso. No hubiera podido aproximarse de improviso, ya que las más veloces galeras venecianas exploraban en todas direcciones prestas a disparar sus culebrinas. Semejante ausencia de naves enemigas más parecía inquietar que agradar a Sebastián Veniero.

– ¿Puede ser que Alí-Bajá, tan cauteloso y astuto, no mande algunos navíos de exploración para cerciorarse de que no se le prepara una trampa? ¡Hum! Tendremos sorpresa y acaso tremenda... ¡Bah! De todas maneras nos han enviado para luchar en favor del León de San Marcos en tanto nuestros dedos puedan sostener la espada y el escudo...

Por fin se puso el sol. Y, sin embargo, en el cielo no brilló ninguna estrella; el horizonte se sumió en tinieblas. ¿Habría cambiado de pronto de idea el bajá y preferido quedarse en su galera frente a la asediada plaza?

– ¿Cuál es vuestra opinión, señor Veniero? ¿No será una espera vana?

–Me parece que no, ya que la carta llevaba el sello del sultán. Y no creo que el bajá sea capaz de no acatar las órdenes de la corte de Constantinopla, estando enterado de que puede recibir una cajita, aunque de plata y repujada, en cuyo interior habrá una corbata de seda negra. Vos, Muley, conocéis lo que representa este pequeño obsequio, aunque no vaya acompañado de una nota aclaratoria.

– ¡Ya lo creo! A mí también me la remitió el sultán. Pero tuve buen cuidado en no obedecer y aquella faja la utilizo ahora como cinturón para mantener mis armas.

En aquel momento gritó un vigía desde el penol de la latina:

– ¡Luces al este!

– ¿Cuántas? –inquirió el almirante.

–Aún no lo sé.

– ¿Es un farol de galera, de galeota o de falucho?

–De galera.

–Mira y cuenta detenidamente.

–Cuatro.

– ¿Nada más?

–Por el momento no distingo más.

El almirante se dirigió a Muley.

–Me sorprende que Alí venga hasta este lugar con tan reducidas fuerzas, ya que podía suponerse que no acudiría solo.

– ¿Presentaremos batalla?

–Y sin más tardanza, si bien temo una trampa... Mas como nuestras galeras son más rápidas que las de los turcos, ya envejecidas y sucias por la larga travesía... y si comprobáramos que la cosa se ponía fea tendríamos el recurso de darnos a la fuga a fuerza de remos.

Tras pronunciar aquellas palabras, tomó la bocina, y con ayuda de su sobrino se dirigió al puente de mando, gritando con voz aún fuerte y clara:

– ¡Todo el mundo a sus puestos de combate! ¡Listos! ¡Nos vamos a enfrentar con Alí-Bajá!

Por unos instantes imperó en las galeras venecianas una intensa actividad y un fragor como de descomunal colmena. Se preparaban barricadas entre el castillo de proa y el palo mayor; se emplazaban las baterías colocando piezas en los lugares más oportunos; marineros y arcabuceros competían mutuamente y los maestros de los galeotes encadenaban a éstos y se disponían a conducir la galera según las instrucciones de los correspondientes comandantes.

A las diez, las ocho galeras venecianas abandonaron la ensenada, avanzando resueltamente al encuentro de las mahometanas. La nave almirante, con Sebastián Veniero, el León de Damasco y los más hábiles oficiales, iba en primer lugar.

Como no había el menor viento, se hallaban bajadas las enormes velas latinas y así no se obstaculizaba la defensa. Pero los remos, manejados diestra y enérgicamente por los galeotes, reemplazaban con ventaja al impulso no siempre preciso de las velas.

Sebastián Veniero se encontraba en el castillo de proa, acompañado de treinta arcabuceros y cincuenta alabarderos, todos cubiertos con sus armaduras, y examinaba con gran detenimiento las maniobras de las naves mahometanas. La galera del bajá avanzaba despaciosamente, cercana a la costa, y como si no tuviese prisa en iniciar la lucha.

El almirante veneciano, una vez que las doce naves se encontraron a tiro, volviéndose a Muley, exclamó con rabia:

–El granuja no se halla solo. Tengo la certeza de que en cualquier abrigo de la costa tiene otras naves ocultas y prestas a lanzarse sobre nosotros en cuanto se inicie el combate.

Y éste empeñóse. La artillería, sobre todo la veneciana, empezó a disparar violentamente con tan horroroso fragor, que los marineros casi no podían oír las órdenes que les daban sus oficiales.

Mientras tanto, los galeotes, que con anticipación habían recibido una buena ración de vino de Chipre, manejaban los remos bajo el aliciente que significaba el restallido del látigo del cómitre y procuraban eludir sus caricias sobre las desnudas espaldas, con tal actividad y energía que parecía iban a romper las cadenas que los retenían al banco. No decían una palabra; se les había amordazado para evitar sus alaridos y aquella gentuza, compuesta de asesinos, prisioneros turcos y delincuentes, realizaba sus movimientos a golpes de martillo o por órdenes verbales, de una manera casi maquinal. Por el contrario, los maestres gritaban y corrían como enloquecidos, lanzando denuestos o bien órdenes amenazando con látigos y vergajos.

Antes de las diez y media, las galeras venecianas se encontraban ante las turcas, las cuales se desplegaron instantáneamente en disposición de batalla, haciendo cubrir puentes y castillos con ballesteros en lugar de arcabuceros. La capitana de Venecia se disponía a abordar a la mahometana, cuando la bocina de Veniero sonó en todos los puentes de mando:

– ¡Alto!

No se había equivocado el almirante al suponer que el argelino le prepararía alguna trampa. Había visto aparecer en un recodo de la costa quince galeras más, cuyos faroles indicaban que eran navíos de combate.

– ¡Doblad al septentrión! –ordenó Veniero. –Abrid fuego desde los castillos.

Las ocho galeras se detuvieron casi de improviso, realizaron una gran curva, dispararon culebrinas y arcabuces contra los infieles e iniciaron la huida en dos líneas.

Los mahometanos, al verlos darse a la fuga, lanzaron fieros alaridos y respondieron a las descargas preparándose para perseguirlos. Pero ya era muy tarde; sus naves no podían rivalizar en velocidad con las venecianas.

–No me agrada dar la espalda al enemigo; no es mi costumbre hacerlo –dijo Veniero a Muley. –Pero por el momento la Serenísima no dispone de más navíos que éstos y prefiero ponerlos a salvo

antes que librar una batalla tan desigual.

– ¿A dónde nos dirigimos? ¿A Morea?

–No. Todavía recuerdo, amigo mío, que en el castillo de Hussif está cautivo vuestro padre.

– ¿Y pretendéis libertarle?

–Sí; ya que por ahora me es imposible salvar a vuestro hijo, nos ocuparemos de vuestro padre. Por otra parte, siempre tuve ganas de destruir ese maldito castillo. Tened cuidado con los disparos de esos picaros, Muley. De aquí a muy poco no se encontrarán ya a tiro, puesto que los dejaremos muy rezagados.

Efectivamente. Los turcos seguían a los cristianos pretendiendo alcanzarlos. Pero por más azotes que sus cómitres propinaran sin cesar a los remeros, ensangrentando sus espaldas, a cada minuto que pasaba iban perdiendo terreno. Durante media hora continuaron mahometanos y venecianos cañoneándose sin ocasionarse casi destrozos, ya que las oscilaciones y sacudidas de la marcha entorpecían en gran manera la puntería. Por último cesaron de cañonearse.

Las ocho galeras venecianas se hallaban ya fuera de tiro de las bombardas y culebrinas y avanzaban en dirección al oriente gallardamente, permaneciendo a cinco millas de las costas de la isla.

Veniero, volviéndose al León de Damasco, dijo:

–Se terminó. Por el instante los dueños del mar somos nosotros y Alí-Bajá hará perfectamente en retornar a Candía para proseguir el bombardeo de la ciudad.

En el transcurso de toda aquella noche las galeras venecianas huyeron a gran velocidad sin efectuar ni un solo disparo, lo que hubiera representado gastar pólvora en vano, y al amanecer cruzaban delante de Candía a distancia de unas quince millas aproximadamente. Las naves musulmanas no se distinguían ya, como si, comprendiendo que no podían alcanzar a las venecianas se hubieran refugiado en cualquier estrecho o rada natural de la costa.

Durante todo el día siguieron navegando, con la bandera roja con el león dorado enarbolada, y al declinar el sol, con las luces apagadas, aminoraron la velocidad con el objeto de dar un poco de reposo a los remeros.

El almirante, luego de examinar la carta marina y hacer sus cálculos, se alejó hacia el castillo de popa, invitando a cenar con él al León de Damasco.

–Antes de que ataquemos el castillo de Hussif hemos de hablar. Vos habéis estado en su interior, ¿no es cierto?

–Sí, almirante. Y Nikola también ha estado.

– ¿El renegado?

–Cuando logré huir con mi esposa se hallaba junto a nosotros, pero ya había estado en el castillo.

– ¿Con la duquesa?

–Sí, almirante.

Sebastián Veniero ordenó que fueran en busca del griego, el cual no tardó en presentarse, en compañía de su ya inseparable amigo el albanés.

–Siéntate allí.

–Señor...

–No te preocupes porque yo sea almirante. Primero fui un sencillo oficial de marina que perjudicaba cuando me era posible a los turcos, como en Durazzo y en Ragusa. En este instante me decía el León de Damasco que estuviste en Hussif, en la guarida de Haradja.

–Sí, señor almirante. Estuve con la señora duquesa para buscar al vizconde de Le Hussière.

– ¿Posee buenas defensas?

–Imponentes: dos órdenes de terrazas con culebrinas con un par de fortines al lado del embarcadero.

– ¿Consideras posible una sorpresa?

–No, señor almirante. El castillo es alto en exceso y ninguna galera podría aproximarse sin ser avistada.

Veniero hizo un ademán de contrariedad, y mirando a Muley, que estaba fumando el chibuquí, le preguntó:

– ¿Cuál es vuestra opinión?

–Que con los turcos, almirante, es mejor emplear la astucia. ¿Conserváis aún el sello del sultán?

–Ya os indiqué que tenía dos.

–En tal caso, perfectamente.

– ¿Cuál es vuestra idea?

–Escribiremos una carta con orden de recibir a los enviados de Alí-Bajá, amenazando en caso contrario con la pena de muerte.

–Qué habrán de ser...

–Yo, Nikola, Mico y los bravos que deseen acompañarnos. Cuando nos encontremos en el interior del castillo nos libraremos con absoluta facilidad de los escasos vigilantes dejados por Haradja y de cuantas mujeres llenan los jardines y harenes. Si estuviera Metiub, la cosa sería diferente. Pero, por suerte, parece que el capitán tendrá que descansar unos cuantos días a consecuencia de la herida que le ocasioné y no lo veremos tan pronto.

– ¡Estupenda idea! –aprobó el almirante. –Yo os acompaño hasta Hussif, con una sola galera para no provocar sospechas y, además, a distancia, ya que en los turcos no puede uno confiar. A una señal vuestra nos aproximaremos y si no se rinde arrasaremos el castillo. Esta aventura, que tiene mucha semejanza con la de Durazzo y que llevé a cabo con éxito, me complace. ¿Estamos de acuerdo?

– ¿Me tendréis preparada la carta?

–Antes de que avistemos a Hussif estará preparada. Irán con vos cuatro de mis oficiales, que se pondrán ropas de turco y que hablan a la perfección vuestro idioma; sobre ellos os doy absoluto mando. Cuando sea el momento oportuno intervendremos nosotros. Vos y vuestros camaradas no tenéis más que bajar cualquier puente levadizo luego de liquidar a los centinelas.

–Eso será sencillo –dijo Nikola. –Sé dónde están los fosos y los puentes.

– ¿Estáis de acuerdo con el plan? –inquirió Veniero.

–Por completo –repuso Muley-el-Kadel.

–En tal caso voy a dar instrucciones para que nos alejemos más cada vez de las costas de Candía, a pesar de que ya nada hayamos de temer de las naves de Alí-Bajá surtas en la bahía, y emprenderemos la marcha a máxima velocidad en dirección a ese maldito castillo de Hussif.

–Bien, muchas gracias, señor Veniero –contestó el León de Damasco, complacido, pues ya consideraba muy cercana la salvación de su padre.

EN EL CASTILLO DE HUSSIF

Cuarenta y ocho horas después la flotilla veneciana, luego de recorrer toda la costa septentrional de Candía, alcanzaba el castillo de Hussif, deteniéndose a una distancia que no pudiera ser descubierta desde la imponente fortaleza, que nadie hubiera podido sorprender, teniendo en cuenta su magnífica posición. Ante las miradas de los venecianos aparecía una simple mancha amarillenta, que casi no destacaba sobre el azul oscuro de las montañas de la isla.

Aproximarse más podría resultar expuesto. El almirante mandó botar la chalupa grande de la capitana, que tenía cabida para veinte hombres e iba armada a proa con dos pedreros. Después mandó izar en ella la bandera turca.

Muley, Mico, Nikola y los cuatro oficiales que les acompañaban en aquella empresa, hombres de buen sentido y muy conocedores de las costumbres y el idioma turcos, y curtidos en luchas contra los musulmanes, se situaron en el castillo de proa, en donde se encontraba el almirante.

Éste y el León de Damasco hablaron unas últimas palabras con el fin de ponerse de acuerdo en los detalles y prever cualquier eventualidad y luego la chalupa, desplegando la vela latina, abandonó la proximidad de las galeras venecianas, cuyos tripulantes despidieron con vítores a los osados expedicionarios. Nikola se puso al timón.

– ¿Cuándo llegaremos? –le preguntó Muley.

–De aquí a un par de horas nos señalarán a la guarnición los vigías de las terrazas.

–O nos recibirán con algunos tiros de culebrina.

–Llevamos enarbolada la bandera turca con las armas del sultán y no habrá turco que se atreva a disparar contra la chalupa.

– ¿No serás reconocido por alguno de los guerreros de Hussif?

–No hay peligro. Ya pasa de cuatro años que estuve allí.

–Opino igual. Lo importante es que no desconfíen de la carta.

– ¿Y los sellos? Cuando Alí-Bajá, que es muy astuto y más desconfiado que ellos, lo ha creído...

– ¿Y qué manda... el sultán... a la guarnición de Hussif?

–Que se nos trate como a mensajeros del Gran Señor, que nos envía a vigilar el comportamiento de Haradja.

–Así comeremos y beberemos alegremente hasta que se presente la oportunidad de salvar a vuestro padre.

–Ya que Haradja y Metiub se encuentran en Candía, al gobernador que hayan dejado en el castillo le impondré el mandato del sultán para que liberte a vuestro padre. Ya verás cómo todo sale perfectamente, siempre que Haradja continúe unos pocos días más con su tío.

– ¿Y si regresa?

–Espero que no, ya que su herida no está curada aún. Pero si inopinadamente volviera con las galeras de Alí, quedaríamos detenidos en el *hisar* (fuerte).

–Es cierto, ya que el almirante, con todo su buen deseo, se vería obligado a dejarnos y refugiarse en algún puerto de Chipre hasta recibir ayuda.

– ¿Cuál es tu opinión, Nikola, respecto al fin de esta guerra?

–Candía continúa aguantando bien y la Serenísima dispone de imponentes arsenales capaces de botar al agua las más soberbias galeras. Me parece, señor Muley, que no habrá de pasar mucho tiempo antes de que se libre una batalla terrible, espantosa, entre cristianos y mahometanos. Y los derrotaremos. Oí explicar al almirante que las potencias cristianas se disponen a dar el golpe

definitivo a esos perros.

–Pero aún no han podido ponerse de acuerdo, mi apreciado Nikola. Cada Estado tiene intereses opuestos.

– ¿Y van a permitir que continúen asesinando a cuantos cristianos les sea posible? ¿No llega el eco del cañoneo de Candía hasta la desembocadura del Adriático?... No sé si estarán enterados de que diez mil valientes han muerto ya entre las ruinas y el bombardeo, y de que los veinte mil que aguantan, resistiendo el hambre día a día, realizan sobrehumanos esfuerzos por la gloria del León de San Marcos.

–Tal vez en esto, Nikola, radique el que las potencias cristianas no se auxilien entre sí tanto como pudieran: cada una intenta aumentar su poder, sin pensar que el interés máximo de todas sería unirse para combatir al común enemigo, tanto para defender a la que se encuentra en mayor peligro como para salvaguardar la religión que se precian de profesar. ¡Ojalá todas poseyeran el ardor que puso España en su guerra secular contra el sarraceno!

–Yo he navegado por aquellas costas de Alicante a Gibraltar, de Barcelona a Cádiz y conozco muy bien aquella tierra.

– ¡Alto! –gritó en aquel instante el albanés sentado a proa.

La chalupa se hallaba ya a dos o tres millas del castillo de Hussif, que ofrecía un imponente aspecto con sus terrazas llenas de aspilleras, sus bastiones, sus torreones y sus reductos, muy próximos entre sí y pareciendo otros tantos tigres en acecho. En uno de los más sólidos bastiones desplegaron una enorme bandera roja, con una media luna, pero sin estrella, como si anunciara a los navegantes:

« ¡Cuidado! ¡Aquí gobierna el turco! ¡Esta es la guarida de la sobrina de Alí-Bajá!»

Después se elevó una nubécula de humo y retumbó en el espacio un seco estampido.

–Es un aviso –dijo Nikola. –Con este cañonazo sin proyectil nos invitan a presentar nuestra enseña. ¿Es que no distinguirán la bandera turca que tenemos izada? Seguramente, ahora que la fiera señora y su capitán de armas no están, todos los que hay allí se habrán emborrachado.

– Mico –ordenó el León de Damasco, –contesta tú también con un disparo sin bala, antes de que nos larguen alguna piedra que nos haga naufragar.

–Permitidnos hacer, señor Muley –replicaron los oficiales de marina que ocupaban la proa.

Ya señalamos que la chalupa disponía de dos pedreros, armas ligeras, pero bastante eficaces en determinadas circunstancias, en especial si el combate se libraba a breve distancia. Dispararon uno de ellos cargado sólo con pólvora, mientras que el otro, por precaución, era cargado con bala.

Casi al instante la gran bandera turca de la fortaleza fue puesta a media asta y volvió a ser izada en seguida. Se trataba del saludo; la chalupa podía seguir adelante sin peligro. Si la tigresa se hubiera hallado en su refugio, semejante maniobra no hubiera tranquilizado a nadie. Pero conociendo que se hallaba, curándose la herida, a bordo de una galera, y que al capitán de armas le acontecía otro tanto, prosiguieron su avance.

Nikola lanzó una rápida ojeada a la pequeñísima ensenada, en la que solamente podían caber media docena de galeotas, y observó con todo detenimiento el paso repleto de grandes peñas, hechas rodar desde arriba con toda seguridad.

– ¡Recoged las velas! ¡A los remos! –ordenó. –Vos, señor Muley, poneos al timón.

–Yo poseo también buenos brazos para usar el remo.

–Ya lo sé. Pero un enviado del sultán no puede rebajarse a tal menester. Esa chusma que vigila todos nuestros movimientos recelaría si os viese remar igual que a un galeote.

–Estás en lo cierto, Nikola. Me pondré al timón.

Se recogió el velamen y, en tanto que lo ataban al peñol inferior los cuatro venecianos, Mico y

el griego trabajaban con los remos para orientarla. Después, los seis remaron. El mar estaba muy tranquilo y aunque en aquella zona, por caer a plomo las costas de la isla, había marejada de continuo, la chalupa pudo en un escaso cuarto de hora atravesar el canal y anclar a un banco de desembarco, en el cual surgió en aquel momento un corpulento y barbudo hombre, de apariencia poco tranquilizadora y armado con un arcabuz, dos pistolas y un par de yataganes.

– ¡Por mil tiburones! –exclamó el albano. – ¿Es tal vez Mohamed II, resucitado, o Mustafá el asesino?

– ¿Quiénes sois y qué deseáis? –inquirió el gigante, intentando mostrar la apariencia de un notable personaje reavivando con premuroso movimiento de su mano las mechas de sus armas de fuego.

– ¿Y tú? ¿Quién eres? –indagó el León de Damasco, en tanto que sus hombres, con disimulo, preparaban sus arcabuces. –Haradja no se encuentra aquí, ni tampoco su capitán de armas.

– ¿Cómo estáis enterado, señor?

–No te interesa. Lo que deseo saber es quién gobierna en este momento el castillo. Traigo una carta del sultán.

– ¿Es para mi señora?

–Nada de eso. Es para la persona a quien ha confiado tu señora el mando del castillo.

–Soy yo. Nombrado capitán de armas, yo soy el único que manda en este lugar hasta la vuelta de mi señora.

–En tal caso tú abrirás la carta del sultán.

– ¡Yo! –exclamó el hombre corpulento, tornándose lívido.

–Se me ha ordenado entregarla al gobernador del castillo y si éste eres tú, abrirás la carta.

– ¿Y no me mandará después el sultán una corbata de seda por haber mancillado sus sellos con mis impuras manos?

– ¡Necio! Cuando te afirmo que tengo orden de hacerlo de esta manera, no debes sentir ningún temor. Déjanos desembarcar y vamos a leerla juntos, si bien ya sé de memoria lo que dice. Y en primer lugar, ¿cómo te llamas?

–Sandiak.

– ¿Así que eres asiático?

–Sí, señor.

–Bueno. Deja pasar y manda a todos esos negros parapetados ahí arriba con los arcabuces dispuestos que marchen a tomar el almuerzo, ya que de momento no precisamos sus servicios.

El turco, impresionado por el aspecto de Muley-el-Kadel, quien, si bien lucía ropas sencillas, podía, por lo menos, pasar por un *effendi,* se acarició un momento sus largas barbas negras, apagó las mechas de sus armas y dijo a los negros parapetados a sus espaldas:

–El mensajero del sultán os manda que vayáis a tomar el almuerzo. ¡Fuera!

Los diez o doce arcabuceros se alejaron a toda prisa. La chalupa fue amarrada a un anillo de bronce fijo en el desembarcadero y que se hallaba adornado con el León de San Marcos y el fingido embajador y sus compañeros, armados de una forma formidable, desembarcaron.

–Conduce. Me imagino que tendrás también comida para nosotros. El aire del mar despierta el apetito.

–Sí, *effendi.*

Remontaron la alta y estrechísima escalera practicada en la peña viva y que un par de hombres solos podrían defender casi sin riesgo, pasaron después un puente levadizo y alcanzaron el patio de honor, circundado de bellos pórticos de estilo árabe con una elevada y amplia terraza, desde donde se hallaban curioseando varias mujeres. Pese a la orden recibida, todos los componentes de la

guarnición, por prudencia o tal vez para honrar a los huéspedes, se habían congregado allí. Eran una docena de negros, casi hercúleos, y otro número semejante de kurdos, que debían ser los artilleros. Estaban también los esclavos y servidores, la mayoría negros o mulatos, que se ocultaban tras las columnas, y numerosas esclavas, que desde la terraza dejaban oír sus argentinas risas.

El nuevo capitán de armas cruzó con sus invitados el patio y entró en una espaciosa sala, en cuyo centro susurraba alegremente una hermosa fuente de mármol verde. Al pasar la comitiva los soldados saludaban, aunque mantenían encendidas las mechas de sus armas. Alrededor del salón soberbios divanes y magníficas otomanas de seda blanca de Damasco invitaban al descanso. Las paredes se hallaban ornadas por grandes trofeos de armas cristianas conquistadas posiblemente por Alí-Bajá. A un lado veíase una mesa de cedro del Líbano a la que podrían sentarse hasta veinte convidados, con escabeles estilo marroquí montados en madreperlas y con forro de rojo cuero de Rabat.

–*Effendi* –dijo el gobernador, que todavía semejaba hallarse algo confuso. –La comida será servida al instante. Ten la amabilidad de sentarte y haz que lo hagan también tus acompañantes.

– ¿Quién es? –interrogó el León al ver aproximarse a ellos a un tipo extraño, de cabellera muy larga, altísimo sombrero y ataviado de seda negra.

–El secretario de Haradja –repuso con voz vacilante Sandiak.

–Tiene el aspecto de un armenio.

–En efecto, lo es.

–Raza de traidores –rezongó entre dientes Nikola.

– ¿Por qué lo has hecho venir?

–Es que es el único que sabe leer, *effendi.*

–De acuerdo, pero has de ser tú quien rompa los sellos.

– ¿Y por qué razón no puede ser Hassard?

– ¿Quién es Hassard?

–El armenio que tienes ante ti.

–La carta debe abrirla el gobernador de Hussif, sea el que fuere –repuso con acento enérgico Muley.

Tras pronunciar aquellas palabras sacó la carta escrita por el almirante y que llevaba los grandes sellos del sultán. Colocándola sobre la mesa, dijo:

–Ábrela tú y que te la lea el armenio. Pero hacedlo en otra mesa, ya que esperamos la comida.

– Está preparada, *effendi.*

– ¿Es que desde que Haradja no está hay ininterrumpido banquete en Hussif? –dijo Muley, frunciendo el ceño.

–No, señor. En Hussif siempre se ha vivido bien. Los pantanos nos producen tantos animales que a veces no sabemos qué hacer de ellos.

– ¡Ah! ¿Aún tenéis cristianos para pescar las sanguijuelas?

–No, señor. La guerra aniquiló esa industria.

–Conforme; aguardaremos la caza.

Sandiak se dirigió a una de las puertas, cogió un martillo y haciendo sonar ruidosamente con un golpe el batintín colgado, como por ensalmo aparecieron diez esclavos y seis criados llevando platos y cubiertos de plata, poniendo en un momento la mesa.

« ¡Por las barbas del Profeta! –díjose Mico. –No debe ser mala la vida en este *hisar* y me parece que vamos a pasar muy buenos días.»

Nada más dispuesta la mesa penetraron en la sala otros criados con grandes fuentes de plata, repletas de ánades silvestres, becadas, doradas, pulpos de mar, yogur, *bureke,* o sea pastelitos de

hojaldre fritos con grasa, muy apreciados por los paladares turcos, y también maíz hervido, dátiles e higos.

–Vale la pena estar aquí –exclamó Mico, que tenía enorme apetito y olía ávidamente los manjares.

–Pero, señor, ¿qué beberemos? Comunicad al gobernador que el sultán bebe vino de Chipre y que ha de haber algo oculto en la bodega.

– ¿Has oído? –interrogó Muley al capitán de armas.

–Sí, *effendi.* También en Hussif está ya permitido beber, ya que el sultán, que es el jefe de los creyentes, nos da ejemplo.

–De acuerdo. Haz que nos traigan las mejores botellas y déjanos comer en paz. Entretanto lee la carta con el secretario.

Todos se sentaron a la mesa, puesta con oriental lujo, y empezaron a comer con magnífico apetito.

Los servidores llegaron con un par de cestas llenas de polvorientas botellas. En un rincón de la sala el capitán de armas y el armenio examinaban la terrible misiva que a los dos había inquietado en gran manera, antes de que conocieran lo que encerraba.

–Hemos dado el golpe –dijo en tono bajo Nikola a Muley. –De aquí a media hora, o tal vez antes, nos apoderaremos de Hussif y nos enteraremos de lo que le ha pasado a vuestro padre.

–Espero que todavía vivirá cautivo en alguno de los subterráneos. Es un viejo con una naturaleza de acero y que no habrá sufrido mucho, si no le han desollado más que unos pocos dedos, como aseguran. Ha recibido más de veinte graves heridas luchando contra los indomables kurdos de Basora, y ha curado. No habrá perecido, por tanto, por algunos navajazos que le hayan levantado la piel. Pero si lo hallase muerto destruiría por completo Hussif.

–Ahorquemos a todos estos granujas. Fijaos, señor, qué gran número de soberbios cordones de seda hay en esta estancia –adujo Mico. –No los desaprovechemos.

Esperemos a ver cómo siguen las cosas –recomendó el cauteloso griego. –Somos solamente siete y aquí, excluyendo las mujeres, entre guerreros, artilleros, esclavos y servidores, hay más de una sesentena. Es cierto, desde luego, que frente a nosotros se halla la flota veneciana.

–La haremos venir para tapar todas las troneras.

– ¿Pensáis dar esta noche la señal?

–Sí, puesto que todo va a la perfección. No deseo comprometer a la flota para librarme yo y salvar a mi padre. ¡Ah! Aquí tenemos el moka y también viene el capitán de armas. ¡Desdichado! Le he partido el corazón al obligarle a romper los sellos del sultán.

Como ya es sabido, los turcos son maestros en la preparación del café. No muelen el aromático y precioso grano; lo aplastan entre un par de piedras hasta transformarlo en casi impalpable polvo, que después echan en el agua hirviendo. Queda espeso como el chocolate, mas luego que se prueba no se olvida nunca.

El negro lo sirvió y se alejó a una señal de Mico, en tanto que el gobernador se aproximaba con lentitud con la carta en la mano.

– ¿Ha logrado el secretario de Haradja leer los caracteres árabes de la carta? –inquirió Muley luego de beber un trago de una taza de café.

–Sí, *effendi.*

– ¿Así que ya estás enterado de lo que desea de ti el sultán?

–Sí, *effendi;* que os proporcione hospitalidad hasta que vuelva mi señora y que os trate con las consideraciones que a los príncipes se deben.

–La sangre que corre por mis venas es de la más encumbrada nobleza turca. Mi madre era

prima de Mohamed II. Esa es mi sangre.

– ¡*Effendi!* –exclamó el desgraciado gobernador, que habíase tornado lívido. – ¿Qué me es posible hacer por vos?

–Lo que se indica en la misiva. Nada más.

– ¿Dejar bajo vuestro mando el *hisar*?

–Hasta la vuelta de tu señora. Y ten presente que yo mando como si fuera el sultán en persona. Conoces bien que en Constantinopla las corbatas de seda son muy abundantes.

–Lo sé, a pesar de que no sea una personalidad.

–Lo eres, puesto que estás al mando de un *hisar* como éste, que acaso es el más poderoso de la isla. Puedes, por consiguiente, considerarte un importante dignatario o, como mínimo, un gran capitán. Que venga el secretario de Haradja, todavía queda una taza de café para él.

–No se sentirá capaz, *effendi.*

–Que sea capaz, pues el café y el azúcar es de Hussif y éste no se halla mezclado con polvos de diamante, que agujerean los intestinos.

Nikola experimentó un estremecimiento al pensar en las traiciones musulmanas que se habían esparcido desde la corte hasta los últimos círculos sociales. Pero se sintió aliviado al ver que el gobernador y el secretario aceptaban.

–Excesivo honor me hacéis, nobles señores –arguyó el astuto personaje.

–Bebe y luego conversaremos –repuso en tono autoritario Muley.

–Te oigo, *effendi.*

–Siéntate, Sandiak. A ti también he de hacerte una pregunta.

–A tus órdenes, señor –respondió el gobernador, tomando asiento junto a Nikola.

– ¿Cuántos detenidos hay en el castillo? –inquirió de pronto el León.

Sandiak y el armenio se miraron con extrañeza, y por último el primero, luego de haber bebido medio vaso de vino para animarse, repuso:

– ¿Imagina quizás el sultán que el castillo se encuentra abarrotado de prisioneros? Ya te indique, *effendi,* que ahora no trabajan en el *agua muerta,* puesto que una epidemia exterminó a las sanguijuelas.

– ¿Y en los subterráneos no hay ninguno?

– Me parece que sí.

– ¡Ah! ¿Sólo te parece? Sin embargo, en Constantinopla se conoce ya que tenéis cautivo al bajá de Damasco.

–Yo lo desconocía, señor. Haradja abandonó el castillo antes de su captura.

–Y también se conoce que tu señora tuvo el atrevimiento de levantar un poco la piel a esa personalidad. ¿Es cierto?

Sandiak aspiró una enorme bocanada de aire, se bebió otro medio vaso de vino servido por el griego y contestó:

–En efecto, ese detenido vino con un hombro vendado.

– ¿Y no le habéis curado? –bramó Muley.

–Sí, *effendi* –repuso espantado Sandiak, –te lo juro por el Corán. La señora dio orden de que lo curasen.

– ¿Dónde se encuentra el bajá?

– Pero ¿será en realidad el bajá de Damasco?

–Al parecer se sabe más en Constantinopla de lo que acontece en Hussif, que aquí.

–Lo desconocía, señor. Supuse que se trataría de alguna persona que ofendió a mi señora.

–Haz que dispongan una habitación para el detenido junto a la mía. Deseo vigilarlo yo en

persona.

–Estoy presto a obedeceros, señor.

–Mico, ve con Sandiak y la escolta al calabozo.

El albanés y los cuatro oficiales acompañaron al gobernador y al secretario de Haradja, quedando a solas en el espacioso comedor Muley-el-Kadel y Nikola.

– ¿Por qué razón no habéis marchado vos también, señor? –inquirió el griego.

–Mi padre no hubiera podido reprimirse al reconocerme y en tal caso, ¿qué hubiera sucedido? No debemos olvidar que somos los más débiles y que hemos de emplear más la astucia que la fuerza.

–En ocasiones soy un animal –repuso el griego. –Tenéis razón y admiro vuestra cautela.

–Vamos a la terraza. Es posible que algún punto negro nos señale por dónde se halla la flota.

Bebieron un nuevo vaso de vino, atravesaron el patio y llegaron a la terraza, en la que había cuatro culebrinas y dos bombardas emplazadas. Muley se aproximó al parapeto, sin responder siquiera al saludo de los kurdos que estaban al cuidado de las piezas, y examinó anhelosamente el horizonte.

–Tú que posees ojos de marinero, Nikola, ¿distingues algo?

– ¿Y vos no observáis nada?

–Nada en absoluto y considero tener buena vista.

–Pues bien, señor; la flota se encuentra allí, al norte. Ocho puntos negros que casi no alcanzo a ver.

– ¡Vaya vista que tienes, Nikola!

– ¡Como que la mayor parte de mi vida me la he pasado en el mar! Vos no alcanzáis a distinguir sino unas nubes grisáceo-verdosas heridas por el sol, pero nada de lo que hay entre aquellas nebulosas en el final del horizonte.

–Porque no tengo tan buena vista como la tuya –reconoció.

–Hay que nacer marinero y vivir numerosos años en el mar.

– ¿Me garantizas que las galeras continúan navegando ante Hussif?

–Sí, señor. Puedo jurarlo.

–No es preciso; me basta con tu palabra.

–Mi vida está a vuestra disposición, señor.

–E intentaremos defenderla contra esos miserables.

El León de Damasco prosiguió aún unos minutos apoyado en el parapeto, contemplando el mar, cubierto aquí y allá de dorados reflejos, y después dijo:

–Voy a ver a mi padre.

– ¡Tened cuidado no os traicionéis, señor!

–Haz salir de la estancia, aunque sea a la fuerza, al gobernador y, en especial, al armenio.

–Creedme, señor, si os afirmo que me inquieta más ese Hassard que el mismo Sandiak.

–Y a mí también. Ese hombre me hace sentir recelo.

–Es de una raza de traidores. Cuando perdieron su nacionalidad se transformaron en esclavos de los turcos, sin oponer la más mínima resistencia.

–Vamos, Nikola.

–Cautela, señor.

–La tendré. Por otra parte, Mico, por orden mía, habrá advertido a mi padre antes de que nos veamos. ¡Pobre viejo!... Ya pasa de tres años que no nos hemos visto.

Comprobó si su espada salía sin dificultad de la vaina y se encaminó en unión del renegado a la sala.

LA TRAICIÓN DEL ARMENIO

Mico, en unión de los cuatro oficiales venecianos, pronto a echar mano a los turcos, y precedido de Sandiak, que portaba una enorme linterna, y del armenio, avanzaba por una inacabable escalera practicada en la roca viva y que parecía iba a concluir a nivel del mar.

–Esto es para partirse la cabeza –comentó. –Señor capitán de armas, levantad la lámpara, ya que no soy ni un gato de Chipre ni de Angora.

–Es lo que hago, señor –respondió el desdichado gobernador, aún conturbado a consecuencia de la carta del sultán.

– ¿Dónde acaba esta escalera?

–En los calabozos del castillo.

–Los prisioneros deben estar magníficamente ¡Qué olor a humedad y a putrefacción!

–El *hisar* tiene sus cimientos en el fondo del mar y las olas del Mediterráneo bañan las paredes de los calabozos sin cesar.

–No obstante, tu señora no acudía a descansar en alguno de ellos en las tardes calurosas.

–Hacía lo que le placía –exclamó de improviso el armenio.

–Lo creo. Se está más cómodo en una otomana forrada de seda y ante el murmullo de una fuente.

–Que vos no habíais pagado –repuso Hassard.

El albano, que ya había descendido cincuenta escalones sin alcanzar los calabozos, se aproximó bruscamente al armenio, diciéndole:

– ¿Deseas que haga escribir al sultán para que ordene arrancarte la lengua? Debes saber que tenemos ocho galeras merodeando ante el *hisar* y tripuladas por hombres fieles en extremo al Príncipe de los creyentes. Sería suficiente que hiciéramos una señal para que vinieran y en tal caso no respondo de tu vida. Aparte de eso, mi señor puede hacer matar o empalar a quien sea sin tener luego que informar a nadie; ni siquiera al Gran Visir de Constantinopla.

–No te ofendas, *effendi* –respondió el armenio, que de improviso tornó su tono muy humilde. – Solamente pretendía bromear.

–En Albania nos complacen poco las bromas.

– ¿Eres albanés?

–Sí.

–Se te nota en el acento, señor –observó Sandiak. –Yo he pasado bastante tiempo por esas regiones luchando contra los bosnianos que no querían renegar de la Cruz, hace ya unos años.

– ¡Ochenta! ¿Pero cuándo acaba esta escalera?

–Ya sólo faltan unos diez peldaños.

–Entonces, bajemos.

La escalera se ampliaba por aquella parte y los escalones estaban húmedos y escurridizos debido al agua que se infiltraba entre las rocas. Al momento se detuvieron frente a una mohosa puerta de hierro llena de enormes puntas metálicas.

–Ésta es –anunció el gobernador sacando una gran llave de su cinto.

Una vez que la puerta quedó abierta, los siete hombres se encontraron en un amplio subterráneo alumbrado por un rayo de luz que no podía averiguarse de dónde provenía y en mitad del cual se hallaba una cama como único mobiliario. Sobre ella descansaba el bajá de Damasco.

–Como comprobaréis, señores, el preso se halla aún con vida. Podéis notificárselo al sultán para que no imagine que mi señora lo estaba torturando.

El bajá, al escuchar aquellas voces, se incorporó y quedóse mirando a los recién llegados.

– ¿Qué deseáis? –inquirió enarcando las cejas. – ¿No se conforma Haradja con haber empezado a desollarme y encerrarme después en esta prisión, que el mar golpea día y noche, no dejándome dormir?

–Señor –contestó Mico. –Tengo orden de libertaros y hacer que os trasladen a otra habitación del castillo, donde os sea posible descansar y curaros, si aún no ha cicatrizado vuestra herida. Aquí hay excesiva humedad.

– ¿Quién eres tú? ¿Otro capitán de armas de este maldito *hisar*?

–No, señor. Dejaos trasladar sin ofrecer resistencia y os aseguro que dormiréis en una estancia inundada por el sol.

–O me arrojaréis al mar desde lo alto de una terraza. Todo puede esperarse de Haradja.

–No. Os lo juro por el Corán.

El bajá, que no tenía aspecto de haber sufrido demasiado ni por el cautiverio ni por la desolladura, echó a un lado la colcha damasquina y se levantó, diciendo:

–Si es para pasar a otra habitación, vamos. Por mala que sea no será peor que ésta.

Estaba vestido y se mantenía erguido, a pesar de que ya no era nada joven. Echó una profunda mirada al calabozo, como si pretendiera grabárselo en el cerebro, y agregó:

– ¡Has jurado por el Corán...! ¡Vamos!

–Dejad que os ayude a subir la escalera.

–Como desees.

Abandonaron el subterráneo sin preocuparse en cerrar de nuevo la pesada puerta y cinco minutos más tarde alcanzaban la amplia explanada del castillo. El armenio disimuladamente desapareció. Sandiak hizo atravesar al anciano varias habitaciones en las que penetraba el aire y el sol, indicándole:

–Elegid, señor; la que más os agrade os servirá de momento de prisión.

–Cualquiera. Por lo menos aquí me será posible dormir. Notifica a Haradja que en ese subterráneo no puede vivir nadie arriba de tres meses. ¿Dónde está en estos momentos la sobrina del bajá?

–En Candía –repuso Mico.

– ¿En el asedio?

–Sí, señor.

–Haciendo compañía a su gran tío –dijo el bajá con acento irónico.

Finalmente, luego de recorrer de nuevo las estancias, escogió una de ventanas ojivales que dejaban ver gran extensión del Mediterráneo.

–Marchaos todos y dejadme dormir –dijo, desplomándose en un diván soberbio, como exhausto de fatiga.

–Idos –ordenó Mico a los venecianos y al gobernador. –Voy a permanecer aquí hasta ver si se adormece y después me reuniré con vosotros.

Fue con ellos hasta la puerta, esperó unos minutos y cuando ya no distinguió el menor ruido en la marmórea escalera aproximóse rápidamente al anciano guerrero asiático, quien se levantó con agilidad, imaginando alguna traición, y dijo:

– ¿Qué deseas? ¿Eres uno de los esbirros de Haradja? Pues cumple tu misión al instante. La vida no me interesa.

El albano sacó de su cinto las pistolas y los yataganes, los puso sobre el lecho y contestó:

–Aquí tenéis, señor, armas para defenderos si alguien os acomete. Pero en el *hisar* hay alguien que cuida de vuestra seguridad, y ¡desgraciado del canalla que pretendiera haceros algo!

– ¿Quién es esa persona?

El montañés se inclinó, acercando su boca al oído del damasceno como si temiera que pudieran oírle.

–Vuestro hijo –susurró.

El anciano dio un respingo y permaneció silencioso por un instante, clavando en el albano la vista, todavía viva y brillante.

– ¡Mi hijo en este lugar! –balbució por fin.

–Si, *effendi.*

– ¿Está detenido también?

–Se halla como amo y señor del *hisar,* por lo menos hasta que se aproxime la flota de Alí.

– ¿Cómo le ha sido posible...?

–Él os lo explicará.

– ¿De qué forma habéis venido?

–En galeras venecianas.

– ¿Así que llegó a oídos de Muley que yo estaba prisionero?

–Sí, *effendi.*

– ¿Y pensó en libertarme? ¿Y su esposa? ¿Y su hijo?

–Él os lo comunicará de aquí a breves minutos.

– ¿Continúa siendo cristiano?

–Siempre, *effendi.*

–Ha hecho bien. Yo pienso también renegar. Llámale.

–Voy, señor; guardad mis armas.

–No; solamente un yatagán. Mi brazo aún es fuerte.

–De acuerdo. Voy a avisar a vuestro hijo, pero sed cauto, ya que estoy seguro de que nos vigilan mucho.

–No pierdas cuidado. No brotará de mi garganta una simple exclamación... Pero corre...

Mico cerró bastante la ventana, que tenía vidrieras azules y anaranjadas, cruzó sigilosamente la estancia, bajó los escalones y, luego de detenerse un instante apoyándose en el parapeto para ver si distinguía las galeras venecianas, penetró en el salón, donde encontró a su señor fumando un chibuquí lleno de aromático tabaco de Morea.

Nikola se encontraba junto a él, y un poco separados los cuatro venecianos conversaban en voz baja, siempre preparados para acudir a la primera orden y a hacer abollar sus magníficas corazas de Milán, que eran más resistentes que las de los turcos.

–Podéis ir a ver a vuestro padre, señor Muley. Pero que vayan con vos Nikola e incluso los venecianos, porque recelo una traición. .

– ¿Hay algún peligro?

–De momento ninguno, pero...

– ¿Cómo se encuentra mi padre?

–Como si no le hubiera ocurrido nada.

– ¿Y Sandiak?

–Ahora mismo le he visto conversando con los kurdos –repuso el griego hablando con acento suspicaz.

– ¿Y el armenio?

–No lo sé y me hace sospechar bastante.

–Al parecer te ha sido antipático.

–Me inquieta más ese hombre que el capitán de armas, señor; esas miradas suyas me hacen

recelar.

Muley vació el chibuquí, echó una rápida ojeada a sus armas y dijo a los venecianos:

–Vamos, señores, a tomar posesión del castillo. No descuidéis los arcabuces. No sabemos qué puede acontecer.

Los siete hombres, conducidos por Mico, abandonaron el salón y se encaminaron hacia la escalera de mármol que llevaba hasta la habitación destinada al bajá.

Nada más habían salido cuando por dos puertas diferentes penetraron cauta y sigilosamente Sandiak y Hassard. Los dos cambiaron una seña, se alejaron del salón sin decir una palabra y se metieron bajo los pórticos del patio.

– ¿De verdad sabes leer? –interrogó el gobernador.

–De no haber sabido, la señora no me habría tomado a su servicio como secretario. Aprendí a leer y escribir en la célebre escuela de Erzerum. ¿Por qué razón me haces semejante pregunta?

–Porque se ha apoderado de mí una insoportable duda que me hiela la sangre en las venas.

– ¿Qué duda?

–La de que esa misiva sea falsa.

– ¡Necio! ¿Supones que yo no conozco, después de haberlos visto en más de una ocasión, los sellos del sultán?

–No obstante, olfateo algún peligro. ¿Serán esos hombres auténticos mensajeros del sultán?

–Yo pienso que sí. ¿No has observado el imponente aspecto señorial de su jefe? Debe tratarse de algún visir... o cosa parecida. Yo entiendo de gentes notables.

– ¿Y los demás?

–Parecen ser guerreros y tres de ellos nobles.

– ¿Turcos?... ¡Hum! No lo considero así.

–En lugar del rostro de los hombres, ¿te has fijado en la chalupa que los trajo?

– ¿Por qué preguntas esto?

–Pues porque al mirarla hace poco pensé que por sus líneas no era una embarcación turca.

– ¿Cómo dices, Hassard?

–Que soy mejor observador que tú, Sandiak. Yo estudio e investigo todo, en tanto que tú sólo te entregas a libar vino de Chipre.

Sandiak se encaminó al embarcadero, seguido del armenio, y examinó detenidamente la gran chalupa de la capitana veneciana.

– ¡Cuerpo de perro cristiano! –barbotó dando un respingo el capitán de armas. –Estás en lo cierto; esta barca no es turca.

– ¿Dónde se encuentran los huéspedes?

–Con el detenido.

–En tal caso no podrán vigilarnos. Vamos abajo.

– ¿Pretendes pescar cangrejos?

–Deseo examinar de cerca y con todo detenimiento la chalupa.

–Tienes razón; vamos.

Miraron a su alrededor y no viendo a ninguno de los huéspedes se aproximaron a la embarcación y la examinaron atentamente. No tardó en comprobar que tenía grabado a fuego la marca de procedencia: *Mucenigo-Venecia.*

–Para tu desgracia, no sabes leer –dijo a Sandiak.

–Ya lo sabes –contestó de mal talante el capitán de armas. –Únicamente sé manejar las armas y matar.

–Bien. En tal caso te comunicaré que la chalupa es veneciana y que lleva el nombre de aquel

famoso almirante que tuvo la osadía de anclar frente a Constantinopla.

–Acaso se trate de una lancha apresada a los venecianos.

– ¡Hum!... ¿No te fijas en que es casi nueva?

– ¿Y qué?

El armenio se atusó la barba, escupió sobre la embarcación, parpadeó un momento y, por último, pasándose la mano por la frente, respondió:

–No veo esto muy claro.

–Ni yo.

– ¿Deseas que te dé un consejo?

–Explícate.

–Mi opinión es que esta misma noche debes mandar una embarcación a Candía para prevenir a tu señora.

– ¿Y que regrese...?

–Será lo más sensato.

–Es verdad. Que se las componga con ellos Haradja, sean o no auténticos mensajeros del sultán esos señores. En cuanto se oculte el sol zarpará el viejo *caiccio* con ocho remeros y un timonel en dirección a Candía.

–Es lo que debes hacer, Sandiak. Me agradaría que retornara con el bajá para aclarar esto.

–El bajá se halla muy ocupado con el asedio de Candía.

–Le sobran galeras y bien puede enviar algunas.

–Me has librado de un gran peso. Vamos a examinar lo que hacen nuestros convidados, no provoquemos sospechas.

– ¡Bah! Están muy ocupados con el prisionero.

Abandonaron la chalupa y subiendo la larga escalera regresaron a la terraza, en la que hallaron a Mico paseando con lentitud y gravedad con un chibuquí corto en la boca.

– ¿De dónde venís? –les interrogó el albanés, que presumía de visir o poco menos.

–Hemos ido a pescar cangrejos –repuso al instante Hassard, –para presentaros un buen plato. Pero la marea no arrastró hoy a la playa ninguno de esos excelentes crustáceos que tanto gustan a nuestra señora.

–De manera que esta noche tendremos triste cena –dijo con acento irónico el montañés al armenio, mientras clavaba su vista en él.

–En el *hisar* de Hussif se come siempre bien –repuso con tono brusco el capitán. –Ningún convidado ha tenido queja de la mesa de la sobrina del bajá.

– ¿Han ido de pesca?

–Y han regresado con las redes repletas. Hay infinidad de peces en la ensenada y en especial son abundantes las ostras.

–Le gustan bastante a mi señor.

Sandiak le miró un momento recelosamente y le preguntó de improviso:

– ¿Qué cargo ocupa tu señor en Constantinopla?

–Es un bajá de los más extraordinarios e influyentes. Ha luchado en Asia y en Austria, contra croatas y servios e incluso con los venecianos en el Adriático. Tiene un nombre famoso que algún día conoceréis.

– ¿Así que es un notable guerrero?

–De mar y de tierra. No le hubiera mandado el sultán a no saber a qué hombre confiaba su encargo.

–Pero... ¿qué es lo que preocupa en Constantinopla? ¿Que se entregue el *hisar* a los

venecianos?

–Los secretos de Estado no se propagan –repuso el socarrón albanés. –Nosotros veremos, observaremos, decidiremos y contaremos al sultán.

– ¿Qué? ¿Y respecto a qué? –indagó el armenio.

–Tú marcha a escribir cartas, o mejor todavía, a decir que nos preparen la cena. En Constantinopla no se espera a la puesta del sol para cenar. Se cena más temprano para hacer bien la digestión antes de la hora de acostarse y dormir plácidamente. ¿Me has comprendido?

–Te expresas demasiado bien en turco para no comprenderte.

–Bien; pues, ¡fuera!

– ¿Cómo? –inquirió Sandiak, palideciendo y llevando la mano a un *kangiar* de los que tenía al cinto, en tanto que el armenio se mordía los labios y miraba furiosamente al servidor del León de Damasco.

–Hablaba a tu compañero. Deja, por tanto, en paz tu *kangiar.* Yo tengo también uno y no lo toco. No obstante, no hay quien pueda competir con los albaneses en una pelea con arma tan corta.

– ¿Me retas?

– ¿Yo? ¡Líbreme Alá de provocar pendencia, ni menos de transgredir las instrucciones del sultán! ¿Me has comprendido bien? Del sultán.

El capitán de armas inclinó la cabeza, farfulló algunas palabras y se fue con el armenio, cuyos ojos echaban lumbre.

«Habrá que vigilarlos –pensó Mico, mientras los seguía con la vista. –Esta noche no se tomará café... El polvo de diamante se mezcla con mucha sencillez al azúcar y...

Un instante más tarde encaminóse al salón. Cuatro negros y otro número igual de criados se afanaban en disponer la mesa, adornándola con flores.

– ¡Por mil tiburones! ¡Con qué rapidez me obedecen! –murmuró para sí. –Al parecer es insuficiente nombrar al sultán para que todos vayan de cabeza. Bien. Mi señor cenará esta noche con su padre. En consecuencia, quedaremos de dueños y señores del comedor. Pensemos, pues, en su cena.

Y tras estas palabras, se encaminó a la cocina y espantó a los cocineros hablándoles del sultán y notificándoles que hablaba por su boca el Gran Señor. Los desgraciados le hicieron continuas reverencias, asegurándole que harían cuanto les fuera posible por dejarle contento.

«Afirmaban que Hussif era un tétrico castillo –razonaba para sí, –pero lo que yo observo es que vive de una manera muy agradable. Si continuamos en este lugar un par de semanas, vamos a retornar a Candía gruesos como botas».

Advirtió de nuevo que sirvieran a su señor en la habitación del prisionero y retornó al salón, donde Nikola conversaba con los venecianos. Se aproximó y dijo:

–Se hallará muy contento el bajá de haber encontrado a su hijo, aunque se haya vuelto cristiano, ¿no es cierto?

–Ha sido una escena emocionante. Ahora el bajá, informado de todo y bajo la protección de su hijo, está satisfechísimo. Confía en regresar a Damasco si no envía con mil diablos el Corán. Entre nosotros: le creo bastante asqueado de sus feroces compatriotas y no resultará raro que de aquí a poco la cristiandad cuente con un renegado más.

– ¡Y de qué categoría! No son demasiado numerosos los bajás que reniegan de la Media Luna.

–Bajad más la voz –aconsejó con viveza el albano.

Acababa de surgir en una de las puertas, y se hallaba como si pretendiera oír lo que se decía, la poco agradable figura del armenio.

–He ahí un hombre a quien precipitaría con mucho agrado desde la terraza más alta del

castillo. No puedo asegurar por qué razón le considero infinitamente más peligroso que a Sandiak.

Y levantando la voz y volviéndose al secretario de Haradja, agregó:

–Ordena que nos sirvan la cena. A nosotros en esta estancia y a mi amo en la habitación del preso.

–Sí, señor –convino inclinándose Hassard, con voz chillona y antipática.

Cinco minutos más tarde eran servidos los huéspedes, dejándoseles comer tranquilos. Muley y su padre fueron servidos con gran ostentación de platos y fuentes de plata y cristalería veneciana soberbia. Los cuatro oficiales, Mico y Nikola cenaron aprisa para poder seguir velando por el León de Damasco. Media hora después el griego y el albano retornaban al comedor con la mecha de sus pistolas repuesta.

– ¿Qué ocurre? –inquirió el segundo, dirigiéndose al primero, luego de haberse cerciorado de que nadie podía escucharles.

–Pues que esta noche, así que duerma la guarnición, nos vamos a reunir con la flota veneciana.

– ¿Y los centinelas?

–Los liquidaremos sin ocasionar ruido.

– ¡Tan rápidamente! Empezaba a complacerme la vida en este castillo.

–Recelan de nosotros a pesar de la carta del sultán y de un instante a otro el capitán de armas, ayudado por toda la guarnición, podría atacarnos.

– ¿Embarcaremos en la lancha grande?

–Sí, y cuanto antes nos marchemos, mejor.

– Lo cierto es que me inquieta en gran manera el armenio y por esta razón he ordenado que no nos sirvieran café.

– ¡Se envenena de tantas formas en Turquía y en otros lugares que no son Turquía! ¡Cualquiera sabe cuánta gente habrá mandado al otro mundo Haradja con un vaso de Chipre!...

– ¿Por qué no vamos a dar una vuelta por la chalupa?

–Pensaba proponértelo. ¿Y sabes por qué motivo, Mico? Pues porque esta tarde, desde esa ventana, vi cómo el armenio y el capitán bajaban esa escalera...

– ¡Rayos!

–Habla en voz baja. El sol ya ha desaparecido, la noche cayó. En consecuencia, bien podemos permitirnos el placer de ir a respirar unas bocanadas de aire fresco, de brisa marina en la ensenada. Pero primero prepara tus pistolas.

–No provoquemos sospechas, Nikola. Actuemos con los yataganes que no hacen ruido.

Se incorporaron, examinaron cada una de las puertas para cerciorarse de que no había kurdos escuchando, y se encaminaron al patio. Era ya un poco tarde, pero la noche, bastante clara, gracias al límpido cielo, lleno de relucientes estrellas que se reflejaban en las plácidas aguas del Mediterráneo, permitía ver bastante.

En el exterior no había centinelas, precaución innecesaria, puesto que Hussif no podía ser conquistado por sorpresa, y los componentes de la guarnición dormían confiando en sus culebrinas. El griego, antes de adentrarse por la escalera, avanzó por la terraza y se aproximó al parapeto o barandilla que caía a plomo sobre el mar a unos doscientos metros de altura y miró en primer lugar en dirección a poniente y luego hacia septentrión.

– ¿Distingues algo? –le preguntó Mico.

–Sí. Ocho puntos luminosos que únicamente mi vista de experto marinero, muy ejercitada y aguda, me permite reconocer como pertenecientes a las galeras de Veniero.

–El almirante aguarda nuestra señal para venir en busca nuestra.

–Así es.

– ¿Y cuál es la señal?

–Sólo el señor Muley la conoce. No sé por qué motivo esta noche no estoy tranquilo por completo. Vamos.

–Ese miserable armenio te inquieta a ti igual que a mí.

El griego se encogió de hombros y empezó a bajar las escaleras a paso lento. Mico echó a andar detrás de él y no habrían descendido ni cien metros cuando oyeron surgir del agua golpes sordos, que se sucedieron con celeridad.

– ¿Qué ocurre abajo?

–Te lo iba a preguntar a ti.

–Esos golpes...

–Podría asegurar que están destruyendo alguna galeota en la rada. Por lo menos, eso me ha parecido.

–Vamos a comprobarlo, Nikola.

–Es necesario, pero al instante. Descendamos a saltos.

Y se lanzaron, bajando de cuatro en cuatro los peldaños. Pero cuando alcanzaron la cala imperaba en ella el máximo silencio.

–Hemos de resolver este misterio. Hace un instante había aquí alguien que destrozaba algo de madera y en este momento no se distingue un ser viviente, y...

Una exclamación del albanés cortó en seco sus palabras:

– ¡Perros!

– ¿Qué sucede, Mico? –inquirió, llevándose la mano al yatagán.

– ¿Puedes imaginar lo que destrozaban esos miserables?

–No. ¿Qué era?

–Nuestra embarcación.

– ¡No es posible!

–Fíjate en ella. Se halla desfondada y hundida; llena de agua. Únicamente el palo sale fuera de la superficie.

Los dos hombres guardaron silencio por un momento. El griego, con un gesto de furia, exclamó:

–Nos han cercado. Ahora nos es imposible marchar al encuentro de la escuadra.

–Todavía hay algo más. Yo observé, a nuestra llegada y hasta esta misma tarde en la cala, un enorme *caiccio* turco y en este momento no lo veo. Fíjate. Ha desaparecido.

–Nos han traicionado. La carta del sultán no ha producido resultado más que durante unas pocas horas.

– ¿Nos asesinarán?

–No vamos a dejar que nos maten igual que a gallinas. Nos parapetaremos en la habitación donde se encuentra el bajá y aguantaremos hasta que lleguen los refuerzos del almirante. Enciende las mechas de las pistolas y acompáñame. Es necesario que notifiquemos al momento lo que acontece a Muley-el-Kadel.

LA MUERTE DEL CAPITÁN DE ARMAS

Cuando llegaron a la habitación donde se encontraban sus camaradas, el León de Damasco, sentado junto al lecho ocupado por su padre, se hallaba pensativo, en tanto que los venecianos, en un ángulo del espacioso aposento y en torno a una mesita de madreperla, jugaban en voz baja una partida de *zara,* con las espadas al cinto y las pistolas y arcabuces dispuestos y al alcance de las manos.

El griego y el albanés cerraron las cuatro puertas de la soberbia estancia, afirmándolas por el interior con sus correspondientes barras de hierro. Al divisarlos Muley con las pistolas humeantes y tomando todas aquellas precauciones, se levantó de un brinco, llevándose la mano a la empuñadura de su formidable espada.

– ¿Qué sucede?

–Que no podemos abandonar el castillo si no nos manda una embarcación el almirante.

– ¿Y la nuestra?

–Se encuentra a dos metros del agua, desfondada.

– ¿Quién lo ha hecho?

–Alguien que está interesado en retenernos en este lugar.

–Explícate, Nikola.

El griego le explicó lo ocurrido.

– ¿Y no habéis visto a los hombres que hundieron nuestra chalupa?

–Se desvanecieron. Sin embargo, vimos que el *caiccio* turco había desaparecido.

– ¿También desfondado?

–No, señor.

Muley contempló a su padre, que había prestado atención a todo el diálogo, y le preguntó:

– ¿Qué opinas sobre todo esto, padre?

El bajá se atusó las largas barbas y repuso:

–Mi opinión es que Sandiak ha enviado mensajeros a Haradja para informarle de vuestra llegada, con el fin de que vuelva de Candía. Y tomó sus precauciones con el fin de que no pudierais marcharos antes de que ella retorne o dé indicaciones precisas.

– ¿Y volverán con Alí para apresarnos?

–Eso supongo. Deben haber recelado de la carta del sultán.

–No obstante, los sellos eran auténticos.

–No deseo contradecirte, Muley. Mas ya ves las consecuencias. ¿Cómo nos las arreglaremos ahora para abandonar el castillo y reunimos con la flota veneciana sin una embarcación?

–Puedo hacer que el almirante se entere de lo grave de la situación y que acuda al instante con sus ocho galeras y sus ochocientos guerreros. Me basta situar en cualquier ventana o en la terraza una luz verde, entre las once de la noche y las dos de la madrugada.

– ¿Y posees tú la luz verde?

–No. Pero sin duda hallaremos en el castillo algún farol de ese color.

Bien, señor –dijo el griego. –Mico y yo nos ocuparemos de eso. Antes de media hora colocaremos en esa ventana un farol de vidrios verdes, encendido.

– ¿Y qué explicarás a Sandiak?

–Yo me las arreglaré. Veamos si en el salón ha quedado alguna botella de marsala vacía.

Los cuatro venecianos, que habían abandonado el juego, se incorporaron. Uno de ellos anunció:

–Nosotros vamos también.

–Sí –convinieron los tres restantes, –vamos con vosotros.

–No, señores. Si precisáremos ayuda llamaríamos y de ser necesario libraríamos combate hasta echar al mar a los kurdos y los negros de Hussif. Pero ahora permitidnos que nos las arreglemos solos.

–Y recordadme si se inicia la lucha. Aún mi brazo es capaz de pelear. Me siento fuerte.

–Pienso que no será necesario, por lo menos de momento. A pesar de que somos dos, procuraremos valer por ocho y mientras podamos conseguir lo que deseamos por la astucia, tanto mejor. Mico, apaga la mecha de tus pistolas y vuelve a la vaina el yatagán.

Ambos hombres abandonaron el aposento y subiendo las escaleras entraron en el salón, alumbrado por una lámpara de vidrios azules que refractaba la luz, en vividos destellos sobre las paredes, revestidas de mayólica, y distinguieron al armenio sentado cómodamente y fumando un narguilé. Delante de sí y sobre la mesa tenía un puñal largo, como los que utilizaban sus compatriotas, y una taza de humeante café.

– ¡Qué! –exclamó, incorporándose al ver penetrar al griego y a Mico. – ¿Todavía no os habéis acostado? En Hussif a las diez se apagan todas las luces y faltan breves minutos para esa hora.

–Nos acostaremos una vez que nos hayas explicado un asunto que nos interesa –respondió Nikola, con acento un poco amenazador.

– ¿No lo podríais dejar para mañana por la mañana?

–No; ha de ser en este preciso momento.

– ¿Es que habéis encontrado sanguijuelas en vuestras camas? Me extrañaría, puesto que ya hace tiempo que se secaron los estanques y esos animaluchos, que tan buenos ingresos producían a la señora, desaparecieron con la maldita sangre cristiana que chupaban.

– ¡Deja la palabrería estúpida! Bien sabes que no es eso lo que deseamos saber.

–Entonces, tú dirás.

–Llegamos al castillo en una chalupa que ya no se encuentra en la rada.

– ¡Cómo! ¿Ha desaparecido? –exclamó el armenio, alzando las manos al cielo patéticamente. – ¡No es posible!

–La chalupa ha sido hundida –notificó encolerizado el griego.

– ¿Por quién?

–Tú lo debes conocer.

– ¡Ah! ¡Comprendo! Han sido los cangrejos.

– ¿Los cangrejos? –inquirió sorprendido Mico.

–Sí. Vuestra lancha era tal vez algo vieja...

– ¡Vieja! Fue botada al agua hace seis meses.

– ¿Botada o... apresada?

– ¿Qué nueva comedia es ésta?

–No es una broma. Por curiosidad la examiné esta tarde y encontré que grabado a fuego en la barra del timón tenía el nombre de un ilustre almirante veneciano, ese maldito que hace años hizo temblar a Constantinopla: Mocenigo.

– ¿Y qué? –exclamó Nikola, reprimiendo ardientes deseos de abalanzarse contra Hassard y estrangularlo.

–Nada. Me resulta, no obstante, raro que siendo mensajeros del sultán hayáis llegado en una chalupa veneciana.

– ¿Y si hubiera sido apresada por las galeras turcas?

–Todo es factible –admitió el armenio, tomando su taza de café.

–Prosigue tu narración respecto a los cangrejos –indicó Mico.

– ¡Ah! Ya no la recordaba. Pues es el caso que en la cala es frecuente que se introduzcan en ocasiones numerosos crustáceos de gran tamaño, que destrozan todo lo que encuentran.

– ¿Incluso las galeras? –inquirió con acento irónico el griego.

–Hasta el momento no han destruido ninguna, pero no me extrañaría que cualquier día...

– ¿Eres marinero?

–No; solamente soy hombre de pluma.

–Pues, en tal caso, ¿a qué vienes a contar semejantes simplezas a marineros como nosotros?

–Era una suposición. ¿Quién, en caso contrario, podría haber desfondado vuestra embarcación?

–Pronto lo sabremos. Pero no era esa la razón de nuestra llegada.

–Hablad.

–El bajá de Damasco no puede soportar la luz blanca y quisiera un farol de cristales verdes.

– ¿Un farol de señales?

–Para alumbrar una habitación.

–No sé si tendremos.

–Pues marcha a buscarlo. Yo te acompañaré empuñando el yatagán. ¡En marcha! –barbotó Nikola, a quien se le había terminado la paciencia.

– ¿Pretendes matarme?

– ¿Y por qué no? En cuanto cometas otra canallada como la de la embarcación.

–Pero en Hussif hay kurdos y negros que no sienten temor por el combate, por duro que sea.

–Y nosotros disponemos de ocho galeras con ochocientos hombres de desembarco y doscientas culebrinas.

– ¿Qué clase de hombres son?

–Turcos, igual que nosotros. ¡Vamos a ver! ¡El farol!

–Yo no puedo entregarlo sin el consentimiento del capitán de armas –respondió el armenio, espantado y sin osar extender el brazo para apoderarse del puñal.

–No obstante, lo harás.

–No me es posible...

– ¡Miserable!

Sandiak se presentó en aquel instante e inquirió, llevando sus manos hacia sus dos yataganes:

– ¿Qué sucede?

El armenio recobró su valor y planteó la extraña petición de los huéspedes.

– ¡Un farol verde! –exclamó el capitán de armas, adquiriendo una sombría expresión. – ¡Señal de peligro! ¿Qué intentáis?

–Aliviar algo al bajá, ya que su delicada vista no puede soportar la luz blanca.

–Creo que os tornáis en exceso exigentes. Haradja no está.

–Pero no falta quien navega en estos instantes para prevenirla de cuanto acontece. Que venga. La esperamos a ella y a su tío el gran bajá. Veremos quién será el que hará palidecer al contrario.

– ¡Un farol verde! –insistió Sandiak, todavía con tono de duda.

– ¡Y rápido! La carta del sultán era bien aclaratoria.

–Sí, pero si fuera falsa...

– ¿Y quién pretendería falsificar los sellos del sultán para acabar empalado?

– ¿Os es imprescindible ese farol?

–Naturalmente, ya expliqué la razón. Si no hubierais encerrado al bajá en un calabozo tan húmedo...

– ¿Y en efecto le tiene en tan alta estima el sultán?

– ¡El bajá de Damasco!... Esto ni se pregunta.

–Es que... mi señora por lo visto no lo apreciaba demasiado.

– Haradja no es el sultán.

–Acaso estás en lo cierto. Hassard, manda que traigan un farol verde. En el almacén hay cinco o seis.

– Es que son para señales –adujo el armenio.

–Cumple la orden y no contestes. El que manda aquí soy yo. Si no actúo debidamente la señora puede castigarme.

El secretario de Haradja abandonó la estancia mascullando y regresó al poco rato acompañado de un negro, que portaba un soberbio farol de un metro aproximado de altura y de verdes vidrios.

–Aquí tenéis los ojos del bajá, pero os prevengo que si lo colocáis en la ventana lo romperán a balazos los arcabuceros.

–Tú sabes lo que has de hacer –repuso el griego, tomando el farol, ya encendido. –Vamos, Mico. Ya es momento de probar las camas del *hisar* de Hussif.

Y haciendo con la mano un burlón saludo al capitán de armas y el armenio se fue en compañía del albanés, quien desenvainó los yataganes, en previsión de cualquier sorpresa. Dos minutos más tarde se hallaban en la estancia del bajá.

Al enterarse de lo sucedido, Muley experimentó cierta inquietud, en especial al saber las intenciones de disparar los arcabuces contra el farol si se colocaba en la ventana, según manifestara Sandiak.

–Sospechan de nosotros. Y el caso es que tenemos que huir antes de que llegue Haradja con su tío. No obstante, la señal es de imperiosa necesidad si ha de acudir en nuestro auxilio el almirante.

– ¿En qué se convino?

–Exponerlo en tres ocasiones con intervalos de un minuto, como indicación de grave peligro. ¿Tú, que tienes tan estupenda vista, distingues las galeras?

El griego se dirigió a la ventana y observó detenidamente el horizonte del Mediterráneo, que empezaba a iluminarse con fauna fosforescente.

–Sí, señor Muley, las veo.

– ¿Supones que puede haber en Hussif alguien que también pueda avistarlas?

– ¿Aquí en Hussif? Tengo mis dudas, señor Muley. Se hallan a mucha distancia. Casi distingo yo los ocho puntos luminosos.

–Entonces esperaremos a que la guarnición esté descansando. Tenemos tiempo sobrado para hacer la señal.

Apagaron todas las luces con excepción del farol verde que dejaron en mitad de la habitación. Luego examinaron las barras de la puerta y los venecianos, Nikola y Mico pasaron al aposento contiguo y se tumbaron para descansar en sus camas, en tanto que el León de Damasco se quedaba adormilado en una poltrona al lado de su padre.

Hacia medianoche, el griego, que, como los marineros, dormitaba en forma ligera, brincó del lecho, entró en la estancia del bajá y, en primer lugar, encendió las mechas de los seis arcabuces. Luego se asomó a la grandiosa ventana que daba a la terraza y examinó atentamente las tinieblas.

–Al parecer se han marchado todos a dormir. Ocurra, por consiguiente, lo que ocurra, es aconsejable terminar cuanto antes.

Tras aquel comentario recorrió una cama detrás de otra despertando a todos sus amigos y cogiendo el farol lo expuso audazmente en el alféizar de la ventana. Un instante más tarde llegó desde abajo una voz amenazadora.

– ¿Qué hacéis? ¡Sacad al momento ese farol o abro fuego!

– ¿Quién eres? –inquirió el griego, haciéndose pasar por medio de Mico su arcabuz para estar en situación de contestar en seguida.

–Sandiak.

–Buenas noches.

– ¿De manera que bromeas? Os ordeno que retiréis de allí ese farol.

–Es que despide demasiado humo y molesta al bajá.

–En tal caso apagadlo.

–Es que queremos ver. No se puede uno confiar en Hussif.

– ¿Queréis obedecerme?

– ¿No os complace conversar a la luz de los suaves rayos de una verde luz que no perjudica a la vista e ilumina?

– ¡Que abro fuego!

–Sácalo –ordenó Muley. –Ya lo deben haber observado los vigías de las galeras.

–Pero habremos de volverlo a exponer.

–De aquí a un minuto... Y después una vez más.

– ¡Y ese que odia la luz verde!

–Cuidado no te dispare a traición.

–No hay que temer; no le quito el ojo.

–Ni yo tampoco –añadió Mico, que se puso al lado del griego nada más retirar el farol. –Si dispara le responderemos de forma adecuada.

–Y nos cercarán.

– ¡Qué remedio, señor Muley! ¿Pensará el almirante en acudir en nuestra ayuda? La salvación depende de la señal y la efectuaremos de la manera que sea.

–Creo, Nikola, que lo que tú deseas es combatir.

–Considero que ya ha llegado el momento, señor.

–Igual opino yo –dijo en aquel instante el bajá. –Si no conquistáis por la fuerza este maldito *hisar,* no lo abandonaréis tan fácilmente. Y no debéis olvidar, que Candía está a muy breve distancia y que allí está Alí-Bajá con su flota.

–Señor –hizo observar el griego a Muley, – ¿no ha transcurrido ya el minuto?

– Pues venga el farol.

Acababa de proyectarse la luz verde sobre la gran ventana, cuando se oyó otra vez la encolerizada voz de Sandiak, en tono más amenazador que antes.

– ¡Ese farol adentro! ¡Adentro o hago venir a mis hombres y ordeno abrir fuego con las culebrinas!...

Nikola, cautamente resguardado detrás de las columnas de mármol de la ventana, echó una ojeada al exterior, y vio que el capitán de armas, en pie sobre el parapeto, casi sobre el abismo, soplaba la mecha del arcabuz.

– ¿Es que no se puede estar en paz en Hussif?

–Todo lo que desees, pero sin esa luz, que está prohibida.

– ¿Y por qué razón ha de estarlo? La luz verde jamás perjudicó a nadie. Y es muy agradable conversar a sus inofensivos rayos desde una ventana, cuando no hay sueño. El café de Hussif debe de ser pésimo.

– ¿Qué pretendes dar a entender?

–Que no tengo sueño –adujo Nikola, intentando, como se comprende, ganar tiempo, con el objeto de que el almirante pudiera percibir la luz.

–En tal caso ven a pasear.

–Hay mucha oscuridad.

– ¡Sangre cristiana! ¿Deseas que hablemos cuatro palabras cara a cara con nuestros yataganes?

–El mío tiene el filo mellado por haber intentado abrir con él una puerta.

–Que te entregue otro uno de tus amigos.

–Están durmiendo y no quisiera interrumpir su sueño para esa menudencia.

– ¿Sacas el farol? ¡Bien! ¡Pues ten!

Apuntó con rapidez y abrió fuego. La bala pasó sobre el farol y faltó poco para que no hiriera a Mico. El albanés, enfurecido, apuntó a su vez y disparó. El capitán, alcanzado por la extraordinaria puntería del montañés, giró un par de veces sobre sí mismo, dejó caer el arcabuz, extendió los brazos, abrió las manos y se precipitó al inmenso y sombrío abismo, en cuyas profundidades bramaba el mar. Se oyó un horroroso alarido y después algo semejante a una detonación seca. Sandiak se debía haber estrellado contra una roca.

– ¡Muerto! –susurró Mico.

–Eso me parece –concordó Muley, que se habría aproximado a la ventana armado de un arcabuz.

Por unos instantes todo quedó silencioso. Por último, de un rincón del patio brotó una burlona risa.

– ¡Es el armenio! ¡Ah, perro! Muéstranos tu cara y colócate en el parapeto de la terraza.

Volvióse a oír la sarcástica carcajada. Después, exclamaciones furiosas, estridentes. Kurdos, negros y mulatos acudían a la carrera por los escalones, con antorchas y bien armados.

– ¡Alarma! ¡Los cristianos!

Sobre la terraza, las mujeres de la fortaleza, que habían aparecido en dos grupos, gritaban de una manera espantosa, como si ya notaran en sus cuellos el cuchillo.

Los guerreros de la fortaleza, todo lo más unos cuarenta, ya que había numerosos esclavos y servidores que no eran hombres de armas, se precipitaron al patio, lanzando alaridos y sin saber qué hacer. Una vez los hizo detenerse y los organizó, Hassard, surgiendo de entre las sombras, se dispuso a cubrir el puesto del infortunado capitán de armas.

– ¡Alto! ¡Firmes! Sandiak ha sido asesinado por los mensajeros del sultán y yo me pongo al frente del *hisar.* Apartaos de los rayos del farol verde y acompañadme. Ahora vamos a reír.

– ¿Eres tú el que pretendes reírte, repugnante espía? –gritó Nikola. –A ver si eres capaz de ponerte frente a mí. El primer proyectil que salga de mi arcabuz va a ser para ti.

–Y yo lo reemplazaré por uno de culebrina –repuso el armenio, que de improviso había adquirido un valor insospechado.

–Atrévete y te enviaremos a Constantinopla a que pruebes las exquisiteces del palo.

–Esperad.

Todos los soldados desaparecieron escondiéndose detrás de un reducto defendido por un par de culebrinas y que se hallaba erigido ante el palacio en dirección a la escalera que llevaba hasta la ensenada.

–Bueno, ya está bien. Retira el farol.

Se preparaba el griego a cumplir la orden de Muley, cuando saltaron hechos añicos los cristales verdes y sonaron dos estampidos. Dos balas de arcabuz habían destrozado el farol. El León de Damasco lanzó una exclamación.

– ¡Irreparable contratiempo! –dijo.

Nikola, que no había resultado herido por verdadero milagro, no sacó del alféizar de la ventana nada más que el armazón del farol.

– ¡Por el cuerpo de Mahoma asado! No quedó ni un trozo de vidrio del tamaño mayor al de un palmo.

–Y, por consiguiente, no podremos hacer la tercera señal.

– ¿Y es muy precisa, hijo?

–Sí, padre. La última señal dará a entender máximo peligro y nos es imposible hacerla.

– Pero ya has hecho un par.

– ¡Es lo mismo! La primera indica: «Todo marcha bien». La segunda: «No nos perdáis de vista». Y la tercera: «Acudid al momento. Grave peligro». En esto quedamos con el almirante veneciano.

– ¿Y supones que sin la tercera señal no vendrá la flota?

–No, padre.

– ¿Dónde se podrá encontrar otro farol verde? –interrogó el griego crispando los puños. –No obstante, Sandiak aseguró que había cinco más. ¿Recuerdas, Mico?

– ¡Ya lo creo que lo recuerdo!

– ¿En qué lugar estarán?

–Por el momento no hay que pensar en ello, Nikola –contestó el León. –No es cuestión de registrar el castillo cuando todos esos kurdos y negros nos acosan.

–Y, sin embargo, señor, hemos de hacer la última señal si deseamos que el almirante con su flota venga en busca nuestra.

–Ya lo sé. Pero de momento mantengámonos a la expectativa. Habrá tiempo de sobra para actuar según como se desarrollen los acontecimientos. Acaso los guerreros de Haradja, por miedo a ofender a unos auténticos representantes del sultán, no se decidan a combatirnos. ¿Habéis echado las barras a todas las puertas?

–A todas, señor –replicaron los venecianos.

–Tal vez fuera conveniente preparar barricadas, poniendo detrás de ellas los muebles.

–Lo vamos a hacer, señor.

En aquel instante el armenio gritó desde el exterior:

– ¿Se puede parlamentar? He ordenado que se apaguen las mechas.

EL PASADIZO MISTERIOSO

Muley-el-Kadel apartó con el pie el armazón del enorme farol, que ya sólo despedía una luz blanquecina algo vacilante y se aproximó a la ventana, sosteniendo dos pistolas con las mechas encendidas.

– ¿Quién habla? –inquirió.

–Soy yo. El armenio Hassard.

– ¿Qué deseas?

–Notificaros que los kurdos exigen la cabeza del que mató al capitán de armas.

– ¿A nosotros, los emisarios del sultán? ¿A tanto llega su osadía? ¿Es que ya no acatan y obedecen las órdenes de Constantinopla?

–No sé contestaros, señor. Pero pretenden vengar a Sandiak.

– ¿Y supones que voy a entregarte al hombre que ha disparado o, para mayor exactitud, ha respondido al fuego del capitán de armas?

–No soy capaz de retenerlos, señor.

–Dales de beber para que se calmen.

–Están hablando de atacar vuestras habitaciones y daros la misma suerte que tuvo Sandiak.

–Exageras, endemoniado cuervo –exclamó Nikola. –Eres tú quien pretendes insurreccionarlos contra nosotros.

–Siempre me creó temor el derramamiento de sangre.

–Terminemos –dijo en tono autoritario Muley.

–Insisto en que los kurdos reclaman la cabeza del asesino y que si no la entregáis están resueltos a ir en busca de ella.

– ¿Aquí, a nuestras estancias?

–No cabe duda.

– ¿Así que nos imaginan mancos?

– ¿Y no son mejores que las espadas y los arcabuces las culebrinas de Hussif?

– ¿Deseas destruir el castillo de tu señora?

–Ahora no mando yo. Los kurdos no quieren acatar mis órdenes.

–Hazte obedecer por los negros.

–Los negros no quieren obedecerme tampoco, señor.

–En tal caso ven a detenernos, si eres capaz.

–Os recomiendo que me entreguéis al asesino de Sandiak.

–Aquí no tenemos ningún asesino. Estás loco, Hassard.

–Bien. Entonces hablarán las culebrinas.

–Las paredes son sólidas, las puertas resistentes y bien atrincheradas y nuestra escuadra sigue aún frente a Hussif.

– He mirado con detenimiento y no la he visto.

–Porque no eres marinero –gritó Nikola. –Eres un gato de las montañas de Armenia y además medio ciego, ya que de noche no ves más allá de tus narices.

El armenio rugió como un tigre enfurecido.

– ¡Ah, perro! Si te puedo apresar, moriré satisfecho.

–Si deseas jugar una partida de yatagán o de *kandjar,* no tienes más que venir. Llama y se te dejará entrar.

– ¿Con el objeto de asesinarme?

– ¡Bufón! Somos guerreros y no escribientes.

–Te arrancaré la lengua.

–A palabras necias, oídos sordos.

– ¡Kurdos! ¡Negros! –gritó el armenio, que parecía enloquecido por la cólera. – ¡Disparad hasta que destruyáis el *hisar*!

–Es excesivo –repuso con acento burlón el griego. –Ten presente que estamos nosotros en su interior.

Los asediados se apartaron a los lados o se resguardaron detrás de la columna de mármol chipriota, muy gruesa y sólida.

En el patio, kurdos y negros formaban una horrible algarabía y de cuando en cuando distinguíanse mechas encendidas que arrojaban resplandores rojizos en dirección al reducto.

–No se deciden –comentó el bajá de Damasco, que se había levantado con el fin de intervenir en la batalla.

Muley y Nikola hicieron un gesto con la cabeza.

–Ya comprobaréis, padre, cómo el armenio termina por convencerlos.

–Y, no obstante, él fue quien rompió los sellos y leyó la misiva del sultán –adujo el griego.

–Al parecer no se preocupa mucho de ello –respondió el León aproximándose con prudencia a la ventana.

En aquel momento se oyó de nuevo la voz chillona y antipática del armenio.

– ¡Aquí quien manda soy yo! ¡Yo respondo de todo delante de la señora!... ¡Disparad!

Una descarga de diez o doce arcabuzazos retumbó y las balas fueron a estrellarse en la pared del fondo de la estancia, levantando polvo.

–No respondáis –mandó Muley. –Economizad las municiones para el último asalto.

– ¡Si me fuera posible acabar con ese maldito armenio!... –exclamó Nikola. –Es el astro maldito del castillo.

–Ya procurará él permanecer bien oculto –contestó el León de Damasco. –Ha comprobado lo que le aconteció al capitán de armas y no cometerá la bobada de colocarse en un lugar que pueda ser objeto de nuestros disparos.

Una nueva descarga de proyectiles atravesó el aposento, destrozó todos los vidrios y dos faroles colgados del techo. Este fue el único resultado conseguido por los kurdos y los negros de Hussif. Se precisaba bastante más para abatir los gruesos muros del *hisar.*

Durante cinco o seis minutos los guerreros de Haradja prosiguieron descargando los arcabuces cada vez con mayor furia, y, observando que nada conseguían y que los sitiados no se preocupaban ni en contestar al tiroteo, emplazaron una culebrina.

–Ahora tronará el cañón –clamó el armenio.

–Destruye el castillo, mísero –le gritó Muley. –Sobre sus restos el sultán levantará un palo para cada uno de vosotros.

–Pero entretanto os forzaremos a entregaros.

–Te equivocas. Ven a atacarnos cuando te apetezca.

–Esperad. ¿Deseáis entregarme al asesino del capitán?

– ¡Si ha muerto! Lo habéis liquidado a la primera descarga.

– En tal caso arrojadnos por la ventana su cadáver para decapitarlo y precipitar su cuerpo contra la escollera.

–De eso trataremos mañana por la mañana.

– ¡Haced avanzar las culebrinas! –bramó Hassard.

–Acuérdate de que es la propiedad de tu señora la que vas a destruir –exclamó con acento de

burla el griego. –Por nosotros no te inquietes; apresaremos las balas con las manos y nos dedicaremos a jugar a la *zara.*

–Os destrozaréis los dedos.

–No sufras. Nos encontramos a salvo.

En la estancia estaban solos el bajá y su hijo, Mico y Nikola. Los cuatro venecianos encontrábanse en el aposento inmediato, cuidando de las puertas, por miedo a que los fornidos negros la emprendieran con ellas a hachazos.

–Coloquémonos tras de las paredes para estar a resguardo de los disparos. Estos muros pueden aguantar muy bien el fuego de las culebrinas. Para abatirlos se precisaría usar bombardas de buen calibre. Destrozarán en gran manera el cuarto, pero es Haradja quien paga. ¡Atención! Veo brillar una enorme mecha en el reducto.

Abandonaron todos la ventana. Cinco o seis segundos más tarde un relámpago brotó de aquel punto y a continuación una detonación aguda vibró en el espacio.

Un proyectil, de unas tres libras acaso, cruzó la habitación y fue a destrozar entre gran fragor un soberbio espejo de Venecia colocado en la pared.

– ¡*Zara*! –exclamó el griego aproximándose con cautela a la ventana. –Gané el juego, Hassard, y tu ama paga.

– ¿Qué pagará? –aulló el armenio.

–El gran espejo veneciano. Si bien no soy de Venecia, me parece que no me engaño al tasarlo en cien cequíes como mínimo. ¿De esta forma te preocupas de los intereses de tu señora, Hassard? En cuanto lo vea, te lo hará pagar.

– ¡Por todos los diablos! ¿Qué hablas, perro? ¿Un espejo?

–Sí, hombre. Aquel de gran tamaño que se hallaba junto al lecho. ¿No te acuerdas? Cien cequíes, pero, ¡es lo mismo!, no te inquietes. ¿Qué significan para tu bolsa cien cequíes? Te puedes permitir estos lujos.

– ¡Ah, malvado! ¡Como te aprese!

– ¿Qué harías? ¿Probar en mi piel tu necia y vulgar pluma de ganso?

–Precipitarte de cabeza a la escollera.

–No me interesa.

– ¡Ah! Habréis de ceder.

– ¡Bah! Los escribanos no pueden transformarse en un instante en hombres terribles. No es utilizando una pluma como se convierte uno en guerrero, créeme.

– ¿Te rindes? ¿Te entregas?

– ¿Para qué? Me encuentro muy bien aquí.

– ¿Y mañana qué comeréis?

–Eso lo solucionaremos con el cocinero. No te inquietes.

– ¡Es demasiado! –bramó frenético Hassard. –Continuad las descargas. Acabemos con esos falsos emisarios del sultán. Os garantizo que todos son cristianos.

– ¿Incluso el bajá de Damasco? –indagó con una risa el griego.

El armenio no consideró conveniente contestar.

–Dispongámonos para el segundo disparo. ¿Qué será lo que destroce en esta ocasión? ¿La cama de mi padre?

En aquel instante entró Mico, que había examinado detenidamente el cuarto cercano.

–Señor –informó con cierta excitación. –Nos atacan por dos puertas al mismo tiempo.

– ¿Suben por la escalera los kurdos, Mico?

–Antes bien serán los negros, señor. Los kurdos sólo sirven para luchar con armas de fuego y

no van a dejar las piezas.

–Me agradaría más entendérmelas con los kurdos, que son menos vigorosos. ¿Han iniciado el ataque con las armas que guardaban?

–Aún no, señor. Pero pronto lo harán. Los hemos oído conversar a la vez que subían las escaleras.

– ¿Habéis hecho uso de todos los muebles?

–Sí, señor, y además las puertas son muy sólidas y resistentes y están atrancadas por tres enormes barras de hierro cada una. No obstante...

Otro proyectil atravesó la ventana, destrozó un cuadro antiguo y se clavó en la pared, levantando una nube de polvo.

– *¡Zara!* –gritó Nikola, disfrutando en irritar al armenio. –De nuevo he vuelto a ganar y también pagará tu señora.

– ¡Otro destrozo! ¡Y tú estás indemne!...

–Juego a la *zara* con tus proyectiles, Hassard, ya te anticipé que perderías el tiempo. Pero no imaginé que tu obcecación te fuera a resultar tan cara. Ya puedes prepararte para reembolsar a tu ama el valor de aquel cuadro antiguo, que se hallaba a la otra parte del espejo y que cifro en unos cincuenta cequíes.

– ¡También el cuadro! ¡Lo estamos destruyendo todo!...

–Es que habéis comenzado por lo de más valor. Al fin y al cabo no debes quejarte, ya que tu idea es destruir también la casa.

–Perro, ¡muere de una vez!...

– Me queda tiempo de sobra. Piensa que solamente tengo cuarenta y cinco primaveras.

–Os cogeremos por las puertas.

– ¡Necio!... Eso tenías que haberlo intentado antes de arrojar por la ventana ciento cincuenta cequíes por el capricho de abrir un par de veces fuego con las culebrinas.

– ¡La maldición de Mahoma caiga sobre ti!

–En este momento no tiene tiempo. Está divirtiéndose con sus favoritas.

–Harás que muera de rabia, Nikola –observó Muley, que no podía reprimir la risa, a pesar de lo crítico de la situación. –Eres terrible.

–Ese armenio es un gato montes tan resistente como los que llenan las montañas de su país. Os garantizo que no muere de rabia.

– ¡Oh! Conozco perfectamente a los armenios, y mi padre mejor que yo.

Los asediados oyeron a los kurdos disputar con gran excitación y después vieron aparecer a Mico con dos pistolas cargadas.

– ¿Qué pasa? –inquirieron padre e hijo a un tiempo.

–Escuchad la respuesta –repuso el montañés.

Acababa de retumbar un seco golpe en la estancia próxima, golpe que semejaba un imponente hachazo efectuado contra una de las puertas.

–Allí está el peligro –dijo el bajá tomando de una panoplia una gran espada y dos pistolas. –No nos ocupemos de los kurdos, a pesar de que sigan disparando con la culebrina.

–Me parece que no dispararán demasiado, calculando los destrozos que ocasionan con sus descargas –adujo Nikola. – ¡Al ataque contra los negros!

Abandonaron aquella habitación en la cual ya no era precisa su presencia y se dirigieron a la otra. Todos los muebles, incluso los más pesados y vetustos, se habían amontonado delante de las puertas, para reforzarlas.

– ¡Aquí estamos! –dijeron al penetrar.

Sonó otro terrible hachazo. Los negros asaltaban una de las puertas, pretendiendo derribarla. Pero no era trabajo sencillo ni siquiera para aquellos robustos africanos.

– ¿Quién es? –inquirió Muley.

–Yo, Hassard.

– ¡Cómo! ¿Ya has desistido de continuar disparando la culebrina?

–Hace demasiados estragos.

– ¿Y pretendes destrozar las puertas?

–Las romperemos mucho antes de lo que suponéis, señor.

–Haz lo que te plazca, pero ten presente que estamos armados con arcabuces y que alguna bala acaso te atraviese la cabeza.

–Obraré con prudencia, señor. Habéis cometido la equivocación de prevenirme y me mantendré alerta.

– Bien; mataremos a los negros.

–Son soldados que no saben leer ni escribir.

– ¡Ah, miserables! –exclamó Nikola. – ¡Como te suelte un tiro!... Ya verás lo que te ocurre.

–Te apresaré con vida ***y*** efectuarás el gran salto sobre los escollos.

–Poco a poco, que no soy muy aficionado a los saltos.

– ¡Eh, haraganes! ¡Moved los brazos! ¡De firme con las hachas!

Otro golpe resonó en la estancia, semejante a un cañonazo, haciendo caer algunas astillas y dejando paso al corte del hacha.

– ¿Qué debemos hacer, padre?

–Déjalos. Que prosigan dando hachazos y cuando consigan abrir un boquete efectuaremos por él una descarga. La pólvora y las balas atemorizan a los desgraciados esclavos africanos.

Detrás de la puerta los negros ponían a prueba su fortaleza asestando tremendos golpes. No tardaron en practicar una abertura no más ancha de tres dedos, pero suficiente para que los venecianos, resguardados tras un pesado mueble, pudieran abrir fuego. Oyóse un horroroso vocerío y a Hassard, colérico, que clamaba:

– ¡Cobardes! ¡La señora hará que os empalen, miserables!

–Han huido igual que liebres –comentó Nikola. –Podemos aguantar incluso un mes.

– ¿Sin comer? –indagó Mico.

–Nos comeremos las fajas.

–Creo que no será necesario. He hecho ahora mismo un descubrimiento.

– ¿Qué descubrimiento? –preguntó el bajá.

–Estaba contemplando un cuadro cuando observé una punta muy aguda que sobresalía de la cornisa.

–Al asunto, Mico, al asunto –exclamó el griego.

–He pretendido sacarla y, al tirar de ella, se ha abierto un pasadizo oscuro, apartándose la pared. Pues oídme, desde allí llegan aromas de cocina.

– ¡Por las barbas de Mahoma! ¿Un pasadizo que lleva hasta las cocinas de Haradja? Debemos explorarlo.

–Sí –asintió el León de Damasco, –enséñanoslo.

–Acompañadme. Es en la otra estancia.

Al darse a la fuga los negros, por lo menos de momento, ya que podía suponerse que no habrían de tardar en recobrar ánimos, dejaron a los venecianos la custodia y vigilancia de los parapetos y siguieron al albano.

–Éste es –anunció Mico, indicando un gran cuadro que representaba una sultana y que debía

ser obra de algún cristiano, ya que los turcos desconocían este arte.

–Abre el cuadro, Mico –ordenó su señor, preparando las pistolas como medida de precaución.

El montañés hizo girar el resorte, y el cuadro desapareció, dejando una abertura por la que surgió un olor penetrante de grasa frita.

– ¿Acaso esto no es olor de cocina, Nikola? ¿Qué contestas?

–Que este pasadizo secreto debe llevar a la cocina.

– ¿Lo exploramos?

–Sí. Encenderé una vela.

–Os acompañaré yo también –dijo Muley.

–No, señor –objetó Nikola. –De momento sois más necesario aquí, ya que los negros atacarán de nuevo y acaso en unión de los kurdos. Mantenedlos a raya hasta que hayamos realizado la exploración.

–Procúrame un farol verde.

– Lo buscaremos, si puede ser.

Los dos bravos se metieron por la abertura y halláronse en una tan angosta escalera que no dejaba paso más que a una persona de frente. El griego, con la vela en una mano y el yatagán en la otra, empezó a bajar, sin producir el más mínimo ruido, seguido del albanés. Según iban bajando, el olor a grasa era más intenso, hasta tornarse casi asfixiante.

A los doce peldaños continuaron por un corredor que describía una enorme curva y se encontraron frente a una puerta mohosa, cerrada por aquel lado con un par de grandes barras de hierro.

–Este pasadizo no debía ser conocido ni siquiera por Haradja posiblemente. Hace años que nadie ha abierto esta puerta.

– ¿No has observado en la parte de arriba dos minúsculos agujeros ovales?

–Sí, Mico. Por ese punto es por donde sale el tufo.

– ¿Nos será posible abrir?

–Espero que sí. Intentemos.

– ¿Hay luz en la cocina?

–No. Los cocineros habrán aprovechado el alboroto para emborracharse con vino de Chipre. Intenta abrir en tanto que yo vigilo

Sin gran esfuerzo consiguió el montañés levantar las barras y abrir la puerta que rechinó debido a sus resecos goznes, y descendiendo tres escalones se encontraron en una inmensa cocina.

–En primer lugar a la despensa –aconsejo el griego.

Había dos enormes armarios cerrados con una rejilla de alambre, pero las llaves estaban echadas. Los dos hombres, sin prestar atención a un nuevo disparo de culebrina que debía haber ocasionado más destrozos en el cuarto del bajá, se entregaron al saqueo de la despensa, muy bien provista debido a los numerosos moradores que siempre había en el castillo.

Se apoderaron de buena cantidad de fiambres de aves y caza que debían estar preparados para el almuerzo del siguiente día, pan, empanadas dulces, y seis u ocho botellas de vino de Chipre, trasladaron todo aquello hasta los primeros peldaños de la escalera secreta y regresaron.

–Ahora, Mico, podemos continuar nuestra exploración Ya tenemos garantizada la comida por lo menos para todo un día Mañana, en ultimo caso, realizaríamos una nueva incursión, en tanto que duermen los cocineros. ¡Ah! ¡Si nos fuera posible averiguar donde se encuentran los almacenes!

–Nada más sencillo –respondió el albanés alzando el yatagán como si quisiera matar a alguien.

– ¿Sabes tu como?

–Yo no. Aquí tenemos, sin embargo, un hombre que nos lo notificará.

Rodeó una gran mesa y se puso frente a un cocinero, grueso como un tonel, que tumbado en una vieja otomana roncaba tranquilamente.

–Es una verdadera suerte, en el supuesto de que nadie nos venga a interrumpir.

–Los kurdos y los negros están ocupados en exceso en este instante para pensar en las cocinas.

Nikola acerco la vela a la cara del durmiente y le tostó ligeramente las barbas.

El desgraciado abrió los ojos y pretendió lanzar un grito, que Mico sofoco en su garganta, apretándole el cuello.

–Calla o te mato –le amenazo el griego.

–Soy un desdichado…

–Por esa razón no te haremos el menor daño, siempre que nos contestes a unas preguntas y nos obedezcas.

–Pero –tartamudeó el infeliz –si sois los emisarios del sultán, ¿como os encontráis aquí?

–No te interesa –replico Nikola que seguía amenazándole con su yatagán. –Levántate ahora mismo y condúcenos.

– ¿A que lugar, señores? –indago el cocinero con temblorosa voz. – ¡Tened compasión de mi! ¡Ay!

La exclamación de espanto se le escapo al escuchar algunos disparos de arcabuz y uno de culebrina que sonaron casi al mismo tiempo.

– ¿Conoces en que lugar están los almacenes de la fortaleza?

– ¿Que almacenes?

–Donde guardan todos los objetos necesarios para las chalupas y las galeras.

–Aquí al lado, señor.

–Guíanos si aprecias tu piel.

El cocinero, que posiblemente había bebido mucho chipre aquella noche, miro con turbación a su alrededor, suspiro y tartamudeo.

–Seguidme, señores. Pero os ruego que no digáis nada a Sandiak. Es tan perverso como la señora.

–No te molestara más, puesto que ha muerto.

–Pero estará el otro, que es mas malvado.

– ¿E1 armenio?

–Si, Hassard.

–Te garantizo que no te molestara más tampoco. Vamos.

El cocinero se pasó una mano por la despejada frente, como si pretendiera apartar de ella los vapores alcohólicos, y luego de avanzar unos pasos alcanzo una puerta muy cerca de la cocina, hizo girar la llave puesta en ella y abrió. En una espaciosa estancia distinguieron amontonadas chalupas, remos, palos, velas, maromas y numerosos faroles de diversos tamaños.

–No cabe duda de que Mahoma nos protege –arguyo el montañés, precipitándose, con gran extrañeza del cocinero, hacia los faroles de galera.

–Busca, busca.

–Ya lo tengo

– ¿Verde?

–Claro.

–Esto es mejor que las provisiones.

Tomó del suelo una cuerda que se había desprendido de un montón de remos, la partió en dos y dirigiéndose al cocinero, que le contemplaba con espanto, anunció.

–Y ahora, querido, permíteme atarte de pies y manos. Corta un trozo de vela para hacer una

mordaza, Nikola

– ¿Que pretendéis hacer conmigo?

–Nada más que volverte inofensivo.

–Encerradme bajo llave en una despensa y os prometo no lanzar ni un grito.

–No, querido –repuso el implacable griego. –Estira las piernas y los brazos.

– ¿Pensáis matarme?

–No, hombre –le tranquilizó Mico. –Mañana degollarás de nuevo capones y ánades para llenar el estómago de los kurdos, los negros y las mujeres.

– ¿Me lo juráis?

– ¡Por las barbas de Mahoma! No charlemos más.

El desdichado obedeció, tembloroso. El griego le ató y después, entre los dos, le introdujeron en una canoa vieja.

–Aquí puedes seguir pacíficamente tu sueño. Mañana el primero que entre te desatará.

El desgraciado estaba más muerto que vivo.

Mico examinó el farol, igual al que destrozaran con sus disparos los kurdos, observó que tenía buena provisión de aceite y abandonó el almacén con él. Nikola cerró la puerta, tal como la encontraran, pasó a la cocina, con las botellas, y ascendió de cuatro en cuatro las gradas de la angosta escalera.

EL FAROL VERDE

Como era de suponer, los negros, estimulados por Hassard, a pesar de que sufrieron pérdidas en el primer asalto, reanudaron el ataque, secundados por algunos kurdos y numerosos esclavos, más decididos estos últimos a huir que a luchar.

Se habían obstinado contra una sola puerta, como si desconocieran la existencia de la otra, y pretendían destrozarla por medio de hachazos.

La madera, que era muy dura, ya que se trataba de auténtico roble de Candía y de cinco dedos de grosor, sostenida, por añadidura, por las fuertes barras de hierro, ofrecía una tremenda resistencia. De cuando en cuando, entre uno y otro hachazo, se oía el armenio exclamar con ira:

– ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Solamente son ocho! ¡Adelante! ¿Vais a tener miedo? ¿Qué diría la señora si se enterase? ¡Aniquilad, destruid, matad, vengad al capitán!

Los seis hombres sólo esperaban un nuevo boquete para disparar de nuevo, sin temer la irrupción, ya que los sólidos muebles macizos formaban una soberbia barricada, detrás de la cual podían resistir vigorosamente.

En el preciso instante en que el griego y el albanés regresaban por el pasadizo secreto, los negros lograban destrozar toda una tabla sobre la última barra de hierro y los cuatro venecianos, preparados ya de antemano, descargaron sus arcabuces, huyendo los atacantes, como hicieron anteriormente, entre gritos de horror, sin prestar atención a los alaridos, maldiciones e insultos de Hassard. Aunque la descarga había sido efectuada con excesiva premura, alguien debió caer muerto o herido de gravedad y rodó por las escaleras, ya que se distinguió un ruido sordo, acompañado de una queja.

En aquel momento llegaban Nikola y Mico. Este dejó el farol y se fue en busca de las provisiones. El León de Damasco lanzó una exclamación de júbilo al verlo y preguntó:

– ¿Cómo y dónde lo habéis encontrado?

–Eso es lo menos importante de momento, señor Muley. Lo interesante es que disponemos de él.

Y el griego lo encendió con la mecha de un arcabuz.

–Es nuestra salvación.

–Lo único malo es que no lo dejarán alumbrar demasiado tiempo.

–Es suficiente que brille unos instantes, con mayor motivo ahora que las galeras del almirante no deben encontrarse muy distantes de Hussif.

– ¿Atraídas acaso por las descargas de las culebrinas de los kurdos?

–Si, Nikola.

–Vamos a colocarlo, ya que ha interrumpido el fuego.

–No tardaran en continuarlo. Pero no nos causaran grandes daños.

–Haradja será quien pague los desperfectos.

Se trasladaron a la habitación reservada al bajá, donde habían ocasionado nuevos deterioros los proyectiles disparados por las culebrinas, mientras los unos se hallaban abajo y los otros en la estancia asediada, y luego de asegurarse con un rápido examen que no brillaba ninguna mecha en el reducto, pusieron el farol verde en la ventana, al igual que en las dos ocasiones anteriores.

– ¿Distingues algo, Nikola?

–Si, señor. La flota se aproxima Los ocho puntos luminosos no deben estar ni siquiera a dos millas.

–En tal caso mañana habrá combate. Los venecianos conquistaran seguramente el *hisar.*

–Son gentes habituadas a asaltar los castillos fuertes y las resistentes fortalezas de Dalmacia y Morea.

–Pero, ¿se tratara en efecto de la flota?

–Ya sabéis que poseo buena vista.

–Lo sé.

–Entonces confiad en mí y bajad en seguida la cabeza. No os detengáis.

– ¿Que ocurre? –inquino Muley, obedeciendo.

La respuesta fue instantánea. Un proyectil de culebrina dio con matemática exactitud en el farol verde, arrojándolo al medio del aposento.

El griego contemplo al León con aspecto desalentado.

–Es lo mismo. Ha estado brillando un minuto y el almirante habrá tenido ocasión de fijarse en el. La tercera señal era la que interesaba.

Pasó aproximadamente un minuto en un profundo silencio y de improviso Muley, con jubilosa expresión, dijo:

– ¿Oyes, Nikola?

–Si, señor. Es un distante cañonazo.

–Disparado sin duda por la escuadra.

–Eso creo. Pero, ¿que hacen los kurdos?

–Encienden la mecha y se disponen a contestar

–Pólvora gastada en vano.

–Claro. ¡Cuidado! ¡Baja la cabeza!

Otra bala de culebrina atravesó la estancia y destrozo un antiguo y valioso armario árabe, en cuyo interior había riquísima porcelana, adquirida tal vez en Persia o Afganistán.

– ¡Pobre Haradja! Un poco más que tarde en volver y no hallara ni cocina.

–Ni siquiera a sus criados –añadió el León, aproximándose rápidamente a la ventana y descargando su arcabuz.

Unos cuantos arcabuzazos respondieron al suyo y la voz del armenio se dejo oír aguda y feroz.

– ¡Os asaltan! ¡Defended el *hisar* hasta derramar la última gota de vuestra sangre!

Se oyeron después diversos cañonazos disparados desde las terrazas y desde uno de los fortines del puerto.

La flota veneciana se encontraba ya a tiro y disparaba ininterrumpidamente, ocasionando grandes deterioros en las defensas y en la parte exterior de la fortaleza. Al poco rato empezaron a caer algunas balas de piedra, a pesar de que los venecianos no usaban mucho las bombardas.

Los ocho asediados, puesto que ya los negros no les atacaban, procuraban distraer con tiros de arcabuz, disparados por la espalda a los artilleros kurdos.

Las descargas eran incesantes, alternando con algunos disparos efectuados por los negros que habían acudido a defender la escalera, al mando de Hassard, transformado de pronto en un hábil y experto militar.

La escuadra, tras haber arrojado un centenar de proyectiles, avanzo decididamente hacia el castillo para anclar en la ensenada y desembarcar a sus guerreros. Los turcos poseían un fortín, casi adentrado en el agua, defendido por seis enormes culebrinas para impedir el acceso al puerto de los navíos enemigos. Hassard, en unión de los negros y cuatro cabos artilleros turcos, se metió en el, esperando ofrecer tenaz resistencia. Por desgracia se olvidaron –o no tuvieron tiempo –de echar la gran cadena que cerraba la embocadura del puerto, y las primeras galeras venecianas pudieron penetrar y continuar el bombardeo, que interrumpieran para efectuar aquella maniobra.

El almirante, recelando que pudieran preparar alguna trampa y desconociendo los hombres de

que la guarnición disponía, antes de mandar echar al agua las chalupas para sus fuerzas de desembarco que habían de asaltar la angosta y peligrosa escalera, resolvió silenciar el fortín.

Cuatro galeras, a una señal empezaron a bombardear el reducto, en tanto que las otras cuatro, fuera del puerto, disparaban con bombardas y culebrinas contra la fortaleza. La lucha no podía prolongarse mucho tiempo. Hussif, sorprendido casi sin defensa, había de caer en seguida como consecuencia del violento y doble ataque – ¡Valor, hijos! –exclamaba el almirante, apoyándose en su sobrino, ya que aún no tenía cicatrizada la herida de la pierna. –Recordad las espantosas matanzas de Nicosia y Famagusta. Recordad que este castillo era ya nuestro y se apoderaron de él los turcos.

El fortín quedó muy pronto casi arrasado. Durante un cuarto de hora negros y kurdos se sostuvieron firmes y valerosos, disparando de continuo las seis grandes culebrinas. Pero observando que aquel huracán de hierro no cejaba recurrieron a la fuga, suponiendo acaso que arriba podrían ofrecer la mayor y más vigorosa resistencia. Por desgracia para ellos antes de alcanzar los últimos escalones de la empinada y estrecha escalera la metralla arrojada por las galeras venecianas del puerto los alcanzó, y únicamente Hassard y unos cuantos negros, heridos de más o menos gravedad, pudieron ocultarse en el *hisar.*

–La chusma escapa y el fortín ha sido abandonado –dijo el almirante. –Vamos ahora a comprobar qué les ha pasado a nuestros amigos.

–Me parece, tío, que han sido atacados, pero se defienden con bravura. Escucha los disparos que suenan en aquella ventana en la que observamos el farol verde.

–Mayor motivo aún para mandar a nuestros guerreros al ataque. ¡Ah, maldita pierna! ¡No poder ir yo al frente de mis hombres, como en Durazzo y en Morea!

–Yo lo haré en tu lugar, tío –contestó el joven, digno sobrino de tan extraordinario héroe.

Se botaron al agua rápidamente las barcas y las fuerzas de desembarco, con las armaduras puestas y los arcabuces preparados, se precipitaron al asalto, sin atemorizarse por las balas disparadas por los del castillo, que no dejaban de abrir fuego. Doscientos hombres, veteranos en semejantes luchas, bajo el mando del sobrino del almirante, desembarcaron junto al fortín, ya abandonado.

– ¡A libertar al León de Damasco, la mejor espada de la Cristiandad!

Las galeras que permanecían fuera del puerto, y que podían disparar certeramente casi con absoluta impunidad, advirtiendo el desembarco, descargaban continuos tiros contra el fuerte para impedir que los artilleros abandonaran sus puestos y pudieran acudir a defender la escalera. Entretanto, las ancladas en la ensenada ametrallaban a los esclavos y negros de las troneras, que, convertidos en defensores, descargaban sus arcabuces y pistolas.

Los doscientos venecianos subieron con gran celeridad y sigilosamente las escaleras para coger desprevenidos a los kurdos que proseguían disparando desde el reducto. En un momento y sin sufrir ni una baja, ni tener siquiera un encuentro, ya que la mayoría de los negros habían huido del castillo, tal vez en dirección a los pantanos, como con anterioridad lo hicieran las mujeres y los pajes, alcanzaron el gran patio y se lanzaron contra el reducto, apuñalando fieramente a los kurdos que disparaban las culebrinas.

– ¡Venecia! ¡Venecia! –gritó el sobrino de Veniero al distinguir en la ventana un grupo de hombres armados con arcabuces. – ¡Abandonad las armas o subimos al asalto!...

– ¡Somos amigos! –exclamó Muley. – ¡Subid! Están abiertas las puertas.

Ya nadie ofrecía resistencia en Hussif. Los pocos que habían salvado la vida huían al campo, ocultándose entre los grandes estanques pantanosos, que ya no eran mortíferos desde que desaparecieron las sanguijuelas. Tras quitar las barricadas y barras que protegían las puertas, los venecianos entraron.

– ¡Señor Muley! –exclamó el sobrino del almirante yendo al instante a su encuentro. – Teníamos la certeza de que os hallaríamos con vida. Ya no os apresarán de nuevo los turcos.

–Poco a poco, señor Lorenzo. No cantemos aún victoria y marchémonos de aquí lo antes posible.

– ¿Qué peligro nos amenaza? Han huido todos y Nicosia se halla a excesiva distancia de Hussif para que puedan venir los jenízaros.

–El peligro procederá del mar, señor Lorenzo. Abandonó este lugar una barca y tenemos fundadas razones para recelar que en dirección a Candía.

– ¿A solicitar ayuda de Alí?

–Como mínimo a prevenir a Haradja de nuestra presencia en el castillo como emisarios del sultán.

–Esto es grave.

–Eso creo.

–Pues ya hemos conquistado el castillo y nos es imposible mantenernos en él, lo incendiaremos. De esta manera cuando retorne Haradja, la tigresa, hallará su guarida arrasada.

–Os lo pensaba proponer.

El sobrino de Veniero dio algunas instrucciones a sus hombres y después dijo a Muley:

–Acompañadme, señor. Mi tío se sentirá muy satisfecho de veros y saludar a vuestro padre.

Los venecianos, conducidos por Mico y Nikola, se precipitaron a través de habitaciones y cocinas, acumularon telas, rociaron todo con pólvora y aceite y prendieron fuego. En breve tiempo imponentes nubes de humo envolvieron a Hussif, el maldecido y temido castillo de Haradja, que empezaba a incendiarse.

Entretanto, las trompas sonaban a bordo de las galeras requiriendo a sus hombres. ¿Se cernía algún peligro sobre la flota? Nikola, al llegar a la terraza, examinó con su mirada de águila el horizonte.

– ¡Se aproximan! –exclamó. –Los capitanes venecianos con sus catalejos los han avistado. Casi no nos queda tiempo para marchar a bordo.

Y dirigiéndose a Muley-el-Kadel, que ayudaba a su padre a descender las escaleras, le apremió:

–Aprisa, señor Muley. He distinguido varias naves que avanzan hacia Hussif.

– ¿Son naves turcas?

–Llegando de poniente, es decir, de Candía, no pueden ser venecianas. El endiablado armenio hizo prevenir a Haradja y ahora nos encontramos otra vez en peligro.

Las trompas de la flota sonaban con mayor fuerza, en tanto que el castillo empezaba a envolverse en inmensas llamas, haciendo añicos los vidrios y devorando el maderamen, que crepitaba. Enormes nubes de humo se extendían sobre las terrazas y flotaban por encima del Mediterráneo.

En cinco minutos todos se encontraron a bordo, y tras levar las anclas, las cuatro galeras abandonaron la cala a remo y se reunieron con las que quedaron fuera.

Sobre todos los palos habían sido desplegadas banderas rojas, como aviso de próxima batalla, y se cargaban con premura culebrinas, bombardas y pedreros. Los venecianos, que ya empleaban catalejos de largo alcance, habían observado a tiempo, porque la noche era clara y se hallaba muy próxima la aurora, las velas enemigas.

– ¿Suponéis que manda esa escuadra el bajá mismo? –interrogó Veniero a Muley, que se hallaba con sus compañeros en el puente.

–No lo creo. No habrá querido marchar de Candía.

–Acaso se trate de la flota de Alí Arab –aventuró Nikola.

– ¿Es una flota poderosa?

–Se compone de unas veinte galeras.

–Excesivas. No nos es posible más que disparar algunos cañonazos y huir en dirección a la ensenada de Capso.

– ¿De nuevo? –inquirió el León.

–Es el lugar de reunión de la flota veneciana. Por otra parte, vos debéis retornar a Candía para ir en busca de la duquesa. Ahora que aún hay ocasión es mejor que abandone la ciudad asediada, y con el auxilio de Damoko y de sus amigos podrá llevarlo a cabo. Acordaos, Muley, del espantoso asalto a Famagusta. Esa gentuza de turcos son capaces de repetir aquellas sangrientas escenas en Candía y podéis suponer lo que le ocurriría a vuestra esposa.

–Estáis en lo cierto, almirante... pero ¿y mi hijo?

–Encontrándose en las galeras de Alí-Bajá, no penséis en este momento en ponerlo a salvo. Ahora ocupaos de la duquesa. Los turcos se encuentran enfurecidos por la tenaz resistencia que los venecianos les ofrecen, y si llegan a conquistarla pasarán a cuchillo a cuantos queden con vida.

–Ya lo sé... ¡Oh, Leonor! Aunque ocurra lo que sea, la sacaré de Candía. Tenéis razón. Antes que nadie, ella.

–Y regresaréis a la rada lo más de prisa posible, ya que a no tardar vamos a tener importantes novedades.

– ¿Qué novedades, señor almirante?

–Me he enterado de que todos los países cristianos han decidido por fin asestar un golpe decisivo al poderío turco. España, Austria, el Papa y Génova están equipando sus naves para auxiliar a la Serenísima. De aquí a veinte o treinta días espero que se adentrarán por el Adriático doscientas o trescientas naves y con ellas confío en que demos una adecuada lección a los mahometanos. Un hermano del muy poderoso Felipe II, e hijo natural del antiguo emperador Carlos V, parece ser que tendrá el mando de esta escuadra.

– ¿Es valeroso y experto en cuestiones de mar?

–Según me han notificado, mucho.

– ¡Oh! De todas maneras allí me encontraré yo.

Enfocó el catalejo en dirección a poniente y al cabo de un momento, dirigiéndose hacia el griego, inquirió:

– ¿Cuántas galeras se aproximan, Nikola?

–Dieciocho, señor almirante. Mis ojos ven tan bien como vuestro tubo.

– ¡Qué extraordinaria vista tenéis! Parece que tengáis un anteojo de éstos en cada ojo.

– ¿Es exactamente ese número?

–Exacto.

–En tal caso se trata de la flota de Alí Arab.

–He oído elogiar la osadía de ese discípulo de Alí-Bajá.

– ¿Aceptaréis el combate?

–Me es muy necesario conservar mis naves, señor Muley. La Serenísima, a pesar de que está construyendo a marchas forzadas, no tiene casi escuadra y no es cuestión de arriesgar el grueso de ella, hoy por hoy, en batallas parciales y sin resultados efectivos. Por otra parte, somos ocho contra dieciocho, y a pesar de que nuestras galeras sean de mayores dimensiones, más veloces y estén mejor armadas, no me interesa. Nos daremos a la fuga bombardeándolas y marcharemos a la ensenada de Capso.

Tomó la bocina y, con voz aún fuerte, dio al instante algunas órdenes, que el viento trasladó

fácilmente desde su puente al de los otros siete navíos. Al momento se alteró el rumbo. Los remeros impulsaron, haciéndolas saltar, las ocho galeras, en tanto que el *hisar* de Hussif ardía como descomunal hoguera alumbrando con sus llamaradas el mar en una gran extensión.

Nadie pensaba en extinguir semejante incendio. Los escasos negros y kurdos huidos no se sentían capaces de retornar al castillo, imaginándolo aún en manos de los venecianos, y presenciaban a distancia, con las mujeres, los esclavos y los servidores el trágico espectáculo.

Y mientras Hussif se quemaba crepitando, Alí Arab ordenaba acelerar la marcha de sus naves para cerrar el paso a los venecianos y destruir o apresar sus galeras. Pero Veniero no era hombre que se dejara capturar, sobre todo disponiendo de mayor número de remeros y siendo sus barcos más veloces. Avanzó, por tanto, en doble columna en dirección al norte para eludir el peligroso combate.

–Se acuerda con demasiado retraso el musulmán –dijo a Muley. –Si confía en que me anime y caiga en la trampa, se engaña. Me es indiferente que me llame *prudente.*

Dirigió una ojeada hacia las galeras turcas, que aceleraban la marcha para cortarle el paso, y ordenó con la bocina:

– ¡Fuego de bordo y después disparar con los cañones de popa!...

Las doscientas culebrinas de la escuadra, todas de más alcance que las turcas, despidieron imponentes descargas que atronaron el espacio, envolviendo los puentes con humo tan espeso, que por unos momentos los tripulantes no pudieron distinguir nada. Luego siguió el fuego de las bombardas y pedreros, más aconsejables para un asedio que para una batalla naval.

Los turcos no fueron remisos en responder con sus cañones de proa, no permitiéndoles la situación emplear las baterías laterales. Diversos proyectiles cruzaron por encima de las galeras venecianas, que escapaban igual que gaviotas, matando a unos cuantos hombres y ocasionando algunos desperfectos en el casco y la arboladura.

Alí Arab, ya que en realidad era el teniente del lugarteniente de Alí-Bajá, al ver escapársele la presa amplió más su línea de ataque con grave peligro. Y los venecianos escogieron dos galeras que con extraordinaria osadía se habían despegado del grueso de la flota y pretendían abordar a las galeras venecianas y dispararon sus piezas sobre ellas, desarbolándolas y provocando numerosos estragos.

Tras de esto la refriega se dio por terminada. Las galeras venecianas adelantaron otra vez y prosiguieron su huida, disparando de cuando en cuando sus culebrinas de las torres de popa, únicas que podían abrir fuego sin aminorar la marcha.

–Alí Arab afirmará que he sentido temor –adujo el almirante, dirigiéndose a Muley. –Me da lo mismo. He conseguido en mi vida demasiadas victorias y los turcos saben bien todo el perjuicio que les he ocasionado. Ya nos enfrentaremos de nuevo en otra situación, Arab, y tú o yo naufragaremos en el Mediterráneo.

Los turcos, aunque habiendo perdido ya toda esperanza de dar caza a las galeras venecianas y tomarlas al abordaje, proseguían la persecución, realizando un considerable e ineficaz derroche de pólvora y municiones. El almirante Veniero había ordenado no contestar al cañoneo de los mahometanos para economizar proyectiles, que sólo podía renovar en Mesina, donde ya se iban reuniendo poco a poco las naves de la Cristiandad.

Por espacio de dos horas ambas escuadras siguieron a la vista una de otra, pero paulatinamente la mahometana empezó a desaparecer. Sus pesadas galeras no podían rivalizar en rapidez con las de Venecia.

–Hussif ardiendo y mis galeras indemnes –comentó el almirante. –No podría haber deseado día más afortunado. Ahora vamos a anclar en Capso con el objeto de que podáis dirigiros a Candía en busca de vuestra esposa y la saquéis de allí, lo que será sencillo, porque el sitio, al cabo de dos

años, no es demasiado estrecho.

– ¿No tropezaremos en nuestro camino con Alí-Bajá?

–No, puesto que considera que tiene mucho que hacer en Candía con su bombardeo continuo. Además avanzaremos a bastante distancia de las costas y estaremos alerta.

Al llegar la aurora surgió la fresca brisa del oriente y el almirante mandó izar velas. La escuadra se dirigió hacia poniente igual que una bandada de gaviotas.

Las galeras, tal como indicamos, habían desaparecido y ya ningún estampido perturbaba la calma que reinaba en el Mediterráneo.

LOS ÚLTIMOS BALUARTES DE CANDÍA

Tres días más tarde la flota veneciana anclaba en la ensenada de Capso, en la que en aquel momento solamente se encontraba un *lansko* griego, pequeñísimo velero de unos cuatro metros escasos de eslora y tan abarrotado de géneros diversos que parecía fuera a irse a pique.

No cabía duda de que se había refugiado en aquel lugar por miedo a las galeras turcas que, a pesar del cerco de Candía, realizaban rápidas incursiones por el archipiélago para explorar la llegada de los refuerzos venecianos.

Nada más llegar las naves acudió Damoko, montando un fuerte caballo que parecía de raza turca, en compañía de cuatro de sus amigos, también montados a caballo y armados de una forma extraordinaria.

–Ahí tenéis, Muley, al imprescindible y leal amigo. Él y sus compañeros os ayudarán a entrar en Candía. Ya conocéis lo mucho que vale.

–Sí, almirante.

–Podéis confiar en él totalmente.

– ¿Vos os quedaréis aquí?

–Hasta vuestro regreso.

– En tal caso mi padre permanecerá a bordo de la capitana.

–De acuerdo. Pero no os descuidéis. Traed en seguida a vuestra mujer, ya que los turcos tal vez me descubran y me vería entonces forzado a marcharme. A Damoko le resultará fácil proporcionaros un corcel a vos, otro a Nikola y también a vuestro criado. No cabe duda que, en nuestra ausencia, se ha procurado buena cantidad de caballos turcos.

–No desearía ocasionaros molestias...

–Nada de eso. Si los turcos me fuerzan a marcharme, lo haré. Pero os garantizo que volveré en busca vuestra.

Mientras tanto Damoko y sus camaradas habían subido a la nave almirante. En seguida se preparó la expedición para ir a salvar a la duquesa antes de que fuera asaltada la ciudad pues se tenía noticia de que, literalmente arrasada por los proyectiles de las bombardas, resistía por un auténtico milagro, puesto que torres y torreones habían soportado excesivo cañoneo en el transcurso del prolongado asedio.

Al anochecer, un amigo de Damoko saltó a tierra para procurarse caballos, numerosos en todas las granjas de la isla debido a que los merodeadores turcos que cometían la imprudencia de acercarse en exceso a ellas eran abatidos a balazos, ya que la mayoría de los granjeros eran por necesidad soberbios tiradores, obligados a mantenerse de la caza.

A la siguiente mañana, hacia las cinco, ocho caballos de muy buena raza pisoteaban la arena.

–Con esos corceles árabes –indicó el almirante a Muley –podéis efectuar una velocísima carrera. Candía terminará por llenarse de caballos turcos. Para algo habrá servido esta contienda a los isleños. Id y regresad cuanto antes, por las razones que antes expuse.

El León de Damasco, luego de abrazar a su padre y tranquilizarlo descendía a tierra a las siete en unión de su escolta. Todos iban armados con arcabuces, pistolas y armas blancas. Se despidieron por última vez y fueron aclamados por los venecianos con vítores y los ocho hombres subieron sobre sus caballos y desaparecieron al instante tras las alturas de las cercanías.

Damoko y Nikola, que eran los que conocían mejor la isla, marchaban delante, y hacia medianoche los ocho jinetes se encontraban en la granja del primero. Luego de haber comido y descansado, el León pretendió continuar el viaje.

–No sigamos, señor –adujo el cretense. –Resultaría muy peligroso llegar a Candía de madrugada.

– ¿Y hemos de permanecer aquí hasta mañana por la tarde?

–Sí, señor. No habiendo efectuado señal, no nos sería posible aproximarnos a los bastiones sin ser muertos o heridos por la metralla o los arcabuzazos.

– ¿Qué señal hay que hacer?

–Encender un farol rojo.

–Conformémonos y aguardemos.

–Por otra parte, señor, quiero mandar a un par de amigos a que espíen las cercanías de la ciudad. No conocemos hasta qué extremo estrechan los turcos el sitio.

– ¿Se encontrará cercada Candía hasta el punto de volver imposible nuestra entrada en la ciudad? Estoy anhelando ver a mi esposa y ponerla a salvo, antes de la ruina final. Ya no podrán aguantar demasiado los venecianos.

–Desde luego, señor. Su valentía no será suficiente para salvar la enseña de la República, como no sea gracias a un milagro.

–Y es posible que ocurra, Damoko.

– ¿De qué forma?

–Las naciones cristianas, cansadas de la arrogancia turca, parece que han resuelto asestarles el golpe definitivo.

– ¿Quién os lo ha comunicado?

–El almirante.

–En tal caso algo de cierto debe de haber en ello. Pero para Candía será ya demasiado tarde.

– ¡Cualquiera sabe!

El cretense hizo un gesto de incredulidad con la cabeza. Después, en silencio, puso la mesa, presentando medio cabrito asado y algunos panes durísimos, además de unas botellas de vino blanco que habían traído de la bodega.

–Cenemos.

Así lo hicieron y con buen apetito los ocho. Luego se dispusieron a dormir otra vez todos, con excepción de uno, cuya misión era velar por los demás. La noche transcurrió tranquila y hacia la madrugada los campos proseguían desiertos.

–Esta tarde continuaremos el viaje –anunció Damoko a Muley. –Un par de mis amigos irán, tal como os dije, a explorar y si, como espero, el acceso a Candía es factible, a media noche pasaremos los bastiones.

Tras de haber almorzado, dos cretenses montaron, en efecto, a caballo y en seguida desaparecieron tras los viñedos.

Para los que quedaron, y sobre todo para el León de Damasco, las horas de espera se hicieron interminables. Al crepúsculo, los exploradores, con los caballos sudorosos, volvieron a la granja.

– ¿Qué sucede?

–El sitio continúa de la misma manera. Será bastante sencillo para un grupo de hombres audaces penetrar en Candía.

– ¿Por dónde? –indagó Damoko. – ¿Por el bastión de Malamocco?

–Queda sólo el puente de la Lid libre del asedio. Los restantes tienen delante las pasarelas turcas con bombardas y culebrinas.

– ¿Así que el sitio es casi absoluto? –indagó Muley.

–Casi, señor. Incluso las colinas que se levantan en dirección al sur de la plaza han sido tomadas. Cierto es que miles de turcos yacen sin enterrar en el fondo del barranco.

– ¿De manera que opinas que podemos entrar?

–Sí, señor.

– ¿Y no habéis topado con exploradores? –interrogó Damoko.

–Al parecer no osan realizar incursiones desde que hace unos días los venecianos realizaron una salida desesperada.

– ¿Cómo os habéis enterado de eso?

– Por uno de nuestros hermanos escondidos en el campo al acecho de esa gentuza.

Ensillaron los caballos, les dieron nuevo pienso y al caer la noche cabalgaron y partieron al galope.

Damoko llevaba oculto bajo su capa un pequeño farol rojo, para poder aproximarse al bastión.

–Si no morimos, penetraremos en Candía.

–No moriremos, se entrará en Candía.

–No se morirá, señor Muley. Los venecianos están informados de la señal y no abrirán fuego. Por el contrario, echarán al instante el puente levadizo. Sólo me inquietan esos endiablados exploradores que escogen la noche para sus sorpresas. Por fortuna jamás van en gran número y somos muy capaces de acometerlos y terminar con ellos, tal como hicimos en mi granja hace breves días.

En Candía retumbaba el cañón. Las culebrinas dejaban oír sus secos estampidos; las bombardas su fragor imponente. Siniestros ecos que quebraban el silencio. Aunque lejanos, los jinetes distinguían los grandes proyectiles de piedra que cruzaban el espacio semejantes a bólidos, dejando detrás de ellos largas estelas de chispas, y percibían el estrépito que ocasionaban al abatirse sobre las míseras viviendas de Candía, ya medio arrasadas en los veintiocho meses de cerco.

Entre las diez y las once de la noche llegaron delante de los bastiones occidentales de Candía. Damoko se orientó en seguida y, tomando una larga pértiga, prosiguió su avance. A unos quinientos metros la clavó en tierra y puso sobre ella el farol. Todos desmontaron aguardando la señal del fuerte para seguir su marcha con seguridad. Pasaron unos minutos sin que los venecianos contestaran a esa señal, y de improviso Damoko apretó con fuerza el brazo de Muley.

–Ahí tenemos a esos malditos.

– ¿Cuáles?

–Las patrullas turcas.

– ¿En dónde?

–Acaban de aparecer tras de aquel bastión.

– ¡La señal! –anunció en aquel momento Nikola. –Los venecianos han contestado.

–Ya era hora. Ahora hay que librarse de los merodeadores.

Algunos hombres habían surgido en el bastión en torno a una luz roja. Y en ese preciso instante un grupo de ocho o diez guerreros turcos se precipitaba a galope tendido en dirección a los cristianos, clamando:

– ¡Los cristianos! ¡Los cristianos! ¡Muerte! ¡Muerte!

– ¡A caballo! –ordenó el León. –Descarguemos los arcabuces y después atacaremos con las espadas.

En un santiamén cabalgaron los ocho y apuntaron a los exploradores turcos. Pero no tuvieron ocasión de abrir fuego. En su lugar lo habían hecho los venecianos, cogiendo de través a la patrulla turca, que enarbolando las cimitarras continuaba exclamando:

– ¡Los cristianos! ¡Muerte! ¡Muerte!

La metralla del bastión mató cinco o seis caballos y abatió, muertos o heridos, a seis o siete turcos.

Los demás, espantados, se dieron a la fuga desordenadamente, dirigiéndose al campamento turco y provocando una alarma innecesaria, por lo tardía.

– ¡En marcha! –dijo Muley, que acababa de oír rechinar las cadenas del puente levadizo.

Mientras avanzaba, empinándose sobre los estribos, gritaba:

– ¡Soy el León de Damasco! ¡No disparéis!

A los breves minutos eran recibidos por una veintena de venecianos.

–Tú, Damoko, explica a estos señores la razón de nuestra vuelta. Y vosotros, Nikola y Mico, acompañadme a la torre en que vive mi esposa. Tened preparados los caballos, ya que antes del alba nos marcharemos.

Saludó al comandante del bastión, se fue acompañado de sus dos fieles amigos y pronto llegó al torreón que el capitán general pusiera a disposición de la duquesa.

–Aguardad aquí y ensillad uno de esos caballos. Si no escapamos esta noche, ya no veremos de nuevo al almirante. Las horas de Candía se hallan contadas.

–Id, señor –respondieron Mico y Nikola. –Nos encontraréis preparados.

Muley subió la escalera, en forma de caracol, que se hallaba casi derrumbada y alcanzó el primer piso, penetrando en un amplio cuarto, amueblado con dos camas y en el que la luz entraba por un par de troneras.

La duquesa, que acaso acababa de regresar de una exploración o de una visita al capitán general, llevaba la armadura puesta, aunque no el yelmo, y descansaba en uno de los lechos, oprimiendo todavía en la mano derecha la espada.

– ¡Leonor! –exclamó el León de Damasco, acercándose vehementemente a ella.

La duquesa abrió sus bellísimos y profundos ojos y alargó los brazos, ciñendo el cuello del fuerte guerrero.

– ¡Tú, Muley!... ¡Has vuelto!

– ¡Sí, amor mío, y casi no llego a tiempo!

– ¿Qué hay de nuestro hijo?

El León hizo un gesto, desalentado.

–No ha sido posible salvarlo. El almirante veneciano no dispone de las suficientes fuerzas para librar un combate con la flota turca, que cuenta con trescientas galeras.

– ¿Continúa todavía a bordo de la nave almirante?

–Sí, Leonor. Pero espero que no siga por mucho tiempo, ya que todas las naves de las potencias cristianas se están concentrando en Mesina para asestar un golpe final a los mahometanos. El día que se libre el combate nosotros estaremos allí y asistiremos al abordaje de la galera de Alí-Bajá.

– ¿Y tu padre?

– Salvado y el castillo de Hussif incendiado.

– ¿La guarida?

–Sí, Leonor.

– ¿Cómo has hallado a tu padre?

–Robusto y vigoroso; casi no ha sufrido.

– ¿Está curado?

Muley-el-Kadel esbozó una sonrisa.

–Nosotros los turcos tenemos duro el pellejo y se nos renueva con facilidad. Somos acaso más fuertes y más resistentes que los cristianos.

– ¿Y qué haremos, Muley?

–Vámonos.

– ¿Abandonamos cuando más se precisan nuestras espadas?

–Los venecianos han de defender una enseña y deben continuar aquí en tanto puedan sostener una espada y una carga de pólvora. Pero nosotros tenemos que pensar en nuestro hijo.

– ¿Y nos marchamos?

–Sí, a reunimos con la flota de Veniero en la ensenada de Capso. Si nos quedamos en este lugar nadie libertará a nuestro Enzo, ya que no nos podrá auxiliar la guarnición de Candía, ya exhausta y más que diezmada.

–Estás en lo cierto, Muley. ¿Se hallará libre el camino?

–Confío en que así sea.

– ¿Con quién nos pondremos en camino?

–Disponemos de una pequeña y valerosa escolta. Acompáñame, Leonor. Las horas de la desdichada ciudad están contadas. El día menos pensado el Gran Visir enviará cien mil hombres contra la plaza y no serán ni las culebrinas ni las espadas venecianas las que puedan retener esa masa de guerreros.

– ¿Y qué ocurrirá?

–Una hecatombe. Algo semejante a lo de Famagusta. Mis compatriotas son excesivamente bárbaros y crueles. Ven; nos esperan.

La duquesa se puso el yelmo, se ciñó la espada y dos pistolas y siguió a su marido, que continuaba llevando el farol rojo. Mico y Nikola tenían ya ensillado el más soberbio caballo, de sangre árabe y con magnífica estampa.

–Vamos, compañeros –dijo el León a los dos valientes, que saludaron a la duquesa. – ¿Te consideras capaz, Leonor, de aguantar una carrera de ocho o diez horas?

–Sí, Muley. El hambre no me ha extenuado todavía, como te imaginas, ya que los venecianos se han privado de todo para que yo tuviera todo lo posible.

– ¿En qué estás pensando, Nikola?

–En los merodeadores que ametrallan los venecianos –repuso el griego, frunciendo el ceño.

– ¿Sientes temor de que nos intenten apresar cuando hayamos salvado el puente levadizo?

–Eso es, señor.

–No obstante, no podemos continuar aquí.

–No os lo recomiendo. Los turcos están deseando acometer la plaza. El sitio se ha prolongado ya demasiado.

– ¿Y deberé exponer a mi esposa a los disparos de la patrulla?

– ¿Es que no me apodaban ellos el capitán Tormenta? Que vengan y mi espada derramará de nuevo sangre mahometana.

–Y además aquí nos tenéis a nosotros, señora. No somos demasiados, pero todos resueltos a morir por nuestros señores.

–Son realmente valerosos. ¿Emprendemos la marcha, Nikola?

–Vamos y resguardémonos de las balas de las bombardas, que esta noche llueven sobre Candía.

–Me pareces muy meditabundo, Nikola. ¿Continúas pensando en los exploradores?

– ¿Qué queréis? Detesto a esa chusma.

–La casa de Damoko no se halla a mucha distancia. Nos cobijaremos en ella.

–Allí podremos resistir y acaso darles otra lección.

– ¡A caballo, Leonor! Deja de momento tus pistolas. –Con las patrullas es más aconsejable el arma blanca.

La duquesa emprendió el galope y todos partieron. Aquella noche semejaba como si los turcos

tuvieran decidido arrasar Candía. Era una auténtica lluvia de proyectiles de piedra la que se abatía sobre la plaza. Como ya quedaban escasas moradas por destruir, derrumbaban las torres.

Por entre las angostas calles, practicadas detrás de los bastiones, las balas caían y se cruzaban zumbando. Los cuatro jinetes, acercándose lo máximo posible a los bastiones para defenderse de los proyectiles, llegaron al lugar donde se encontraban Damoko y sus amigos. El comandante acudió al encuentro de Muley.

– ¿Nos dejáis, señores? –inquirió con acento conmovido.

–Es preciso, capitán.

–Me hago cargo. Tenéis que libertar a vuestro hijo. Lo sabemos y no podemos auxiliaros. ¿Es cierto que las naves de todas las naciones cristianas se están concentrando para luchar contra el turco?

–Sebastián Veniero lo ha asegurado –repuso el León de Damasco.

– ¡Cualquiera sabe! Todo va a depender de la suerte del combate. Los turcos son muy poderosos.

–Cierto. Por mar es muy fuerte su poder.

–Resistirán. ¿Ha retornado alguna patrulla?

–No, señor. Y en el supuesto de que vuelva estamos preparados para ametrallarla. Podéis marchar tranquilos. En tanto que os encontréis a nuestro alcance os ayudaremos. Luego Dios lo hará.

–Gracias, capitán. Espero veros de nuevo algún día, cuando hayamos abatido el poderío turco.

El veneciano hizo un ademán de desaliento.

–Candía terminará sus días como Famagusta –dijo con resignación. –Por otra parte, al trasladarnos a este lugar para defender las últimas posiciones del León de San Marcos en Oriente, teníamos la seguridad de que no habríamos de volver a ver jamás el *campanile* ni la Torre del Reloj. Antes de abandonar Venecia hicimos todos testamento.

–Señores –indicó Nikola, –han bajado el puente y los artilleros están preparados para defendernos.

Se saludaron por última vez y los nuevos jinetes dejaron el fuerte.

La luna había desaparecido y un velo de tinieblas imperaba fuera de las últimas defensas de Candía, baluarte que los turcos, pese a lo valerosas y aguerridas que eran las tropas musulmanas, no habían logrado conquistar.

–Tened los ojos bien abiertos –aconsejó Nikola cuando hubieron pasado el puente –y encended las mechas de los arcabuces. En ocasiones una buena descarga es mejor que una carga a fondo.

Prepararon todas las armas, examinaron a lo lejos la llanura y no viendo a nadie emprendieron el galope.

Aunque ellos se imaginaban a salvo, se hallaban en un error. Los exploradores turcos que pudieron eludir la metralla veneciana se dirigieron al instante al campamento y solicitaron la ayuda de sus camaradas para capturar a los cristianos, suponiendo que los que acababan de penetrar en la plaza la abandonarían aquella misma noche.

Nikola, que, como ya sabemos, era el que tenía mejor vista, los distinguió en seguida.

– ¿No os advertí yo que nos esperarían? No nos va a resultar muy sencillo llegar a la rada de Capso con toda esa chusma acosándonos.

Por fortuna los venecianos del bastión cuidaban de sus amigos.

Al distinguir a los turcos, que galopaban en persecución de los fugitivos desesperadamente, descargaron cuatro cañonazos de metralla, cuyo resultado fue catastrófico para los perseguidores,

que en aquel instante pasaban delante del bastión. Doce o quince se desplomaron acribillados por la metralla, lanzando alaridos de fieras. Pero los que quedaron ilesos continuaron su carrera, dando gritos de muerte contra los cristianos y grandes vivas a Mahoma.

Como ya se hallaban a suficiente distancia para no ser ametrallados les arrojaron cuatro balas, pero no los alcanzaron, ya que los artilleros, por miedo de herir a los fugitivos, apuntaron excesivamente alto.

–No son arriba de quince –anunció Nikola, que los había contado con todo detenimiento. –Nuestros caballos son magníficos y espero que llegaremos a casa de Damoko sin que nos den caza. Cuando lleguemos a la granja haremos lo mismo que en la otra ocasión y los pajarracos tendrán una buena ración de comida. Al instante, señor Muley, marchad delante con vuestra esposa. Nosotros os cubriremos las espaldas.

–Gracias, Nikola –repuso el León de Damasco, poniéndose a la cabeza del grupo.

Los turcos, algunos de cuyos corceles debían haber resultado heridos a consecuencia de la metralla, se iban rezagando en gran manera. No obstante, varios de ellos avanzaban como un torbellino, empuñando las cimitarras y disparando de cuando en cuando con las pistolas, aunque sin hacer blanco debido a los movimientos desenfrenados propios de la furiosa carrera.

Continuaban con sus alaridos de rabia, estimulando a sus rezagados camaradas y dando gritos de muerte contra los cristianos. En algunas ocasiones los perseguidos se daban la vuelta y disparaban sus armas, pero casi siempre sin el menor resultado. Nikola y Damoko alentaban con sus gritos a sus amigos para que no redujeran la rapidez de la galopada, anhelando poner entre ambos bandos la máxima distancia posible.

Y avanzaban a una terrible velocidad entre viñas y chumberas, y a veces sobre huesos humanos, y siempre acosados por aquellos bárbaros sedientos de sangre cristiana. Aunque magníficos jinetes, los turcos no lograban adquirir la menor ventaja y no acortaban ni en un simple palmo de tierra la distancia que los separaba de los fugitivos, los cuales a cada conminación de detenerse y rendirse, sabiendo lo que les aguardaba si hubieran cometido la imprudencia de obedecer, contestaban con pistoletazos y disparos de arcabuz muy a menudo.

– ¿Te fatigas, Leonor? –interrogaba de vez en cuando Muley a su mujer.

–En absoluto y mi montura, a pesar de que debe haber pasado bastante hambre en Candía, se porta magníficamente –replicaba el capitán Tormenta, sin parecer impresionada por aquella persecución.

En Famagusta había presenciado cosas peores y podía afirmarse que se educó entre el fragor de las armas. Por espacio de otra hora los caballos de los fugitivos galoparon desenfrenadamente, perseguidos por la patrulla turca a unos doscientos metros de distancia. De improviso Damoko lanzó una exclamación:

– ¡Mi casa! Un esfuerzo más, compañeros, y tendremos un refugio, que los turcos, aunque fueran un centenar, no podrían tomar con facilidad.

Los cretenses que marchaban detrás abrieron otra vez fuego, matando un caballo.

Al poco rato llegaban a la granja, cuya puerta continuaba abierta.

–Llevad los caballos a la cocina. Cabemos todos con comodidad.

El León de Damasco tomó en brazos a su esposa y entró al momento, en tanto que los perseguidores se detenían y disparaban sus pistolas.

Todos los fugitivos penetraron, llevando los caballos a la cocina, y después los cretenses. Mico, Damoko y Nikola se pusieron de guardia detrás de la puerta con las mechas de los arcabuces encendidas.

–Sitio número dos. ¿Concluirá igual que el otro, Damoko? –interrogó el albanés.

–Confío en que sí –respondió el granjero, que siempre que se encontraba en su casa se consideraba a salvo, contando con que podía confiar en aquellos hombres valerosos y audaces que combatirían en todo momento sin tregua.

El León de Damasco se había sentado ante la mesa con su esposa y encendió una pequeña lámpara de aceite.

– ¿La asaltarán, Muley?

–No. En la otra ocasión nos sitiaron igualmente y nos desembarazamos de ellos con facilidad, matándolos a todos. Estos exploradores turcos solamente son peligrosos en campo raso.

– ¿Qué harán?

– Mandarán a alguno de los suyos a buscar refuerzos. Pero no esperaremos a que vengan. Los cretenses son magníficos tiradores y también Mico es peligroso con un arcabuz en las manos. ¿Oyes?

El albanés había apuntado con mucha calma al jefe de la patrulla y lo hizo caer de la silla con un balazo en la frente. Los turcos, encolerizados por aquella baja, intentaron una furiosa carga contra la granja. Pero viendo que los cristianos salían con los arcabuces dispuestos volvieron las espaldas y se ocultaron prestamente entre el viñedo.

–Carne para esos pajarracos que se sustentan de cadáveres –comentó Mico. –Será la segunda vez que les ofrecemos un soberbio banquete ante tu casa, Damoko.

– ¿Es que regresan al campo, Muley? –inquirió esperanzada la duquesa.

–No hay que confiar en que se cansen. En tanto se halle uno con vida montará guardia frente a la granja. Tenemos que acabar con todos.

– ¿No podremos alcanzar la ensenada de Capso sin caer bajo sus cimitarras?

–No te inquietes. Ya no son más de nueve y aunque se unan a ellos los tres o cuatro rezagados, somos bastantes para enfrentarnos a ellos. En la otra ocasión también se ocultaron en el viñedo y todos murieron dejándonos libres de sus implacables amenazas.

En aquel instante se escucharon otras dos detonaciones y la voz de Mico exclamó jubilosamente:

–Otro pájaro desmontado. Si continúo por estos lugares un par de meses, retornaré a Albania siendo un muy célebre tirador. ¡Bandoleros! ¿No queréis abandonar vuestro campamento? Disparad, amigos, mientras vuelvo a cargar el arcabuz.

Los cuatro cretenses abrieron fuego, reservándose Nikola y Damoko en prevención de una nueva carga.

Los turcos que se encontraban en la viña saltaron a un lado y se hallaron sobre los huesos de sus compañeros.

Entonces huyeron a galope tendido, no sin antes haber disparado sus pistolas sobre los cristianos cobijados en la granja.

Pero aquel galope no duró demasiado. A doscientos metros obligaron a tenderse a sus caballos y se tumbaron ellos, protegiéndose ellos detrás y vociferando:

– ¡Muerte a los cristianos! ¡Mueran los cristianos!

LAS FLECHAS INCENDIARIAS

Los asediados, viendo que los turcos permanecían tranquilos, habían dejado de disparar, comenzando a preparar las municiones. Después, se sentaron ante la gran mesa para tratar de lo que convenía hacer, en tanto que dos cretenses vigilaban tras la puerta de la granja.

Cada instante que pasa –afirmaba Damoko –es mayor el peligro. He observado que uno de esos merodeadores huía en dirección a Candía y en verdad que no habrá marchado para tomar al asalto el bastión del puente de la Lid. En consecuencia, de aquí a poco veremos llegar un destacamento turco que acaso acabará con todos nosotros.

–Me pareces más preocupado de lo que es costumbre en ti y me sorprende, ya que jamás te he visto temblar ante el peligro –observó Muley-el-Kadel.

–Me parece que tenéis razón, señor. Ahora no será sencillo, como lo fue la vez anterior, atraer a los turcos hasta este lugar, hacerles beber y terminar con ellos.

–Falta poco tiempo para el alba. ¿Por qué no intentamos lanzarnos a la carga? –adujo la duquesa.

–Nuestros caballos están agotados y caeríamos en los surcos antes de alcanzar el lugar donde se encuentran ellos.

– ¿Se halla muy distante la ensenada?

–A cinco horas a todo galope.

–Nuestros caballos no podrán aguantar, ¿no es cierto, Muley? Después de un galope tan desenfrenado...

–No, Leonor. Precisan descansar.

– ¡Y que tengamos tan próxima la escuadra!...

–No te quepa la menor duda de que llegaremos, querida, aunque nos persigan otros destacamentos turcos.

– ¿Hasta cuándo piensas, Muley, que debemos permanecer aquí cruzados de brazos?

–Pocas horas. Si estás fatigada, túmbate en una cama y reposa tranquila. Nosotros vigilamos.

La duquesa movió su hermosa cabeza y repuso:

–Estoy habituada a la fatigosa guardia de los bastiones de Candía y prefiero ver lo que hace el enemigo. Por algo me llamabais el capitán Tormenta –contestó la joven con una encantadora sonrisa.

– ¡Y con motivo! Eres la mujer más valerosa y audaz de la Cristiandad.

– ¡Oh! Hay otras muchas. Ahí tienes, sin ir más lejos, a Haradja, que no tiene nada que envidiarme.

–No obstante, la venciste.

–Sí. Pero no es posible negar que posee valor, audacia, resolución y fuertes y vigorosos músculos. No ha sido educada indudablemente en la inactividad enervante de la vida cortesana, y menos aún en las degeneradas delicias del harén.

–Fue su maestro su tío, y su padre, un célebre corsario, le transmitió sangre guerrera.

– ¿Por qué esa mujer se habrá transformado en verdugo de mi Enzo?

–No te inquietes. Ya sabes que el bajá, no sé por qué raro capricho, lo defiende incluso contra su sobrina.

– ¡Cuándo lo recobraremos!

–Aguardemos a la gran batalla entre la Cristiandad y el Islam. Allí nos encontraremos nosotros y nos lanzaremos al abordaje con la nave almirante de Veniero, contra la galera del bajá. Ya me lo

ha prometido y el almirante veneciano es incapaz de no cumplir sus promesas.

– ¡Es un extraordinario marino!

– ¡Y tan anciano!

Guardaron silencio. Los cretenses disparaban de cuando en cuando sus arcabuces para impedir que los turcos se aproximaran. Un gran desaliento parecía dominar a los esposos, a pesar de la promesa del gran almirante.

–En fin; ya veremos. Confiemos en Dios y no nos desalentemos, Leonor. De todas maneras alcanzaremos la ensenada de Capso, aunque debamos pasar por encima de los cadáveres de cien mahometanos.

Tras pronunciar aquellas palabras, el valeroso guerrero se incorporó y se dirigió a la puerta. Los cinco cretenses, el albanés y el griego, se hallaban parapetados detrás de grandes sacas de lana, soberbia barricada que no dejaba pasar hasta ellos las balas turcas. En consecuencia se limitaban, de vez en cuando, a gastar algo de pólvora.

– ¿Cómo va eso, Nikola? –indagó Muley.

–Mal, señor.

– ¿Por qué lo aseguras cuando los turcos no se resuelven a atacarnos?

–Preferiría, desde luego, que atacasen. Si no lo hacen todavía es porque esperan refuerzos.

– ¡Bah! No te preocupes.

–Me preocupo tan poco, señor, que si ordenarais montar a caballo y lanzarnos a la carga me hallaría muy contento.

– ¿Piensas que nuestros caballos podrán aguantar?

–Eso es lo malo, señor; que hemos de dejar que descansen aún un par de horas si deseamos que sean capaces de llegar hasta la cala, puesto que ya sabéis que el camino es difícil.

–Es cierto.

– ¿Y si, mientras tanto, reciben los refuerzos que sin duda han pedido?

– ¡Qué se le va a hacer!

–Los diezmaremos como nos sea posible. No nos queda otra solución.

–Y aguantaremos cuanto nos sea posible.

–Sí, señor.

– ¿Qué hacen esos hombres?

–Una maniobra sospechosa que empieza a preocuparme. Comienzan a tirar contra las cuadras, que se hallan abarrotadas de paja.

Muley sintió un estremecimiento.

– ¡Ah! ¡Si los caballos pudieran resistir una carga!

–En este momento podrían, mas luego se desplomarían a causa de la fatiga antes de llegar a Capso.

–En tal caso no podemos hacer otra cosa que esperar.

–Y liquidar el mayor número posible.

– ¿Tenemos muchas municiones?

–Bastantes. Aún nos quedan unos cincuenta tiros por cabeza.

–Entonces, disparemos.

Y el León de Damasco cogió también un arcabuz y encendió la mecha. Los turcos pretendían aproximarse a los pajares con el fin de incendiarlos. Pero los cretenses vigilaban y cada vez que un turco subía sobre su caballo e intentaba cruzar por entre el viñedo le recibían a tiros, que no siempre eran desaprovechados.

Aunque ya se les habían unido los rezagados, a las cuatro de la madrugada los enemigos eran

ya sólo nueve. Los otros cinco habían muerto. En aquel momento exclamó Muley:

–Ha llegado la ocasión de lanzarnos a la carga.

–Sí, señor –contestó Nikola. – ¡A caballo! ¡A caballo!

Efectuaron una descarga y entraron. La duquesa se había adormilado, formando almohada con los brazos cruzados sobre la mesa.

– ¿Estás preparada, Leonor?

–Cuando quieras, Muley –contestó la mujer, encendiendo la mecha de sus pistolas.

Los caballos ya estaban descansados y fueron ensillados. Se disponían a montar para irse, cuando percibieron distantes gritos que se iban aproximando con rapidez.

– ¡Los refuerzos turcos! –exclamó Nikola. – Estaos quietos.

– ¡Hemos tardado en exceso! –dijo contrariado Muley, haciendo un gesto de cólera.

– ¡Bah! –observó Damoko. –La casa es resistente. Lo que más me preocupa es la cuadra, casi abierta. Si la incendian, el fuego hará arder la casa.

–Treinta –exclamó en aquel instante Nikola, que se hallaba examinando. –Y todos son ballesteros.

–Y por añadidura los que disparan contra nosotros. Son muchos. Solamente tú, Nikola, puedes salvarnos.

–Decid, señor. Mi vida está a vuestra disposición.

–Monta a caballo y corre al instante hacia la ensenada de Capso para prevenir a Sebastián Veniero respecto a lo que acontece. Infórmale sobre nuestra crítica situación.

Casi no había terminado de pronunciar aquellas palabras Muley-el-Kadel, cuando el valeroso griego, escogiendo el caballo que le parecía más resistente, montó de un brinco y salió al galope como un huracán. Los turcos le dispararon algunos pistoletazos, pero fallaron. Sin embargo, no se preocuparon de darle caza, esperando la llegada de sus camaradas, que acudían al galope en dirección a ellos, entre inmenso vocerío.

– ¡Mueran los cristianos! ¡Mueran los cristianos!

Los turcos empleaban, desde luego, armas de fuego, en especial las pesadas. Pero seguían haciendo uso de sus ballestas, en cuyo manejo eran muy hábiles, mucho más que con los arcabuces y pistolas. Y sus flechas eran terroríficas. Con sus puntas de acero o de hierro dispuestas en forma de sierra, ocasionaban gravísimas heridas, muy difíciles de curar. Ya señalamos que el refuerzo turco consistía todo en ballesteros.

En cuanto se reunieron con sus compatriotas, desmontaron, formaron parapeto con sus caballos y empezaron a lanzar flechas, en cuya punta iban pedazos de algodón empapados de un líquido ardiente, acaso una especie de fuego griego.

Los cercados, al observar el peligro, reforzaron su parapeto con más sacas de lana, material difícil de inflamar, y después empezaron a disparar con nutridas descargas. Las flechas incendiarias se abatían como lluvia, pero los asediados se hallaban también bien atrincherados y a resguardo, en tanto que los ballesteros debían disparar de pie y casi todos al descubierto, ya que sus caballos, espantados, huían por el campo. De todas maneras avanzaban, aunque con mucha lentitud y siendo diezmados por los cristianos, sobre todo por la duquesa, su esposo y Mico, magníficos tiradores que casi nunca fallaban el tiro.

–Muley –inquirió la duquesa luego de haber disparado una docena de tiros y no siempre sin fortuna. – ¿Imaginas que podremos mantenernos hasta que lleguen los venecianos?

Damoko, que se había aproximado en aquel instante, replicó:

–Mi reloj suena porque le he soltado la cuerda, y, si no llegan los venecianos del almirante de la República, vendrán todos los cretenses que viven en las granjas de los alrededores. Ya

recordaréis, señor Muley, que en la otra ocasión recibimos refuerzos merced a mi viejo reloj. Otro tanto ocurrirá, por consiguiente, hoy.

–Sí, Damoko –concordó el León. – ¡Siempre que esta vez no acudan demasiado tarde!... Las flechas incendiarias caen también en tus cuadras y pueden prender fuego a la paja. En resumen, hasta el momento hemos liquidado a siete y ocho ballesteros que en estos instantes estarán divirtiéndose con las huríes del Profeta. Pero todavía quedan bastantes. ¡Si intentásemos efectuar una carga!

–No, señor. Son muchos.

–En tal caso no nos queda otro remedio que darnos a la fuga en el momento oportuno; antes, no.

–No obstante, con mi esposa me siento capaz de lanzarme a la carga y aniquilarlos.

–No cometáis semejante imprudencia, señor. Los turcos poseen aún demasiadas cimitarras y exceso de flechas. Si se prende fuego a la casa, intentaremos primero extinguir éste, ya que no con agua, con el vino almacenado en mi bodega.

–Vino que sería mejor beberse –adujo Mico, que para volver a cargar su arcabuz se había apartado hacia aquel lado, para protegerse de las flechas.

– ¿Cuántos has liquidado hasta el momento, Mico?

–He contado siete, señor. De no haberles llegado el refuerzo, ya no tendríamos frente a nosotros enemigos.

–Lo cierto es –comentó Damoko –que estos montañeses son excelentes tiradores. Ahora deja tranquilo un instante tu arcabuz y ven conmigo a la bodega.

– ¡A realizar el sacrificio del vino!

–No queda otra solución. La cisterna se halla fuera de la casa y sería peligroso perder el tiempo en sacar ahora toda el agua que podemos precisar. Empleemos la cosecha del año del generoso zumo de Noé, y de momento inundaremos la barricada. Si bien la lana es dificilísima de quemar, ocasiona mucho humo, y por añadidura infinidad de chispas que nos sofocarían. ¡Eh, bravo albanés! ¡A la bodega! Te permito que, antes de derramarlo, bebas a tu antojo.

–Cuando todos los turcos estén muertos o se hayan marchado.

–No tardarán, compañero.

–De momento, sacrifiquemos la bodega.

En tanto que ambos esposos acudían a defender el parapeto con sus arcabuces, el cretense y el albanés bajaron rápidamente a las bodegas y subieron en seguida con enormes botas llenas de vino.

Los turcos, aunque bastante maltrechos a consecuencia de los disparos de los cristianos, no se resolvían a dejar el campo y proseguían lanzando flechas incendiarias, no sólo contra la barricada, sino asimismo contra la cuadra, que, con techo de madera, podía ser pasto del fuego de un instante a otro y destruir las llamas toda la alquería. Los fardos de lana empezaban a arder y Mico y Damoko vertieron sobre ellos el vino, apartándose enseguida para no ser alcanzados por alguna flecha.

–Ya está –suspiró Mico. – ¡Qué desgracia que se trague el fuego tan estupendo vino!

– ¡Ea! Vamos a buscar otras botas, amigos. Si luego deseas beber, en la otra bodega guardo todavía Chipre.

El parapeto, inundado de nuevo, apagóse. Los turcos lanzaban fieros alaridos, desilusionados al ver aquella maniobra cuando ya pensaban haber obligado a los cristianos, que les ocasionaban grandes bajas, a salir de aquella barricada. Y viendo que ya no podían incendiarla, mojada como estaba, variaron de táctica.

Dejando de medio protegerse entre los pámpanos del viñedo, lo abandonaron y se precipitaron sobre sus caballos intentando un ataque directo y en toda regla a las cuadras.

–A los arcabuces –advirtió Damoko, comprendiendo el plan de los mahometanos y dando la voz de alarma, –o moriremos achicharrados.

El reloj continuaba sonando. Todos los asediados iniciaron un nutrido tiroteo contra los turcos descubiertos y varios de los musulmanes se desplomaron en tierra.

Por el contrario sus flechas no alcanzaban casi a las trincheras y menos todavía a las caballerizas.

Mico, el valeroso albanés, producía estragos. No desperdiciaba ni una bala y los que él elegía caían o con la cabeza o con la columna vertebral destrozada. Por un buen tiempo los turcos soportaron los disparos con una feroz tenacidad y reanudaron la carga para acercarse a las caballerizas. Después, de pronto, volvieron grupas y fueron a ocultarse en el viñedo.

–Escapan porque su intento les ha ocasionado excesivas bajas –comentó el León de Damasco.

–No pienso así, señor.

Y el valeroso cretense, exponiéndose a ser herido por alguna flecha, abandonó la barricada y se dirigió a las cuadras. Poco después lanzaba un tremendo grito:

– ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Estamos perdidos!

– ¿Qué se incendia? –inquirió Muley.

–El establo. El heno está ardiendo y amenaza la vivienda.

– ¿Nos vamos a dejar asar aquí? –exclamó la duquesa. – ¡Salgamos ya y lancémonos a la carga!...

–Por este lugar, no, señora. Será más aconsejable que los turcos no nos vean. Ayúdame, Mico.

– ¿A qué? ¿A terminar con más miserables de esos?

–En este trabajo ya se afanarán los demás por lo menos durante cinco minutos. Vosotros defended enérgicamente la puerta y cuidaos de los ballesteros, más peligrosos en este instante que los arcabuceros.

En una de las paredes de la cocina había una gran viga. Entre ambos la cogieron y comenzaron a dar golpes en uno de los extremos de la estancia con el fin de derrumbar aquella pared que afortunadamente no era demasiado sólida.

Mientras tanto los turcos no cesaban de disparar y gritar:

– ¡Morid todos los de ahí dentro! ¡Perros despreciables! ¡Muerte a los cristianos!

Una densa humareda alzábase tras de la casa, progresando en dirección a la barricada y envolviendo a los arcabuceros.

Los duques, que habían adivinado las intenciones del candiota, reunieron los caballos y comprobaron sus arreos con detenimiento. Una correa rota o floja podía provocar un desastre en una carrera desenfrenada como la que iban a iniciar.

Mico y Damoko continuaban su trabajo y habían derrumbado ya buenos trozos de pared. Los atacantes, ensordecidos por las descargas de los arcabuces, no podían percibir los golpes de la viga. Por otra parte, convencidos de que no podrían extinguir el incendio, se habían alejado algo más del parapeto, conformándose con vigilar la puerta por donde no les cabía la menor duda de que habrían de ver salir a escape a los cristianos para no sucumbir entre el fuego.

Los cuatro candiotas mantenían un intenso tiroteo contra los mahometanos, logrando de cuando en cuando herir o matar a un jinete o un caballo. Siete u ocho, más temerarios o más valientes, habían intentado una carga contra el parapeto tan obstinadamente defendido. Pero casi todos murieron en el trayecto.

– ¡A caballo! –exclamó de improviso Damoko. –La salida ya está practicada.

– ¡En marcha, Leonor! No perdamos un instante y que Dios nos proteja. ¡Hacia Capso!

– ¿Estamos todos? –inquirió el cretense.

–Sí.

– ¿Qué están haciendo los turcos?

–Vigilan la puerta.

– ¡A caballo y a todo galope!

Los turcos no podían ver el boquete abierto en el fondo y que constituía otra puerta lo suficiente amplia para permitir la salida de los jinetes. En un momento, por la brecha practicada por la que penetraba el humo en inmensas bocanadas, salieron a la campiña.

– ¡A galope tendido! Por poco que tarden en comprobar los musulmanes nuestra huida, les habremos cogido una ventaja de quinientos metros, o tal vez mil.

En efecto, los turcos, tal vez a causa de las densas nubes de humo que envolvían la granja, no advirtieron la fuga. Pero no tardó uno entre ellos en dar la voz de alerta, ya que casi no habían avanzado mil metros cuando oyeron gritar:

– ¡Aprisa! ¡Aprisa! ¡Los cristianos huyen!

Y como todos se encontraban montados emprendieron la persecución a todo correr de sus corceles.

– ¡Dejadlos! –dijo Damoko, que indicaba el camino. –Nuestros caballos se hallan bien comidos y descansados, les hemos tomado una buena delantera y acaso se encuentran ya muy cerca los venecianos. Defended a la señora, señor Muley, a pesar de que ya conozco que lucha mejor que yo.

Todos llevaban los arcabuces colgados de las sillas y blandían yataganes y espadas, ya que las armas de fuego no resultaban eficaces en una carrera tan desenfrenada como aquella.

El León de Damasco, que había quedado en retaguardia en unión de los cuatro candiotas y el albanés, antes de avanzar para situarse al lado de su esposa y de Damoko, se volvió a sus perseguidores y les gritó, blandiendo su temible espada con su fuerte brazo:

– ¡Venid a cogernos si sois capaces, perros! ¡Somos cristianos! Yo he renegado de ese falsario de Mahoma y no soy ya de vuestra religión. Venid, si os atrevéis, a combatir contra el León de Damasco y el capitán Tormenta, que tanto temor os infundió en Famagusta.

Los turcos contestaron con infernal vocerío. Pero ya no pretendieron espolear más a sus corceles para disminuir la distancia. Se consideraban muy pocos para atacar a tan famoso guerrero, la mejor cimitarra del Islam, en especial yendo en compañía de la duquesa, considerada como la más valiosa espada de la Cristiandad.

No obstante, no dejaban de perseguirlos y de vez en cuando les disparaban flechas, que jamás acertaban en el blanco. Los corceles de los fugitivos, menos cansados que los de los perseguidores, ganaban poco a poco terreno, avanzando por los desolados campos repletos de huesos humanos y por entre los viñedos y chumberas.

Muley se dirigió hacia Damoko.

– ¿Cuánto falta todavía?

–Tres horas largas, señor.

– ¿Podrán aguantar nuestros caballos manteniendo la distancia?

–Sí, señor. Los de los turcos se hallan más agotados que los nuestros y os garantizo que no nos alcanzarán hasta Capso. Por otra parte, pronto encontraremos a Nikola.

–Lo sé –respondió el León de Damasco, suspirando.

Y volviéndose para mirar a los enemigos, agregó:

–No ganan terreno.

–Y no lo ganarán, probablemente. Pero si esta galopada se prolongase mucho, también nuestros caballos habrían de ceder, señor.

–En tal caso tomaríamos nuestros arcabuces y los recibiríamos a balazos, disparando hasta acabar con las municiones. Las flechas no son peligrosas a tanta distancia.

– Pero son todavía muchos.

–Los diezmaremos de nuevo. De esto se ocupará Mico, que es rara la vez que falla un tiro.

Una colina bastante abrupta y elevada, con pobre y raquítica hierba, surgió frente a ellos, cortándoles el paso.

– ¿No podríamos rodearla? –inquirió la duquesa. – Es que los caballos empiezan a dar indicios de fatiga.

–No es posible, señora. Está cercada por barrancas y desfiladeros que...

Se interrumpió de improviso y prestó atención.

– ¿Qué ocurre, Damoko? –indagó Muley, que advertía que los caballos iban a quedar rendidos tras remontar y bajar aquella colina.

–He creído oír una trompa.

– ¿No estarás equivocado?

–No, señor.

– ¿Turca o veneciana? Su sonido es bien diferente para que puedan confundirse.

–Oíd.

– ¿Será Nikola que se aproxima?

A pesar del fragor de los cascos de los caballos sobre las rocas, todos los fugitivos pudieron percibir los sonidos de una trompa. Lanzaron una exclamación de alegría:

– ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Son los venecianos!...

– ¿Tendremos tanta suerte, Muley? Noto que mi caballo, extenuado ya por los forzados ayunos de Candía, va a desplomarse de un instante a otro.

–Te daré el mío. No te inquietes.

Otro sonido más agudo y cercano rasgó los aires, y casi al momento viose la cima de la colina llenarse de marineros venecianos. Al frente de ellos iba Nikola.

– ¡Fuego!

Cincuenta arcabuces fueron disparados al unísono retumbando ensordecedoramente en el espacio y un huracán de balas se abatió sobre los asombrados musulmanes. Diez o doce de ellos se vinieron a tierra con otros tantos caballos. Los restantes huyeron a todo galope para refugiarse en los viñedos.

Los marineros venecianos se parapetaron para recargar sus armas y sólo el griego, que era el único que iba montado, bajó de su caballo blanco, moviendo frenéticamente los brazos.

–Te debemos la vida.

– ¡Bah! Ya hubierais salido del compromiso sin mí. Pero estoy muy contento de haberos encontrado, ya que el almirante se dispone a zarpar con rumbo a Mesina, donde le esperan los aliados. Os garantizo que en esta ocasión libraremos un terrible combate que terminará con el poderío naval de los turcos.

– ¿Y Candía? –interrogó el León con tono melancólico.

–No hay que pensar en eso. Una nueva posesión veneciana que perderá la Serenísima. Y acaso no sea la última ¿Huyeron todos esos perros?

–Fueron aniquilados la mayoría –repuso Mico.

– Bueno, pues venid El almirante tiene prisa por hacerse a la mar. En último término, dejad los caballos.

– ¡Oh! Puesto que ya no nos persiguen, no es preciso apresurar a los animales y pueden alcanzar la ensenada –adujo Muley.

Emprendieron la marcha, subiendo lentamente la colina y fueron recibidos por exclamaciones de alegría de los venecianos, que apreciaban mucho a la duquesa, la heroína de Famagusta, y a su esposo.

A lo lejos, los escasos turcos que pudieron salvar la vida, seis u ocho, galopaban desenfrenadamente, aunque en silencio. Ya no atronaban los aires aquellos gritos de exterminio de ¡mueran los cristianos!

Tenían suficiente con la lección que les habían dado los cristianos y no se sentían capaces de hacer nuevas probaturas, asestando otro de aquellos golpes que tan famosos hicieran a los merodeadores del sultán en los alrededores de Candía, plaza ya inerme para la defensa.

Los fugitivos emprendieron lentamente, riendo y conversando con los marineros (que realizando un desesperado esfuerzo habían ido en su busca, puesto que la flota no disponía de caballos), el camino de Capso, contemplando el soberbio espectáculo del mar, iluminado ya por los primeros resplandores del sol.

LA BATALLA DE LEPANTO

Nada más pasar a bordo nuestros amigos, la flota, no reforzada con ninguna nave más, a pesar de las continuas promesas de la Serenísima, levaba anclas y se hacía a la mar, con la esperanza, que anidaba en todos los pechos, de reunirse a los navíos de las potencias marítimas cristianas.

Se había decidido asestar el golpe definitivo al orgullo, o para ser más exactos a la insolencia musulmana por haber insistido en ello Venecia, siempre al frente de toda expedición audaz a Oriente. Y la más interesada, pidiendo a Pío V que ejerciera su influencia entre las más poderosas naciones cristianas para constituir una Liga.

Ya todos los Estados cristianos padecían las consecuencias del poder y las incursiones mahometanas, que entorpecían el comercio, apresaban naves, sin preocuparse del país que fueren, y condenaban a los cautivos a la despiadada labor del remo, sin esperanza alguna de poder algún día tornar a ver a sus familias.

El año anterior, el Papa había conseguido la ayuda de España, la máxima potencia marítima de la Cristiandad y que por razones políticas hubiera deseado la ruina de Venecia, su enemiga y siempre alerta para eludir ser dominada por Felipe II, más ambicioso, si bien menos guerrero que Carlos V, y que anhelaba conquistarla para culminar el total dominio de Italia.

Las escuadras se reunieron sin entusiasmo, excepto por parte veneciana. Se limitaron a enviar algunas naves en dirección a Chipre bajo las órdenes del valeroso Veniero y luego retornaron a Italia, dejando al anciano almirante con sólo sus ocho galeras.

Sin embargo, impresionados por las matanzas de Nicosia y Famagusta y después por la conquista de Canea y el asedio de Candía, los aliados terminaron por ponerse de acuerdo y pretender asestar un golpe final, incluso conociendo que la escuadra musulmana era muy poderosa y estaba al mando de un almirante, Alí-Baja, terror de todos los navegantes.

Hacia el 1 de septiembre de 1571, una formidable flota se encontraba reunida en el puerto de Mesina, esperando a Sebastián Veniero.

Muchos hubieran deseado que el mando de las fuerzas marítimas fuese confiado a alguno de los marinos más famosos y hábiles de aquel tiempo, genovés o veneciano. Pero la providencia destinaba esta gloria a un jefe hasta entonces desconocido y hoy inmortal, que respondió por completo a la confianza puesta por todas las naciones cristianas en su valor y pericia.

El mando supremo había sido confiado a don Juan de Austria hijo natural de Carlos V, joven de veinte años escasos, dominado por un gran entusiasmo, pero que desconocía por completo las cuestiones marítimas. Así lo había ordenado Felipe II y Venecia hubo de doblegarse, puesto que se hallaba agotada, en lugar de conferir el mando a un Veniero o a un Barbarigo: los dos marinos más famosos de aquel tiempo, hartos de combatir contra los mahometanos.

En consecuencia, se concentraron en Mesina setenta y tres galeras españolas, seis maltesas con numerosos caballeros de aquella valerosa Orden y después tres enviadas por el duque de Saboya. Posteriormente llegaron doce naves del Papa, a las órdenes de Marco Antonio Colonna, que tenía fama de ser un gran marino, y seis galeazas armadas con gran número de cañones que mandaba Venecia y encomendadas al proveedor Agustín Barbarigo, célebre capitán. Otros varios navíos fueron acudiendo y don Juan de Austria, que sólo aguardaba el regreso de Veniero con sus ocho galeras tripuladas por gente acostumbrada a combatir contra los turcos, pudo contar con doscientas veinte velas.

No fueron inadvertidos totalmente por Selim II los sospechosos movimientos, y

acordándose de la audaz incursión del conde Morosini años antes frente a Constantinopla, no vaciló en reunir a sus almirantes: Alí-Bajá, siempre el primero; Petew Bajá, Visir Serasker, Aluch-Alí, el bajá Mahomet Sirocco y los crueles Glafer y Hassan, con el objeto de prepararse a detener el golpe que adivinaban, con su habitual bravura.

El primero en llegar fue Alí-Bajá, el cual al enterarse de la presencia de Veniero en Capso fue en su busca, pero por fortuna acudió con mucho retraso. Ya en varias ocasiones habían escapado por milagro de sus incursiones por las costas de Grecia, en Chipre y en Candía y el fiero corsario argelino había jurado despellejar vivo al famoso marino, al igual que Mustafá desollara en Famagusta a Barbarigo.

Convencidos los mahometanos de que los sitiados de Candía, ya agotados por el hambre, sin casi municiones y totalmente desmoralizados por aquella prolongada campaña, nada podrían intentar contra los dos imponentes campamentos turcos (en cada uno de los cuales había ciento setenta y cinco mil hombres), habían embarcado con premura sus culebrinas y grandes bombardas, pusieron rumbo al instante para Capso. La galera del bajá llevaba a Haradja, a Metiub y al hijo de la duquesa, que Alí no quiso dejar al cuidado de nadie.

Luego de una carrera desesperada, las primeras divisiones navales llegaron a Capso, decididas a una total destrucción y con tripulaciones casi dobles. ¡Desgraciado Veniero, si hubiera sido cogido por sorpresa con su flota relativamente débil! Pero el anciano adivinó el peligro y se dio a la fuga, llevando consigo a los duques, al bajá de Damasco, a Mico y a Nikola. Los candiotas prefirieron permanecer en la isla donde habían nacido, aguardando mejores tiempos. Llevaban pocas horas de delantera a Alí y un viento desfavorable; cualquier desfallecimiento de los remeros podría hacer caer a los venecianos en manos de los turcos.

–Ofrendaré un gran cirio a la Virgen de la Salud –dijo Veniero a los duques. –A poco más no nos pilla ese perro de Alí y nos despelleja vivos a todos.

– ¿No tenéis temor a un ataque durante la travesía? –inquirió Muley.

– ¿No toparemos con alguna otra flota mahometana?

–No es posible. Todas las galeras del golfo del archipiélago fueron llamadas al asedio de Candía. Os garantizo que marcharemos tranquilos y que de aquí a cinco o seis días avistaremos el Etna.

– ¿Y mi Enzo, mi querido Enzo? ¿Estará todavía en la nave almirante?

–Tengo la completa seguridad, señora, como también estoy seguro de que Haradja se encuentra en la capitana.

Un destello de odio brilló en los hermosos ojos de la duquesa.

– ¡La tigresa de Hussif! –exclamó con voz ronca. –Como me la encuentre cara a cara le traspasaré la garganta con mi espada. Ha sido muy mala con nosotros esa mujer, ¿no es cierto, Muley?

–Sí, Leonor. Y como yo me hallaré allí, van a ser dos las estocadas que reciba esa perversa mujer.

–Guarda la vuestra para el bajá –adujo el almirante. –Vuestra esposa puede enfrentarse a la sobrina sin precisar la ayuda de vos.

–Sí, Haradja para ti, Leonor; para mí el bajá.

–Y para mí el capitán de armas –anunció en aquel instante el bajá de Damasco, que acababa de aparecer sobre el puente. –De esta forma cada uno tendrá su trabajo. ¿No lo consideráis así, señor almirante?

– ¿Así que ya no sois mahometano, señor?

–No, no. Pienso hacerme cristiano, igual que mi hijo, si pisamos tierra italiana –exclamó el

anciano.

– ¡Al fin! –dijo Muley, abrazando a su padre. –La Cruz te ha tocado.

– Me parece que sí, hijo mío. Estoy cansado de pertenecer a una nación tan salvaje, que no habla sino de empalar y desollar. Maldito sea ese embaucador de Mahoma, que nos ha convertido a nosotros, nobles y valientes guerreros, en una horda de bárbaros siempre sedientos de sangre humana.

–La principal culpa, señor, la tienen los sultanes –adujo Veniero. –No dejaron jamás de reclamar carne cristiana, como si nosotros solamente hubiéramos sido creados para soportar todos los espantosos suplicios ideados por vuestros compatriotas, como si imaginaran que nuestra piel y nuestros nervios son menos sensibles que los suyos.

–Estáis en lo cierto, señor almirante. Pero yo considero que también para los sultanes se ha iniciado una época de decadencia.

Mientras, la flota, precedida de una ligera galeota enviada por don Juan de Austria a Veniero con el fin de apremiarle, navegaba con toda la rapidez posible, manteniéndose siempre alerta, ya que podría ser que toda la flota mahometana estuviera en su persecución.

Ésta constaba de doscientas ochenta galeras con ochenta mil guerreros ansiosos de sangre cristiana. Aguardaban sin cesar que cualquier tempestad sorprendiera a Veniero y lo enviase hacia las costas de Mossa o Negroponto. Pero, como hemos indicado, era hábil e inteligente en exceso el almirante veneciano y había mandado poner rumbo en dirección a las costas de Sicilia, aconsejando a todas las naves que procurasen mantenerse agrupadas.

Sabía que sus ocho galeras eran imprescindibles a la Liga, que de todas formas contaba con fuerzas bastante inferiores que los mahometanos y con ocho mil hombres menos.

Por fortuna, el viento se mantuvo favorable y los esfuerzos de Alí-Bajá no sirvieron de nada. Veniero, acelerando la marcha desde el primer instante, arribó a Mesina una mañana de principios de septiembre, siendo acogido con entusiasmo, ya que no había nadie que no tuviese fe ciega en aquel anciano y audaz capitán.

Al ver aparecer la enseña de la República, los marineros soltaron atronadores vítores, las galeras dispararon salvas, al igual que los cañones de tierra y la gente del pueblo, congregada en el puerto, aplaudió con frenesí.

Don Juan de Austria mandó izar el estandarte de la Liga que le entregara el Papa y que recibiera él con gran pompa en Nápoles pocas semanas atrás, e invitó a Veniero a pasar a su galera para mantener Consejo con los restantes capitanes.

Fue enorme el asombro del León de Damasco y de la duquesa al verle volver ya anochecido a su capitana con el rostro bastante sombrío.

–Se aseguraría que no estáis satisfecho con el Consejo de Guerra tenido a bordo de la real –observó Muley. –No obstante, hay concentrada aquí una escuadra capaz de causar espanto al bajá y a todos sus secuaces. Nunca, según me parece, se habían reunido tantas naves de guerra en ningún puerto.

–Es cierto, Muley –respondió el almirante, que parecía de un pésimo humor. –Si tuviera yo el mando de esta poderosa armada, os garantizo que marcharía a Constantinopla y haría estremecerse al sultán.

– ¿Qué novedad hay entonces? –indagó la duquesa.

–Que los aliados, aunque resueltos a limpiar de corsarios y turcos el Mediterráneo oriental, no acaban de decidirse

– ¿Será que don Juan tendrá temor? –inquinó el León de Damasco.

–El no; es un joven valeroso que sólo piensa en la gloria, pero ha de acatar las órdenes de

su hermano Felipe II, quien parece inquietarse bastante por sus galeras.

– ¿De manera que nos quedamos aquí?

–Se han enterado de que Venecia envía otra flota al mando de dos audaces capitanes a quienes conozco en persona y que son Canal y Quirini y...

– ¿Y quieren esperarla?

–Sí, Muley. Y de esta forma dan ocasión a los turcos para concentrar todas sus galeras. ¡Ah! Continuar aquí inactivos con ochenta mil hombres es un crimen.

– Procurad influir en don Juan.

–Es hijo, aunque natural, de un rey, y de los más célebres que ha tenido España, y a mí no me cabe sino inclinar la cabeza. ¡Y quedar relegado a segundo lugar! –exclamó con amargura Veniero. – ¡Ah! Tras tantos años de navegación y de victorias no me debieran haber colocado a las órdenes de un jovencito que va a enfrentarse a los turcos y navega en una galera por primera vez.

–El Senado veneciano no debió sacrificaros de esta forma; debiera haberse opuesto –adujo la duquesa.

– ¿Y entonces...? –inquirió Muley con acento anhelante, pensando en su hijo raptado por Alí-Bajá.

–Aguardemos –repuso el almirante, que parecía bastante desanimado.

– ¿Se reunirá con nosotros la flota de Quirini?

– ¿Quién podría asegurarlo? Navega por el Adriático que se encuentra infestado de naves musulmanas, que en cualquier momento pueden sorprenderla y capturarla. Confiemos en Dios.

Las galeras de la Liga, aunque lo bastante numerosas para reñir un combate, continuaban inactivas en el puerto de Mesina, dando así ocasión a que los musulmanes se reunieran y eligieran el punto que más les convenía para esperar a sus enemigos.

No estaban de acuerdo los capitanes cristianos. En tanto que unos consideraban que debía salirse al encuentro de Alí-Bajá al momento, otros recomendaban prudencia extrema y aguardar los refuerzos prometidos por Venecia, a pesar de su agotamiento.

En realidad, la primera opinión no era sustentada más que por Veniero, contenido, sin embargo, por el proveedor general de la República, Agustín Barbarigo. En consecuencia, intentó convencer a Colonna respecto a la conveniencia de efectuar una correría, con el objeto de decidir a los otros a seguirlos, pero el leal romano no aceptó por miedo a perder las galeras del Papa.

Finalmente, a mediados de septiembre, las galeras de Quirini, luego de pasar de una forma maravillosa por entre las turcas, anclaban en el puerto de Mesina para convertir en poderosísima la ya imponente armada de los aliados y en la mañana del 16 salieron del puerto. Pronto supieron que la flota turca, en lugar de avanzar hacia las costas de Sicilia, había buscado refugio en el golfo de Lepanto, lugar seguro a causa de su infinidad de escolleras.

El 7 de octubre de 1571 se enfrentaron ambas escuadras. Don Juan de Austria, tras haber pasado revista una por una a todas sus naves, las mandó desplegar conforme al plan establecido con antelación, y disparó un cañonazo de reto hacia las naves otomanas. Alí-Bajá le replicó al instante y se entabló un combate sangriento y espantoso. Más de ochocientos cañonazos se dispararon a un tiempo por uno y otro bando con infernal estampido.

Sebastián Veniero observó el peligro en que se hallaba la galera real, hacia la cual se dirigía con resolución y furia Alí-Bajá, pretendiendo apresar al joven almirante de la Liga; acudió a cubrir a la galera real, en tanto que otras naves turcas cercaban casi totalmente a Marco Antonio Colonna. Pero el que se hallaba en aquellos instantes en mayor riesgo era Agustín Barbarigo con

su capitana, rodeada y vigorosamente atacada por cuatro formidables galeras. Se hallaba a punto de ser capturada cuando su comandante tuvo una idea ingeniosa.

La galera disponía de trescientos galeotes y como sus remos en aquel momento eran por completo inútiles, hízolos desencadenar y les garantizó conseguirles el indulto de sus delitos si estaban dispuestos a luchar con bravura. Les entregó, por tanto, armas y los mandó subir al puente, ya medio dominado por los turcos.

El combate se reanuda con mayor furia. Los galeotes, con desprecio de sus vidas, se arrojan contra los sectarios de la Media Luna que no querían abandonar la galera y, secundados por la tripulación, provocan entre sus filas numerosísimas bajas. Las cabezas turcas caen al mar, tiñendo las hasta entonces transparentes aguas del canal.

Ya los habían expulsado cuando un ballestero de Aluch-Alí, distinguiendo a Barbarigo sobre el puente, le lanzó una saeta, que le penetró en un ojo. El infortunado almirante, por no desalentar a los suyos, prosiguió combatiendo con gran heroísmo y continuó media hora más en su puesto de combate sin emitir un grito ni un lamento. Al fin se desplomó, y al ser trasladado a su camarote cedió el mando a Federico Nani.

Entretanto, la capitana del bajá, con rápida maniobra y sorprendente bravura, se había precipitado al abordaje de la real, y tras disparar todas sus piezas sobre la cubierta española, lanzó, entre horribles clamores, a todos sus hombres al asalto del castillo de popa.

Los españoles, aunque habiendo sufrido numerosas bajas, alentados por las voces del joven y valeroso príncipe, hicieron frente a la acometida con tan vigoroso coraje, que los turcos se encontraron frente a un auténtico muro de hierro. Sebastián Veniero, que, como señalamos, había decidido velar por el hijo de Carlos V e intentar salvar al de la duquesa, abordó por su parte a la nave almirante turca.

Cinco guerreros fueron los primeros en precipitarse sobre la cubierta de la capitana y subir al castillo de popa, en donde unos pocos turcos ofrecían una resistencia inútil. Eran la duquesa, el bajá de Damasco, su hijo, Mico y Nikola. Por medio de estocadas se abrieron paso y conducidos por el albanés, que conocía cuál era el camarote, se encaminaron a él.

De improviso los latidos de sus corazones palpitaron aceleradamente al oír una exclamación:

– ¡Mamá! ¡Mamá!

La había lanzado el pequeño Enzo.

La duquesa y sus amigos se precipitaron en aquella dirección igual que tigres, no ya blandiendo las espadas, sino los pistolones, y se hallaron frente a Haradja y su capitán de armas, que intentaban arrojar al niño al agua, acaso aprovechando la ausencia del bajá.

– ¡Suelta a mi hijo! –gritó la duquesa, atacando con fiereza a la castellana de Hussif.

Se escucharon un par de disparos de pistola y Haradja, que tenía levantada la visera, se desplomó dejando caer a Enzo. Entretanto los cuatro hombres se abalanzaron sobre Metiub, que pretendía primero proteger a su señora y coger luego al niño, y el valiente capitán de armas cayó también al instante, acribillado.

– ¡Vámonos! –dijo la duquesa, tomando en sus brazos a su hijo.

Subieron a cubierta en el preciso instante en que el bajá caía muerto al frente de sus guerreros.

Escuchóse un formidable clamoreo, que se impuso a las detonaciones de los arcabuces.

– ¡Victoria! ¡Victoria!

Al momento se arrió el estandarte turco, izándose en su lugar el de la Santa Liga. Después los aislados combates que aún se sostenían fueron cesando al poco tiempo.

Un cañonazo anunció el final de la batalla, sobre las seis de la tarde y sirvió para la reunión de la escuadra.

Sebastián Veniero y Colonna subieron a la galera real y se arrojaron llorando, emocionados, en los brazos del joven príncipe, que si bien apenas contaba veinte años de edad, había combatido igual que un valeroso y veterano guerrero.

En aquel instante moría Barbarigo, contento y feliz al enterarse en su lecho de agonía que se había logrado tan grandiosa victoria.

Doscientas cuatro naves turcas fueron hundidas, noventa y cuatro encendidas y ciento treinta apresadas, con treinta mil esclavos cristianos condenados como galeotes; ciento diecisiete cañones de buen calibre y doscientos cincuenta menores, las farolas, las enseñas, hasta la del bajá, que todavía figura en el arsenal de Venecia, y otros extraordinarios trofeos.

Por añadidura fueron capturados tres mil cuatrocientos sesenta guerreros.

Por espacio de dos días el cielo de Lepanto permaneció nublado como consecuencia de las galeras incendiadas, y el mar teñido de rojo a causa de la sangre vertida.

Acabada la batalla, Veniero envió a Venecia la galera *Angelo Gabriele,* al mando de Hunfredo Giustionini, a bordo de la cual iban el bajá de Damasco, su hijo, la duquesa, Enzo, Nikola y Mico. Diez días más tarde, la galera llegaba a la Reina del Adriático por el puerto de Lido, llevando la gran nueva. El capitán tenía la misión de entregar al Senado la descripción del combate naval, escrito de puño y letra de Sebastián Veniero.

Es digna de ser reproducida:

»Al encuentro nuestro venían cuatro galeras con farola de mando. Don Juan atacó a Alí-Bajá, proa contra proa, y yo tenía el palo mayor destrozado, y Dios quiso que todos los golpes me los asestaran por la parte de popa.

»En este instante se acercaron dos esforzados caballeros micer Cattarin Malipiero y micer Juan Loredán, a los que mandé llamar y que murieron luchando valerosamente.

»Mi galera, con su artillería, arcabuces y aros, no dejaba cruzar ningún turco desde la popa de la galera del bajá a su proa. Por eso tuvo oportunidad don Juan de entrar al abordaje y tomarla, muriendo el bajá en la lucha. Y puedo afirmar con verdad que de no haber sido por mí no habría podido tan fácilmente apoderarse de ella el generalísimo.

»Yo además combatía contra otras galeras, una a estribor y otra casi a popa, aunque con la mía las dominaba por ser más alta.

»Luego de dejar parte de los prisioneros turcos, bien encadenados, en mi galera, volví para auxiliar a la nave almirante española, siempre en continuo peligro.

»Duro fue el combate, puesto que duró más de tres horas. »

Seguía la lista de muertos y heridos y acababa con el siguiente comentario:

»Por lo que les tengo más envidia que consideración, ya que murieron honrosamente por nuestra patria y por la fe de Jesucristo. »

Enorme, extraordinario, fue el entusiasmo de los venecianos al conocer tan estruendosa victoria.

Se celebraron grandes fiestas, sobre todo por los mercaderes con el fin de festejar el acontecimiento, y en ellas estuvieron presentes la duquesa, Muley, el bajá de Damasco, Enzo, Mico y Nikola, instalados ya todos en el magnífico e inmenso palacio de Loredán.

CONCLUSIÓN

La grandiosa victoria naval, la más gigantesca librada en el mundo, no dio los frutos apetecidos a causa de los secretos designios de Felipe II, que no deseaba que Venecia recobrase su antiguo poderío y su pasado esplendor.

Los aliados, en lugar de aprovechar el espanto que cundía entre los mahometanos y de la aniquilación de su escuadra para marchar al instante a reconquistar Chipre y libertar Candía, se enzarzaron en mezquinas rivalidades y volvieron, a pesar de los esfuerzos desesperados de Sebastián Veniero, sin haber intentado ninguna nueva acción.

La infortunada República se encontró, por tanto, de nuevo sola para combatir contra el turco.

Sebastián Veniero, postergado a causa de las reiteradas exigencias de España, fue reemplazado por otro almirante, destinándosele únicamente el mando de una pequeña flota del Adriático. Pero este gran marino fue el auténtico vencedor del combate naval de Lepanto. Falleció en Doge el 3 de marzo de 1578, a la avanzada edad de ochenta y dos años, y fue enterrado en la iglesia de San Pedro Mártir en Murano.

Mientras tanto, Candía proseguía defendiéndose heroicamente y aún habría de tardar veinte años en entregarse. Cuando sus últimos defensores se rindieron sólo quedaban cuatro mil, que más que hombres semejaban cadáveres. Pero los infieles respetaron sus vidas. La población no existía. El hambre, los proyectiles y las enfermedades terminaron con los candiotas: hombres, mujeres y criaturas.

No obstante, Venecia, en la capitulación de la heroica ciudad, pudo lograr de los musulmanes dos pequeños puertos comerciales, puestos que, al cabo de pocos años, también caerían en poder de la aborrecida potencia de la Media Luna.